

Obreros de la vida eterna



*Francisco Cândido Xavier
por el espíritu André Luiz*

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER
Por el espíritu ANDRÉ LUIZ

OBREROS DE LA VIDA ETERNA

Traducción al castellano:
Alfredo Alonso Yuste

ÍNDICE

<i>Rasgando velos (Emmanuel)</i>	4
<i>Introducción</i>	6
I Invitación al bien.....	7
II En el santuario de la bendición	15
III El sublime visitante	22
IV La casa transitoria.....	31
V El hermano Gotuzo.....	39
VI Dentro de la noche.....	46
VII Lectura mental.....	55
VIII Tiniebla y sufrimiento	68
IX Llor y gratitud	80
X Fuego purificador	91
XI Amigos nuevos.....	100
XII Viaje de adiestramiento	109
XIII Compañero liberado	116
XIV Prestando asistencia.....	125
XV Aprendiendo siempre.....	133
XVI Ejemplo cristiano	142
XVII Ruego singular	151
XVIII Desprendimiento difícil	159
XIX La sierva fiel	167
XX Acción de Gracias	176
Obras mediúmnicas de André Luiz.....	180

RASGANDO VELOS

El hombre moderno, investigador de la estratosfera y del subsuelo, tropieza, ante las puertas del sepulcro, con la misma aflicción de los egipcios, los griegos y los romanos de épocas pasadas. Los siglos que barrieron civilizaciones y refundieron pueblos, no transformaron el misterioso aspecto de la sepultura. Como un milenarismo interrogante, la muerte continúa hiriendo sentimientos y torturando inteligencias.

En todas las escuelas religiosas, la Teología, representando las directrices de patriarcas venerables de la fe, procura controlar el campo emotivo de los creyentes, acomodando los intereses más pasajeros del alma encarnada. Para eso, creó regiones definidas, intentando igualar las determinaciones de Dios con los decretos de los reyes medievales, labrados a base de audacia e ingenuidad.

Indudablemente, existen regiones de angustia punitiva y dolor reparador en las más variadas dimensiones del universo, así como vibran conciencias oscuras y terribles en los múltiples estados sociales, no obstante, el servicio teológico, en ese sentido, aunque, respetable, atento al dogmatismo tradicional y a los intereses del sacerdocio, establece el “non plus ultra”, que no atiende a las exigencias del cerebro, ni a los anhelos del corazón.

¿Cómo transferir inmediatamente para el infierno a la mísera criatura que se enredó en el mal por simple influencia de la ignorancia? ¿Que se dará, en nombre de la sabiduría Divina, al hombre primitivo, sediento de dominación y caza? ¿La maldición o el alfabeto? ¿Por qué conducir al abismo tenebroso al espíritu menos feliz, que sólo obtuvo contacto con la verdad, en el momento justo de abandonar el cuerpo? En ese mismo razonamiento, ¿cómo llevar al cielo, con carácter definitivo, al discípulo del bien, que apenas se inició en la práctica de la virtud? ¿Qué género de tarea caracterizará el movimiento de las almas redimidas, en la corte Celestial? ¿Se formarían apóstoles tan sólo para la jubilación obligatoria? ¿Cómo se hallaría en el paraíso, el padre cariñoso cuyos hijos han sido entregados a Satanás? ¿Qué alegría se le reservará a la esposa dedicada y fiel, que tenga a su esposo en las llamas consumidoras? ¿Sería la autoridad Divina, perfecta e ilimitada, tan pobre de recursos, a punto de impedir, más allá del plano carnal, el beneficio de la cooperación legítima, que las autoridades falibles y deficientes del mundo incentivan y protegen? ¿Se negarían las posibilidades de evolución a los que atraviesan la puerta del sepulcro, en plena vida mayor, cuando en la esfera terrestre, bajo limitaciones de variado orden, hay caminos evolutivos para todas las formas y todos los seres? ¿Será la palabra “trabajo” desconocida en los cielos, cuando la naturaleza terrestre reparte misiones claras de servicio, con todas las criaturas de la corteza planetaria, desde el gusano hasta el hombre? ¿Cómo justificar un infierno donde todas las almas gimiesen distantes de cualquier esperanza, cuando, entre los hombres imperfectos, al influjo renovador del Evangelio de Jesucristo, las penitenciarías son hoy grandes escuelas de regeneración y cura psíquica? Y ¿Por qué admitir un cielo, donde el egoísmo recibiese consagración absoluta, en el gozo infinito de los contemplados por la gracia, sin ninguna compasión por los desheredados del favor, que cayeron, ingenuos, en las trampas del sufrimiento, si, entre las más remotas sociedades de los oscuros planos carnales se agrupan legiones de asistencia fraterna amparando a ignorantes e infelices?

Son preguntas oportunas para los teólogos sinceros de la actualidad. Sin embargo, no para los que intentan conjugar esfuerzos en la solución del gran e impenetrable problema de la humanidad.

El Espiritismo comenzó el inapreciable trabajo de positivar la continuación de la vida más allá de la muerte, fenómeno natural del camino de ascensión. Esferas múltiples de actividad espiritual se introducen en los diversos sectores de la existencia. La muerte no extingue la colaboración amiga, el amparo mutuo, la intercesión reconfortante, el servicio evolutivo. Las dimensiones vibratorias del universo son infinitas, como infinitos son los mundos que pueblan la inmensidad del mismo.

Nadie muere. El perfeccionamiento prosigue en todas partes. La vida renueva, purifica y eleva los cuadros múltiples de sus servidores, conduciéndolos, victoriosa y bella, a la unión suprema con la Divinidad.

Presentándoles el nuevo trabajo en que André Luiz comparece rasgando velos, recordamos que Allan Kardec, el inolvidable codificador, se refiere varias veces, en su obra, a la erraticidad, donde se estaciona un considerable número de criaturas humanas desencarnadas. Hay que tener en cuenta que, transferirse alguien del plano físico para la erraticidad no significa ausentarse de la iniciativa o de la responsabilidad, ni vagar en un torbellino aéreo, sin directivas esenciales. Con el mismo criterio, observaríamos a los que renacen en el plano denso como personas transferidas de la vida espiritual a la materialidad, no simbolizando semejante figura cualquier inmersión inconsciente y estúpida en las corrientes carnales. Como sucede a los que llegan a la corteza de la Tierra, los que salen de ella encuentran igualmente sociedades e instituciones, templos y hogares, donde el progreso continúa hacia lo alto.

En el comienzo de este libro, por lo tanto, nos corresponde declarar que André Luiz intentó proporcionar algunas noticias de las zonas de erraticidad que envuelven la corteza del mundo, en todas direcciones, comentando los cuadros emocionales que se trasladan del ambiente oscuro para las esferas inmediatas a las reflexiones y pasiones humanas. Una vez más aclara que la muerte es campo de secuencia, sin ser fuente milagrosa, que aquí o en el más allá el hombre es fruto de sí mismo, y que las leyes divinas son eternas organizaciones de justicia y orden, equilibrio y evolución.

Naturalmente, la extrañeza visitará a los compañeros menos prevenidos y la sonrisa irónica surgirá, sin duda, en la boca, casi siempre brillante, de los impenitentes incorregibles, Pero, no importa. Jesús, que es el Cristo de Dios, recibió manifestaciones de sarcasmo de la ignorancia y de la liviandad... ¿Por qué motivo, nosotros, simples cooperadores de "otro mundo", tendríamos que ser intangibles?

Prosigamos, pues, en el servicio de la verdad y del bien, llenos de optimismo y de buen ánimo, camino a Jesús, con Jesús.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 25 de marzo de 1946.

INTRODUCCIÓN

Por encargo de la Federación Espírita Española he procedido a traducir esta magnífica obra de André Luiz a través de la psicografía de Francisco Cândido Xavier.

En ella nos ofrece, como siempre, datos interesantes del Más Allá, en especial las descripciones de varios trabajos de ayuda por parte de entidades espirituales a personas que estaban desencarnando en la Tierra. Asimismo, proporciona una valiosa información sobre los puestos de socorro y sus actividades en los planos próximos a la densa dimensión terrestre, incluyendo una sorpresa para muchos: la movilidad y autotransporte de algunos puestos, como la Casa Transitoria de Fabiano.

Pero el mensaje más válido en mi modesta opinión es, como siempre, alentarnos para que realicemos lo que nos resulta más difícil: la reforma íntima, la única acción que puede ayudarnos a alcanzar un patrón vibratorio más adecuado para nuestra real elevación espiritual. Ninguna religión o filosofía de vida nos ayudará a ello si no efectuamos en nuestro interior dicha reforma.

Sigamos siempre el ejemplo del Evangelio de Jesús y recordemos:

“El que tenga ojos para ver, que vea y el que tenga oídos para oír, que oiga”

Agradezco a mi esposa Maribel su valiosa cooperación para la ejecución técnica de este libro, dedicado al público de habla hispana.

ALFREDO ALONSO YUSTE

Madrid, Mayo de 2010

I

INVITACIÓN AL BIEN

Antes de iniciar los trabajos de nuestra expedición socorrista, el asistente Jerónimo nos condujo al Templo de la Paz, en la zona consagrada al servicio de auxilio, donde un esclarecido instructor comentaría las necesidades de cooperación junto a las entidades infelices, en los círculos más bajos de la vida espiritual que rodean la Corteza de la Tierra.

La maravillosa noche derramaba inspiraciones divinas.

A lo lejos, constelaciones centelleantes parecían perlas caprichosamente dispuestas en una colcha de terciopelo inmensamente azul. El paisaje lunar ofrecía detalles encantadores. Picos y cráteres sobresalían a nuestra vista, aunque a considerable distancia, en filigranas deslumbrantes. Brillaba la Gran Cruz del Sur como símbolo sublime, diseñada en el fondo azul-oscuro del firmamento. Canopus, Sirio y Antares brillaban, infinitamente, como señales radiantes y significativas del cielo. La Vía Láctea, dándonos la impresión de ser un prodigioso nido de mundos, parecía un diluvio de monedas resplandecientes que se derramaban de un cuerno de la abundancia gigantesco e invisible, invitándonos a meditar en los secretos excelsos de la naturaleza divina. Y las suaves vibraciones nocturnas, besándonos la mente en éxtasis, pasaban apresuradas, susurrándonos grandiosos pensamientos, antes de dirigirse a las esferas distantes...

El Templo, edificado en la falda de una graciosa colina, presentaba un aspecto festivo, en virtud de la mágica iluminación que proyectaba efectos especiales en los caminos adyacentes. Las torres, a la manera de agujas brillantes, se proyectaban en el cielo, contrastando con el indefinible azul de la noche clara y, acá abajo, las flores de variados matices eran como tazas luminosas, sirviendo luz y perfume, balanceándose, suavemente, en el follaje, al sople incesante del viento...

No éramos los únicos interesados en la conversación de la noche, porque numerosos grupos de hermanos se dirigían al interior, acomodándose en el recinto. Eran entidades de todas las condiciones, haciéndonos sentir el interés general por las lecciones que se iban a impartir.

El asistente Jerónimo, el padre Hipólito, la enfermera Luciana y yo, constituíamos un pequeño equipo de trabajo, con la misión de operar en la corteza planetaria, durante treinta días, aproximadamente, con el objetivo de auxilio y estudio, con vistas a nuestro desarrollo espiritual.

Jerónimo, el orientador de nuestras actividades por lo elevado de su posición, percibiendo mi curiosidad ante las animadas conversaciones a nuestro alrededor, me explicó:

—Hay mucha expectación en torno al tema. Casi la totalidad de los interesados y estudiosos que viene aquí están integrados en comisiones y grupos de socorro a las regiones menos evolucionadas.

Y mirando detenidamente las hileras de jóvenes y ancianos que entraban en la sala, añadió:

–La palabra del instructor Albano Metelo merece la consideración excepcional de la noche. Se trata de un campeón de las tareas de auxilio a los ignorantes y sufridores de los planos inmediatos a la corteza terrestre. Aquí estamos diversos grupos de aprendices, y su experiencia nos proporcionará un bien infinito.

Pasaron algunos minutos y entramos, a nuestra vez, al recinto radiante.

Sonaban en el aire suaves melodías, precediendo a la palabra orientadora. Flores perfumadas decoraban el ambiente de la amplia nave.

Después de algunos instantes de espera, el emisario apareció en la sencilla tribuna, magníficamente iluminada. Era un anciano de aspecto respetable, cuyos cabellos le tejían una corona de nieve luminosa. De sus ojos tranquilos, espléndidamente lúcidos, irradiaban fuerzas llenas de simpatía que al instante dominaron nuestros corazones. Después de extender sobre nosotros su mano amiga, en un gesto de quién bendice, se oyó el coro del Templo entonando el himno “Gloria a los siervos fieles”:

¡Oh Señor!

*Bendice a tus siervos fieles,
mensajeros de Tu paz,
sembradores de Tu esperanza.*

*¡Donde haya sombras de dolor,
enciéndeles la lámpara de la alegría;
donde domine el mal,
amenazando la obra del bien,
ábreles la puerta oculta de Tu misericordia;
donde surjan las espinas del odio,
¡auxíliales a cultivar las flores bienaventuradas de Tu sacrosanto amor!*

¡Señor! son ellos

*Tus héroes anónimos, que remueven pantanos y espinas,
cooperando en Tu divina siembra...
Concédeles la alegría interior
de la claridad sagrada en la que se bañan las almas redimidas.
Unge su corazón con la armonía celestial
que reservas al oído santificado;
muéstrales las visiones gloriosas
que guardas para los ojos de los justos;
condecora su pecho con las estrellas de la virtud leal...*

*Llénales las manos de dádivas benditas
para que repartan en tu nombre:*

*¡la ley del bien,
la luz de la perfección,
el alimento del amor,
el vestuario de la sabiduría,
la alegría de la paz,
la fuerza de la fe, el influjo del coraje,*

*la gracia de la esperanza,
el remedio rectificador!...*

*¡Oh Señor,
inspiración de nuestras vidas,
Maestro de nuestros corazones,
refugio de los siglos terrestres!
¡Haz brillar Tus divinos laureles y
Tus eternos dones,
en la frente lúcida de los buenos
¡Tus siervos fieles!*

El instructor oyó, en silencio, con los ojos llenos de lágrimas, dejando traslucir su íntimo júbilo, mientras la mayoría de la asamblea disimulaba discretamente las lágrimas que las tonalidades armoniosas del cántico nos arrancaban del corazón. Y al irse perdiendo en el espacio las últimas notas de la melodía sublime, Albano nos saludó con expresiva sencillez, deseándonos la paz del Señor, y continuó:

–“No merezco, amigos, el homenaje de cariño de esta noche. No he servido fielmente a Aquél que nos ama desde el principio y, por eso, vuestro himno me confunde. Soy un simple soldado en las lides evangélicas y trabajo aún en el campo de mi propia redención.

Hizo una ligera pausa, nos miró paternalmente, y continuó:

–Pero... mi persona no interesa. Vengo a hablaros de nuestros sencillos trabajos, en los planos espirituales unidos a la corteza de la Tierra. ¡Oh, hermanos míos! es necesario apelar a nuestras energías más profundas. Las zonas purgatorias se multiplican, pavorosamente, alrededor de los hombres encarnados. Al encontrarnos a distancia de los escenarios de angustia, y vinculados a las realizaciones edificantes de nuestra colonia espiritual, preservando valiosas reservas de la vida infinita para esa misma humanidad que se debate en el sufrimiento y en las tinieblas, no siempre tenemos una idea exacta de la ignorancia y el dolor que atormentan a la mente humana, respecto a los problemas de la muerte. La felicidad hace que nazcan aquí las fuentes inagotables de la esperanza. Los que se preparan, ante los vuelos mayores de la eternidad, traen los ojos dirigidos hacia los planos superiores, en la contemplación del ilimitado porvenir, y los que se esfuerzan por merecer la bendición de la reencarnación en la corteza terrestre, fijan sus aspiraciones más fuertes en el soberano propósito de redención, organizándose ante el futuro, osados en las solicitudes de trabajo y arrojados en el buen ánimo. Todos los pormenores de la vida, en esta ciudad, hablan alto de nuestros objetivos de equilibrio y elevación. No lejos de nosotros, comienzan a brillar los rayos de la alborada radiante de los mundos mejores, convidándonos a la visión beatífica del Universo y a la gloriosa unión con lo Divino. Pero... –el orador hizo un significativo intervalo, pareciendo escuchar voces y llamamientos de paisajes distantes, y prosiguió– ¿Y nuestros hermanos que aún ignoran la luz? ¿Subiríamos hasta Dios, en un círculo cerrado? ¿Cómo aislarnos egoístamente y partir, camino del Padre amoroso y leal que enciende el Sol para los santos y los criminales, para los justos y los injustos?

Albano mostró una llama de celo sagrado en sus ojos brillantes y exclamó, después de una corta reflexión:

—Nosotros, que buscamos la santidad y la justicia, ¿alcanzaríamos, acaso, semejante orientación, si las circunstancias que nos rigieron hasta aquí fuesen distintas? Constructores de nuestros propios destinos, por delegación natural del Creador, ¿dónde permaneceríamos, ahora, sin los favores de la oportunidad y el obsequio de la protección de benefactores desvelados? Indudablemente, las ocasiones de elevación son para todas las criaturas, no obstante, es imprescindible sopesar que la bendición de la fuente puede convertirse en agua venenosa estancada, si la contenemos en un pozo incomunicable. Las dádivas y dones recibidas por nosotros son innumerables... ¿Sería completo nuestro regocijo, habiendo lágrimas detrás de nuestros pasos? ¿Cómo entonar himnos de hosanna a la felicidad sobre el coro de los sollozos? Es muy noble todo impulso de alcanzar la cumbre, pero, ¿qué veríamos después de la ascensión? ¡Entre la alegría de algunos, identificaríamos la ruina y la miseria de multitudes incalculables!...

En ese momento, envuelto en las vibraciones de profundo interés de los oyentes, imprimió un nuevo acento a su discurso y dijo con una indefinible melancolía:

—También yo tuve en otro tiempo la obcecación de buscar rápidamente la montaña. La Luz de lo Alto me fascinaba y rompí todos los lazos que me retenían en lo bajo, empezando difícilmente la jornada. Al principio me herí en las espinas puntiagudas del camino y experimenté atroces desengaños... Conseguí, sin embargo, vencer los obstáculos más inmediatos y logré, jubiloso, una pequeña elevación. Pero mirando hacia atrás, me espantó la visión terrorífica del valle: el sufrimiento y la ignorancia dominaban en las tinieblas. Desencarnados y encarnados luchaban unos contra otros, en combates gigantescos, disputando gratificaciones de los sentidos animalizados. El odio creaba molestias repugnantes; el egoísmo sofocaba impulsos nobles, la vanidad operaba una horrenda ceguera... Llegué a sentirme feliz, ante la posición que me distanciaba de tamañas angustias. Pero, cuando más me vanagloriaba, dentro de mí mismo, arrullado en la expectativa de atravesar las más altas cumbres, cierta noche, noté que el valle se llenaba de una luz brillante. ¿Qué sol misericordioso visitaba el antro sombrío del dolor? Seres angélicos descendían, con celeridad, de radiantes pináculos, acudiendo a las zonas más bajas, obedeciendo al poder de atracción de la claridad bendita. “¿Qué pasaba?” — pregunté a uno de los cortesanos celestiales. “El Señor Jesús visita hoy a los que vagan en las tinieblas del mundo, liberando conciencias esclavizadas”. Ni una palabra más. El mensajero del Plano Divino no podía concederme más tiempo. Urgía descender para colaborar con el Maestro del amor, disminuyendo los desastres de las caídas morales, suavizando padecimientos, curando heridas, secando lágrimas, atenuando el mal, y, sobre todo, abriendo horizontes nuevos a la ciencia y a la religión, deshaciendo de ese modo la milenaria noche de la ignorancia. De nuevo sólo, en la peregrinación hacia lo Alto, reconsideré la actitud que me convirtió en impaciente. Realmente, ¿hacia dónde marchaba mi espíritu, despreocupado de la inmensa familia humana, junto a la cual había conseguido mis más ricas adquisiciones hacia la vida inmortal? ¿Por qué enojarme, ante el valle, si el propio Jesús, que centralizaba mis aspiraciones, trabajaba, solícito, para que la luz de lo Alto penetrase en las entrañas de la Tierra? ¿No sería yo como un usurero, olvidando aquellos entre los cuales había adquirido la ruta destinada a mi propia ascensión? ¿Cómo subir solo, organizando un cielo exclusivo para mi alma, desgraciadamente abstraído de los valores de la cooperación que el mundo me ofrecía con generosidad y abundancia?

El instructor se mostraba intensamente conmovido.

–Me detuve, entonces –continuó– y volví. Efectivamente, el camino vertical y purificador de la superioridad es el sublime destino de todos. La cumbre, acariciada por el resplandor solar, es siempre un desafío benéfico a los que vagan sin rumbo en la planicie. Lo Alto polariza, naturalmente, las supremas esperanzas de los que aún permanecen más abajo... Sin embargo, en la medida en que subimos, se nos imprimen en la mente y en el corazón las leyes sublimes de fraternidad y misericordia. Los grandes orientadores de la humanidad no midieron la propia grandeza sino por la capacidad de regresar a los círculos de la ignorancia para ejemplificar el amor y la sabiduría, la renuncia y el perdón a los semejantes. Por eso necesitamos templar todo impulso de elevación con el entendimiento, evitando la precipitación en los despeñaderos del egoísmo y de la vanidad fatal.

Albano se calló por unos instantes y, ante la conmoción con que acompañábamos su charla, dijo con otra inflexión de voz:

–En otro tiempo, cuando nos envolvíamos aún en los fluidos de la carne terrestre, suponíamos equivocadamente que la vanidad y el egoísmo solamente podrían hacer víctimas entre los hombres encarnados. La Teología, a pesar del ministerio respetable que le corresponde, enclaustraba nuestra mente en fantásticas concepciones del reino de la verdad. Esperábamos un paraíso fácil de ser conquistado por la deficiencia humana y temíamos un infierno difícil de regenerarnos. Nuestras ideas alusivas a la muerte se confinaban a esas ridículas limitaciones. Pero hoy, sabemos que, después del sepulcro, hay simplemente una continuación de la vida. Cielo e infierno residen dentro de nosotros mismos. La virtud y el defecto, la manifestación sublime y el impulso animal, el equilibrio y la desarmonía, el esfuerzo de elevación y la probabilidad de caída perseveran aquí, después del tránsito de la muerte, obligándonos a la serenidad y a la prudencia. No nos encontramos sino en otro plano de la materia, en otros dominios vibratorios del propio planeta en cuya corteza tuvimos experiencias casi innumerables. ¿Cómo no equilibrar, por lo tanto, el corazón en el ejercicio efectivo de la solidaridad? Lógicamente no exhortamos a nadie a sumergirse nuevamente en el lodo antiguo, no deseamos que los compañeros cautelosos regresen a la posición de hijos pródigos, distanciados voluntariamente del Eterno Padre, ni pretendemos interrumpir la marcha laboriosa de los servidores de buena voluntad, camino de las cimas de la vida. Apelamos tan sólo en el sentido de que cooperéis en los trabajos de socorro a los planos oscuros. Sois libres y disponéis de tiempo, en el desempeño de los deberes ennoblecedores a los que fuisteis llamados en nuestra colonia espiritual. Nada más razonable que el aprovechamiento de la oportunidad en la planificación de la elevación espiritual. Pero, en calidad de viejo cooperador de las tareas de auxilio, apelo a vuestro interés generalizado por los que están errantes en el “Valle de la sombra y de la muerte”, aguardando la posible limosna de vuestro tiempo, en favor de nuestros semejantes, confrontados ahora por situaciones menos felices, no en virtud de los designios divinos, sino en razón de su propia imprevisión. Sin embargo, ¿Quién de nosotros no descuidó la vigilancia algún día?

Hizo el orador una pausa más larga y continuó:

–De nuestros amigos encarnados no podemos esperar, de momento, una ayuda mayor y más eficiente en ese sentido. Presos en las redes sensoriales, progresan lentamente en el aprendizaje de las leyes que rigen la materia y la energía. Cuando son

invitados a visitar nuestros círculos de edificación, fuera del cuerpo físico, regresan asombrados por las visiones rápidas que les fue posible archivar y, al transmitir sus recuerdos a los contemporáneos, colorean el agua pura y simple de la verdad con sus “puntos de vista” y predilecciones personales en el terreno de la ciencia, de la filosofía y de la religión. Bernardin de Saint-Pierre¹, el escritor traído por amigos a planos vecinos a la corteza planetaria, vuelve a su medio de acción y traza aspectos que afirmó pertenecían al planeta Venus. Huygens², el astrónomo, recibe mentalmente algunas noticias de nuestras esferas de lucha y ensaya teorías referentes a la vida en otros mundos, afirmando que los procesos biológicos en los orbes distantes son absolutamente análogos a los de la Tierra. Teresa de Ávila³, la religiosa santificada, se transporta al paisaje de nuestro plano donde se lamentan almas que sufren, y regresa al cuerpo carnal, describiendo el infierno para sus oyentes y lectores. Swedenborg⁴, el gran médium, recorre algunos trechos de nuestras zonas de acción y pinta las costumbres de las “habitaciones astrales” como mejor le parece, imprimiendo a las narraciones las fuertes características de sus propias concepciones. Casi todos los que vieron momentáneamente nuestro campo de trabajo vuelven al plano físico, exhibiendo la experiencia de la que fueron objeto, pincelándola con la tinta de sus inclinaciones y estados psíquicos. Porque se encuentran profundamente arraigados al “suelo inferior” del propio “yo”, creen divisar otros mundos en situaciones iguales a la de la Tierra, nuestro maravilloso templo, cuyas dependencias no se restringen a la esfera de la Corteza sobre la cual los hombres de carne posan los pies. La Tierra es también nuestra gran madre, cuyos brazos acogedores se extienden más allá, por el espacio, ofreciéndonos otros campos de perfeccionamiento y redención.

Modificando la inflexión de voz, prosiguió:

—Sin embargo, las criaturas, atraviesan el breve período de existencia en el mundo carnal. La mayoría se queda en las estaciones expiatorias del rescate difícil y se confunde en las vibraciones perturbadoras del sufrimiento y del miedo. Hacen de la muerte una diosa siniestra. Presentan el fenómeno natural de la renovación con los más negros colores. Agarradas a las sensaciones del día a día, ignoran como dilatar la esperanza y transforman la separación provisional en una terrible noche de amargo adiós. Víctimas de la ignorancia en la que se complacen, se internan en las sombras, donde pierden toda la paz, convirtiéndose en presas delirantes de los infiernos de horror, creados por ellas mismas en los desvaríos pasionales. ¿Cómo esperar de ellas la colaboración precisa, con la extensión deseable, si, por la indiferencia hacia sus propios destinos, se sumergen diariamente en los ríos de tinieblas, desencanto y pavor? Unámonos por lo tanto, auxiliándoles, según los preceptos evangélicos, mostrándoles nuevos horizontes y aclarándoles los caminos evolutivos.

¹ Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814) fue un escritor y botánico francés. Se hizo popular por su novela *Paul et Virginie*, publicada en 1787 (nota del traductor).

² Christiaan Huygens (1629-1695) fue un astrónomo, físico y matemático holandés, nacido en La Haya (nota del traductor).

³ Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582) religiosa, doctora de la Iglesia Católica, mística y escritora española; fundadora de las carmelitas descalzas, rama de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo (o carmelitas). También es conocida por el nombre de santa Teresa de Jesús o simplemente santa Teresa de Ávila (nota del traductor).

⁴ Emanuel Swedenborg (1688-1772), científico, teólogo y filósofo sueco (nota del traductor).

Con los ojos brillantes y nublados de lágrimas, tal vez por la evocación de cuadros de las esferas sombrías, que no podíamos distinguir, Albano se mantuvo largos instantes en silencio, volviendo a decir en tono de súplica:

–¡Recordemos al Divino Maestro y no desdeñemos la honra de servir, no de acuerdo a nuestros caprichos personales, sino de conformidad con Sus designios y leyes. Hay campos inconmensurables de trabajo que aguardan nuestra cooperación fraternal y la siembra del bien producirá nuestra infinita felicidad!...

Habló conmovedoramente, por algunos minutos más, y, enseguida, invocó a las fuerzas divinas, arrancándonos lágrimas de intraducible alegría.

Rayos de claridad azul brillante llovieron en el recinto, proporcionándonos la respuesta del Plano Superior.

Transcurridos algunos momentos de meditación, Albano exhibió en un gran globo de sustancia lechosa, situado en la parte central del Templo, varias escenas vivas de su trabajo en las zonas inferiores. Se trataba de fotografías animadas, con la presentación de todos los sonidos y minucias anatómicas inherentes a las escenas observadas por él, en su ministerio de bondad cristiana.

Infelices desencarnados, que estaban en despeñaderos de dolor, imploraban piedad. Monstruos de variadas especies, desafiando las antiguas descripciones mitológicas, se encontraban, horripilantes, a los pies de las desventuradas víctimas.

Los paisajes, analizados de tan cerca, a través de un avanzado proceso de fijación de imágenes, no solo emocionaban, sino que infundían terror. En la intimidad de la masa lechosa, en la que eran lanzadas, adquirirían expresiones de vivacidad indescriptible. Aparecían lúgubres procesiones de seres humanos despojados del cuerpo, bajo cielos nublados y amenazadores, cortados por cataclismos de naturaleza magnética.

Por primera vez, contemplaba yo semejante demostración, sin disimular la emoción. ¿Adónde se dirigían aquellas filas inmensas de espíritus sufridores? ¿Cómo se mantendrían los grupos de almas desalentadas y semiinconscientes, que me era permitido divisar allí, ante mis ojos llenos de asombro, inmersas en pozos oscuros de lodo y padecimiento?

En un momento dado, la voz del instructor rompió el silencio. Ante una escena extremadamente dolorosa, exclamó con voz firme:

–Muchos de vosotros sabéis que tengo en esos centros expiatorios a los que fueron mis bien amados padres en la última experiencia vivida en la carne, prisioneros aún de recuerdos torturadores, no obstante, creed que no nos mueve ningún propósito egoísta en las tareas de auxilio, porque hemos aprendido con el Señor que nuestra familia se encuentra en todas partes.

Observé que nadie pronunció una palabra ante Albano en su testimonio de humildad. Muy conmovido a mi vez, ante la demostración de entendimiento evangélico a la que asistía, noté la mirada expresiva que el asistente Jerónimo me dirigió, al término del documental animado y sonoro y procuré alejar de mí la preocupación de saber algo acerca del drama particular del orientador, anulando mis impulsos inferiores de simple curiosidad.

Terminados los trabajos, que ocuparon poco más de dos horas, incluyendo el discurso instructivo, varios grupos eran presentados al instructor, por uno de los dirigentes del Templo.

Tuve la impresión que la asamblea en su aspecto casi integral estaba constituida por legítimos interesados en los trabajos espontáneos de ayuda al prójimo. Por los saludos y frases que emitían, percibí que se encontraban en el recinto grandes y pequeños conjuntos de servidores, en diversas misiones, con objetivos múltiples. Algunos se dedicaban al amparo de criminales desencarnados, otros al socorro de madres afligidas, alcanzadas inesperadamente por las renovaciones de la muerte, otros se interesaban por los ateos, por las conciencias encarceladas en el remordimiento, por los enfermos en la carne, por los agonizantes en la Tierra, por los dementes sin cuerpo físico, por los niños en dificultades en el plano invisible a los hombres, por las almas desanimadas y tristes, por los desequilibrados de todos los matices, por los misioneros perdidos o desviados, por las entidades unidas a las vísceras cadavéricas, por los trabajadores de la naturaleza, necesitados de inspiración y cariño.

Para todos, poseía el mentor una frase generosa de estímulo y admiración.

Al llegar nuestro turno, Jerónimo nos presentó gentilmente:

– Albano, aquí tenemos a tres compañeros que vendrán conmigo ahora, en misión de socorro.

–¡Muy bien! ¡Muy bien! –exclamó el interpelado– que el Divino Servidor les inspire.

Nos abrazó, con sencillez, y preguntó:

–¿Partís con algún objetivo?

–Sí –aclaró nuestro orientador–, debemos atender, en los próximos treinta días, a cinco dedicados colaboradores nuestros, que están prontos a desencarnar en la Tierra. Trabajaron, fieles en la causa del bien, y nuestras autoridades nos encargaron asistírlas.

–Preveo mucho éxito –comentó Albano, fijando en nosotros su mirada serena.

Revelando una espontánea alegría por las palabras oídas, Jerónimo añadió, con delicadeza:

–Confío en la dedicación de mis compañeros. Van conmigo un ex-sacerdote católico, una enfermera y un médico. Seremos cuatro siervos en acción activa.

–Comprendo –dijo el instructor.

–Vamos con autorización para efectuar experiencias, estudios y auxilios eventuales, de conformidad con las circunstancias, en vista del carácter de nuestro trabajo, que nos permitirá efectuar diversas observaciones.

Nos dirigió Albano una reconfortante sonrisa de optimismo y confianza, nos saludó, individualmente y, después de abrazar a nuestro mentor, exclamó:

–Que el Maestro os ilumine y conduzca.

Eran las palabras de despedida. Otro grupo de socorristas se aproximó a él y nos retiramos del Templo de la Paz, repletos del pensamiento saludable de servir a los semejantes en nombre de Dios.

Allá afuera, la noche maravillosa era una fiesta silenciosa, en la que el aroma de las flores convidaba para el banquete celeste de la luz.

II

EN EL SANTUARIO DE LA BENDICIÓN

En la víspera de la partida, el asistente Jerónimo nos condujo al Santuario de la Bendición, situado en la zona dedicada a los servicios de auxilio, donde, según nos aclaró, recibiríamos la palabra de mentores iluminados, habitantes de regiones más puras y más felices que la nuestra.

El orientador no deseaba partir sin una oración en el Santuario, lo que hacía habitualmente antes de entregarse a los trabajos de asistencia, bajo su directa responsabilidad.

Al atardecer, según el programa trazado, estábamos todos en un enorme salón, singularmente dispuesto, donde se destacaban grandes aparatos eléctricos al fondo, atrayendo nuestra atención.

La reducida asamblea era selecta y distinguida.

La administración de la casa no recibía más de veinte expedicionarios cada vez. En razón de esa norma, sólo tres grupos de socorro, listos a partir camino de los planos inferiores, aprovechaban la oportunidad.

Compañamos un total de veinte entidades. Un conjunto de doce, presidido por una hermana de aspecto venerable, de nombre Sempronia, que se consagraría al amparo de los asilos de niños desprotegidos, el grupo dirigido por Nicanor, un asistente muy culto y digno, que se dedicaría, por algún tiempo, a la colaboración en las tareas de asistencia a los locos de un antiguo hospicio, y nosotros, los compañeros encargados de auxiliar a algunos amigos en proceso de desencarnación.

El instructor Cornelio, director de la institución, atendido por un asesor, conversaba con nosotros, demostrando sencillez e hidalguía, magnanimidad y entendimiento.

—Desde sus inicios, en nuestra administración —explicaba— procuramos establecer el aprovechamiento máximo del tiempo. Para lograr esa situación, desde hace mucho no recibimos indiscriminadamente a los grupos de socorro. Reunimos a los conjuntos de servicio, de acuerdo con las situaciones a las que se destinan. En el día de recepción a los que van a prestar servicios en la Corteza, no atendemos a colaboradores encargados de operar exclusivamente en las zonas de desencarnados, como son las estaciones purgatorias y las que se clasifican como francamente tenebrosas. Hay que ordenar las palabras y seleccionarlas, creándose un campo favorable a nuestros propósitos de servicio. La conversación crea el ambiente y coopera en definitiva para el éxito o para la negación. Más allá de eso, como esta casa está consagrada al auxilio sublime de nuestros gobernantes que habitan en planos más altos, no sería justo distraer la atención y, sí, consolidar bases espirituales, con todas las energías a nuestro alcance, en el que puedan aquellos gobernantes lanzar los recursos que buscamos. Comprendiendo la extensión de las tareas por hacer y el respeto que debemos a aquellos que nos ayudan, somos del parecer que necesitamos sanar los viejos desequilibrios de las intrusiones verbales innecesarias y, muchas veces, perturbadoras y disolventes.

Mientras oíamos sus argumentos, encantados, calló por unos instantes y continuó:

–Además de eso, el profeta dijo, hace muchos siglos que “la palabra dicha a su tiempo es como una manzana de oro en un cesto de plata”⁵. Si estamos, por lo tanto, verdaderamente interesados en la elevación, debemos conocer exactamente el valor “tiempo”, definiendo cada cosa y situación en su propio lugar, para que la divina potencia de la palabra, sea en nuestras acciones el colaborador del Padre.

Sonreímos, satisfechos.

–Nada más razonable y constructivo –opinó Sempronia, la destacada orientadora que dirigiría por primera vez la expedición de socorro a los huérfanos encarnados.

El dirigente del Santuario, reconociendo quizás nuestra necesidad de esclarecimiento en cuanto al uso de la palabra, prosiguió:

–Es lamentable que se dé tan escasa atención, en la Tierra, al poder de la palabra, actualmente tan desmoralizada entre los hombres. En las más respetables instituciones del mundo carnal, según informes fidedignos de las autoridades que nos rigen, la mitad del tiempo se gasta inútilmente, a través de conversaciones ociosas e inoportunas. Eso, refiriéndonos solamente a las “más respetables”. No tienen en cuenta nuestros hermanos terrestres que la palabra crea imágenes vivas, que se desarrollan en el terreno mental al que son proyectadas, produciendo consecuencias buenas o malas, según su origen. Estas formas naturalmente viven y proliferan y, considerando la inferioridad de los deseos y aspiraciones de las criaturas humanas, semejantes creaciones temporales no se destinan sino a servicios destructores, a través de formidables pesares, aunque invisibles.

Se notaba claramente el interés que sus definiciones despertaban en los oyentes. Después de una pausa más larga, añadió:

–Toda conversación prepara acontecimientos de conformidad con su naturaleza. Dentro de las leyes vibratorias que nos rodean por todos lados, es una fuerza indirecta de extraño y vigoroso poder, induciendo siempre a los objetivos velados de quien asume su intención. Encargados de asumir la jefatura de esta casa, tenemos instrucciones de nuestros mayores para suprimir todos los comentarios tendentes a la creación de elementos adversos a los júbilos de la bendición Divina. Por eso, gracias al amor providencial de Jesús, hemos conseguido mantener un instituto en el que nuestros mentores de lo Más Alto se hacen sentir. La ausencia de cualquier palabra poco digna y la presencia continua de factores verbales edificantes facilitan la elaboración de fuerzas sutiles, en las que los orientadores divinos encuentran accesorios para adaptarse, de algún modo, a nuestras necesidades en la edificación común.

Hizo un gesto propio del narrador que se acuerda de un detalle importante e informó:

Al empezar nuestro modesto trabajo, experimentamos muchas reacciones. Se buscaba, entonces, el Santuario, sin ninguna preparación íntima. Nuestros amigos seguían repitiendo el escenario de la Tierra en el que los devotos buscan los templos, como los negociantes buscan los mercados. Debíamos administrar dones espirituales, como quien dirige un almacén de ventajas fáciles al personalismo inferior. Pero, desde

⁵ Proverbios. 25:11 (nota del traductor).

el primer día, amparados en la delegación de competencia que nos fue concedida, golpeamos a fondo el viejo hábito. Durante algunos días, invertimos tiempo, enseñando la debida reverencia al Señor, la necesidad de la limpieza interna del pensamiento y la abolición de la fea costumbre de intentar el soborno de la Divinidad con promesas falaces. Y cuando sentimos concienzudamente que las lecciones estaban terminadas, iniciamos la aplicación de medidas rectificadoras. Se instalaron registros vibratorios, señalando la naturaleza de las palabras en movimiento. Desde ahí fue muy fácil identificar a los infractores e impedirles la entrada en la Cámara de Iluminación, donde realizamos nuestras oraciones...

Observando, tal vez, que algunos de nosotros hacían ciertas consideraciones mentales, observó, sonriente:

–Creemos innecesaria cualquier alusión a la necesidad de mantener pensamientos limpios. Quien busque una casa especializada en bendecir, no puede albergar ideas de odio o maldición.

Comprendimos inmediatamente la finalidad de la enseñanza indirecta y delicada y nos callamos, prevenidos en cuanto a la necesidad de resguardar la mente contra las viejas sugerencias del mal.

Deseando facilitarnos las expansiones de alegría y cordialidad, Cornelio miró fijamente un gran reloj que presentaba simbólicamente, en el mostrador, la caprichosa forma de un ojo humano de grandes proporciones, en el que dos rayos luminosos indicaban las horas y los minutos, y habló, en tono fraternal:

–Tendremos hoy, según la notificación recibida hace varios días, la visita de un mensajero de alta jerarquía. Sin embargo, antes de ese acontecimiento excepcional, disponemos de algún tiempo. Considerando el homenaje de amor que debemos a los que nos orientan del Plano Superior, no conviene emitir nuestra invocación de bendiciones, ni antes ni después del horario establecido. Estad, pues, dispuestos, los cooperadores...

Y, fijando la mirada en los tres encargados del servicio, añadió:

–Mientras hablo particularmente con los jefes de las misiones, tenemos casi una hora para el intercambio de ideas constructivas.

Cornelio se dirigió, de modo confidencial, a nuestros orientadores y, fraccionados en pequeños grupos, entablamos conversaciones amigables.

Atendiendo a mi petición, el padre Hipólito, como le llamábamos en la intimidad, me presentó al asistente Barcelós, del grupo de servidores que se destinaba a la asistencia a los locos. Fue profesor en el plano físico y se interesaba cariñosamente por la Psiquiatría bajo un nuevo prisma.

Me acogió amablemente y, después de los primeros saludos, preguntó:

–¿Es la primera vez que interviene en una expedición socorrista?

–De hecho –dije– es la primera. He acompañado a diversas misiones de auxilio en la Tierra, pero en condición de estudiante, con reducidas posibilidades de cooperación. Pero, ahora, el asistente Jerónimo aceptó mi ayuda y aquí estoy dispuesto.

Me dirigió una mirada, en la que revelaba satisfacción y sorpresa, y comentó:

–El trabajo siempre beneficia.

Interesado en sus informes y esclarecimientos dije, humildemente:

–Siguiendo expediciones de socorro, como aprendiz, tuve ocasión de visitar, en más de una ocasión, dos antiguos y grandes sanatorios psiquiátricos de nuestro país y observé, de cerca, la extensión de los servicios reservados a los siervos de buena voluntad, en esas casas de purificación y dolor. Las actividades de asistencia, son allí, a mi modo de ver, de las más meritorias.

–Innegablemente –convino él–, la locura es un campo doloroso de redención humana. Tengo motivos particulares para dedicarme a ese sector de la medicina espiritual y le aseguro que difícilmente encontraríamos en otra parte tantos dramas angustiosos y problemas tan complejos.

–¿Y ha obtenido muchos resultados con su esfuerzo? –pregunté, con curiosidad.

–Sí, vengo archivando conclusiones interesantes en ese sentido, y estimo que, con excepción de rarísimos casos, todas las anomalías de orden mental, derivan de los desequilibrios del alma. Estamos lejos de contar todavía con el número suficiente de servidores entrenados para socorrer eficazmente a los encarcelados en la cadena de las obsesiones terribles y amargas. Es tan grande la cantidad de enfermos en ese particular, que no tenemos otro recurso más allá de la resignación. Continuamos, de esa forma, atendiendo superficialmente y esperando, por encima de todo, la Providencia Divina. En los casos de persecución sistemática de las entidades vengativas y crueles del plano inaccesible a las percepciones del hombre terrestre, tenemos, invariablemente, una tragedia iniciada en el presente con la imprevisión de los interesados o que viene del pretérito próximo o remoto, a través de pesados compromisos. Si los psiquiatras modernos descubriesen el secreto de semejantes hechos, iniciarían la aplicación de una nueva terapéutica basada en los sentimientos cristianos, antes de cualquier otra terapia.

Recordé los servicios de asistencia a los obsesionados, que había observado atentamente, y dije:

–Examiné algunos casos torturantes de obsesión y posesión que me impresionaron, sobremanera, por la casi completa unión mental entre los verdugos y las víctimas.

Barcelós esbozó un significativo gesto y añadió:

–Es la terrible historia viva de los crímenes cometidos, en secuencia permanente. Los cómplices y personajes de esos dramas silenciosos y muchas veces ignorados por otros hombres, antecediendo a las comparsas en el camino de la muerte, vuelven, amedrentados, a la convivencia con los suyos, vistas las siniestras consecuencias con que se enfrentan más allá del sepulcro... Se agarran instintivamente a la organización magnética de los compañeros encarnados aún en la corteza, viciando sus centros de fuerza, relajando sus nervios y acelerando el proceso de extinción del tono vital, porque tienen sed de las mismas compañías junto a las cuales se lanzaron en pleno abismo. Exhiben siempre cuadros tristes y oscuros, donde se destaca la piedad de muchas almas redimidas que vuelven de lo Alto en compasivos gestos de intercesión y socorro urgente.

Imprimió a las consideraciones una ligera pausa y prosiguió:

—Pero, observo, especialmente en la actualidad, otra faceta de este tema. Antes de mi vuelta al plano espiritual, hambriento de nuevas informaciones referentes al psiquismo de la personalidad humana, examiné, atento, la doctrina de Freud. Impresionado con las variaciones psicológicas de los caracteres juveniles, bajo mi observación directa, y apasionado por la solución de los profundos enigmas que envuelven a la criatura terrestre, encontré en el psicoanálisis un mundo nuevo. Sin embargo, por más que yo estudiase la prodigiosa colección de los efectos, jamás alcancé la tranquilidad completa en la investigación de las causas, en el círculo de los fenómenos en examen. Discípulo espontáneo y distante del eminente profesor de Friburgo, solamente aquí pude reconocer los hilos que le faltan al sistema explicativo de los orígenes de psicosis y desequilibrios diversos. Los “complejos de inferioridad”, “la represión”, la “libido”, las “inmersiones del subconsciente” no constituyen factores adquiridos en el corto espacio de una existencia terrestre y, sí, característicos de la personalidad proveniente de las experiencias pasadas. El subconsciente es, de hecho, el almacén dilatado de nuestros recuerdos, y la reserva de las emociones y deseos, impulsos y tendencias que no se proyectaron en las realizaciones inmediatas; no obstante, se extiende mucho más allá de la zona limitada de tiempo en que se mueve un cuerpo físico. Representa la estratificación de todas las luchas con las adquisiciones mentales y emotivas que les fueron consecuentes, después de la utilización de varios cuerpos. Pues, faltan, a las teorías de Segismundo Freud y sus sucesores la noción de los principios de la reencarnación y el conocimiento de la verdadera localización de los disturbios nerviosos, cuyo inicio es muy raro que se verifique en el campo biológico normal, sino en el cuerpo periespiritual preexistente, portador de serias perturbaciones congénitas, en virtud de las deficiencias de naturaleza moral, cultivadas con desvariado apego por el reencarnante en las existencias transcurridas. Las psicosis del sexo, las tendencias innatas a la delincuencia, tan bien estudiadas por Lombroso, los deseos extravagantes, la excentricidad, muchas veces lamentable y peligrosa, representan modalidades del patrimonio espiritual de los enfermos, patrimonio que resurge, de muy lejos, en virtud de la ignorancia o del posicionamiento voluntario de la personalidad en círculos inarmónicos.

Se estableció, entre nosotros, una pausa, que aproveché, atentamente, organizando mis pensamientos sobre el asunto, considerando los argumentos constructivos que el asistente había enumerado, en beneficio de mi propia iluminación.

Recordé mis escasos conocimientos de la doctrina freudiana y volví mentalmente al consultorio, donde, muchas veces, venían amigos atacados de extrañas y desconocidas enfermedades mentales, a buscar ayuda de mis pobres nociones de medicina, a pesar de mi falta de especialización en tal sentido. Eran maníacos, histéricos y esquizofrénicos de variados matices, en cuyos cerebros aún existía bastante luz para la peregrinación a través de los libros científicos. Habían devorado las enseñanzas de Freud; pero, si las teorías eran valiosas por los elementos de análisis, no ofrecían socorro alguno que fuera substancial y efectivo al enfermo. Descubrían la herida sin traer un bálsamo curativo. Indicaban el quiste doloroso, pero se sustraían al bisturí de la intervención benéfica. Por eso mismo las explicaciones de Barcelós, si fueran aprovechadas por médicos cristianos en la corteza planetaria, podrían completar el trabajo benemérito que la tesis freudiana llevó a los círculos académicos. Pero, antes de formular nuevas consideraciones íntimas, dijo:

–Tengo mi responsabilidad junto a los desequilibrados mentales; sin embargo, mi mayor esfuerzo últimamente, se desarrolla en la región donde se inspira a los médicos humanitarios, para que los candidatos involuntarios a la perturbación sean auxiliados a tiempo. Después de verificar la locura propiamente dicha, en la mayoría de los casos terminó el proceso de desarmonía psíquica. Es muy difícil, restaurar perfectamente a los alienados con ficha reconocida, aunque sea incesante nuestra batalla por el restablecimiento integral de un posible porcentaje de enfermos. Antes del desequilibrio completo, hubo un enorme período en que la ayuda del psiquiatra podría haber sido providencial y eficiente. ¿No será, por lo tanto, un gran trabajo orientar de manera indirecta, al médico bien intencionado, para que auxilie al probable alienado a tiempo, empleando la palabra reconfortante y el cariño restaurador? Un incalculable número de personas permanece en el plano físico, intentando la solución de los profundos problemas relativos al propio ser. Relacionando las conclusiones de los tratadistas humanos, cuyos puntos de vista divergen en los pormenores, tenemos, en la esfera de perfeccionamiento terrestre, cinco clases de psicosis: las de naturaleza paranoica, perversa, mitomaníaca, ciclotímica e híper-emotiva, englobando, respectivamente, la manía de las persecuciones y el delirio de grandezas, los desequilibrios y flaquezas de orden moral, la histeria y la mitomanía, los ataques melancólicos y las fobias y crisis de angustia.

El interlocutor sonrió, hizo una pausa y continuó:

–Esta es la definición científica de nuestros amigos que, como nosotros antiguamente, sólo poseen el recurso de diagnosticar y analizar en el cuerpo físico. Los arabescos de oro sobre la arena del Sahara no harían el desierto menos árido. Así pasa con la terminología brillante sobre el cuadro oscuro del sufrimiento. Necesitamos divulgar en el mundo el concepto moralizador de la personalidad congénita, en proceso de mejoría gradual, esparciendo enunciados nuevos que atraviesen la zona de raciocinios falibles del hombre y penetren en su corazón, restaurando su esperanza en el futuro eterno y reforzando el ser en sus bases esenciales. Las nociones sobre la reencarnación renovarían el paisaje de la vida en la corteza de la Tierra, proporcionando a la criatura no solamente las armas con las que debe pelear, contra los estados inferiores de sí mismo, sino también, el remedio eficiente y saludable. Hace muchos siglos, afirmó Plotino⁶ que toda la antigüedad aceptaba como cierta la doctrina de que, si el alma comete faltas, está obligada a expiarlas, padeciendo en las regiones tenebrosas, regresando, enseguida, a otros cuerpos, para reiniciar sus pruebas. Falta, de ese modo, lamentablemente a nuestros compañeros de la humanidad el conocimiento de la transitoriedad del cuerpo físico y de la eternidad de la vida, del débito contraído y del rescate necesario, en experiencias y recapitulaciones diversas.

Barcelós se calló, por unos instantes, mientras yo sopesaba la extensión de su competencia. Tenía el título de asistente con justificada razón, porque no era un simple hermano con la tarea de auxiliar, sino un profundo especialista en el asunto al que se había dedicado, con fervor. Su conversación valía por un curso rápido de Psiquiatría bajo un nuevo aspecto, que debía aprovechar, en beneficio propio, para las tareas marginales del servicio común.

Deseando expresar mi admiración y gozo, comenté, reconocido:

⁶ Plotino (205-270 d. C.), filósofo griego neoplatónico autor de las Enéadas (nota del traductor).

–Oyendo sus consideraciones, reconozco que el misionero del bien, donde se encuentre, es siempre un sembrador de luz.

Pero, él pareció no oír mi referencia elogiosa y prosiguió en otro tono, después de una larga pausa:

–Amigo mío, usted examinó algunos casos de obsesión entre entidades invisibles y pacientes encarnados, impresionándose con la imantación mental entre ellos. Pisamos ahora otro suelo. Nos referimos a las necesidades de esclarecimiento de los hombres, delante de sus propios compañeros de plano evolutivo. En el círculo de los recuerdos imprecisos, que se traducen por simpatía y antipatía, vemos el paisaje de las obsesiones transferida al campo carnal, donde, en obediencia a los recuerdos vagos e innatos, los hombres y las mujeres, unidos unos a otros por lazos de consanguinidad o de compromisos morales, se transforman en perseguidores y verdugos inconscientes entre sí. Los antagonismos domésticos, los temperamentos aparentemente irreconciliables entre padres e hijos, esposos y esposas, parientes y hermanos, son consecuencia de los choques sucesivos del subconsciente, conducido a recapitulaciones rectificadoras del pasado distante. Congregados, de nuevo, en la lucha expiatoria o reparadora, los personajes de los dramas, que se fueron, pasan a sentir y a ver, en la pantalla mental, dentro de sí mismos, situaciones complicadas y escabrosas de otra época, a pesar de los contornos oscuros de los recuerdos, cargando consigo fardos pesados de incompreensión, actualmente definidos como “complejos de inferioridad”. Identificando en sí cuestiones y situaciones íntimas, incapaces de ser comprendidos por los demás, el espíritu reencarnado que adquiere recuerdos del propio pasado, sin ninguna precisión, se hace candidato inevitable a la locura. Y en esa categoría, amigo mío, tenemos en la corteza planetaria un porcentaje cada vez mayor de posibles alienados, que requieren la ayuda de psiquiatras y neurólogos⁷, que, a su vez, se mantienen en posiciones opuestas a la verdad, presos a los conceptos académicos y a las rígidas convenciones de los preceptos oficiales. Esos, en particular, son los pacientes que interesan, más de cerca, a mis estudios personales. Son las víctimas anónimas de la ignorancia del mundo, los desafortunados absolutamente desentendidos que, de locos incipientes, siguen, poco a poco, camino del hospicio o del lecho de enfermedades ignoradas, tan sólo porque les falta el agua viva de la comprensión y la luz mental que les revelen la senda de la paciencia y de la tolerancia, en favor de su propia redención.

–¿Y son muchos esos casos angustiosos? –pregunté, por falta de argumentos a la altura de las consideraciones oídas.

El asistente sonrió y comentó:

–¡Oh! Amigo mío, la extensión del sufrimiento humano, en ese sentido, se confunde también con el infinito.

Barcelós iba a proseguir, pero repicó, sonora, una campanilla, que nos convocaba para los preparativos de la oración. Atendimos la llamada.

⁷ Tengamos en cuenta que, en la época en que desencarnó André Luiz, e incluso en la que se psicografió esta obra, el trabajo de la Psicología y los psicólogos todavía no estaba considerado universalmente, por eso se remite a la Medicina, la Psiquiatría y los neurólogos, sin citar los avances de la Psicología moderna.

III

EL SUBLIME VISITANTE

Reunidos en un pequeño salón iluminado, observé que la atmósfera permanecía impregnada de un suave perfume.

Cornelio nos recomendó una oración fervorosa y mantener pureza de pensamientos. Tomándonos la delantera, el instructor se paró frente a una reducida cámara construida con una sustancia análoga al vidrio puro y transparente.

La miré atentamente. Se trataba de un gabinete cristalino, en cuyo interior cabían perfectamente dos o tres personas.

Vestido con una túnica muy blanca, el director de la casa extendió la mano en nuestra dirección y exclamó con grave entonación:

–Los emisarios de la Providencia no deben sembrar la luz sin provecho, constituiría para nosotros una grave falta recibir, en vano, la gracia Divina. Colocándose a nuestro encuentro, los mensajeros del Padre ejercitan el sacrificio y la abnegación, sufren los choques vibratorios de nuestros planos más bajos, vuelven a tomar la forma que desde hace mucho abandonaron, se hacen humildes como nosotros, y, para que nos hagamos tan elevados como ellos, se dignan ignorar nuestras flaquezas, para hacernos partícipes de sus gloriosas experiencias...

Interrumpió el curso de las palabras, nos miró en silencio y prosiguió en otro tono:

–Comprendemos que, allá afuera, ante los lazos morales que aún nos amarran al plano físico, es casi inevitable la recepción de las reminiscencias del pasado, a distancia. El recuerdo tañe las cuerdas de la sensibilidad y nos sintonizamos con el pasado inferior. Sin embargo, aquí, en el santuario de la bendición, es imprescindible observar una actitud firme de serenidad y respeto. El ambiente ofrece bases para la emisión de energías puras y, por esa razón, somos responsables por emitir cualquier pequeña desarmonía en el trabajo a realizar. ¡Formulemos, pues, los más altos pensamientos a nuestro alcance, relativos a la veneración que debemos al Padre Altísimo!...

Para otra clase de observadores, el instructor Cornelio podría parecer excesivamente metódico y riguroso, pero no para nosotros, que sentíamos su profunda sinceridad y amor a las cosas santas.

Después de un largo intervalo, destinado a nuestra preparación mental, volvió a decirnos, sin afectación:

–Proyectemos nuestras fuerzas mentales sobre la pantalla cristalina. El cuadro a formarse será un paisaje simbólico, en el que aguas mansas, personificando la paz, alimentan a un vigoroso árbol, que representa la vida. Asumiré la responsabilidad de la creación del tronco, mientras los jefes de las misiones entrelazarán energías creadoras fijando el lago tranquilo.

Y dirigiéndose especialmente a nosotros, los colaboradores más humildes, añadió:

–Ustedes formarán la vestidura del árbol y la vegetación que rodeará las aguas serenas, así como las características del trecho de firmamento que deberá cubrir la pintura mental.

Después de una ligera pausa, concluyó:

–Este es el cuadro que ofreceremos al visitante excepcional que nos hablará en breves minutos. Atendamos a las señales.

Dos auxiliares se apostaron al lado de la pequeña cámara, en posición de servicio, y, al acorde de un armonioso aviso, nos pusimos todos en concentración profunda, emitiendo el potencial de nuestras fuerzas más íntimas.

Sentí, bajo la presión del propio esfuerzo, que mi mente se dislocaba en dirección al gabinete de cristal, donde creí entrar, colocando porciones de hierba junto al diseño del lago que debería surgir... Utilizando las vigorosas energías de la imaginación, recordé la especie de planta que deseaba en aquella creación temporal, trayéndola del pasado terrestre hacia aquella hora sublime. Estructuré todos los detalles de las raíces, hojas y flores, y trabajé, intensamente, en la intimidad de mi mismo, reviviendo el recuerdo y fijándole en el cuadro, con toda la fidelidad posible...

A la señal de interrupción volví a la postura natural de quien observa, con el fin de examinar los resultados de la experiencia, y contemplé, ¡oh, maravilla!... El gabinete estaba profundamente transformado. Aguas de indescriptible belleza y admirable azul celeste reflejaban un pedazo del firmamento, bañando las raíces del venerable árbol, cuyo tronco hablaba, en silencio, de su propia grandiosidad. Miniaturas prodigiosas de cúmulos y nimbos se estacionaban en el cielo, pareciendo estar muy lejos de nosotros... Sin embargo, las orillas del lago, parecían casi desnudas y las ramas del tronco se presentaban escasamente vestidas.

El instructor, rápidamente, tomó de nuevo la palabra y se dirigió a nosotros con firmeza:

–¡Amigos míos, vuestra parte no se acabó correctamente. Prestad atención a los detalles incompletos y exteriorizad vuestro poder dentro de la eficiencia necesaria! Todavía tenéis quince minutos para terminar la obra.

Entendimos, sin mayores explicaciones, lo que deseaba decir y nos concentramos, de nuevo, para consolidar los detalles con los que debería revestirse el paisaje.

Procuré imprimir más energía a mi creación mental y, con mayor presteza, busqué colocar las pequeñas flores en el humilde ramaje, recordando mis funciones de jardinero, en el amado hogar que había dejado en la Tierra. Oré, pedí a Jesús que me enseñase a cumplir el deber de los que deseaban la bendición de Su divino amor en aquel santuario y, cuando la notificación sonó nuevamente, confieso que lloré.

El diseño vivo de la gramínea que mi esposa y mis pequeños hijos tanto habían estimado, en mi compañía en el mundo, adornaba las márgenes, con un verde maravilloso, y las mimosas flores azules, parecidas a las raspillas silvestres, surgían abundantes...

El árbol se había cubierto de abundante follaje y la vegetación de singular hermosura completaba el cuadro, que me pareció digno de un primoroso artista de la Tierra.

Cornelio sonrió, dando muestras de gran satisfacción, y ordenó que los dos auxiliares conservasen la mano unida al gabinete. Desde ese momento, como si se hubiese puesto en acción una operación magnética desconocida, nuestra pintura colectiva comenzó a dar señales de vitalidad temporal. Algo leve e imponderable, semejante a un cariñoso soplo de la naturaleza, agitó suavemente al árbol respetable, balanceando los arbustos y la minúscula hierba, que se reflejaban en las aguas muy azules, dulcemente encrespadas, cada vez más...

Mi gramínea estaba, ahora, tan viva y tan bella que el pensamiento de angustiosa nostalgia de mi antiguo hogar amenazó, de repente, mi corazón aún frágil. ¿No eran aquellas las flores menudas que mi esposa colocaba, diariamente, en el solitario cuarto de estudio? ¿No eran las mismas que formaban los delicados ramos que mis hijos nos ofrecían los domingos por la mañana? Fuertes recuerdos absorbieron mi ser, oprimiéndome inesperadamente el alma, y yo me preguntaba a mí mismo por qué misterio el espíritu enriquecido de observaciones y valores nuevos, respirando en campos más altos de la inteligencia, tiene necesidad de volver al pequeño círculo del corazón, como bosque imponente que no prescinde de la sencilla y reducida gota de agua para saciar la sed a sus raíces... Sentí el deseo mal disfrazado de arrebatarnos obligatoriamente de la Tierra, transportándonos junto a mí, deseoso de reunirlos, a mi lado, en nuevo nido, sin separación ni muerte, y hacerles experimentar los júbilos de la vida eterna... Mis lágrimas estaban prestas a caer. Sin embargo, bastó una mirada de Jerónimo para que reajustar mi ánimo...

Arrojé lejos de mí toda idea angustiosa y conseguí recuperar la posición del colaborador en las acciones del momento.

Cornelio, de pie, ante el paisaje vivo, mientras nos manteníamos sentados, extendió los brazos en dirección a lo Alto y suplicó:

—¡Padre de la creación infinita, permite una vez más, por misericordia, que Tus mensajeros excelsos sean portadores de Tu inspiración celeste para esta casa consagrada a los júbilos de Tu bendición!... Señor, fuente de toda la sabiduría, disipa las sombras que aún persisten en nuestros corazones, impidiéndonos la gloriosa visión del porvenir que nos reservaste; haz vibrar, entre nosotros, el pensamiento augusto y soberano de la confianza sin mezcla y déjanos percibir la corriente benéfica de Tu bondad infinita, que nos lava la mente mal despierta y aún contaminada por oscuros recuerdos del mundo carnal!... ¡Ayúdanos a recibir dignamente a Tus dedicados emisarios!...

Focalizando la mente en nuestros trabajos, el instructor prosiguió, en otra inflexión de voz:

—¡Sobre todo, oh Padre! ¡Bendice a Tus hijos que parten camino de los planos inferiores, sembrando el bien. Reparte en ellos, humildes representantes de Tu grandeza, Tus dones de infinito amor y de inagotable sabiduría, para que se cumplan Tus sagrados designios... Pero, por encima, de todas las concesiones, proporcionales algo de Tu divina tolerancia, de Tu complacencia sublime, de Tu ilimitada comprensión, para que satisfagan, sin desesperación y sin desánimo, los deberes fraternales que les corresponden, ante los que ignoran aún Tus leyes y sufren las consecuencias de los desvíos crueles!...

Se calló el orientador del Santuario y, dentro de la imponente quietud de la cámara, vimos que el paisaje, formado de substancia mental, comenzó a iluminarse, inexplicablemente, en sus mínimos contornos.

Parecía que un sol reducido surgiría a nuestra vista bajo la pieza de cielo, en el singular cuadro. Rayos brillantes penetraban el fondo esmeralda y venían a reflejarse en las aguas.

Cornelio, con las manos erguidas hacia arriba, pero sin nada que semejase un ritual, en vista de la sencillez espontánea de sus gestos, exclamó:

—¡Bienvenido sea el portador de Nuestro Padre Amantísimo!

En ese instante, bajo nuestros ojos atónitos, alguien apareció en el gabinete, entre la vegetación y el cielo. Parecía un sacerdote de un culto desconocido, con una túnica de lirios. Con un rostro simpático de anciano, se presentaba rodeado de una luz indescriptible y su mirada nos mantenía extasiados y presos, en una mezcla de veneración y encantamiento, sin que nos fuese posible cualquier fuga mental de su sublime presencia.

Se le veía solo la parte superior, y me parecía que sus miembros inferiores se ocultaban naturalmente en el abundante follaje. Sus brazos y manos se revelaban con todos los detalles anatómicos, porque con la diestra nos bendecía en un gesto amplio, manteniendo en la otra mano un pequeño rollo de pergaminos brillantes, dejándonos percibir un dorado cordón atado a la cintura.

Visiblemente sensibilizado, el director de la casa le saludó por su nombre:

—¡Bienvenido, venerable Asclepios!

El emisario, con voz clara y seductora, nos deseó la Paz de Cristo y, enseguida, nos dirigió la palabra en un tono inexpressable en el lenguaje humano (me abstengo aquí de cualquier traducción incompleta e imperfecta, atendiendo a imperativos de conciencia).

Le oímos presos de una infinita emoción, sin que ninguno de nosotros contuviese las lágrimas. El verbo del admirable mensajero que llegaba de los planos superiores, trayéndonos la bendición divina, nos caía en el alma de modo intraducible y nos despertaba el espíritu eterno para la infinita gloria de Dios y de la Vida Inmortal.

No conseguiría describir lo que pasaba dentro de mí. Jamás había escuchado a alguien con aquel misterioso y fascinante poder magnético de fijación de las enseñanzas de las que se hizo emisario.

Al bendecirnos, al término de la maravillosa alocución, irradiaban de su diestra muy blanca pequeños focos de luz, en forma de minúsculas estrellas que se proyectaban sobre nosotros, invadiéndonos el tórax y la frente y haciéndonos experimentar el júbilo inenarrable de quien sorbe, feliz, vigorosos y renovadores alientos de la vida.

Hubiéramos querido prolongar, indefinidamente, aquellos minutos divinos, pero todo hacía creer que el mensajero estaba presto a despedirse.

Sin embargo, interpretando el pensamiento de la mayoría, Cornelio le dirigió la palabra y preguntó, humildemente, si los hermanos presentes podrían hacerle algunas preguntas.

El mensajero celeste asintió, sonriendo, en un gesto silencioso, dándome la impresión que aguardaba semejante pedido.

La hermana Sempronia, que dirigía por primera vez un grupo de socorro al servicio de amparo a los huérfanos, fue la primera en consultarle:

–Venerable amigo –dijo con transparente sinceridad– tenemos algunas cooperadores en la Tierra que esperan de nosotros una palabra de orden y estímulo para proseguir en los servicios a los que se dedicaron fielmente de corazón. Desde hace mucho tiempo, experimentan persecuciones declaradas y toleran el sarcasmo continuo de adversarios gratuitos que hieren su espíritu sensible, atacando sus mejores esfuerzos, a través de infinitas maldades. Innegablemente, no ceden ante los fantasmas de la sombra y movilizan las energías en el trabajo de resistencia cristiana... Ejerciendo funciones de colaboradora, en esta expedición de socorro que ahora dirijo por primera vez, conozco, de cerca, la dedicación que nuestras amigas testimonian en la obra sublime del bien, pero no ignoro que padecen, heroicas y leales, hace casi treinta años sucesivos, ante el asedio de enemigos implacables y crueles.

Después de un corto silencio, que nadie se atrevió a interrumpir, la consultante concluyó, preguntando:

–¿Qué debemos decirles, respetable amigo? ¿Con qué palabras esclarecedoras y reconfortantes mantendremos su ánimo en tan larga batalla? Con el alma vuelta hacia nuestro deber, aguardamos de vuestra generosidad el consejo oportuno.

Vimos, entonces, lo inesperado. El mensajero oyó, paciente y bondadoso, revelando gran interés y cariño en su expresión y, después que Sempronia dio por terminada la consulta, retiró una hoja entre los pergaminos muy blancos que traía, de modo intencional, y la abrió a nuestra vista, leyendo todos nosotros el versículo cuarenta y cuatro del capítulo cinco del Evangelio del apóstol Mateo:

–“Pero, yo, os digo –amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian”.

El proceso de esclarecimiento e información no podía ser más directo, ni más educativo.

Transcurridos algunos instantes, Sempronia exclamó, humildemente:

–¡Comprendo, venerable amigo!

El emisario, sin ninguna afectación de los que enseñan por amor propio, comentó:

–Los adversarios, cuando son bien comprendidos y recibidos, cristianamente, constituyen un valioso auxilio en nuestra jornada hacia la Unión Divina.

La síntesis verbal condensaba explicaciones que solamente serían objeto de largos discursos.

A mi modo de ver, no obstante la belleza y la edificación de la enseñanza recogida, el método no recomendaba que manifestásemos preguntas por nuestra parte, pero el hermano Raimundo, del grupo socorrista dedicado a la asistencia a los locos, tomó la iniciativa y preguntó:

–Tolerante amigo, ¿qué hacer ante las dificultades que afrontamos en los servicios adyacentes a nuestra tarea? Además de la dedicación a nuestros deberes, junto a los desequilibrados mentales de la corteza terrestre, vengo asistiendo a un grupo de hermanos encarnados que no están interpretando las obligaciones evangélicas como debían. Nos convocan a la colaboración espiritual, pronunciando bellas palabras, pero en el terreno práctico se alejan de todas las actitudes verbales de la creencia consoladora. Aprecian las discusiones injuriosas, fomentan el sectarismo, dan gran aprecio al individualismo inferior que no tiene en cuenta el esfuerzo ajeno, por más noble que éste sea. Casi siempre, se entregan a riñas interminables y pierden el tiempo estudiando cómo hacer valer las limitaciones que les son propias. Por más que le enseñemos la humildad, recurriendo, no a nosotros, sino al ejemplo eterno de Cristo, más se convierten en críticos sin piedad, no solamente unos de los otros, sino de sectores y situaciones, personas y cosas que no les interesan, incentivando la malicia y la discordia, los celos y la negligencia espiritual. No obstante, se reúnen metódicamente y nos llaman a la cooperación en sus trabajos. ¿Qué hacer, respetable orientador, para evitar mayores perturbaciones?

El mensajero esperó que acabase y, enseguida, muy tranquilo, repitió la operación anterior, y tuvimos, ante nuestros ojos, otro pergamino, con la inscripción del versículo once, del capítulo seis, de la primera epístola del Apóstol Pablo a Timoteo:

–“Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre”.

Permaneció Raimundo a la expectativa, por lo que creímos que no había interpretado la advertencia como debía, pero la explicación sintética del visitante no se hizo esperar:

–El discípulo que sigue las virtudes del Maestro, aplicándolas a sí mismo, huye de las inutilidades del plano exterior, acogiéndose al santuario de sí mismo, y auxilia a nuestros hermanos imprevisores y perturbados, coléricos e ingratos, sin contaminarse.

Registrando las palabras sabias de Asclépios, Raimundo pareció despertar hacia la verdad y murmuró, algo desilusionado:

–Aprovecharé la lección.

Un nuevo silencio se verificó entre nosotros.

Pero, la hermana Luciana, que integraba nuestro pequeño grupo, tomó la palabra y preguntó:

–Esclarecido mentor, esta es la primera vez que voy a la corteza en tarea definida de socorro. ¿Podéis proporcionarme, por favor, la orientación que necesito?

El emisario, que parecía traer respuestas bíblicas preparadas de antemano, desdobló una nueva hoja y leímos, admirados, el versículo nueve del capítulo cuatro de la primera epístola del Apóstol de los gentiles a los Tesalonicenses:

–“Sobre la caridad fraternal, no necesitáis que os escriba, porque vosotros mismos estáis instruidos por Dios, que os améis unos a otros”.

Algo confundida, Luciana observó, reverente:

–Comprendo, comprendo...

–El Evangelio aplicado –comentó el mensajero, delicadamente– nos enseña a improvisar los recursos del bien, en las situaciones más difíciles.

Se hizo, de nuevo, una extrema quietud en la cámara. Tal vez por nuestro pésimo hábito de largas conversaciones sin provecho, adquirido en la corteza planetaria, no encontrábamos gran encanto en aquellas respuestas francas y directas, sin cualquier lisonja a nuestro personalismo dominante.

Pasaron unos instantes pesados, cuando observamos la gentileza y la sensibilidad del director del santuario de la Bendición. Notando que Semprónia, Raimundo y Luciana eran el blanco de nuestra indiscreta curiosidad, Cornelio preguntó a Asclépios como si fuera un simple aprendiz:

–¿Qué hacer para conservar alegría en el trabajo, perseverancia en el bien y consagración a la verdad?

El mensajero le contempló, con una sonrisa de aprobación y simpatía, identificando el acto de amor fraternal y desenrolló un nuevo pergamino, en el que se leía el versículo diez y seis del capítulo cinco de la primera carta de Paulo a los tesalonicenses:

–“Regocijaos siempre”

Y enseguida, habló, jovial:

–La confianza en el Poder Divino es la base del júbilo cristiano, que jamás deberemos perder.

El Instructor Cornelio meditó algunos momentos y rogó, con humildad:

–¡Enseñanos siempre, venerable hermano!...

Transcurrieron algunos minutos sin que los demás utilizasen la palabra. Haciendo mención de despedirse el sublime visitante comentó, afable:

–En la medida en que nos integramos en las propias responsabilidades, comprendemos que la sugestión directa en las dificultades y realizaciones del camino se debe buscar con el Supremo Orientador de la Tierra. Cada espíritu, heredero e hijo del Padre Altísimo, es un mundo de por sí, con sus leyes y características propias. Sólo el Maestro tiene bastante poder para trazar directrices individuales a los discípulos.

Inmediatamente después, nos bendijo, cariñoso, deseándonos buen ánimo.

Reconfortados y felices, vimos al mensajero apartarse, dejándonos envueltos en una onda de oloroso e inexplicable perfume.

Ambos auxiliares, que se mantenían en sus puestos, retiraron las manos del gabinete y, después de efectuar varias operaciones magnéticas, desapareció la pintura mental, volviendo la pieza de cristal a su aspecto primitivo.

Volviendo a la libre conversación, grandes preguntas acudían a mi cerebro. No me contuve. Con el permiso de Jerónimo, y como líder de compañeros tan curiosos e investigadores como yo mismo, me acerqué a Cornelio y le hice una gran cantidad de preguntas. Me comentó amablemente:

–Asclépios pertenece a las comunidades redimidas del Plano de los Inmortales, en las regiones más elevadas de la zona espiritual de la Tierra. Vive muy por encima de nuestras nociones de forma, en condiciones inapreciables a nuestro concepto actual de

la vida. Ya perdió todo contacto directo con la corteza terrestre y sólo podría hacerse sentir, por allá, a través de enviados y misioneros de gran poder. Es apreciable su sacrificio, viniendo hasta nosotros, no obstante la mejoría de nuestra posición, en relación a los hombres encarnados. Viene aquí muy raramente. Sin embargo, algunas veces, otros mentores de la misma categoría nos visitan por piedad fraternal.

–¿No podríamos, a nuestra vez, alcanzar el plano de Asclépios, con el fin de conocer su grandeza y sublimidad? –pregunté.

–Muchos compañeros nuestros –nos aseguró el instructor– por méritos naturales en el trabajo, alcanzan la posibilidad de ascender, no sólo a las esferas superiores del Planeta que nos sirve de morada, sino también a los círculos de otros mundos...

Sonrió y añadió:

–Sin embargo, no debemos olvidar que la mayoría efectúa esa ascensión solamente en calidad de viajeros, en proceso estimulante del esfuerzo personal, como lo hacen los jóvenes estudiantes pasando rápidamente por los institutos técnicos y administrativos de las grandes naciones. Son aún raros los hijos del planeta en condiciones de representarle dignamente en otros orbes y círculos de vida de nuestro sistema.

No me dejé impresionar y proseguí preguntando.

–¿Pero Asclépios, no reencarnará más en la Tierra? El instructor gesticuló, significativamente, y aclaró:

–Podrá reencarnar en misión de gran beneficencia, si quisiera, pero en intervalos de cinco a ocho siglos entre las reencarnaciones.

–¡Oh! Dios –exclamé– ¡que grandioso estado de elevación!

–Constituye un sagrado estímulo para todos nosotros –agregó el mentor muy atento.

–¿Debemos creer –pregunté, admirado– que ese es el más alto grado de desarrollo espiritual en el universo?

El director de la casa sonrió, compasivo, ante mi ingenuidad y comentó:

–De ningún modo. Asclépios se encuentra entre los abnegados mentores de la humanidad terrestre, comparte la soberana elevación de la colectividad a la que pertenece, pero, efectivamente, es aún una entidad de nuestro planeta, aunque funcionando en círculos más elevados de la vida. Debemos peregrinar mucho tiempo, en el campo evolutivo, para alcanzar sus pasos; pero creemos que nuestro visitante sublime suspira por integrarse en el cuadro de los representantes de nuestro orbe, junto a las gloriosas comunidades que habitan, por ejemplo, Júpiter y Saturno. Los componentes de esas, a su vez, esperan, ansiosos, el instante de ser convocados a las divinas asambleas que rigen nuestro sistema solar. Entre esas últimas, están los que aguardan cuidadosamente y vigilantes, el momento en que serán llamados a colaborar con los que sustentan la constelación de Hércules, a cuya familia pertenecemos. Los que orientan nuestro grupo de estrellas aspiran, naturalmente, a formar, un día, en la corona de genios celestiales que amparan la vida y la dirigen, en el sistema galáctico en el que nos movilizamos. ¿Y sabe mi amigo que nuestra Vía-Láctea, vivero y fuente de millones de mundos, es solamente un detalle de la Creación Divina, un pedazo del universo?...

Las nociones de infinito terminaron la reunión encantadora en el santuario de la Bendición. Cornelio nos extendió la mano, deseándonos felicidad, y paz, y nos despedimos, bajo una enorme impresión, entre la nostalgia y el reconocimiento.

IV

LA CASA TRANSITORIA

Después de un viaje normal a través de caminos comunes, alcanzamos una nublada región, donde parecía imperar, incesantemente, una asfixiante tristeza. En otras ocasiones, ya había atravesado sitios semejantes, invirtiendo apenas unos minutos. Pero, ahora, emprendíamos una larga marcha en sentido horizontal. Atendiendo a imperativos de la misión, el asistente Jerónimo buscaba cierta localidad, bajo la denominación expresiva de “Casa Transitoria de Fabiano”.

Se trataba de una gran institución piadosa, en el campo de los sufrimientos más duros en el que se reúnen almas recién desencarnadas, en las cercanías de la corteza terrestre, la cual, según nos informó el jefe de la expedición, fue fundada por Fabiano de Cristo, devoto siervo de la caridad entre los antiguos religiosos de Río de Janeiro, desencarnado, hace muchos años. Organizada por él, era confiada, periódicamente, a otros benefactores de elevada condición, en tarea de asistencia evangélica, junto a los espíritus recién desligados del plano físico.

–En la Casa Transitoria –nos explicó Jerónimo– prestaremos el auxilio que nos sea posible a la organización y asilaremos, enseguida, a los hermanos que nos corresponde ayudar. Si no fuese por esos nidos de amor, nuestro trabajo sería mucho más difícil. Es raro encontrar compañeros carnales en condiciones de atravesar semejante zona, inmediatamente después de la muerte física. Casi todos permanecen aturcidos, en los primeros días. Si fuesen entregados a su propia suerte, serían fatalmente agredidos por las entidades perversas, o hábilmente desviados por ellas del buen camino de restauración gradual de las energías interiores. De ahí la necesidad de esos refugios fraternales, en el que almas heroicas y dedicadas al sumo bien se consagran a santificadas tareas de amparo y vigilancia.

Después de una breve pausa, concluyó:

–Además de eso, tendremos allí todo el equipo necesario para los trabajos que debemos realizar.

Curioso, guardé silencio y esperé.

No pasó mucho tiempo, cuando encontramos un enorme caserón en plena sombra. No había nada allí que evidenciase preocupación artística y buen gusto en la construcción. Ni árboles ni jardines alrededor. La edificación baja y simple se destacaba mal en la densa neblina.

Jerónimo percibiendo mi extrañeza, esclareció:

–El nombre del instituto, André, habla por sí mismo. Tenemos delante una acogedora casa de transición, destinada a los socorros urgentes. Aunque le parezca asombroso, es un albergue móvil, que atiende según las circunstancias del ambiente. Sufre el cerco permanente de espíritus desesperados y sufridores que están condenados por su propia conciencia a la rebeldía y al dolor. Sus defensas magnéticas exigen un considerable número de servidores y los amigos de la piedad y renuncia, que allí

atienden, pasan el día y la noche al lado del sufrimiento. Sin embargo, el trabajo de esta casa es de los más dignos y edificantes. En este edificio de caridad cristiana, se centralizan numerosas expediciones de hermanos leales al bien, que se dirigen a la corteza planetaria o a los planos oscuros, donde se debaten en el dolor seres angustiados e ignorantes, en tránsito prolongado en los abismos tenebrosos. Más allá de eso, la Casa Transitoria de Fabiano, así como otras instituciones salvadoras que representan verdaderos templos de socorro en estas regiones, es también un precioso punto de enlace con nuestras ciudades espirituales en zonas superiores.

En ese instante, antes que Jerónimo pudiese proseguir en los esclarecimientos, llegamos a las barreras magnéticas, a algunos metros del portón de acceso al interior.

Atendidos por trabajadores vigilantes, que nos dieron paso sin vacilar, accionamos un pequeño aparato que nos comunicó con la portería.

Transcurrieron algunos minutos y nos hallamos frente a una figura respetable. No sospechaba que la institución estuviese administrada por manos sensibles de mujer. La hermana Zenobia, aparentando edad madura y aureolada de cabellos negros, nos proporcionaba informaciones vivas de su energía y admirable capacidad de trabajo, a través de sus ojos radiantes de luz.

Nos saludó, cortésmente, sin emplear muchas palabras, dando paso inmediatamente al asunto que nuestra presencia traía.

–Me avisaron ayer –dijo, bondadosa– que la misión llegaría hoy y nos sentimos muy contentos.

–A su disposición –le contestó Jerónimo, con gentileza. Este refugio de amor y paz cooperará con nosotros, dando asilo a algunos tutelados convalecientes, y, por nuestra parte, deseamos ser útiles a la casa, de algún modo.

Zenobia nos envolvió en una sonrisa de simpatía acogedora y, después de algunos momentos de silencio, comentó:

–Aceptamos la ayuda. Veo que estoy delante de un grupo armonioso y, desde la semana pasada, aguardaba la ocasión, no sólo para beneficiar a la colectividad que sufre en el abismo próximo, sino también para socorrer a un hermano nuestro, muy infeliz. Se trata de una persona que me fue particularmente querida y que hemos encontrado ahora en una remota región de seres decaídos. Venciendo toda clase de obstáculos, le trajimos a las cercanías de la Casa; sin embargo, el peligroso estado en que se encuentra no nos autoriza a ofrecerle asilo, sino protección indirecta. Ya establecimos medidas en favor del envío de ese infortunado amigo hacia la zona de la Corteza, donde será brevemente internado en una reencarnación expiatoria, con el auxilio divino. Entretanto, necesitare personalmente de su colaboración fraterna, en beneficio del desviado...

–Sin duda –dijo Jerónimo–, será un placer.

Señalando a la dedicada enfermera que nos acompañaba, añadió:

–Con nosotros viene la hermana Luciana, que puede ser extremadamente útil en este caso particular, por sus grandes facultades de clarividencia.

La directora de la Casa Transitoria fijó su mirada serena en nuestra compañera, sonrió, amable, y prosiguió:

–Seguro que sí. Algunos hermanos, como le ocurre al que me refiero, descienden a tamaño embrutecimiento moral que solamente consiguen oírnos de modo imperfecto, y, no pudiendo identificarnos por la visión, debido a los impedimentos vibratorios creados por ellos mismos, dudan de nuestra amistad y de nuestros propósitos elevados de cooperación. En el presente caso, la ayuda de Luciana será muy importante.

No podía disimular mis propias preguntas ante aquel detalle de la conversación. ¿Por qué motivo la hermana Zenobia, que orientaba una institución como aquella, necesitaría nuestra colaboración, sobre todo en el capítulo de la mencionada clarividencia? ¿No podía ella escudriñar los problemas de las almas sufridoras y decaídas?

Incapaz de dominarme, comenté, sorprendido:

–¡Oh! ¿Quiere decir que los responsables de aquí no pueden ver cuanto desean?

Fue el asistente Jerónimo quién intervino.

–Sobre todo, André –dijo– debemos considerar que la hermana Zenobia, a pesar de su extensa visión espiritual, tendrá sus razones para solicitar esta colaboración. Además, no olvidemos que siempre es beneficioso contar con un especialista.

La respuesta fue como una ducha helada. Me arrepentí de haber formulado la indiscreta pregunta. Pero, completando la enseñanza, Jerónimo continuó:

–Veamos: el padre Hipólito se dedica, actualmente a la interpretación de las leyes divinas, como educación para aquellos que las desconocen, mientras que la hermana Zenobia atiende a los sufridores, en masa, en esta casa de amor cristiano. Por supuesto que podrían ejercitar la clarividencia, con beneficios generalizados hacia el prójimo, pero con perjuicio manifiesto de los deberes inmediatos. Eso no ocurre con Luciana que, por el contacto individual e intenso con los enfermos, durante muchos años, se especializó en penetrar su mundo mental, trayendo a la superficie sus ideas, acciones pasadas y proyectos íntimos, en constante actividad benéfica. Si nosotros tratásemos con los enfermos que ella trata, veríamos “alguna cosa”, aunque ni tanto ni tan bien como puede ser observado por ella, dada su dilatada experiencia. A su vez, Luciana podría, de inmediato, interpretar las enseñanzas divinas y orientar esta casa, “de algún modo”, pero no tan bien como el padre Hipólito y la hermana Zenobia, considerando sus amplios conocimientos en ese sentido. Todas las adquisiciones espirituales exigen perseverancia en el estudio, en la observación y en el servicio aplicado. Y debemos considerar que eso no elimina la necesidad de aprender siempre. Un gran músico podrá ser un aprendiz incipiente de química, destacándose, más tarde, en ese campo científico, como se comprueba en el arte de los sonidos. Sin embargo, no alcanzará eso, sin invertir tiempo, esfuerzo y buena voluntad. Además, el propio Maestro aseguró que el hombre encontrará todo aquello que busque.

Sonriendo ante mi pregunta, que había provocado enseñanzas tan básicas, concluyó:

–Buscar los dones espirituales para la vida eterna no es igual a la investigación de objetos perdidos en la Tierra.

Intervino la hermana Zenobia, añadiendo, fraternalmente:

–Sí, no podemos construir todas las cualidades nobles de una sola vez. Cada trabajador fiel a su deber posee un valor específico, incontestable. La Obra Divina es infinita.

Volviendo a la conversación inicial, prosiguió:

–Cuando disponemos de clarividentes en los servicios de socorro al abismo, en circunstancias favorables, conseguimos eficientes resultados. Son pocos los servidores de esa naturaleza, dada la multiplicidad de las tareas y menos los que se disponen a servir en los paisajes oscuros de la angustia infernal.

Luciana dijo que cooperar sería una gran satisfacción y nos contó que buscó desarrollar esas facultades, para ayudar, en otro tiempo, al espíritu de su padre, desencarnado en una guerra civil. Había participado destacadamente en el movimiento de insurrección pública y permanecía en los planos inferiores, alucinado por las pasiones políticas. Después de un paciente auxilio, había reajustado sus emociones, obteniendo la posibilidad de reencarnar en una gran ciudad brasileña, hacia donde ella misma, Luciana, seguiría también tan pronto pudiese su padre organizar un nuevo hogar, restableciendo la alianza de cariño y amor, según el proyecto establecido por ambos.

Zenobia oía con atención.

Percibiendo tal vez que la conversación tendía hacia el campo del personalismo directo, y que, probablemente, la directora de la casa tendría otros compromisos, Jerónimo intervino en la conversación y se dirigió a ella, amablemente:

–Estamos contentos, hermana, por la perspectiva de poder ayudar, de alguna forma, a su lado. Comprendemos la grandeza de su misión ennoblecedora y, si vamos a depender tanto de su generoso amparo en esta casa, es nuestro deber cooperar en los trabajos en que nuestra humilde colaboración pueda ser útil. Seguiremos, mañana, para la zona central. Después que nos sea posible traer para su compañía al primer hermano liberado, André y yo permaneceremos en tránsito, entre la Corteza y este bendito refugio, mientras que Hipólito y Luciana se quedarán aquí, velando por los convalecientes y colaborando, junto a usted, en las tareas inmediatas.

–¡Me parece muy bien! –dijo la directora, evidentemente satisfecha.

En ese instante, una campanilla invisible resonó, con repetida y extraña entonación.

No transcurrieron cinco segundos y alguien penetró en la sala, haciendo mucho ruido. Era un trabajador de la vigilancia, que anunció, precipitado:

–Hermana Zenobia, se aproximan entidades crueles. La alarma indica dirección norte. Deben estar a tres kilómetros, aproximadamente.

La orientadora palideció ligeramente, pero no tradujo la emoción con ningún gesto que indicase debilidad.

–¡Encended las luces exteriores! –ordenó– ¡todas las luces! Y accionad las defensas eléctricas, reforzando la zona de repulsión hacia el norte. Los invasores se desviarán.

El emisario se retiró apresuradamente, mientras se abatía un pesado silencio sobre nosotros. Luciana se puso lívida. Jerónimo y Zenobia mostraban, a través de la mirada, una asfixiante preocupación. ¿Había algo que yo ignoraba? ¿Quizás los espíritus reconocidos como malos también organizaban expediciones semejantes a las que realizábamos para el bien? ¿Qué especie de entidades serían aquellas, para infundir

tanta preocupación en los dirigentes esclarecidos y virtuosos de nuestros trabajos y tanto terror en los trabajadores de aquella casa de amor cristiano? Me había quedado impresionado con la expresión de dolor e incertidumbre en el rostro del trabajador que había traído la noticia. ¿Serían tantos los malhechores de las sombras como para justificar semejante pavor? Mi razón no abarcaba la inmensidad de las preguntas que afluían a mi mente.

A través de una minúscula abertura, noté que se encendían súbitamente enormes proyectores, en el exterior, como las luces de un gran navío asaltado por densa neblina en zona peligrosa.

Unos ruidos característicos se hacían sentir a nuestros oídos, dándonos a entender que habían sido puestos en funcionamiento aparatos eléctricos.

–Es lamentable –exclamó Zenobia, con la intención de que recuperásemos la tranquilidad– que tantas inteligencias humanas, desviadas del bien y lanzadas al crimen, se dediquen aquí a proseguir con sus actividades ruinosas y destructoras.

Ninguno de nosotros osó decir palabra.

La directora, sin embargo, esforzándose por sonreír, continuó:

–La tragedia bíblica de la caída de los ángeles luminosos en abismos de tinieblas, se repite todos los días, sin que lo percibamos en sentido directo. ¡Cuántos genios de la Filosofía y de la Ciencia dedicados a la opresión y a la tiranía! ¡Cuántas almas de profundo valor intelectual se precipitan en el despeñadero de fuerzas ciegas y fatales! Lanzados al precipicio por el desvío voluntario, esos infelices raramente se arrepienten e intentan un retroceso benéfico... La mayoría de las veces, dentro de la terrible insatisfacción del egoísmo y de la vanidad, se rebelan contra el propio Creador, declarando viles guerras prolongadas a sus divinas obras. Se agrupan en sombrías y devastadoras legiones, realizando movimientos perturbadores que desafían a la más astuta imaginación humana y confirman las viejas descripciones mitológicas del infierno.

Observando, posiblemente, mi angustia en base a sus consideraciones, la hermana Zenobia añadió:

–Pero, llegará el día de la transformación de los genios perversos, desencarnados, en espíritus iluminados por el bien divino. Todo mal, aunque perdure milenios, es transitorio. Nos hallamos en lucha por la victoria inmortal de Dios, contra la inferioridad del “yo” en nuestras vidas. Toda expresión de ignorancia es ficticia. Solamente la sabiduría es eterna.

Por mi parte, me hubiese gustado formular más preguntas, sin embargo el momento no era oportuno.

–Algunos siglos –prosiguió la directora– de reencarnaciones terrestres constituyen un tiempo escaso para reeducar a las inteligencias pervertidas en el crimen. Por eso los trabajos rectificadores continúan vivos, más allá de la muerte del cuerpo físico, obligando a los siervos de la verdad y del bien a soportar a los hermanos menos felices, hasta que se arrepientan y se conviertan...

Unos indefinibles ruidos llegaron a nuestros oídos, y Zenobia, pálida, se calló. En pocos segundos, se hicieron más nítidos. Eran gritos aterradores, como si a corta distancia tuviésemos que enfrentarnos a hordas de rabiosos animales feroces.

Entre nosotros, Luciana parecía la más atemorizada.

Movía nerviosamente las manos, hasta que, no siendo posible soportar por más tiempo la inquietud, se dirigió a la directora de la casa, diciendo:

–¿Hermana, no será conveniente dirigir una fervorosa oración a Dios? Conozco a los monstruos. ¡Intentaron, muchas veces, arrebatarme a mi padre del sitio donde se había refugiado!...

Zenobia sonrió con benevolencia y respondió:

–Ya hice mis actos devotos de hoy, preparándome para las acciones eventuales del trabajo en el transcurso del día. Además, amiga mía, nuestra ansiosa expectativa, en sí misma, vale por súplica ardiente. Enfrentemos, pues, cualquier problema que sobrevenga, con resolución y confianza en Nuestro Padre y en nosotros mismos.

En ese momento, se volvió muy fuerte el vocerío. Me llené de asombro, al identificar rugidos estridentes de leones y panteras, unidos a los ladridos de perros, silbidos de serpientes y aullidos de monos.

En un momento dado, oímos explosiones ensordecedoras. Casi en el mismo instante, un trabajador penetró al recinto y comunicó:

–Nos atacan con granadas magnéticas.

La directora le oyó, serena, y ordenó:

–Preparad las baterías y emitid rayos de choque fulminantes.

Los rayos eléctricos debían ser lanzados en silencio, porque las explosiones disminuyeron hasta la extinción total, notando que la horda invasora se había desviado en otra dirección, porque el ruido se perdía distante.

Respiramos aliviados.

Zenobia mostró una expresión reconfortante, y dijo, satisfecha:

–Ahora, pidamos al Maestro que conceda a los infelices el camino adecuado a sus necesidades.

Transcurrieron algunos minutos, en los que elevamos pensamientos de gratitud y júbilo a Cristo Salvador.

Pasado ese momento, comenté:

–¡Qué rugidos más impresionantes oímos! ¡No parecían lamentos de corazones sufridores, sino algarabía de fieras sueltas. ¡Qué terrible novedad!...

–Sin embargo, esas bandas –observó la directora, sensatamente– son antiguas. Entre las narraciones evangélicas, en el tiempo del pasaje de Nuestro Señor por las sendas humanas, ya tenemos alusiones a las legiones de los genios diabólicos.

Mientras asentíamos, en silencio, prosiguió:

–Se aferran los pobrecitos tan intensamente a las ideas y propósitos del mal y crean tantas máscaras animalescas para sí mismos, por la rebeldía y desesperación que consumen su alma, que adquieren, de hecho, la semejanza de horribles monstruos, entre la humanidad y la irracionalidad.

Antes que pudiese continuar con las tristes observaciones, entró en el salón un asesor y se dirigió a la orientadora del instituto:

–Hermana Zenobia, los desequilibrados a los que dimos entrada, anteayer, rompieron las celdas e intentan huir.

La orientadora dijo: –Prendedlos, inmediatamente, con la colaboración de los vigilantes. Somos responsables de su estancia aquí. La expedición que nos los confió volverá mañana, a primera hora.

Todavía estaba el asesor junto a la puerta de salida, cuando apareció otro.

–Hermana –dijo, respetuoso–, llegaron las noticias de la Tierra. El jefe de la misión Figueira, en actividad desde la semana pasada, pide que preparemos todo para acomodar a tres recién desencarnados, por la tarde.

–Prepararé lo necesario –informó la directora sin alterarse. Íbamos a continuar la conversación, pero se aproximó una joven, comentando:

–Hermana Zenobia, el turno de vigilancia, que descansó hace tres días, volvió a sus puestos.

–Mándeles ocupar sus lugares –recomendó– y que los hermanos exhaustos reposen convenientemente.

Se alejó la emisaria y, cuando yo pretendí comentar el movimiento de trabajo de la casa, otro colaborador se asomó a la puerta y avisó:

–Hermana, la expedición Fabrino pide auxilio desde la Corteza para los servicios de las reencarnaciones expiatorias de las que son responsables. El mensaje indica un servicio urgente para la noche próxima. ¿Qué debo responder?

La orientadora reflexionó un poco y ordenó:

–Transmita la comunicación a los hermanos Gotuzo y Hermes. Tal vez estén disponibles. Luego les contestaremos.

Pretendíamos volver a la instructiva conversación, pero, al hacerse de nuevo el silencio, otro ayudante con el rostro visiblemente alterado, apareció en la puerta para informar:

–Hermana Zenobia, la nota del día, venida del Plano Superior, manda comunicarle que los desintegradores etéreos pasarán por aquí mañana.

–¡Oh! ¡¿El fuego?!... –replicó la directora, demostrando ahora una intensa emoción. Lo esperaba, nuestro ambiente está perturbado. El pasaje de los monstruos es señal de que la limpieza será urgente.

Y fijando sus ojos penetrantes en el colaborador, indicó:

–Solicitemos la cooperación de los compañeros más próximos. Necesitamos pedir ayuda al Oratorio de Anatilde y a la Fundación Cristo. Intentad comunicaros con ellos. Iré, yo misma, a hacer la petición.

Al alejarse el asesor, Zenobia se volvió hacia nosotros, llena de bondad:

–Como pueden ver, amigos míos, esta vez debo dejarles. Cuando el fuego etéreo viene a quemar los residuos de la región, debemos trasladarnos con la institución,

camino de otra zona. Necesito investigar nuevos lugares y solicitar la ayuda de otras casas especializadas.

Dirigiéndose a Jerónimo, añadió:

–Hermano, ya que nos sorprende lo inesperado, me gustaría visitar el abismo hoy mismo, en su compañía. Además del servicio a la colectividad sufridora, conforme les indiqué al principio, me intereso por un hermano nuestro, en doloroso estado de ceguera espiritual, estoy autorizada a realizar servicios que intercedan por él.

–Totalmente de acuerdo –respondió nuestro instructor. Después de llevar a cabo algunas llamadas, la directora de la Casa Transitoria de Fabiano nos confió al cuidado de Heraclio, abnegado cooperador de la institución, y se alejó.

El nuevo amigo nos invitó a visitar el interior, presentándonos extensos dormitorios y estrechas habitaciones, donde se hallaban enfermos y necesitados de diversas clases. Atravesamos, igualmente, largas salas de estudio y complicados laboratorios, notando que allí era rigurosamente aprovechado todo el espacio.

En un punto de la conversación, el compañero que nos guiaba, percibiendo la curiosidad con que examinábamos la parte interna del edificio, construido con una substancia singularmente liviana, dijo:

–Es el tipo de construcción para movimiento aéreo. Se traslada, sin mayores dificultades, de una región para otra, en función de las circunstancias.

Y, sonriendo, añadió:

–Por eso, se llama “Casa Transitoria”.

En pocos minutos, la hermana Zenobia llamó aparte a Jerónimo.

Hipólito y Luciana solicitaron entrar en la Sala Consagrada, donde, según las explicaciones de Heraclio, los administradores, auxiliares y asilados de aquél lugar de amor se reunían habitualmente para los servicios divinos de la oración. Al estar interesado en los trabajos médicos del instituto, pregunté si era posible encontrar a algún colega que me proporcionara nuevos elementos educativos.

El servicial asesor me respondió sin vacilar:

–Lo supongo. Ahora tenemos en la casa al hermano Gotuzo, que quizás pueda satisfacer su curiosidad.

V

EL HERMANO GOTUZO

Al ser presentado al hermano Gotuzo, una espontánea satisfacción alegró mi espíritu. Inmediatamente, reconocí que nos acercaban vigorosos lazos de simpatía. En él, las afinidades con los servicios de la esfera carnal eran aún, muy fuertes. La conversación, gestos y los pareceres denunciaban su condición. Impregnado de intensos recuerdos de la vida física, a la que se sentía imantado por una fuerte atracción, no se había elevado todavía a nuestros círculos de trabajo, contando apenas con unos pocos años de conciencia despierta, después de desencarnar.

De entrada, me comentó un poco su andadura. Había desencarnado antes que yo, peregrinó por mucho tiempo a través de sendas purgatorias, y aunque había permanecido varios años semiinconsciente, entre sombras y luces, se presentaba al día con todos los conocimientos de Medicina, propiamente humanos.

–Siempre supuse –me confió de buen humor, cuando nos vimos a solas– que después de la muerte del cuerpo nada más tendríamos que hacer, que cantar beatíficamente en el cielo o chirriar los dientes en el infierno, pero la situación es extremadamente diferente.

Hizo un significativo paréntesis y continuó:

–Me refiero a la vieja definición teológica, porque nunca pude aceptar que no existiese nada en absoluto. Era imposible que la vida estuviese circunscrita sólo al escenario de la carne, donde el hombre desempeña los más extravagantes papeles, desde la infancia hasta la vejez. Siempre creí, que algo debería existir, más allá de la morgue y del sepulcro. Admitía, sin embargo, que la muerte fuese un maravilloso ardid de magia orientando a las almas camino del paraíso de paz inmortal o de la región oscura de castigos eternos. No era nada de eso. Encontré la vida en sí misma, con el mismo sabor de belleza, intensificación y misterio divino. Nos trasladamos de residencia, pura y simplemente, y traemos hacia acá indisposiciones y dolencias, así como las investigaciones y los procesos para curarles. Aquí hay mayor número de enfermos y médicos. El cuerpo astral es una organización viva, tan viva como el aparato fisiológico en el que vivíamos en el plano carnal.

Como percibiese, tal vez, en mis ojos, la sospecha de que, en los círculos más altos, quizás fuese diferente, añadió:

–Por lo menos, en nuestro plano, la situación es análoga. Y continuó, sonriente:

–Nos enseñaban, en la Tierra, que el hombre es simple género de la orden de los primates, con estructura anatómica de los mamíferos superiores, postura vertical, dimensiones considerables del cráneo y lenguaje articulado. Se referían los catedráticos a los hombres fósiles y prehistóricos, introduciendo afirmaciones dogmáticas de la ciencia oficial en nuestra cabeza, como si colgasen avisos publicitarios en el techo de los tranvías. Nos explicaba la religión, a su vez, que el ser humano es un alma creada por Dios, en el instante de la concepción materna, y que, con la muerte, regresa al seno divino para el juicio definitivo, en toda la eternidad, en la hipótesis de que el paciente

no estuviese obligado a permanecer un tiempo en las desagradables estaciones del purgatorio.

Imprimió un nuevo acento a la conversación y comentó:

–De hecho, supongo que deben existir lugares más deliciosos que el Edén imaginado por los sacerdotes humanos y, con mis ojos, he visto sufrimientos que sobrepasan a todas las imágenes infernales ideadas por los inquisidores. Pero, y es lamentable reconocerlo, ni la ciencia, ni la religión nos preparan convenientemente, para enfrentar los problemas del hombre desencarnado.

Se estableció una pausa más larga en la conversación.

Al lanzar mi mirada por la amplia sala, reparé el cuidado de Gotuzo, en la zona de su especialidad. En las paredes había planos variados del cuerpo humano, como si fuesen preciosos adornos. Pequeñas esculturas de órganos diversos asomaban, aquí y allí. Pero lo que más llamaba la atención, era una imagen del sistema nervioso, realizada en una sustancia delicadísima y algo luminosa, en posición vertical, con la altura aproximada de un hombre, en la cual se destacaban, con extraordinaria perfección, el cerebro, el cerebelo, la médula espinal, los nervios del tronco, el mediano, el radial, el plexo sacro, el cubital y el gran ciático.

Acariciando, extasiado, la obra, dije:

–¡Tienes mucha razón, mi querido Gotuzo. Si los hombres encarnados comprendiesen la importancia del estudio del cuerpo periespiritual!...

–¡Sí –confirmó espontáneamente, interrumpiendo mis consideraciones– la ignorancia que nos sigue hasta aquí es simplemente deplorable! La personalidad humana, entre las criaturas terrestres, es más desconocida que el fondo de los océanos. Yo por mi parte, fui católico militante y siempre aguardé el beatífico sosiego después de la muerte.

Puso una expresión casi cómica y afirmó:

–Vine con todos los sacramentos y pasaportes de la política religiosa, en solemnes exequias. Creo, sin embargo, que el servicio diplomático de mi iglesia no está bien atendido en el cielo. No traje bastante documentación que me garantice la paz en la transferencia. En vano reclamé derechos que nadie conocía y supliqué bendiciones indebidas. Viendo el desconocimiento predominante aquí a mi respecto regresé a mi viejo templo, donde nadie me identificó. Desesperado, entonces, me sumergí por largos años en una dolorosa ceguera espiritual. Y, francamente, recordando los hechos, me río, aún hoy, de la confianza ingenua con que cerré los ojos en el hogar, por última vez. El padre Gustavo me prometía la convivencia de los ángeles ¡tú verás! –y afirmaba que sería llevado en triunfo a los pies del Señor, y eso apenas porque había dejado cinco “contos de reis”⁸ a nuestra antigua parroquia. Mis familiares acompañaban, en llanto, nuestro diálogo final, en el que mi palabra sofocada participaba, con monosílabos, de cuando en cuando, en la extrema hora del cuerpo. No obstante, si era casi imposible para mí el comentario inteligente de la situación, el párroco hablaba por nosotros, exponiendo la felicidad que me correspondía en el Reino de Dios. Médico de corta jornada, pero de intensa observación, la molestia no me engañó, pero, inexperto en los

⁸ Un “conto de reis” equivalía a un millón de “reis”, moneda brasileña (nota del traductor).

asuntos de alma, me confundieron plenamente las promesas religiosas. Penetrando el portón del sepulcro y dándome cuenta que no estaba en la corte de los santos, volví, como si fuese un sonámbulo, para interpelar al sacerdote que había encomendado mi cadáver a las estaciones celestes. Incomprendido y ciego, peregriné por mucho tiempo, entre la aflicción y la demencia, en las creaciones mentales engañosas que había traído del mundo físico.

–Sin embargo, seguramente –comenté, en una pausa– no te faltaron buenos amigos.

–Con toda seguridad –asintió. Mientras tanto, invertí algunos años para volver al equilibrio indispensable, única condición en la que podemos comprender el auxilio y recibirlo.

–Pues debes sentirte feliz, ahora.

–¡Sin duda! –comentó Gotuzo, de buen humor– me reajusto con la mayor tranquilidad posible. La mayor sorpresa para mí, en el presente, es el servicio que la vida espiritual nos proporciona. Siento hoy una profunda compasión por todos los hombres y mujeres encarnados, que desean insistentemente la muerte física y la buscan de varias formas, utilizando recursos indirectos imperceptibles a los demás, cuando les faltan disposiciones para el suicidio. Nos esperan actividades y problemas tan complejos de trabajo, que sería mejor para ellos una existencia totalmente desprovista de encanto, con pesadas tareas que inhiban sus divagaciones.

Recordando la dedicación laboriosa de la dirigente de la casa, por las observaciones oídas, dije:

–El volumen de nuestras tareas asombraría a cualquier hombre común, y hay que reconocer que la necesidad del sacrificio en los servicios de esta institución es enorme. Me asombró la cantidad de deberes atribuidos a la directora.

–¡Totalmente de acuerdo! –asintió, modificando el tono de voz– la hermana Zenobia, dedicada orientadora, de sublime corazón y pulso firme, nos ofrece, invariablemente, magníficas demostraciones de renuncia. Y es tan grande el servicio en este refugio, dedicado a diversos tipos de socorro, que la jefatura se ejerce en períodos anuales. En este año, la administración le compete a ella, en el venidero, tendremos las directrices del hermano Galba.

–¿Cada administrador recibe un descanso de un año? –pregunté, admirado.

–Sí, aprovechan el período de reposo, en planos más altos, en contacto con experiencias y estudios que enriquezcan el espíritu del misionero y beneficien las obras generales de la institución, con miras al futuro. Sé que Zenobia y Galba dirigen esta casa, hace precisamente veinte años consecutivos, alternativamente.

No obstante, , han pasado por aquí diversos administradores, hacia otros caminos, en el plano de elevación... De cuando en cuando, vuelven a visitarnos, proporcionando sagrados incentivos a la comunidad de trabajadores del bien.

–¿Y tú? –pregunté, tal vez con indiscreción– ¿dónde pasas tus ratos de ocio?

–De acuerdo con nuestras normas, poseo también mis horas de reposo. Sin embargo, –y su voz se tiñó de velada tristeza– aún no puedo disfrutarlas en un plano más alto. Y voy a los campos de la Tierra, respirando el aire puro y tonificante de las

huertas y jardines silvestres. El oxígeno, allí, es más suave que el que absorbemos en estos círculos sofocantes de transición, donde hay que luchar con los residuos del pensamiento humano. Los árboles y las aguas, las flores y los frutos de la naturaleza terrestre, libres de las emanaciones infectadas de multitudes ignorantes y caprichosas, permanecen repletos de substancias divinas para todos los que empezamos a vivir efectivamente en espíritu. Las ciudades humanas son inmensos y benditos crisoles de purificación de las almas encarnadas, donde se forja el progreso real de la humanidad, pero el campo sencillo y acogedor es siempre un punto de encuentro con las bendiciones de Dios, garantizando las bases de la manutención colectiva. No es de extrañar, por tanto, que recojamos allí grandes cosechas de energías de paz reconfortante.

Conocía, de sobra, la propiedad de sus argumentos, recordando mis experiencias anteriores. Sin embargo, comenté, con sinceridad:

–Pero es una lástima, que aún no hayas podido visitar planos más elevados. Descubrirías continentes de radiantes sorpresas, reforzando tus estímulos y esperanzas.

–Me prometieron esa alegría para dentro de poco –afirmó resignado.

–Oye –pregunté con afectuoso interés–, ¿Cuál es la razón del aplazamiento? ¿Podría, por mi parte, interponer mi humilde influencia en el asunto?

El compañero, que se había caracterizado por un sano optimismo desde la primera palabra, dejó reflejar una inquietante emoción. Sus ojos vivos y brillantes se nublaron de llanto, difícilmente contenido, y, fijándoles quizás en el cuadro interior de sus propios recuerdos, Gotuzo dijo, con inflexión de amargura:

–Traigo todavía la mente y el corazón unidos al hogar que perdí con el cuerpo carnal. Me readapté al trabajo y, por eso, vengo siendo aprovechado, de algún modo, en actividades útiles. Pero, aún no me acostumbré con la muerte y sufro naturalmente los resultados de esa desarmonía. Sigo un curso adelantado de preparación interior, en el que progreso lentamente.

Esforzándose por asumir, delante de mí, una actitud tranquilizadora, prosiguió después de una ligera pausa:

–Al volver en mí, después de largos años de semiinconsciencia, volvieron también la reflexión, el juicio, el equilibrio. ¡Amigo mío, que nostalgias torturantes de mi casa feliz! Marília y mis dos hijos, entonces muchachos estudiantes, eran los únicos habitantes de mi pequeño paraíso doméstico. La Medicina, ejercida desde joven entre clientela rica, me proporcionaba grandes recursos económicos. Vivíamos plenamente despreocupados, entre las paredes acogedoras y calientes de nuestro nido. Ningún sinsabor, ni la más leve nube. Nos vino el primer dolor con la neumonía que me separó del plano físico. Al primer síntoma de sufrimiento, invertimos inútilmente el dinero y las relaciones afectivas. Todas las circunstancias favorables de orden material se quebraron, frágiles, ante la muerte. Marília, sin embargo, me prometió fidelidad constante hasta el fin, sellando su juramento con amargas e inolvidables lágrimas. Me aproximaba a los cincuenta años, mientras mi querida esposa no pasaba de los treinta y seis. Me dolía en el alma dejarla casi sola en el mundo, sin el brazo del compañero. Confiando en las promesas religiosas, creí que pudiese velar por ella y por mis hijos, desde la región celestial. Pero la realidad, fue muy diferente y, después de las luchas purgatorias, volviendo ansioso a la casa, no encontré rastro de los entes amados que

dejara allí. Mientras perseveraba en doloroso sonambulismo, buscando socorro junto a la religión, nunca pude volver al campo de la familia, porque, antes de intentarlo, fui arrebatado en violento y obscuro torbellino que me situó en un terrible paisaje de tinieblas y sufrimiento indescriptibles. En el primer instante de liberación, todavía, fui sordo a toda clase de análisis, rompí todos los obstáculos y, sediento de afecto, les encontré al fin... Pero, la situación me desconcertó. Mi primo Carlos, que siempre había envidiado mi fortuna, se introdujo en mi casa, y con el pretexto de proteger los intereses, se casó con mi compañera, perturbó el futuro de mis hijos y dissipó mis bienes en diversas aventuras comerciales. Casi volví al primitivo estado de desequilibrio mental, enjuiciando los acontecimientos imprevistos. Después de ver la posición de mis muchachos, convertidos en agentes de malos negocios, encontré a Marfía, justamente en el día siguiente al nacimiento del segundo hijo del nuevo matrimonio. Me arrodillé, sollozando, al pie del lecho humilde en el que reposaba y le pregunté por el patrimonio de paz que, al partir, había depositado, confiado, en sus manos. La infeliz, profundamente desfigurada, no identificó mi presencia, ni oyó mi voz, pero se acordó intensamente de mí, contempló al pequeño que dormía sereno y cayó en un llanto convulsivo, provocando la presencia de Carlos, al que dijo estar angustiada y nerviosa... Cuando vi llegar al invasor, irascible y detestado, retrocedí, lleno de infinito horror. No tuve fuerzas. ¿Era eso lo que me esperaba, después de tamaña lucha? ¿Debía conformarme y bendecir a los que me herían? La escena era excesivamente oscura para mí. En perjuicio de mi espíritu, había disfrutado de una existencia regular, con todos los deseos atendidos. No me había iniciado en el misterio de la tolerancia, de la paciencia, del dolor. Y, por ese motivo, mis sufrimientos asumieron asombrosas proporciones.

Gotuzo enjugó las lágrimas que corrían abundantemente de sus ojos y, en vista de la impresión fuerte que su llanto me causaba, terminó:

–Casi diez años han transcurrido y mi amargura continúa tan viva, como en el primer momento.

Le dejé desahogarse durante algunos minutos.

–Gotuzo, escucha –le dije, por fin– no guardes semejantes cadenas de sombra en el corazón.

Pasé a describirle brevemente mi caso personal. Me oyó atento y reconfortado.

Al acabar, comenté:

–¿Por qué razón condenar a tu esposa? ¿Y si fuésemos nosotros los viudos? ¿Quién podría asegurar que no hubiéramos sido padres nuevamente? No te quedes apegado por más tiempo. El viejo egoísmo humano es un gran creador de cárceles tenebrosas.

Notó mi sinceridad y se calló, humilde. Y como el ambiente se hacía poco agradable, debido a la exposición de nuestras intimidades, pregunté, para cambiar su impulso mental:

–¿Tu trabajo se limita a la asistencia de los enfermos, en las tareas de tu responsabilidad?

–Tengo otros campos de actividad –informó.

Mirándome fijamente, preguntó:

–¿Ya has cooperado en trabajos de reencarnación?

Recordé la experiencia que tuve de cerca, en otra ocasión⁹, y le conté lo que sabía.

Mirándome significativamente, dijo:

–Sí, conoces un caso de reencarnación de naturaleza superior, un caso en el que el interesado se había hecho acreedor de la gentileza de varios amigos que le auxiliaron, desveladamente. Aquí, sin embargo, acompañamos situaciones dolorosas, a través de incidentes muy desagradables para la sensibilidad. Son trabajos de reencarnación de orden inferior, más difíciles y complejos. No te puedes hacer una idea. Hay un gran movimiento de innumerables benefactores sabios y piadosos, de los planos más altos, que nos trazan las directrices necesarias. A veces surgen tan graves problemas en el esfuerzo de aproximación y unión de los interesados al ambiente en el que serán recibidos, que se hacen muy angustiosas para nosotros las situaciones, siendo imprescindible la ayuda de un elevado número de trabajadores. La reencarnación expiatoria suele ser seguida de inenarrables padecimientos, por las vibraciones contundentes del odio y de las humillaciones punitivas. En la esfera venturosa en que tú vives, hay institutos para considerar las sugerencias de la elección personal. El libre albedrío, que garantiza créditos naturales, puede solicitar cambios y presentar exigencias justas, pero, aquí, las condiciones son diferentes... Las almas groseras y endeudadas, no pueden ser atendidas en sus preferencias acerca del propio futuro, en función de la ignorancia deliberada en que se complacen, indefinidamente, y, de acuerdo con aquellos que les tutelan desde la región superior, son obligadas a aceptar las rutas establecidas por las autoridades competentes para sus casos individuales. Por nuestra parte, somos ejecutores de los mandatos respectivos y estamos obligados a vencer los más extensos y oscuros obstáculos. En esos cuadros de dolor, vemos padres y madres que, instintivamente, repelen la influencia de los hijos, aun antes de nacer, dando lugar a discordias sin nombre, a antagonismos aparentemente injustificables, a molestias indefinibles e incluso a abortos criminales. Mientras esto ocurre, los adversarios que reencarnan, obedientes al trabajo redentor, programado por los mentores abnegados de esos personajes de dramas sombríos con larga representación en el escenario de la existencia humana, penetran en el campo psíquico de los antiguos enemigos y futuros progenitores, imponiéndoles sacrificios intensos y casi insoportables.

Interrumpió las consideraciones, e hizo una corta pausa, para añadir:

–Nota que la diversidad, entre sus informaciones y las mías, es efectivamente considerable. Los espíritus que se esfuerzan en las adquisiciones de la luz divina, a través del servicio persistente en la propia iluminación, conquistan el intercambio directo con instructores más sabios, perfeccionándose consecuentemente, y, por los actos meritorios a los que se consagran, pueden escoger sus elementos de vida nueva en la corteza terrestre, como el trabajador digno que, por los créditos morales conquistados, puede exigir sus propias herramientas destinadas a su trabajo. Los siervos del odio y del desequilibrio, de la intemperancia y de las pasiones, que se preparan para las exigencias de la vida. A los primeros, la reencarnación les será una verdadera bendición en aprendizaje feliz; mientras tanto para los segundos será el destino creado

⁹ Véase “Misioneros de la Luz” (nota del autor espiritual).

por ellos mismos, por el menosprecio que concedieron a las dádivas de Nuestro Padre, en el espacio y en el tiempo.

Escuchando sus observaciones, bajo una inmensa expresión de alegría y encanto, no pude contener la conclusión que salió, optimista y espontánea, de mi boca:

–Gotuzo, pero ¿como tú, tan experto en los problemas de rescate espiritual, cómo guardas tanta nostalgia de tu antiguo hogar? ¿Cómo puedes caer en el desaliento, incluso a llegar a detener tu posibilidad de liberación?

El compañero fijó en mí sus ojos inteligentes y lúcidos, como diciendo en silencio que sabía todo eso, se esforzó por parecer jovial y respondió:

–No te preocupes. En vista de las extremas dificultades para dominarme, estudio actualmente, la probabilidad de reincorporación en mi antiguo hogar, enfrentando la situación difícil con la debida bendición del olvido provisional en la carne, para reconstruir el amor en bases más sólidas, junto a aquellos que no comprendí tanto como debía.

En ese instante, una enfermera asomó a la puerta de entrada, pidiendo permiso para interrumpirnos y nos notificó que un grupo, en tratamiento mental, esperaba en el salón contiguo.

Gotuzo dijo que iría inmediatamente. De nuevo a solas, me explicó, sonriendo:

–En el plano físico, en calidad de médicos, nuestras obligaciones se limitaban al detenido examen de las enfermedades, con indicación clínica o intervención quirúrgica, y a la elaboración de diagnósticos técnicos que otros colegas confirmaban, casi siempre por solidaridad, pero, aquí, esto cambia. Debo utilizar la palabra como estilete creador de vida nueva. La casa está repleta de cooperadores que trabajan, en programas de ayuda, y se someten a nuestros cuidados de orientación médica, simultáneamente. Pero, no basta, que yo les diga lo que sufren, como hacía antiguamente. Debo funcionar, por encima de todo, como profesor de higiene mental, auxiliándoles en la creación y desarrollo de ideas reformadoras y constructivas, que eleven su patrón de vida íntima. Distribuimos recursos magnéticos de restauración a todos los necesitados, reanimando su periespíritu, con los elementos de cura a nuestro alcance, pero enseñando a cada enfermo, algo de nuevo que reajuste su alma. En otro tiempo, teníamos el campo de acción en la célula física. En el presente, esa zona de actuación es la célula mental.

Observando la disposición activa del compañero, medité en el tiempo que pasé, antes de participar en los servicios médicos del plano superior al que fui conducido, y me preguntaba a mí mismo la razón por la cual fuera Gotuzo utilizado, allí, tan rápidamente, en la zona de socorro a los afligidos. Noté, sin embargo, que él no registraba mis pensamientos, ni siquiera de manera parcial, mostrándose menos ejercitado en las facultades de penetración y, al entrar al recinto, donde le aguardaban numerosos pacientes, noté que la asistencia allí se administraba a los enfermos en masa, dentro de las más groseras y lentas vibraciones, exigiendo la colaboración especializada de médicos desencarnados que, como sucedía con Gotuzo, aún conservaban sintonía con los intereses inmediatos de la corteza terrestre.

VI

DENTRO DE LA NOCHE

La diferencia de atmósfera entre el día y la noche, en la Casa Transitoria de Fabiano, era casi imperceptible. No podía establecer comparaciones apreciables, ya que, durante todo el tiempo de nuestra permanencia en el instituto, estuvieron encendidas las luces artificiales. Una densa neblina ocultaba el paisaje, bajo un cielo plomizo y, según fui informado, grandes aparatos destinados a la fabricación de aire puro funcionaban incesantemente, en la casa, renovando el ambiente general. Veíamos el sol, profundamente diferenciado, en pleno crepúsculo. Parecía un disco de oro viejo, sin ninguna irradiación, perdiéndose en un océano de humo indefinible. Comparando la situación con las escenas primaverales de la Tierra, los ocasos del plano físico parecen verdaderas decoraciones del paraíso.

Permanecíamos en un plano donde la materia obedecía a otras leyes, impregnada de principios mentales extremadamente viciados. Había allí grandes precipicios infernales y amplias zonas de purgatorio de las almas culpables y arrepentidas.

Había viajado muchas veces entre nuestra feliz Colonia y el plano de la superficie del planeta, atravesando lugares semejantes, pero nunca había permanecido tanto tiempo en un círculo tan desagradable y oscuro como este. La ausencia de vegetación, aliada a la neblina pesada y sofocante, infundía una profunda sensación de desierto y tristeza.

Sin embargo, todos allí, con la hermana Zenobia al frente, hacían todo lo posible por convertir el Puesto de Socorro en un oasis reconfortante. Alguien llegó a recordar la oportunidad del cuadro que nos ofrecía el exterior, para que, volviendo nuestro pensamiento hasta nuestro interior, pudiéramos obtener el provecho necesario.

—Sí —dijo el asistente Jerónimo— en un Puesto de Socorro espiritual, es conveniente que no existan distracciones perjudiciales a nuestros deberes.

Con una risa franca en los labios afirmó:

—Por eso mismo, cuando estábamos en la Tierra, nunca tuvimos descripciones de infiernos floridos o de purgatorios bajo árboles acogedores. En ese punto, los escritores teológicos fueron exactos y coherentes. A los culpables confesos no les conviene la fuga mental. En su propio favor, es más razonable que sean mantenidos en regiones desprovistas de encanto, para que permanezcan a solas con las creaciones mentales inferiores a las que se unieron intensamente.

La conversación, rica en detalles interesantes, compensaba la aspereza exterior, haciéndonos valorar el tiempo, del que no teníamos mucha idea, a no ser por la observación de los relojes que allí eran, aparatos preciosos e indispensables.

Al sonar las siete de la tarde, orientados por la administradora de la casa, nos preparamos para un pequeño viaje al abismo.

Zenobia convocó a veinte cooperadores para las tareas de colaboración eventual e inmediata, tres mujeres y diecisiete hombres, que, a primera vista, no parecían perso-

nas de una cultura y sensibilidad extremadamente refinadas, pero que mostraban, en la mirada serena y firme, buena voluntad, dedicación leal y carácter resuelto en el espíritu de servicio. Más tarde, supe que el Puesto de Socorro alberga constantemente a diversos grupos de entidades, con características humanas primitivas, pero portadoras de virtudes y valores apreciables, que colaboran en la ejecución de las tareas generales educándose al mismo tiempo y preparándose para reencarnaciones y experiencias más elevadas.

Dirigiéndose al empleado que había recibido las atribuciones de segundo jefe, Zenobia le preguntó:

–¿Ananías, tenemos el equipo debidamente preparado? No debemos olvidar, principalmente, las bandas de socorro, las redes de defensa y los lanza-rayos.

–Todo listo –respondió, satisfecho, el colaborador. Volviéndose, enseguida, hacia nuestro orientador le dijo, con buen humor:

–Hermano Jerónimo, iniciemos la marcha entonces. Y deteniéndose a nuestro lado, añadió:

–De antemano, ruego a todos me disculpen si tomo su tiempo para atender al desventurado hermano al que me referí, satisfaciendo un interés particular. La clarividencia de Luciana y la oración de todos ustedes, sin embargo, constituirán factores decisivos en beneficio de su renovación, para que acepte los recursos redentores del futuro. Es un servicio que me prestan, por el que siempre les estaré agradecida.

Un ligero velo de melancolía inexplicable cubrió repentinamente su mirada, pero, recobrando el ánimo de nuevo, comentó:

–Además de eso, el padre Hipólito dirigirá ruegos cristianos a los infelices que lloran en la zona abismal. El fuego purificador pasará mañana y podremos darles el aviso.

El ex-sacerdote comentó, reconfortado:

–Será para nosotros un placer cooperar.

Dirigiéndose a un gran número de trabajadores en servicio, la hermana Zenobia centró la atención de todos hacia la planificación de los trabajos para tan significativa noche. El Puesto de Socorro debería permanecer atento a la contribución que recibiría de otros lugares similares al día siguiente por la mañana. Algunos servidores irían hacia la Tierra, prestando apoyo a la expedición Fabrino en algunos casos difíciles de reencarnación obligatoria. Otros departamentos estarían preparados para las visitas de los encarnados parcialmente liberados por el sueño físico, para recibir beneficios magnéticos, de acuerdo con las solicitudes autorizadas. Determinadas dependencias estarían listas para la eventual recepción de misioneros del bien, procedentes de los planos elevados y se organizarían lechos para algunos desencarnados listos para ser traídos, según notificación recibida con anterioridad. Dos enfermeras, orientadoras de Colonias espirituales para la regeneración, iban a traer a veinte niños recién liberados de los lazos carnales, con el propósito de entrevistarse con las madres que vendrían de la Tierra, amparadas por amigos para ese reencuentro reconfortante, en carácter temporal. Diversas delegaciones de trabajo espiritual de otras instituciones piadosas, se encontrarían en el Puesto de Socorro para varios trabajos. Dos nuevas misiones de

socorro alcanzarían el Puesto dentro de pocas horas, y se quedarían hasta la mañana, conforme a un aviso previo. Todos los trabajos preparatorios de la mudanza señalada para el día siguiente deberían ser llevados a cabo, se tomaron otras medidas de menor significación y, por fin, la directora dijo que estaría en el santuario, para iniciar las oraciones de la noche, sin ninguna dilación.

Yo no conseguía disimular mi sorpresa, examinando semejante serie de obligaciones, porque, según el cálculo efectuado momentos antes, la hermana Zenobia estaría ausente de allí sólo cuatro horas.

Ultimados los detalles, se acercó a nosotros, invitándonos a acompañarla. Al traspasar el umbral, nos explicó, con cuidado:

–Conviene mantener apagado en el trayecto, todo el material luminoso. Y mirándonos, resuelta, nos informó:

–En cuanto a nosotros, sigamos silenciosos, a pie. No sería razonable utilizar el vuelo en distancia tan corta. Es más justo que nos parezcamos a los pobres que habitan en estos lugares, y mientras dure esta pequeña caminata, deberemos guardar el mayor sosiego. Cualquier falta de atención podrá perjudicar nuestro objetivo.

Pasado unos momentos, atravesábamos las barreras magnéticas de defensa y nos poníamos en camino.

En otras circunstancias y en otro tiempo, no hubiera dominado el pavor que nos infundía el paisaje oscuro y misterioso que teníamos delante. En el espacio se oían extraños sonidos. Oía perfectamente gritos de seres salvajes y, en medio de ellos, dolorosos gemidos humanos, emitidos, tal vez, a inmensa distancia... Aves de monstruosa configuración, más negras que la noche, se apartaban de nuestro camino, asustadas. Y a pesar de la sombra espesa, se observaban algunos detalles de la infinita desolación del ambiente.

Después de algunos minutos de marcha, salió la Luna, como una bola sangrienta, a través de la neblina, esparciendo escasos rayos de luz.

Ahora podíamos identificar los detalles del áspero terreno.

La hermana Zenobia había situado delante de nosotros, a un adiestrado especialista en la travesía de aquellas sendas estrechas, y, conforme con la recomendación inicial, manteníamos un riguroso silencio, atravesando en fila aquella senda hostil.

Alcanzamos una zona pantanosa, en la que sobresalía una pobre vegetación. Hierbajos y arbustos tristes asomaban indistintamente del suelo.

Estaba profundamente espantado, pero, al rodear un inmenso charco, oí sollozos próximos. Tenía la nítida impresión que las voces procedían de personas atascadas en las repelentes substancias, por las emanaciones desagradables que llenaban el aire. ¿A qué fuerzas nos enfrentábamos allí? La niebla no dejaba percibir casi nada, sin embargo, estaba convencido de la existencia de víctimas próximas a nosotros, esperando nuestro amparo providencial. ¿Estaríamos ante el abismo al que se refería la administradora de la Casa Transitoria? Opté por la negativa, porque la expedición no se detuvo en tan angustioso lugar.

Jerónimo seguía próximo a mis pasos y no contuve la pregunta que se me escapó, con rapidez:

—¿Hay aquí almas humanas?

El interpelado, en actitud discreta, solamente respondió con un gesto mudo, en el que me pedía callar.

No obstante, bastaron mis cuatro palabras cortas para que los lamentos indiscriminados se transformasen, de repente, en conmovedoras rogativas:

¡Ayúdanos, quién pase, por amor de Dios! —¡Salvados, por caridad!...

—¡Socorro, viajeros! ¡Socorro! ¡Socorro!

Se produjo entonces, lo imprevisto. Las entidades en súplica permanecían unidas al mismo lugar, pero figuras animalescas y rastreras, que parecían saurios de descomunales proporciones, avanzaron hacia nuestra caravana, alejándose de la zona más profunda de los charcos. Eran muchos y atemorizaban al ánimo más templado. Experimenté el deseo de utilizar el vuelo y huir. Pero la serenidad de mis compañeros me contagiaba y esperé firme. De la mano de la hermana Zenobia partió un casi imperceptible estallido, y diez compañeros, aproximadamente, utilizaron unos minúsculos aparatos, emitiendo rayos eléctricos. A pesar de ser débil la detonación, la descarga de energía revelaba una gran fuerza, tanto que los atacantes monstruosos retrocedían, precipitados, hacia el pantano, cayendo espectacularmente sobre el grueso lodo.

Se multiplicaban las lamentaciones de los prisioneros invisibles en la substancia viscosa.

¡Libérennos! ¡Libérennos!... —¡Socorro! ¡Socorro!

Mi sensibilidad se veía atacada con aquellas imprecaciones dolorosas, pero nadie se paró.

La expedición seguía, diligente y muda.

Comprendí que estaban en juego mayores intereses de trabajo y no insistí. Mi posición era la un simple colaborador.

Algunos minutos más y pasamos la región de los charcos. Penetrando en un terreno de diferente configuración mi corazón se alivió, de algún modo. Pero ahora, unos bultos negros de entidades humanas se desviaban hacia nosotros. Se acercaban con la visible disposición de atacar, retrocediendo, sin embargo, inesperadamente. Supuse, que el retroceso ocurría después que ellos observaban la extensión de nuestro grupo de veinticinco personas. Nos temían por la cantidad numérica, y huían apresurados.

Prosiguiendo la marcha, penetramos en una escarpada región y, atendiendo a la señal de la hermana Zenobia, los veinte auxiliares que nos seguían se apostaron en un determinado sitio, con la recomendación de esperar nuestro regreso.

La directora de la Casa Transitoria nos condujo a los cuatro, camino adentro, afirmando que haríamos solos la primera parte del programa de servicio. En semejante paraje, la atmósfera se enrarecía de manera sensible. La luna pareció menos roja, el césped más suave, el aire más tranquilo.

–Estamos en un reducido oasis de paz, en medio del extenso desierto de sufrimientos –aclaró Zenobia rompiendo el largo silencio. Ahora podemos hablar y atender a los objetivos de nuestro viaje.

Inmediatamente después, haciendo evidente su preocupación en sosegar nuestro interior, con referencia a los anónimos sufridores que encontramos en el camino, nos explicó delicadamente:

–No somos impermeables a los ruegos de nuestros hermanos que aún gimen en el charco de dolor al que se lanzaron voluntariamente. A nuestro espíritu le hieren las maldiciones de los infelices. La Casa Transitoria de Fabiano les ha prestado el socorro posible, y esta ayuda, hasta hoy, viene siendo repelida por nuestros hermanos desafortunados. En balde les liberamos, periódicamente, de los monstruos que les esclavizan, proporcionándoles refugio saludable.

Huyen de nuestra influencia rectificadora y vuelven espontáneamente al charco. Es imprescindible que el sufrimiento solidifique su voluntad, para las benditas luchas del porvenir.

Una vez dicho esto, que percibí especialmente dirigido de modo indirecto para mí, Zenobia continuó, bastante emocionada:

–Debo dar algunas explicaciones ahora. En este instante, debe esperarnos, en las márgenes del abismo, el hermano al que aludí, que es un dedicado amigo de otro tiempo para mí, y por quien debo trabajar, en la actualidad, con todos los recursos legítimos a mi alcance. Desgraciadamente, el pobre se mantiene en un patrón vibratorio de los más inferiores. Creo necesarias estas explicaciones preliminares, para facilitar su colaboración de esta noche. Muchas veces, la sorpresa dolorosa nos obliga a una solución de continuidad en el servicio a prestar. De ahí mi preocupación en darles la información debida. Se trata del Padre Doménico, entidad a quien debo mucho. Fue un clérigo poco feliz, incapaz de mantenerse fiel al Señor hasta el fin de sus días. Comenzó su lucha humana, lleno de sublimes esperanzas, en su primera juventud; pero, como los designios del Padre eran diferentes de los caprichos que alimentaba en el corazón de hombre apasionado y voluntarioso, en poco tiempo cayó en despeñaderos por los cuales sufre estos amargos padecimientos, después del sepulcro. Se aprovechó de las casas consagradas a la fe viva para realizar propósitos poco dignos, usurpando la paz de corazones sensibles y amorosos. Recibió todas las advertencias y avisos saludables tendentes a modificar su conducta criminal y desvariada. Sin embargo, se internó profundamente en el lodazal oscuro de los errores voluntarios, despreciando cualquier asistencia salvadora. Colaboré durante años consecutivos en los servicios de orientación que le eran administrados, pero, por la expresión intensa de fragilidad humana que aún conservaba en mi alma, le abandoné, también, a su propia suerte, absorta por sentimientos de horror. Mi deliberación estableció una larga pausa de tiempo en nuestras relaciones directas. Más de cuarenta años pasaron para nosotros. Pero, de un tiempo a esta parte, sus sufrimientos se acentuaron de manera terrible, obligándome a movilizar mis humildes posibilidades en su favor. Desencarnado, desde hace mucho, volvió de la Tierra en circunstancias angustiosas. Ocasiónó desastres morales de reparación muy difícil. Y aún permanece insensible a nuestras exhortaciones de amor y paz, manteniéndose en una posición psíquica negativa. Se precipitó en la temible aridez del corazón, uniéndose a fuerzas que le aniquilan y entorpecen cada vez

más. Para que no le ocurran males mayores, a petición mía fui autorizada a incluirle entre los tutelados externos de nuestra institución. Conseguí, de ese modo, que algunos de nuestros cooperadores atenuasen sus movimientos, sin que él pudiese darse cuenta de nuestras operaciones fluídico-magnéticas, en ese sentido. Ha sufrido mucho. Pero, a pesar de la postración, aún no modificó su mente, manteniéndose en pesadas tinieblas interiores y substrayéndose, sistemáticamente, a cualquier esfuerzo de auto-examen, que le facilitaría, sin duda, algún reposo espiritual. Más allá de ese alivio, que le es sumamente indispensable, el padre Doménico necesita reencarnar, recapitulando el pasado en servicio expiatorio. Pero la situación mental en que permanece le crea grandes obstáculos, dificultando la acción de auxilio. Urge, sin embargo, que regrese a la reencarnación. Amigos nuestros, devotos y solícitos, me amparan en mis peticiones en su favor y Doménico volverá a unirse, como hijo sufridor de una de sus víctimas de otro tiempo, víctima y verdugo, porque en un gesto de venganza cruel, el ofendido eliminó al ofensor con la muerte. Para reintegrarse en las corrientes carnales, preciosas y purificadoras, debe adquirir, por lo menos, la virtud de la resignación, de modo que no aniquile el organismo de aquella que, desempeñando la sublime tarea de madre, le proporcionará un nuevo cuerpo físico. Para conseguir ese resultado, es imprescindible que mejore interiormente. Si consiguiéramos que un rayo de luz penetre en su interior, si logramos la aparición de algunas lágrimas que puedan desahogar su corazón, dilatando su entendimiento, experimentará nuevas percepciones visuales y, probablemente, conseguirá vislumbrar a aquella que fue su desvelada madre, en la última peregrinación por el plano físico. Una vez conseguido eso, creo que será conducido fácilmente a su conformidad y a las medidas iniciales de la reencarnación.

Se estableció una pausa natural en las explicaciones de Zenobia. Ninguno de nosotros se aventuró a formular ninguna pregunta. Ella, sin embargo, prosiguió, humildemente:

—Desde hace algunos días, Doménico nos oye, como un ciego que no consigue ver. No puedo identificarme ante él, para no perjudicar su trabajo de redención, pero espero que, en esta noche, podamos hacer mucho en su favor, con los valores de la oración, esperando, aun, que los informes, detallados e instructivos, gracias a la clarividencia de Luciana, puedan elevar su patrón vibratorio, y, si eso ocurre, como espero en Nuestro Señor, llamaré mentalmente a nuestra hermana Ernestina, que fue su madre dedicada y compasiva, para recogerlo y conducirlo a la Tierra para los correspondientes procesos. Estoy convencida que, pudiendo ver a su madre, Doménico se transformará en pocos días, preparándose para la próxima reencarnación.

Señalando un punto del paisaje, dijo:

—En función del servicio a realizar, recomendé que dos auxiliares le trajesen al lugar adecuado, donde podamos orar libremente y auxiliarlo con nuestras palabras, sin interferencias.

Enseguida rogó, conmovida:

—Y ahora que iniciamos el trabajo, que tanta significación tiene para mi alma, insisto en que me perdonen el carácter personal de la tarea. La oportunidad de reunirnos cinco hermanos tan bien sintonizados, no es muy común y, en vista del evento señalado para mañana, siento que no debo retrasarla, ya que la desintegración de residuos inferiores por el fuego etérico se hace acompañar de una gran renovación en estos

sitios. Podríamos, de ese modo, Ernestina, Doménico y yo perder la sagrada ocasión, que quizás tardaría mucho en repetirse.

Se calló, de repente, la orientadora, conservándose en actitud de quien medita, en silencio, con el corazón vuelto hacia el Todopoderoso. Transcurridos algunos momentos, prosiguió, afirmando:

–Estén seguros de que serán mis acreedores para siempre. Teniendo en cuenta la elevada posición de la directora del Puesto de Socorro, nos conmovía semejante demostración de humildad.

Ante su ejemplo cristiano, la seguimos a una pequeña elevación del suelo, ligeramente iluminada, donde dos compañeros velaban delante de alguien extendido en decúbito dorsal. La mentora benevolente hizo descansar a ambos auxiliares, que volvieron al grupo, un poco más distante. Zenobia se acercó, maternalmente, y, sorprendiéndonos, se sentó en la hierba, colocando la cabeza del infeliz en su regazo con cariño.

Aquel hombre, vestido con una destrozada túnica negra exhibía una faz horripilante. A pesar de la sombra, se veían sus rasgos, que inspiraban compasión. Con los cabellos desaliñados, los ojos hundidos en la caverna de las órbitas, la boca y la nariz hinchados en una horrible máscara de odio e indiferencia, daba la impresión de ser un facineroso común, que sólo la enfermedad había conseguido inmovilizar para prestar cuentas a la justicia. No acusó emoción alguna al contacto de aquel cuello amoroso y tampoco se dio cuenta de nuestra presencia. Con la mirada perdida en el espacio, en una mezcla de desesperación y burla, parecía una estatua de insensibilidad, vestida con harapos hediondos.

–¡Doménico! ¡Doménico! –gritó la Hermana Zenobia, con ternura fraternal.

Debía sufrir una extrema dificultad en la audición, porque solo después de pronunciar su nombre varias veces, como alguien que registrase sonidos de muy lejos, fue cuando exclamó irritado:

–¿Quién me llama? ¿Quién me llama? ¡Oh, poderes orgullosos que desconozco, dejadme en el infierno! No atenderé a nadie, no deseo el cielo reservado a los predilectos... ¡Pertenezco a los demonios del abismo! ¡No me perturben!... ¡odio, y odiaré para siempre!...

–¿Quién te va a llamar? –dijo la directora, delicada y afectuosamente– somos nosotros que deseamos tu bien.

El infeliz, entretanto, por lo que observé, no se dio cuenta de la frase reconfortante, porque continuó maldiciendo, insensible;

–¡Malvados! ¡Gozan en el paraíso, mientras aquí sufrimos dolores atroces! ¡Lo van a pagar! ¡Me dieron derechos en el mundo, me prometieron la paz celestial, me confiaron privilegios sacerdotales y me precipitaron en las tinieblas! ¡Desalmados! ¡Satanás es más benigno!...

Nuestra venerable hermana, no obstante, lejos de irritarse, habló pacientemente:

–Pediremos a Jesús que te devuelva, aunque sea por algunos momentos, el don de oír.

Solicitando que le acompañásemos en la rogativa, invocó:

–¡Señor, permite que podamos amparar a Tu infeliz tutelado! ¡Tienes el pan que extingue el hambre de justicia, el agua eterna que sacia la sed de paz, el remedio que cura, el bálsamo que alivia, el verbo que esclarece, el amor que santifica, el recurso que salva, la luz que revela el bien, la providencia que rectifica, el manto acogedor que envuelve la esperanza en Tu misericordia!... ¡Maestro, Tú, que haces descender la bendita luz de Tu reino a los que aún lloran en el valle de las sombras, concede que Tu discípulo extraviado pueda oír a aquellos que le aman!... ¡Pastor Divino, compadécete de la oveja apartada del aprisco de tu corazón! ¡Permite que sus oídos tengan acceso a los ecos suaves de Tu infinito amor!... ¡Concedéndonos semejante alegría, no por méritos que no poseemos, sino por Tu inagotable bondad! ...

¡Oh! una vez más, reconocí que la oración es quizás el máximo poder conferido por el Creador a la criatura!

Después de la súplica, sensibilizado, observé que de todos nosotros se irradiaban fuerzas brillantes que alcanzaban el tórax de Zenobia, como reforzando sus energías, y de sus manos cariñosas y beneméritas, iluminadas de claridad dulce y suave, emanaban rayos diamantinos. La amorosa amiga las colocó sobre la frente del desventurado, ofreciéndonos la certeza que maravillosas energías se habían improvisado en beneficio de él.

Le llamó, nuevamente, con gravedad y ternura.

El interpelado, ahora, revelando una capacidad auditiva diferente, hizo un inmenso esfuerzo por levantarse, tanteó a su alrededor, y gritó:

–¿Quién está aquí?

–Somos nosotros –respondió Zenobia– que trabajamos en tu favor, para que obtengas paz y luz.

–¡Quimeras! –gritó el infortunado, acusando alguna transformación interior– ¡fui traicionado en mi ministerio sacerdotal, me negaron los derechos prometidos, fui humillado y herido! ¿Qué deseáis de mí? ¿Lastimarme? no necesito de la compasión ajena. ¿Aconsejarme? imposible. ¡Estoy ciego y atormentado en el infierno por deliberado menosprecio de las fuerzas divinas, que me dejaron totalmente desamparado!

–Doménico –le dijo Hipólito, a petición de la orientadora, que le hizo un silencioso gesto de solicitud, en ese sentido, dándonos a entender que no deseaba emplear su propia voz en la conversación que se iniciaba–, no te rebeles contra la determinación de la Justicia Divina.

–¿Justicia? –replicó él, vibrando de emotividad– ¿Y no tengo hambre de derecho? ¿No tenía yo prerrogativas en el apostolado? ¿No fui sacerdote fiel a la creencia? Hace muchos años que padezco en las tinieblas y nadie se acordó de hacer justicia.

–¡Cálmate! –le dijo nuestro compañero con voz firme– la conciencia es el juez de cada uno de nosotros. Posiblemente vestiste la sotana fiel a la creencia, pero desleal al deber. Viene con nosotros alguien con bastante poder de penetración en los escondrijos de tu vida mental. ¡Espera! Vamos a orar en silencio para que la bendición del Señor se haga sentir en tu corazón y, después te ayudaremos para que vuelvas a leer, con la precisa serenidad, el libro de tus propias acciones, entendiendo la larga permanencia en los despeñaderos fatales.

El infeliz enmudeció por momentos y, llenos de un fuerte deseo de auxilio, dirigimos una fervorosa súplica a la esfera Superior, rogando alivio para el sufridor y bastante luz para nuestra hermana Luciana, para que pudiese ver aquella conciencia culpada, con la eficiencia precisa.

VII

LECTURA MENTAL

Después de la oración silenciosa, Jerónimo hizo comprender a Luciana que habíamos llegado al momento de la acción.

La enfermera clarividente, dando muestras de cariño fraternal, se acercó al infeliz y, después de mirarle fijamente en la frente, comenzó:

–¡Padre Doménico, su mente revela el pasado distante y ese pretérito habla muy alto delante de Dios y de los hermanos de la humanidad! Duda de la Providencia Divina y alega que su ministerio no fue debidamente remunerado con la salvación e impreca contra el Padre de Misericordia Infinita... ¡Su dolor permanece repleto de blasfemia y desesperación y proclama que las Fuerzas Celestiales le abandonaron en el tenebroso fondo del abismo!...

–¿Y acaso no es así? –gritó el desventurado interrumpiéndola– Obligado por las circunstancias de la vida a servir en una Iglesia que me engañó, ¿me niegan el derecho de reclamar? El Evangelio no tiene palabras de miel para el acto de Judas. ¿Tengo yo que alabar a los que me traicionaron?

–No, Doménico. Sus amigos no piensan en criticar a las instituciones. Desean tan sólo ampararlas. ¿Está usted de acuerdo en su desvío de la conducta cristiana? ¿Ha actuado como sacerdote fiel a los sagrados principios que juró? ¿Espera un paraíso de ventajas inmediatas, más allá del sepulcro, sólo por los signos exteriores que le diferenciaron de los otros hombres? ¿No pensó en la extensión de las responsabilidades abandonadas?

–¡Oh! ¡qué preguntas! –exclamó el interpelado, con evidente amargura– la organización religiosa a la que serví me prometió honras definitivas. ¿No era yo el director de un gran colectivo social? ¿No administraba el Santísimo Sacramento? ¿No fui recomendado al Cielo?...

A pesar de las protestas, el Padre Doménico ya acusaba señales de transformación íntima. Su voz era más triste, anunciando la próxima capitulación. El hecho de sentirnos más cerca, a través de la audición, facilitaba nuestra actuación magnética de auxilio.

Al término de sus reticentes preguntas, Luciana dijo:

–Las Iglesias, amigo mío, son siempre elevadas y bellas. Resumen, invariablemente, la ruta de nuestro encuentro divino con el Padre de infinito amor. Enseñan la bondad universal, el perdón de las faltas y la solidaridad común. Pero, ¿y nuestros crímenes y flaquezas? En general, todos nosotros, afiliados a variadas corrientes del pensamiento religioso en la Tierra, exigimos que se nos haga justicia, y nos olvidamos sin embargo, que las nociones de justicia envuelvan la existencia de la Ley. Y ¿cómo engañar a la Ley, soberana e inalterable, aunque compasiva en sus manifestaciones? ¿No está de acuerdo en que es absurdo reclamar un determinado proceder de los demás, esperando para nuestro “yo” tiránico y desequilibrado las compensaciones

solamente debidas a los que observan las reglas de purificación, de las cuales no pasamos de ser simples expositores en el campo de la enseñanza?

–¡Oh! ¡Oh! ¿Y la confesión? –volvió a decir Doménico, visiblemente impresionado con las palabras oídas– Monseñor Pardini me oyó, antes de la muerte, y me absolvió...

–¿Y confió en semejante medida? Su colega de sacerdocio podría inducirle al buen ánimo y al valor necesario para el trabajo de reparación futura, pero no conseguiría eliminar de su conciencia los negros residuos mentales de los actos practicados. Vuestro corazón, padre, es un libro abierto a nuestros ojos. Envuelto en las tinieblas, usted injuria el nombre de Dios y Su justicia, sin embargo la viva descripción de sus recuerdos es bastante expresiva...

Como Doménico se callase, humillado, bajo la vigorosa influencia magnética de Zenobia, que le mantenía en sus brazos, la clarividente prosiguió:

–Le veo la última noche de su existencia carnal. Le acompaño en esa noche fría, bajo fuertes ráfagas de viento en un cielo sin luna. Desvía su paso del centro populoso y toma la senda sombría de un suburbio apartado. No solamente veo su cuerpo físico. Siento igualmente su estado emocional. Arrebatado por la visión embriagante de los sentidos, entra en un hogar honesto, ciego por el sentimiento poco respetuoso para alguien que os oyó, inocentemente, las finas palabras de seducción y malicia. Arroja la oscura sotana, como quien se quita una capa incomoda. Ahora está vestido con un elegante traje de gris. Seducida por su gentileza, que sólo indica propósitos pasionales, distantes de cualquier sentimiento edificante, una mujer cede a sus promesas. Pero, alguien les vigila. Es un hombre que se da cuenta de lo que ocurre y se aleja, alucinado, sin que identifique su presencia. Se trata del esposo ofendido, en dolorosa crisis pasional. Se aleja, camino de la pequeña y cercana ciudad, lleno de salvaje dolor. Entra en un almacén de bebidas y adquiere un litro de vino añejo, de alto precio. Se aleja, angustiado, y, oculto bajo la sombra de árboles acogedores, agrega al contenido del frasco una pequeña porción de una sustancia venenosa, de efecto fulminante. Le espera, de lejos, acariciando la idea del asesinato. Avanzada la noche, regresa a la iglesia y el adversario, como quien vuelve de un ligero viaje, le saluda, con disimuladas demostraciones de estimación y confianza. Después viene la invitación al vino reconfortante en la fría madrugada y usted abre la puerta de la residencia parroquial. Entra sereno. En el calor del interior doméstico, al frente de una mesa bien servida, bebe, honrado, el vino añejo mezclado con el veneno destructor. No tuvo tiempo para explicaciones. Ante sus gemidos furiosos y roncós, entre gestos de sufrimiento, el asesino se ríe y destila en sus oídos palabras de maldición. Cuando la respiración se hizo más oprimida, el homicida pidió socorro a las personas de la casa, después de inutilizar la prueba del crimen, ante sus ojos asombrados. Se precipitan, en vano, los criados. Un viejo eclesiástico se aproxima, con la intención de oírle. Debe ser Monseñor Pardini, el de sus referencias. Comprendiendo su dificultad para mantener cualquier conversación, interroga al criminal, que declara ser su amigo íntimo y dice, fingiendo, que volvían ambos de su casa, donde había tenido una confortante y larga conversación, junto a él y a su esposa, quedándose allí por la insistencia de los dos. El criminal, revelando una ficticia piedad, asegura que le había acompañado hasta la casa parroquial, en vista de la hora avanzada y que pasó al interior invitado por usted, y que, en plena conversación amistosa, cayó fulminado por un síncope. Inútilmente,

usted quiere dar explicaciones. Su mano se levanta y con el índice señala al criminal. Monseñor Pardini se aproxima. El homicida os toma la mano casi inerte y exclama:

–“¡Es necesario salvar al Padre Doménico! ¡Mi esposa y yo no soportaríamos semejante pérdida!” El eclesiástico que le asiste está muy emocionado. Cree que el vengador es el desvelado compañero de la víctima e inicia el servicio de los moribundos. Usted dirige una última mirada llena de desesperación al adversario y comprende el próximo fin del cuerpo. Se le enfrían los miembros. Un sudor viscoso corre, abundante, del rostro, y, en un esfuerzo tremendo, pronunciáis, de manera casi ininteligible, una frase:

–“Yo, pecador, me... confieso... “Pero, el religioso que os acompaña, os cierra los labios, en un intento por ahorraros esfuerzos y dice:

–“¡Doménico, descansa en paz, al sacerdote recto, no le hace falta la confesión, en el último aliento, hoy administraste la comunión! ¡Pide a Dios por nosotros, en el cielo!” Enseguida, le concedió la plena absolución de todos los pecados de la existencia humana, dejando a su espíritu lleno de santa confianza. Sin embargo, la palabra del colega perturba su conciencia. En el fondo, sabe que la muerte le sorprende en doloroso abismo. En vano, intenta recibir la paz que Monseñor Pardini le desea; en balde intenta desviar la mirada del envenenador que le sigue, mordaz. Sus manos caen inertes. El amigo religioso pone un crucifijo en sus manos. Sus ojos se paran en la contemplación de la última escena. Se abre la puerta de la alcoba y algunos criados se arrodillan, en llanto. Una campana toca un aviso fúnebre. Amanece. Mientras, semiinconsciente, fustigado por el dolor y por la desesperación, no le veo disfrutando las claridades del nuevo día que surge. Allá afuera, hay cirios encendidos y actitudes respetuosas de los parroquianos que se multiplican, visitando sus despojos, después que un bondadoso médico que, íntimamente, cree que se ha suicidado, certifica su muerte como un fulminante ataque al corazón, para evitar escándalos en el círculo siempre venerable de la religión. Hay personas que lloran sinceramente y oigo comentarios elogiosos a su labor sacerdotal. Sin embargo, dentro de usted, prevalece una inmensa noche. Grita como el ciego en el primer instante de la inesperada ceguera. Pero, nadie le oye. Cuenta a todo el mundo el crimen del que ha sido víctima, ruega medidas contra el asesino, pero los oídos humanos, ahora, permanecen en otras dimensiones. Busca el recurso de huir, pero invencibles grilletos le unen al cadáver. Al crepúsculo, se realiza el entierro. Se abre el templo suntuosamente decorado con flores rojas. Unos cánticos tristes vuelan desde el coro y toda la nave huele a incienso. Con gran pompa en todos los detalles de las exequias, su cuerpo desciende al último refugio. Mientras, usted permanece unido a las vísceras en descomposición...

La descripción de la enfermera me impresionaba, profundamente. La infeliz entidad parecía tocada en las fibras más recónditas de su ser. Al poco rato, Luciana continuó:

–Con la sepultura del cuerpo, comenzaron para su alma infinitos padecimientos. Permanece atormentado por la ansiedad, el hambre, la sed, el dolor... No puedo precisar cuánto tiempo invierte en semejante angustia. Pero, siento, que la entidad sufridora de una mujer le visita en el sepulcro. Le extiende unos brazos horribles y, bajo la impresión de pavor, usted logra desatar el lazo que aún quedaba y que le prende al cuerpo deforme, huyendo vociferando. Su cuadro de conciencia cambia. Se acuerda del drama de la infortunada que se le apareció, suplicando. También fue víctima de su

poder de fascinación... La lectura mental de sus recuerdos revela los detalles de la experiencia final de la enloquecida. ¡Pobre mujer crédula y confiada! La veo llegando a la parroquia en una noche tempestuosa. Experimenta la emoción inferior del hombre poco digno que siente el dominio absoluto sobre la presa... La pobrecita, sin embargo, llora y ruega su ayuda. Pronuncia palabras que conmoverían a los corazones de piedra, mostrando un gran desaliento. Capto lo que dice... Se confió excesivamente en sus promesas y cedió a sus caprichos de hombre vulgar. Al principio, creyó que no tendría consecuencias desagradables, segura estar a salvo de indiscreciones. Usted sabía cómo engatusarla por su inexperiencia en asuntos afectivos y proclamaba la inocencia de semejantes relaciones. Sin embargo, ahora, anunciaba la llegada de un niño, llevando la preocupación a su corazón. ¿Quién la socorrería? ¿Quién restauraría la paz familiar? ¿No sería mejor legalizar los lazos existentes? ¿No deberían esperar, honrados, la dádiva de un hijo bendecido por Dios? Escuchó sus ruegos sin ningún estremecimiento moral. Con la frialdad de los hombres de brillantes palabras, invocó el deber sacerdotal para justificar lo imposible del caso, comentó las convenciones humanas y, por fin, propuso resolver el problema, con un matrimonio apresurado e indigno entre la víctima y el último de sus criados. La joven solloza convulsivamente, afirmando su justo rechazo. Usted continúa con la argumentación prudente y preciosa, pero, la infeliz le abandona, con evidentes señales de locura, precipitadamente, alcanzando la calle, bajo la lluvia torrencial... La acompaño. Regresa al hogar paterno, profundamente desequilibrada por vuestro golpe sin piedad. ¡Ah! ¡Qué horror! la desventurada se vale de la noche solitaria y bulliciosa e ingiere una gran dosis de veneno, como acto final de su tragedia interior. Nadie oye sus rugidos de sufrimiento salvaje, porque los truenos retumban en el cielo. Pero, al amanecer, un padre afligido corre a su iglesia y le pone al corriente del hecho. Su hija había muerto, misteriosamente. ¿Cómo aclarar la situación? ¿No procedía correctamente, buscando el consejo sacerdotal? Recibió la noticia disimulando difícilmente la emoción, repitiendo textos evangélicos para consolar al amigo que tenía confianza en usted. Preocupado, se pone en camino de la residencia enlutada. No obstante, siento perfectamente su estado mental. No le aflige la pérdida de alguien que podría estorbar su tranquilidad, le preocupa obtener algún recurso, aparentemente digno, que le mantenga a salvo en la imprevista situación. Pronunciando palabras reconfortantes, monta guardia al cadáver y llama a un médico amigo. ¡Y ahí llega! ¡Oh! ¡Es el mismo que le examinó, en el último día, creyendo que era un suicida! Después de una larga conversación en tono confidencial, el clínico afirma que hubo muerte natural, con la ruptura de vasos del corazón. Recupera el bienestar que se manifiesta, de nuevo, en su semblante. ¡Sus palabras de consuelo se hacen más vivas e inteligentes y sigue los funerales, sereno y contrito, mientras los ojos desorbitados y terribles del suicida le contemplan desde el féretro, y otros bultos negros, del plano invisible a los hombres comunes, le acompañan en el cortejo solemne. ¡Son almas vengadoras que le siguen, con tenacidad!...

Luciana se calló, visiblemente conmovida, y, dándonos a entender que el paisaje mental de Doménico cambiaba bajo la influencia de otros recuerdos evocados por la narración, continuó describiendo otros eventos que aparecían ante ella.

—¡Ah! sí, veo bien, se destaca una infeliz entidad que le dedicó un profundo afecto. Le contempla con desesperación y ternura a la vez. Se parece muchísimo a usted. Ahora, comprendo. No fue solamente su amigo, fue su padre. Reclama, con insistencia,

determinada escritura que usted no presentó. ¿Qué veo? En torno a él hay imágenes vivas de recuerdos angustiosos. Le contemplo en la última noche a su lado. Le mira, cariñoso y confiado. La disnea le concede una tregua más larga y el moribundo le entrega un testamento, en el que relata sus últimas voluntades. Le habla, afectuoso y humilde, de su pasado oculto. No fue simplemente el padre feliz de un sacerdote y de otros hijos que honran su nombre, declara. Fue un joven impulsivo, comprometido en diferentes aventuras. Tenía algunos hijos, lejos del hogar, y no deseaba partir sin legitimarlos debidamente. Además de eso, pretendía garantizarles un próspero futuro. Usted le escucha con un indescifrable interés. Después, a petición de su padre, lee la relación de pequeños legados a sus pupilos. El agonizante le acompaña, atento, con la mirada. Usted emite bellas palabras en los labios, justificando los errores del pasado. Sabe consolar con hermosas palabras que provocan su admiración. Al final, promete al corazón paterno el exacto cumplimiento de sus últimos designios. Él le relata, confiado, los deslices que había omitido, declarando su arrepentimiento “in extremis” y usted le habla de su esperanza en el cielo, donde Jesús recibirá sus sinceros deseos de reparación. Con palabras entrecortadas por la suprema aflicción, le reitera la súplica de amparo constante para cierta mujer, rodeada de hijitos, que esperan de él el sustento necesario... Ayudado por usted, se abraza al crucifijo, que contempla con los ojos nublados. Recita una larga y conmovedora oración, acariciando su cabeza. En unos momentos más y esforzándose por verle por última vez, el moribundo cierra los ojos en el acto final del cuerpo. Se queda a solas con el cadáver, con el índice y el pulgar de la mano derecha sobre los ojos del muerto, para imprimirle una buena apariencia. Pero, antes de avisar a nadie, guarda el testamento en un mueble, con intenciones francamente hostiles a los rectos propósitos del desencarnado. Desde ese instante, me parece que él le siguió, siempre de cerca, reclamando, reclamando. Permanece, angustiado, en la pantalla de sus vivos recuerdos.

La clarividente se detiene, de nuevo, observando diversos detalles, mientras el infeliz Doménico demuestra una inconsolable conmoción.

—¡Oh! ahora —prosiguió Luciana— ¡es otro perseguidor severo! Se destaca en mi visión. Es un viejo eclesiástico, que dejó el cuerpo físico dirigiéndole intensas vibraciones de odio. Sus recuerdos explican el hecho. Usted deseaba, a cualquier precio, el puesto que le pertenecía. Diversos intereses personales unían su pensamiento a la pequeña ciudad bajo la orientación del antiguo párroco. Intentó la realización del deseo con métodos persuasivos. En un largo diálogo, le propuso la compra de la parroquia, en forma particular. Alegaba disponer de bastante influencia política para efectuar la transferencia normalmente, remunerándole su adhesión incondicional al proyecto. El anciano, sin embargo, se niega y se justifica. Dice que permanece junto aquel rebaño, desde hace muchos años. Además de eso, está viejo y enfermo. Había servido a la Iglesia con las mejores fuerzas de sus buenos tiempos cuando tenía salud física y espera la posibilidad de morir allí, respirando el aire amigo de su pequeño huerto. Reconoce su superioridad en la cuestión, considerando sus relaciones prestigiosas en el seno del clero y de la administración pública y asegura que, si fuesen otras las condiciones, cedería el lugar sin ningún problema. Los médicos, mientras, le habían recomendado la residencia en el litoral, para que la atmósfera marina facilite el esfuerzo de su corazón. La rogativa conmovería a cualquiera. Le oyó, estuvo de acuerdo y se despidió elaborando un nuevo plan. Desde ahí, sin ningún escrúpulo, partió en

visita personal al obispo de la diócesis, al que expuso, con fingida humildad, la solicitud que le preocupa. Engañado, el dignatario de la Iglesia oye, atentamente, y acepta lo que le propone, recomendando, sin embargo, una audiencia previa con sus asesores directos. Usted no tiene la menor duda. Gratificando a compañeros altamente situados, consigue que el antiguo sacerdote fuese removido, obligatoriamente, para una lejana parroquia en la montaña, donde el anciano murió, rápidamente, odiándole a muerte. Intoxicado por la cólera y por los reiterados deseos de venganza, está ciego a las manifestaciones de la espiritualidad superior, y le cerca con ira implacable...

Se hizo un nuevo intervalo de la clarividente. Luciana, sin embargo, vuelve a comenzar la exposición, más alarmada:

—Ahora, surge una mujer. Me parece que desencarnó después de una delicada operación en los ojos. Sí, su pantalla de recuerdos habla bien alto. Fue víctima de su poder fascinante de hombre dominador. Está a su lado en el último encuentro, aún en el plano carnal. Ha terminado una opulenta comida, cuando alguien toca a la puerta parroquial. Se trata de una pobre mujer, envejecida prematuramente y casi ciega, conducida por un niño anémico de nueve a diez años, que le suplica auxilio. Ante la frialdad con que la recibe, la infortunada, con palabras llenas de sentimientos, invoca su pasado de liviandades y pregunta si ha olvidado al hijo que le colocaste en los brazos. Lloro, gesticula y se explica. Había trabajado sinceramente por su propia rehabilitación, pero, en todas partes, la acusaban de prostitución y ociosidad. Había luchado heroicamente por mantener al hijito, a costa de un trabajo honesto, pero enfermó, sin ninguna protección, y allí estaba casi ciega, implorando socorro... Si pudiese, le ahorraría al hijo, aún niño, la humillación de conocer a un padre desalmado, pero el pequeño se acercaba a la muerte. Padecía una tuberculosis devoradora y le suplicaba ayuda económica para el indispensable tratamiento. El niño le contempla, triste y confiado. Le oyó, indiferente, y ensayó una respuesta extraña. Al tocar una campanilla, aparece un criado conduciendo perros fieros que amenazan a los pobres indigentes, forzándoles a huir, despavoridos. El niño, en el último estado de anemia, muere sin recursos y la madre infeliz desencarna en un pabellón de indigentes, con el siniestro deseo de vengarse de usted, de cualquier forma.

Guardó, Luciana, silencio, nuevamente, como para observar detalles apenas visibles a su mirada. Y de repente exclama:

—¡Oh! ¡Que horror! ¡Veo más!... Otra mujer con profundas ojeras y negras vestiduras...

Sin embargo, no pudo terminar su observación.

En ese instante, el desventurado profirió un grito terrible, se deshizo en lágrimas y exclamó, alucinado por el sufrimiento moral:

—¡Basta! ¡Basta!...

Estallaron unos sollozos atroces de su pecho oprimido. Zenobia, que mantenía su cabeza en el amoroso regazo, nos tranquilizó en tono discreto:

—Dominico mejora, gracias a Nuestro Divino médico. Para el espíritu culpable que sufre, las lágrimas son también una lluvia benéfica que refresca el corazón.

Permaneció silenciosa, mientras la seguíamos, enternecidos, con la mente vuelta hacia la oración.

Después de la larga crisis de llanto de Doménico, la directora de la Casa Transitoria solicitó al padre Hipólito que sembrase nuevas ideas en el terreno de la conciencia arada por el dolor, diciéndonos que le llevaría algunos minutos para convocar, mentalmente, a la que fue madre del antiguo párroco desencarnado, para que el miserable fuese conducido de nuevo al plano físico, en el proceso inicial de la futura reencarnación.

La orientadora entró en una profunda meditación, mientras que Hipólito levantó la voz, dirigiéndose al mendigo de luz:

–Hermano Doménico, el Señor misericordioso oyó nuestro ruego. ¿Deseas, efectivamente, la redención?

El interpelado, al parecer, se despreocupó enteramente de responder a la pregunta y, manteniendo una fuerte impresión, relativa a las afirmaciones que había oído, preguntó a su vez:

–¡Ah! ¿Existe entonces la justicia Divina, anotando nuestras faltas? ¿Hay registros tan minuciosos para los hechos más secretos del espíritu?

–Traemos en la propia conciencia el archivo indeleble de nuestros errores –comentó Hipólito, con inflexión de piedad– como los justos son portadores de las anotaciones íntimas que les glorifican delante del Padre Altísimo. ¡Cierra, para siempre, mi amigo, la puerta del “ego inferior”! ¡Acalla la vanidad, el orgullo, la falta de penitencia! No maldigas. La Iglesia que nos reunía, en el plano físico, es santa en sus fundamentos. Somos nosotros los que fuimos malos siervos, desviando los principios básicos para la satisfacción de nuestros instintos dominantes. Buscábamos el reino transitorio del poder temporal, a través de las puras manifestaciones del culto externo aliado a la política corrupta, olvidando, deliberadamente, el reino de Dios y su justicia. ¿Podríamos culpar, quizás, a las madres consagradas a su deber por los crímenes voluntarios de los hijos? La Iglesia universal de Jesucristo, que congrega a todos sus apóstoles, servidores, discípulos y aprendices, es madre amorosa y fiel.

De nuevo, sollozando, el espíritu desafortunado se mostraba herido en sus fibras más íntimas, provocándonos conmoción y lágrimas.

¡No condenes! –prosiguió el compañero– ¡Cuántos de los antiguos superiores nuestros expían en las regiones tenebrosas! ¡Cuántos se engañaron, honrándose en el mundo a sí mismos, olvidándose del Señor que “pasó haciendo el bien”! ¡Muchos de los dignatarios orgullosos que dirigían nuestras actividades, buscando su propio interés, bajaron al sepulcro, en solemnes exequias, a través de fanfarrias y esplendores, para comparecer aquí con dolorosas necesidades del corazón, como miserables mendigos! Muchos aguardan días mejores, en el fondo de viscosos pantanos de odio destructor; otros imploran socorro, ansiosos de paz y renovación. ¿Por qué no nos recuperamos también, para movilizarnos en el necesario servicio de amor que redime siempre? ¡Levantémonos, hermano, para que seamos útiles a los compañeros de otro tiempo, conduciéndonos al puerto de la salvación! Recordemos Aquel, en cuyo nombre augusto juramos fidelidad al cielo, en la Tierra. ¿Te duele la penitencia, te hiere la

humillación? ¿Y él? ¿Por ventura no recorrió la Vía Dolorosa, como un vulgar malhechor? ¿No aceptó la cruz que lo flagelaría hasta la muerte?

–¡Sí –asintió el interlocutor, con tristeza–, todo eso es verdad! ...

Un significativo gesto de Zenobia obligó al padre Hipólito a suspender las consideraciones.

Respondiendo al silencioso llamamiento de la orientadora, alguien compareció ante nuestra reducida asamblea. Era una anciana simpática, que nos conquistó de inmediato, por la delicadeza y generosidad que irradiaba. Abrazó a la hermana Zenobia, como si lo hiciese con una hija muy amada y nos saludó, con cortesía y agradecimiento. No necesitábamos ninguna presentación. Se trataba de Ernestina, la dedicada madre. Se arrodilló junto al hijo desventurado y, con las manos unidas, rogó la protección de los Cielos.

Bien fuese por la renovación profunda de aquella hora que había cambiado su patrón vibratorio, o porque las fuerzas invisibles de orden superior manipulaban nuestras energías conjuntas en beneficio del infeliz, Doménico, que no podía vernos, consiguió reconocer a la recién llegada.

Unos conmovedores gritos nos alcanzaron en lo más íntimo.

–¡Mamá! ¡Mamá!...

Aquella criatura que se mostraba tan rígida e indiferente, el eclesiástico que se había burlado de tantos corazones en la Tierra, según la retrospectiva del pasado que Luciana había llevado a cabo, de igual manera invocaba el nombre de madre, como si fuese una llorosa criatura perdida. Abrió, ansioso, los brazos, buscando el corazón amigo, y Zenobia, con cariñoso cuidado, le ayudó a refugiarse en el pecho materno. Ernestina le apretó, entonces, en un abrazo y me pareció que el desgraciado sentía el contacto maternal, como si hubiese alcanzado el reposo supremo.

–¡Madre, madre! –gritaba, pegando su cabeza al busto inclinado hacia el frente, para hacerse sentir mejor ¡Ayúdame! ¡Perdóname!, y recordando, tal vez, el trabajo de la clarividente que había alterado su ser, añadió:

–La justicia Divina me descubrió, soy un condenado sin perdón, un malvado infernal. Un hediondo pasado está vivo, dentro de mí. ¡Oh, madre! ¿Eres capaz de soportarme, cuando todos me detestan?

Ernestina le acercó a su corazón y habló, conmovida:

–¡Yo no sé, hijo mío, si fuiste un criminal, sé que te amo con toda el alma, sé que sentía profunda nostalgia de tu presencia cariñosa, con un deseo enorme de sentirte de nuevo, junto a mí! ¿Qué hay más bello para mi corazón que la dulce ternura de este momento? Deja que nazcan en ti pensamientos de júbilo y reconocimiento al Padre de inagotable bondad que nos reúne compasivamente. Medita un instante, Doménico, sobre la grandeza Divina y ten por seguro que nadie permanece en el abandono. El pensamiento de gratitud a Dios, dentro de la sombra del sufrimiento, es como un rayo brillante de la aurora, como un prelude a la victoria plena del Sol sobre las tinieblas densas de la noche. ¿Quién de nosotros no habrá sufrido la tormenta de la ignorancia? Todos tuvimos piedras y espinas en la larga senda de la redención. ¡Muchas veces caímos, pero, la mano invisible del Señor nos arrebató con misericordia, del fondo del

lodo o de las profundidades del abismo! ¡Ten coraje y levántate íntimamente hacia el nuevo día!

El mísero la contemplaba, extasiado, como si tuviese la más hermosa visión de su vida.

–¡Pero, soy, un malhechor, reo de crímenes imperdonables! –dijo tristemente.

–No, hijo mío –se extendió la palabra materna–, fuiste un enfermo, como todos nosotros. Escuchaste las sugerencias del mal y cultivaste úlceras dolorosas. Desequilibraste tu corazón, resbalando en el despeñadero. Pero no te olvides que Jesús es el Divino médico. Acepta tu necesidad de medicación y dirígete a Él en una súplica sincera de quién desea la cura real para la vida eterna. Nosotros los que intentamos ayudarte, no llegamos aún a la posición de aquellos que todo lo pueden o saben. Somos trabajadores interesados en nuestra iluminación por el trabajo incesante, en la ejecución de la voluntad del Altísimo. Desarrollamos nuestras facultades superiores, sin conmociones y sin milagros, adquiriendo valores nuevos, al precio de nuestro propio esfuerzo en la paciente edificación de nuestro espíritu para Dios. ¿Acaso crees que tu madre estaría en el paraíso, gozando beatíficamente, olvidada de sus inmensos débitos, para con todos aquellos que compartieron con ella el afecto y la lucha, en los servicios salvadores de la carne terrestre? ¿Piensas, que sólo el cariño materno me garantizaría la posición definitiva en el campo celestial? No, Doménico. Muchos horizontes se abren hacia nuestras almas, en el universo infinito. Nuestras existencias son días benditos de trabajo, en los que, el sol del noble deber y las lluvias de la experiencia constructiva, hacen que crezcan nuestras facultades divinas hacia la Eternidad. Es verdad que los errores deliberados turban nuestra conciencia, obligándonos a gastar un tiempo valioso en la lucha reparadora, pero el Señor jamás niega recursos de rectificación a los que le ruegan su socorro, en el propósito fiel de reconquistar la armonía divina. Después de la travesía del túmulo, continuamos trabajando y edificando, iluminando y redimiendo... ¿Quieres unirse a nuestro servicio de elevación? ¿Deseas huir del círculo de las sombras para andar por los caminos bienaventurados de la luz?

La mirada del infeliz había adquirido una expresión diferente. La palabra incisiva y suave de Ernestina transformaba su mente, poco a poco. Reconociendo el efecto de sus advertencias saludables, prosiguió la devota benefactora:

–Los recuerdos angustiosos de los tiempos pasados no serán un obstáculo insuperable para la realización que necesitas en el presente. Todos aquellos a quienes heriste no han desaparecido para siempre. Prosiguen tan vivos, como nosotros, y podrás, en la condición de siervo humilde, buscar a los acreedores de otra época, atendiendo en tu propio beneficio, el rescate necesario. El éxito requiere un corazón ardiente en la fe viva y un cerebro abierto, dispuesto a aprender el bien y a practicarlo. Sin la esperanza arrojada y sin espíritu de servicio, difícilmente saldarás el débito pesado que ata tu alma a los planos groseros e inferiores. Para conquistar semejantes valores, considera la eternidad y el infinito amor de Dios. No te encierres en meditaciones de naturaleza humana, viendo sacrificios donde sólo existen sublimes oportunidades de ventura y redención. Si la conciencia te acusa, ruega a Jesús que rocíe tu interior con una santificada esperanza. Basta una gota de ese rocío divino para que el desierto del alma florezca y fructifique en bendiciones de paz y felicidad para siempre.

¡No te desanimes Doménico! Dios permite que la alborada siga a la noche oscura. ¿Por qué no confiar, de manera absoluta, en el Supremo Poder? Nada somos, hijito, pero el Padre misericordioso todo lo puede.

La presencia de su madre sirvió para completar el benéfico cambio. El sufridor como un náufrago desesperado que alcanza un puerto amigo y reconfortante, olvidó las palabras odiosas y blasfemas de minutos antes y, acogiéndose al corazón materno, rogaba:

–¡Madre, el infortunio arrebató a mi desventurado espíritu!... ¡no me abandones! ¡no me abandones!...

–¡Nunca –dijo la noble señora desencarnada, sofocando sus propias lágrimas–, pero, te pido, hijo mío, que jamás abandones a Jesús, nuestro Maestro y Señor!

–Sí –dijo Doménico en fuerte llanto– ¡Jesús, nuestro Maestro, nuestro Señor!

Se hicieron unos largos instantes de silencio entre nosotros.

Con los ojos llenos de lágrimas, perdidos ahora en el espacio, evocando, tal vez, paisajes muy lejanos, el ex-sacerdote comentó:

–¡Oh, madre, tengo nostalgia de mis oraciones de niño!... En ese tiempo tan lejano, me enseñabas a ver al Creador del universo en la naturaleza. ¡Mi corazón se bañaba feliz en la fuente cristalina de la confianza y el amor de la sencillez habitaba mi alma venturosa!... Después en el torbellino del mundo, me pervertí al contacto con los hombres ambiciosos y malos. ¡En vez de piedad, cultivé indiferencia, en lugar del amor fraterno, legítimo y altivo, cultivé el odio inexorable a los semejantes, oculté el corazón y exhibí la máscara, rehuí las verdades de Dios y me llené de ilusiones humanas! ¿por qué clase de flaqueza puede el hombre obrar semejante cambio? ¿por qué menospreciar tesoros de vida eterna y sumergirse en tan siniestros engaños? ¡Oh! ¡tu que conservaste la dulce confianza del primer día, que nunca tomaste el veneno que me embriagó en la Tierra, hazme olvidar, por piedad, al hombre cruel que fui!... ¡Deseo volver a la serenidad ingenua de la cuna, me angustia la sed de volver a la verdadera fe! ¡Ayúdame a doblar las rodillas, nuevamente, y a rezar con las manos unidas para que el Padre del cielo me haga esperar sin aflicción y olvidar el mal sin olvidar el bien!...

Ernestina, extremadamente emocionada, le ayudó a postrarse, amparándole con infinita ternura.

Después, con el gesto de una madre cuidadosa y desvelada con una tierna criatura, unió sus manos en súplica y, llorando para dentro de sí misma, le dijo:

–Repite mis palabras, hijo.

En una escena conmovedora, que jamás olvidaré, la dedicada madre oró pausadamente, acompañándola Doménico, palabra a palabra:

¡Señor Jesús! ¡Heme aquí, enfermo y cansado a tus pies! Compadécete de mí, amado Pastor, de mí, oveja descarriada de tu rebaño... Me ofuscó el brillo falso de la vanidad humana, la ilusión terrestre embotó mi razón, el egoísmo endureció mi corazón y caí en el precipicio de la ignorancia, como un leproso del sentimiento. He llorado y sufrido amargamente, Señor, mi defección espiritual. Pero yo sé que eres el

Divino médico, dedicado a los infelices y extraviados del camino... ¡Por favor, líbrame de la prisión de mí mismo, libérame del mal resultante de mis propias acciones, haz que mis ojos se abran a la luz divina! Aliméntame con tu verdad soberana, ampárame en la esperanza de la regeneración! Señor, dame fuerzas para resarcir todas las deudas, curar todas las llagas, corregir todos los errores que están vivos dentro de mí... Perdóname, concediéndome recursos para el rescate, no me dejes entregado a los efectos de las pasiones que yo mismo creé sin pensar, favoréceme con tus reprobaciones silenciosas en las situaciones que lo exijan y, sobre todo, Benefactor sublime, gratifica a Tus siervos que me ayudan, en esta hora, dándoles renovadas bendiciones de energía y paz, para que auxilién a otros corazones tan extenuados y caídos como el mío! Jesús, confío en tu compasión para siempre ¡Que así sea!

Doménico repitió la oración, frase por frase, como un niño dócil e interesado en aprender la lección. Por lo que pudimos deducir, la rogativa le hizo un profundo bien. Se abrazó a Ernestina, más sereno, y, mientras la directora de la Casa Transitoria seguía sus mínimos gestos, sin que él percibiese su presencia, preguntó, de pronto:

–¿Madre, ya que tu ternura vino a mi encuentro en el plano de las tinieblas, dime: ¿dónde está Zenobia? ¿Me habrá abandonado para siempre?

Profundamente sorprendido, noté que la pregunta era hecha con una inflexión dolorosa de nostalgia y desencanto.

–Ciertamente, hijo –se apresuró Ernestina en responder–, nuestra amiga te acompaña desde el plano superior, implorando a Jesús que bendiga tus propósitos de redención.

–¡Oh! –volvió a decir él, tristemente– si la existencia humana nos hubiese unido, otro habría sido mi destino. Pero ella, desposó a otro hombre cuando mayor era mi confianza en el futuro, obligándome al celibato sacerdotal, que tuvo tan deplorables consecuencias para mí. Si hubiésemos creado un hogar, no me faltaría la confianza en Dios, habría sido tal vez un padre generoso y mis hijos hubieran sido una sagrada corona de responsabilidad y alegría. Zenobia, madre, era la lente milagrosa a través de la cual yo sabía ver al mundo con otro prisma. En su compañía, habría adquirido el don de ver las oportunidades divinas que rodeaban mi corazón. Pero cuando la suerte me la arrebató, se vació todo mi sueño de construcción equilibrada en la Tierra... Dominado por el dolor de perderla, creí que la religión me ofrecería un refugio inexpugnable contra las tentaciones. ¡Qué terrible engaño! Sitiado en un mundo de convenciones que oprimía mi espíritu y alejado de la sublime influencia de la única mujer, que, a mí modo de ver, me podría salvar, me despeñé, de abismo en abismo, convirtiéndome en un demonio insaciable de destrucción y perversión... ¿Habrás ella comprendido, algún día, lo infeliz que fui? ¿Se apiadaría de mi dolor lleno de miserias y ruinas?

Ernestina le acarició la cabeza, maternalmente, y exclamó: –¡Cállate, hijo! ¡No creas que eres el único sacrificado! Si hubieses aceptado la voluntad Divina, el presente nos sería menos doloroso. ¡No te apoyes en hechos humanos, naturales y necesarios, para justificar los desvaríos que te precipitaron en las sombras fatales! ¡Zenobia fue siempre un verdadero ángel entre nosotros. No comentes con amargura acontecimientos que se fueron y que le costaron una existencia entera, de renuncia santificante por los padres, por el esposo, por los hijos y por nosotros!

–Sin embargo –interrumpió él–, nosotros teníamos un sublime compromiso, desde la infancia, y nuestra primera juventud fue un paraíso de promesas mutuas...

Pero el cariño materno, no le dejó terminar. Colocándole el índice sobre los labios, en un gesto compasivo de madre, Ernestina afirmó:

–¡Oye, Doménico! ¿Quién habrá sido la mayor víctima? ¿el hombre joven y fuerte, que se unió libremente a la organización religiosa que le podía proporcionar mil situaciones diferentes para practicar el bien, o la pobre niña forzada por las circunstancias de la lucha terrestre a desposar un viudo, rodeado de hijos a los que debería dedicarse en calidad de madre? Buscaste voluntariamente la ordenación sacerdotal, mientras que Zenobia, forzada por una situación angustiosa, aceptó un camino de abnegación contrario a los sueños de su juventud. Absolutamente entregado a tus propias creaciones individualistas, no fuiste fiel a los principios asumidos, mientras que Zenobia perseveró en el sacrificio y en la fe viva hasta el fin, no obstante estar oprimida por el peso de las humillaciones diarias a su ideal de mujer. Erraste para satisfacerte, incapaz de calmar las pasiones inferiores que ardían en tu pecho, mientras nuestra venerable amiga aceptaba, humilde, las circunstancias que atormentaron su ser, durante muchos años, en beneficio de todos nosotros. ¡Piensa pues, Doménico! ¿Cuál ha sido la verdadera víctima? ¿Podremos comparar la abnegación con la insensatez?

Se percibía que la elevada orientadora se unía a los dos, a través de los hilos del doloroso romance que no nos era permitido conocer. Doménico escuchó compungido las observaciones, se calló un largo rato, inmerso tal vez en el plano de los lejanos recuerdos y concluyó, tristemente:

–¡Es verdad!...

–Ahora debemos –dijo Ernestina, suavemente– avanzar para alcanzarla.

En ese instante, pero discretamente, Zenobia comenzó a llorar, contemplando su rostro, inclinada sobre él, y debido al vigoroso deseo de la directora de la Casa Transitoria, Doménico sintió que las gotas calientes de llanto caían en su melancólico rostro. Miró a los ojos maternos con expresión indagadora, y, reconociendo que las lágrimas no tenían allí su origen, preguntó, angustiado;

–¡Oh, madre! ¿Quién estará llorando sobre mí?

La cariñosa benefactora, cuya mirada mostraba todos los detalles de la escena conmovedora, respondió bajo una fuerte emoción:

–Los ángeles lloran de júbilo en las regiones celestiales, cuando un corazón que sufre se levanta del abismo...

El ex-sacerdote meditó largos momentos, dándonos la impresión de gozar de un gran alivio.

Comprendiendo la feliz oportunidad, Ernestina le invitó:

–¡Vamos, hijo! Movido por la Misericordia Divina, el reloj del tiempo hizo sonar para tu espíritu la hora bendita de la redención. La puerta del rescate se abre de nuevo a tu alma oprimida. ¡Que el cielo te bendiga!

–Iré contigo, madre, donde quieras –respondió el infortunado, sin amargura.

La venturosa madre nos dirigió una expresiva mirada de agradecimiento, le enlazó en sus brazos, como si lo hiciese con un niño enfermo, y partió, soportando el valioso fardo, en dirección a la corteza planetaria, desafiando, jubilosa y feliz, las sombras densas...

Nuevamente a solas, me di cuenta que la hermana Zenobia se mantenía transfigurada y dichosa. Enjugó las lágrimas, revelando en sus ojos una alegría desconocida. Nos extendió la mano, en señal de gratitud y alegría. Y contemplando tal vez, el paisaje del futuro, se demoró en una meditación, en la que, ciertamente, enviaba su himno interior de reconocimiento al Altísimo.

Enseguida, nos miró, tranquila, y dijo:

–Hermanos, que el Señor les recompense por su colaboración fraternal, repartiendo con todos la felicidad que he alcanzado. Gracias a Él y a vosotros, acabo de vencer una gran batalla en la guerra del amor contra el odio, de la luz contra las tinieblas y del bien contra el mal, en la que me encuentro empeñada, desde hace muchos años.

Inmediatamente después, atendiendo al plan de trabajo organizado por la sabia orientadora, nos unimos a los trabajadores que permanecían a distancia, para comunicarnos con los hijos de la ignorancia y el infortunio, habitantes temporales del abismo.

VIII

TINIEBLA Y SUFRIMIENTO

De nuevo todos en la comisión de servicio que Zenobia acompañaba, nos pusimos en marcha, aproximándonos al valle de las sombras y sufrimiento.

Las tinieblas se volvían, de nuevo, muy densas y no se conseguía divisar el paisaje. Pero subían hasta nosotros frases conmovedoras. Dolorosos lamentos, blasfemias, imprecaciones. Presentía que un gran grupo de infelices se revolcaban en el suelo, más abajo. Los improperios infundían recelo; sin embargo, los gemidos provocaban un eco angustioso en el alma. Los demás compañeros experimentaban emociones análogas, porque la hermana Zenobia tomó la palabra, aclarando:

–Los padecimientos que sentimos no implican desconocimiento de la protección divina. Incansables trabajadores de la verdad y del bien visitan con regularidad estos sitios, convocando a los prisioneros de la rebeldía a la necesaria renovación espiritual; pero ellos se retraen, rebeldes y endurecidos en el mal. Se lamentan, suplican y provocan compasión. Es muy raro que alguno de ellos oiga nuestros ruegos. A veces, intentamos imponerles el bien. Pero, cuando son obligados a retirarse del valle tenebroso, nos acusan de violencia e ingratitud, huyendo de nuestro contacto e influencia.

A pesar del triste contenido de estas palabras, Zenobia nos las decía, con gran espíritu de servicio, a juzgar por el buen ánimo que se desprendía de sus gestos y palabras.

–Su negación –continuó la orientadora– no supone ninguna negativa por nuestra parte. Acordémonos que el esfuerzo de la naturaleza convierte el carbón en diamante... Trabajemos en beneficio de todos los necesitados, buscando para nuestro espíritu, el divino don de reflexionar sobre los Supremos Designios. Háganse las obras de la vida, no como queremos, sino como el Señor lo determine. Grande es la beneficencia del Padre para con nosotros. Repartámosla en servicio de fraternidad y esclarecimiento, en la armonía común.

Después, diez colaboradores, obedeciendo sus órdenes, encendieron unos focos de intensa luz.

Contemplamos, entonces, sensibilizados y sorprendidos, un monstruoso cuadro vivo. Una gran legión de sufridores cubría el fondo, un poco más abajo de nuestros pies. La rampa que nos separaba no era escarpada, pero el lodazal era enorme y compacto.

Debido a la brusca claridad, muchas voces suplicaron socorro, en frases angustiosas que nos rompían el alma. Otras, sin embargo, se hacían oír, de diferentes formas: vociferaban blasfemias, ironías, condenas.

Zenobia nos recomendó, para el éxito de nuestro trabajo, que formásemos todos un grupo compacto, para que infundiésemos respeto y temor a las peligrosas entidades que se mezclaban allí con los infelices, añadiendo:

–Los adeptos a la rebeldía y la desesperación también se encuentran igualmente aquí, obligándonos a una severa actividad defensiva. Son pobres desequilibrados que intentan impregnar todas las situaciones con la desarmonía en que viven.

Después solicitó al padre Hipólito que dirigiese un ruego general, en nombre del Señor, a las víctimas del infortunio, para que considerasen la necesidad de la transformación íntima.

El ex-sacerdote abrió pequeño manual evangélico que llevaba consigo y leyó, en la relación del Apóstol Lucas, la parábola del hombre rico que se vestía de púrpura, en una cómoda existencia, mientras el mendigo con llagas tocaba, en balde, la puerta de su sensibilidad. Pronunció, en voz alta y pausada, todos los versículos, desde el número diecinueve hasta el treinta y uno, del capítulo dieciséis. Inmediatamente después, llenando el expresivo silencio destacó la sentencia “Acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida”, que consta en el versículo veinticinco, y se disponía a comentarlos, cuando unos gritos blasfemos llegaron hasta nosotros, amenazadores y sarcásticos.

–¡Fuera! ¡Fuera! ¡Abajo las mentiras del altar!

–¡Ataquemos al cura!

–¡Estamos bien, somos felices! ¡Ni pedimos auxilio, ni necesitamos de arengas!

–¡Tenemos aquí nuestro cielo! ¡Váyanse al infierno!...

Los adversarios de nuestra actuación no se limitaron al vocerío perturbador. Unas bolas de sustancias negras comenzaron a caer a nuestro lado, partiendo de varios puntos del abismo de dolor.

–¡Las redes! –dijo Zenobia, dirigiéndose a algunos colaboradores– extiendan las redes de defensa, aislando a nuestro grupo.

Las órdenes fueron cumplidas rápidamente. Y varias redes luminosas se desdoblaron frente a nosotros, de un material especial para el momento, debido a su elevado potencial magnético, porque las bolas y flechas, que nos lanzaban, se detenían allí, paralizadas por una misteriosa fuerza.

La directora de la Casa Transitoria, acostumbrada a situaciones semejantes, ofrecía un bello ejemplo de firmeza y serenidad. Después de organizar la defensa, hizo una señal al predicador para que hablase; y el padre Hipólito, sobreponiéndose a los ruidos y a los insultos, inició el comentario con acento emocionado:

–¡Hermanos, nuestro deseo fraternal es que os preparéis para la recepción de la Luz Divina! Aquí hay varias centenas de infortunados compañeros en precarias condiciones espirituales. Con el alma destrozada por el dolor, vencidos por la aflicción, soportando innumerables padecimientos, os entregáis, muchas veces, al desaliento, a la rebeldía y desesperación. Perturbada y desdichada, vuestra mente no sabe sino fabricar pensamientos de angustia destructiva. Alegáis que las fuerzas divinas os olvidaron en el valle profundo de las tinieblas y, de negación en negación, os transformáis gradual y naturalmente, en peligrosos genios de la sombra y del mal, personificando figuras diabólicas y asediando, indistintamente, las obras edificantes de los mensajeros del Padre. Vuestro aspecto cambia por crueles perversiones interiores. No os parecéis a las criaturas humanas que fuisteis, repletas de dones divinos, y, sí, a las imágenes vivas de las regiones infernales, infundiendo compasión a los buenos y recelo y temor a los más

tímidos. En la lastimosa posición mental en que permanecéis y en la que muchos de vosotros perseveráis apasionadamente, sois tan auténticos demonios de la perversidad y del crimen, que ni siquiera los latigazos del dolor consiguen cambiaros. Pero sois nuestros hermanos más infelices, heridos en el sentimiento y en el razonamiento, perdidos en dolorosos desiertos de la ignorancia, no por falta de amor de la Providencia Celestial, sino por la propia imprevisión y por el rechazo con el que recibisteis en la Tierra todas las oportunidades de ascensión al plano superior del espíritu eterno. Por más que nos expulséis de vuestras reuniones de sufrimiento, nunca faltará, para con vosotros, nuestra más sincera conmiseración. Visitaremos el paisaje siniestro de los abismos, cuantas veces sean necesarias. ¡Nunca nos cansaremos de proclamar la misericordia excelsa del Padre y jamás se parará nuestra mano fraternal en el sublime servicio de la siembra del bien y de la verdad!

Las palabras injuriosas que oímos antes, desaparecieron, poco a poco. La franqueza de Hipólito había triunfado. El predicador hablaba con ardorosa elocuencia y, poseído de angélicos pensamientos, todo él irradiaba luz. Ante el respetuoso silencio que su palabra había provocado, prosiguió, conmoviéndonos:

—Os dominan la envidia y el despecho, la maldad y el sarcasmo, cuando no permanecéis aniquilados por el supremo terror. Emitís pasiones desordenadas, entre coros de ironías y lágrimas... Casi todos, recibisteis nuestro apoyo amoroso, reaccionando, impenitentes. Creéis que estamos agraciados por favores indebidos, que somos predilectos de los Cielos y afirmáis ligeramente que existen privilegios gratuitos que nos hacen felices. ¡Oh, amigos míos! ¿No hablará por vosotros la inteligencia de la justicia infalible que rige toda la vida? Nosotros somos, también, luchadores todavía a larga distancia de la última victoria sobre nosotros mismos y nos encontramos, igualmente, en el mismo camino de redención. Trabajamos, luchamos, lloramos y sufrimos, sólo cambia de algún modo nuestra posición de la vuestra, porque nosotros, que os dirigimos la palabra tranquila y fraterna, ya iniciamos el luminoso aprendizaje del reconocimiento a Dios, nuestro Padre, todo poder, justicia y misericordia, agradeciendo a Cristo, el Divino intermediario, la ocasión de trabajo y realización en el presente. También sentimos nostalgia del hogar terrestre y de los suaves hilos afectivos que se mueven ahora, muy distantes, experimentando, como sucede con vosotros, el vivo deseo de regresar al pasado, para poder rectificar los caminos recorridos, y, casi siempre, en balde buscamos aquellos que dan testimonio de su amor, para besarles las manos y pedirles el olvido de nuestras flaquezas. Tenemos, sin embargo, la felicidad de comprender la extensión de nuestras deudas y nos pusimos, desde hace mucho, camino del futuro redentor.

Profundizando en la interpretación directa de la parábola, Hipólito cambió el tono de voz y prosiguió:

—¿Cuál de nosotros no habrá sido, en la corteza del mundo, aquel “rico, vestido de púrpura y lino finísimo”, de la enseñanza del Maestro? Exhibíamos la ropa vistosa y brillante del “Yo” egoísta, hiriendo la vista de nuestros semejantes y viviendo bendita ocasión de permanencia en los círculos carnales, “regalada y espléndidamente”. Todos nosotros, los que nos asociamos en este paisaje de dolor, tuvimos, a nuestro alrededor, mendigos de afecto y socorro espiritual mostrándonos, en vano, las llagas de sus necesidades. Se llamaban ellos familiares, parientes, compañeros de lucha, hermanos

remotos de humanidad... Eran hijos hambrientos de orientación, padres necesitados de cariño, viajeros del camino evolutivo sedientos de auxilio, que, inútilmente se acercaban a nosotros, implorando algo de alivio y alegría. En general, nos acordábamos siempre tarde de sus heridas interiores, indiferentes al menosprecio de la oportunidad sublime que nos había sido concedida para administrarles el bien. En el justo instante en el que se recogían en el lecho mortuario, multiplicábamos afectos y caricias, después de haber gastado el tiempo sagrado de la vida humana entre la insensibilidad y la exigencia. Deseaban los más pobres, alguna pequeña parte de las migajas de nuestro permanente banquete de conocimientos y facilidades, frecuentaban nuestra compañía, como niños necesitados de iluminación y ternura, y los propios perros se inclinaban hacia ellos, por natural simpatía ... Nosotros, sin embargo, envanecidos por la propia conquista, encarcelados en clamorosa apatía, amontonábamos expresiones de bienestar, creyéndonos superiores a todas las criaturas integrantes del cuadro de nuestro pasaje por la carne. Prisioneros de nuestras creaciones inferiores, la muerte nos precipitó en el despeñadero del purgatorio, parecido al tenebroso infierno de la teología mitológica. Envejecida y rota la vestidura rica de la oportunidad, al término del curso de perfeccionamiento espiritual en la universidad terrestre, somos, a veces, más pobres que el último de los miserables que llamaban, confiados, a la puerta del corazón y para los que podríamos haber sido donantes de felicidad. Viajeros, en la travesía del río sagrado de la elevación, huíamos de todos los compañeros necesitados, instituíamos servicios activos de vigilancia contra los naufragos sufridores, estimábamos, por encima de todo, el buen tiempo, las islas encantadas de placer, la camaradería de los más fuertes, para alcanzar la otra margen, humillados y pesarosos, con terribles necesidades del espíritu, incapaces de proseguir el camino de los continentes divinos de la redención... Seamos razonables, mis hermanos, reconociendo que ese infierno es una construcción mental de nosotros mismos. El estacionamiento, después del esfuerzo destructivo, establece un clima propicio a los fantasmas de todas clases, fantasmas que torturan la mente que les creó, llevándola a pesadillas crueles. Cavamos pozos abismales de padecimientos torturantes, por la intensidad del remordimiento de nuestras miserias íntimas, construimos penitenciarías sombrías con nuestra negación voluntaria, ante los beneficios de la Providencia. Desiertos ardientes de odio y rencor se extienden a nuestros pies, seguidos de jornadas vacías de tristeza y de consuelo supremo. Nos parecemos a duendes vagabundos de la inquietud y del desaliento, por la amargura de lo que fuimos y por la dificultad casi invencible en la adquisición de los recursos para lo que debemos venir a ser. De un lado, la quiebra escandalosa; del otro, el desafío de la vida eterna. Como el rico infeliz de la parábola, sin embargo, sabemos que muchas de nuestras víctimas de otro tiempo escalaron altas posiciones en el campo jerárquico de la eternidad, que muchos de aquellos mendigos de cariño de la senda humana fueron conducidos a las fuentes de la maravillosa Sabiduría y del inagotable amor, y, así, ¿Por qué no rogamos la ayuda de sus bendiciones que intercedan por nosotros? ¿Por qué no doblamos humildemente la cerviz, considerando los desvíos del pasado, para recibir la sublime e indispensable cooperación del presente? ¡Sabemos, amigos, que muchos de vosotros padecéis, atormentados, la devoradora sed de agua viva del espíritu inmortal, que, afligidos y desanimados, en este valle de sombra, deseáis, romper todos los obstáculos para la recepción de una gota apenas del líquido precioso, prometido por Jesús a los sedientos que se consagrasen a Él de buena voluntad! ¡Ah! ¡No bastan, sin embargo, los ruegos de dolor, para que el rocío divino

refresque el corazón dolorido y dilacerado! ¡Urge regenerar el vaso del alma enferma, eliminando el polvo venenoso de la Tierra, para que permanezca, puro y reconfortante el rocío del Cielo! Es imprescindible el sufrimiento de función purificadora. Los desvaríos mentales, a los que nos entregamos en la corteza planetaria, son energías que se manifiestan en el presente con la intensidad de las fuerzas liberadas, después de larga represión, y, ¡He ahí, la intraducible angustia del hambre, de la sed, de la aflicción de la enfermedad que muchos de vosotros aún sentís, por la carencia de conformidad con las leyes establecidas por el eterno Padre!...

Por el silencio del ambiente, me parecía que el padre Hipólito era oído con respetuosa atención por las innumerables filas de sufridores congregados allí delante de nosotros. Después de una ligera interrupción, continuó el predicador, bien inspirado:

–Ninguno de nosotros, los que rogamos por vuestra renovación, encontró hasta ahora la residencia de los ángeles. Somos compañeros en cuyo corazón palpita plena la humanidad, con sus defectos y aspiraciones. Pero, comprendemos el tormento que os consume y traemos a todos la invitación de renuncia a los impulsos egoístas, al reconocimiento debido al Señor y a la penitencia por nuestros errores voluntarios y criminales del pasado. Agradecemos a la misericordia Divina y, reunidos, pidamos a Cristo el entendimiento de su voluntad sublime y sabia, con la fuerza precisa para ejecutarla, donde estuviéramos. No roguemos, como el rico engañado de la narración evangélica, cualquier ventaja para nuestro individualismo o para el círculo personal de nuestros intereses particulares, pero sí la comprensión suficiente de los deberes que nos corresponden, en la actualidad menos venturosa, de acuerdo con sus directrices salvadoras. Y, llenos de confianza nueva, aguardemos el porvenir, en el que la Tierra, nuestra gran madre, nos ofrecerá, generosa, otras ocasiones fecundas de aprender y rescatar, santificar y redimir.

En este momento, el ex-sacerdote suspendió por largo rato la predicación, y pudimos realizar un detenido examen del cuadro exterior.

Largas filas de sufridores acudían de todos los lugares, mirándonos bajo la claridad de las antorchas, a treinta metros de distancia, aproximadamente. Se extendía en una vasta procesión de seres silenciosos y tristes, que parecían guardar todas las características de las enfermedades físicas traídas de la Corteza impresas en el cuerpo astral. Se veían allí necesitados de todos los tipos: lesiones, heridas, miserias se exhibían a nuestra mirada, entristeciendo nuestros corazones. Muchos de ellos, arrodillados, tal vez en la suposición de que fuésemos embajadores del poder Celestial en visita al purgatorio, se mantenían en posición de supremo respeto, sin embargo, dejando ver en su rostro angustiado, indescriptibles padecimientos. Con los ojos ansiosos, hablaban sin palabras del intenso y secreto deseo de unirse a nosotros, pero algo les impedía su realización. Parecían prisioneros suspirando por la libertad. ¿Por qué no corrían a nuestro encuentro? ¿Por qué no se arrodillaban, junto a nosotros, en señal de reconocimiento sincero a Dios? Deseando profundizar en la causa de aquel inmovilismo obligatorio, comprendí, sin mayores esclarecimientos lo que pasaba. Entre la multitud y nosotros, existía un profundo foso, y, donde podría atravesarse más fácilmente, se reunían pequeños grupos de entidades que mostraban una siniestra expresión. No tenía ninguna duda. Aquellos rostros agresivos y duros mantenían una severa vigilancia. ¿Qué hacían allí semejantes verdugos? ¿Permanecerían dirigidos por potencias vengas-

doras, con poderes transitorios en la zona de las tinieblas, o actuarían por cuenta propia, obedientes a desvariadas pasiones de la mente en desequilibrio? Recordé antiguas leyendas del infierno esbozado en la Teología católico-romana, para concluir que la hoguera ardiente, donde Satanás se complacía en torturar a las almas, debía ser más bella que el paisaje de lodo, tinieblas y sufrimiento que se encontraba a nuestra vista. Pero, recogí el hilo de las consideraciones innecesarias al momento, comprendiendo que el momento no admitía divagaciones, sino una contribución activa.

Prolongándose la pausa del predicador, una criatura de rostro patibulario gritó, en medio de gestos odiosos:

–¡No pedimos ejércitos de salvación! ¡Váyanse de aquí!

Bastó la solitaria manifestación para que otras manifestaciones de desagrado explotasen.

–¡No deseamos redimir nada! ¡Nada debemos! Nos interesa cultivar del odio, la rebeldía contra los dioses insensibles y el movimiento de resistencia a la repugnante aristocracia espiritual!

–¡Mueran los predicadores de la virtud falsificada! ¡Fuera los oportunistas de más allá del sepulcro! ¡Viva nuestro movimiento de destrucción contra el viejo orden de los señores y de los esclavos! ¡Después de las ruinas, edicaremos el nuevo mundo!

Un gigantón avanzó hasta el borde del foso, hizo un significativo gesto de provocación y preguntó:

–¿Se calló el cura? Se rió, diabólicamente, y continuó:

–¡Pierden el tiempo! ¡Están completamente engañados! ¡También tenemos un programa y también sabemos querer! ¿Dónde está el Dios que nos prometieron? ¿Tienen quizás un mapa del cielo? Nuestros ídolos ahora están rotos. Somos hijos de la desesperación, intentando reorganizar la vida en este desierto. ¿Volveremos, acaso, a la ingenuidad primitiva, creyendo nuevamente en las mentiras religiosas? ¿Dónde está la beneficencia divina que no se apiada de nuestras necesidades? Se declaran felices y proclaman la compasión de un padre que no conocemos. ¿Le vieron alguna vez?

Una fría carcajada puso punto final a sus últimas palabras. Bajo una fuerte impresión, el padre Hipólito respondió:

–El conocimiento de la Divinidad y la ruta celestial se encuentran dentro de nosotros mismos. ¿Cómo seríamos tan absurdos de aguardar una completa y rápida identificación de nuestra naturaleza proveniente de la irracionalidad en tan poco tiempo, con la sublime plenitud de Dios? ¿Cómo se puede igualar el sapo con el Sol? Es verdad que las religiones antropomórficas de la Tierra envenenaron nuestra mente, instaurando falsos conceptos de Dios en nuestra razón. Sin embargo, no podemos, culparlas en el sentido absoluto, porque el estancamiento espiritual nos caracterizaba a todos. Cuando los discípulos se integren efectivamente, con el cerebro y el corazón renovado, en el Evangelio del Maestro, será imposible la negativa interferencia sacerdotal. El dogma, considerado imparcialmente, constituye un desafío y castigo simultáneos. Un desafío a la inteligencia investigadora y constructiva, para que se dilate en el mundo la noción del universo infinito, y un castigo a las mentes ociosas que renuncian con ligereza al don de pensar y decidir por sí mismas las cuestiones sagradas del destino. En todas

partes encontraremos la sabiduría operante e invisible del Señor, en todos los detalles de la naturaleza. ¡Silenciad por tanto la vanidad herida y el orgullo humillado que os dictan observaciones ingratas y criminales! Deteneos en el santuario de la conciencia y no exigiréis visiones y revelaciones que no conseguiríais soportar. Compadecidos por vuestra rebeldía e infortunio, rogamos al Señor bendiga la esperanza de cuantos nos oyen, hambrientos de suprema redención, como nosotros, delante de la grandeza inapreciable de la vida eterna

Para otro público, las palabras del ex-sacerdote serían vivas y convincentes, pero las entidades endurecidas y perversas, para las que fueron proferidas, se mostraban frías e insensibles.

Se hicieron oír otras voces, en un siniestro coro:

–¡Basta! ¡Basta! ¡Fuera! ¡Fuera!...

Pero, entre aquellos que nos seguían atentamente, contemplamos innumerables rostros angustiados, revelando el pavor que les causaban sus compañeros. Aumentó su número. Reconocí, entonces, que no había allí un sólo niño. Sólo adultos, jóvenes y viejos de todos los aspectos. Se notaba que la disertación de Hipólito les hizo un enorme bien. Muchos de ellos vertían un copioso llanto. Sin embargo, improprios y maldiciones cruzaban el espacio. Los malhechores impenitentes no toleraban nuestra presencia y cada uno era más fértil en las ironías seleccionadas, para despertar el humorismo sarcástico y el desprecio en la desventurada asamblea.

Al principio, nacían en mi espíritu sorprendido unos impulsos de reacción. ¿No sería conveniente que nos organizásemos contra semejante pandilla de criminales? ¿No sería mejor saltar el obstáculo visible y arrebatarnos a sus víctimas indefensas? A nuestro favor, contábamos con el vuelo fácil. Y las nociones de caridad avivaban en mí un justificado instinto de reacción. Delante de nosotros, a algunas decenas de metros, se veían mujeres desfiguradas por el dolor, viejos y jóvenes escuálidos y abatidos. Todos tenían el doloroso aspecto de un supremo infortunio. Parecían cadáveres que volviesen inesperadamente a la vida, después de una larga permanencia en la tumba.

Cruzaron por mi cerebro pensamientos de rebeldía.

¿Por qué razón el padre Hipólito no respondía? ¿Por qué no castigar a aquellos sicarios de la sombra, que mostraban una refinada cultura intelectual y una rigurosa inteligencia? ¿No poseíamos suficiente poder para la represión?

El asistente Jerónimo, percibiendo el peligroso estado de mi alma, se acercó cautelosamente a mí y me dijo, con discreción:

–André, extingue la vibración de cólera injusta. Nadie auxilia por intermedio de la irritación personal. No asumas el papel de crítico. Estamos aquí, en calidad de hermanos más viejos en el conocimiento divino, intentando socorrer a los más jóvenes, y menos felices que nosotros. Tengamos calma y paciencia. Responder a esos insultos es perder un valioso tiempo, en la obra de confraternización, ante el eterno Padre. Hipólito no puede tener un duelo verbal con ellos, ni la hermana Zenobia autorizaría ninguna violencia contra estos infortunados, bajo pena que releguemos al olvido la sublime oportunidad de practicar el verdadero bien. Cambia la emisión mental para

ejercer la cooperación constructiva y guardemos la voz, no para condenar, y, sí para informar y edificar cristianamente.

Reajusté mi campo emotivo, rogando a Jesús que me diese fuerzas para olvidar al “hombre viejo” que gritaba dentro de mí.

Con la invocación al Plano Superior, a través de la súplica, brotó en mi conciencia una instantánea comprensión.

¿Cómo interpretar las embestidas de criaturas ya de por sí tan desventuradas? Antes que nada, necesitaban amparo y compasión. No habían recibido aún, como sucedió con nosotros, la bendición de la fe viva, la conformidad a los designios de la Ley Eterna, y el reconocimiento de las propias necesidades interiores, por incapacidad espiritual. Blasfemaban y reían, sarcásticas. Despreciaban las dádivas de la Providencia. Injurian al Maestro. Olvidaban todas las consideraciones referentes al orden divino y al respeto humano. ¿Quiénes éramos nosotros, para convertirles si el propio Señor les toleraba, paciente y amigo, sus torpes palabras sin represalias individuales? ¿No era suficiente la limitación lamentable a la que se entregaban? En el círculo estrecho del sufrimiento y castigados por la desesperación, no traspasaban el plano de las sensaciones groseras e intentaban inútilmente combatir el bien. La verdad es que dolía verles oprimiendo a miserables entidades que se arrodillaban, bajo nuestra mirada, implorando ayuda y liberación. Pero existirían razones de peso que justificasen la unión entre verdugos y víctimas, razones que se me escapaban, naturalmente, en ese momento. Cambiaron mis apreciaciones del primer instante. Tomado de súbita piedad, noté que cuando se calmaron las ironías de los malos y observando tal vez que no superábamos el obstáculo para liberarles, se dibujaba, en el rostro de los sufridores confesos, una tremenda ansiedad.

Una pobre viejita, que me pareció decidida en la fe, examinando los terribles factores circunstanciales, nos extendió sus brazos esqueléticos y, en su antigua concepción religiosa, nos suplicó:

–¡Santos mensajeros de Dios, nuestro Padre, dignaos retirarnos del purgatorio! Estamos torturados por el fuego de los remordimientos y por los demonios que nos cercan. ¡Tened piedad, salvadnos!

Unos fuertes sollozos quebraban su voz, pero la anciana continuó:

–¡Nuestras faltas mal pagadas en la Tierra nos unieron a los espíritus perversos del abismo! ¡Somos pecadores necesitados de purgación, pero no nos abandonéis a nuestra propia suerte! ¡Ayudadnos, en nombre de Jesús, por quién os suplicamos la gracia de la salvación! ¡Erré mucho, es verdad... Pero mi espíritu arrepentido implora protección... Sé que no merezco el descanso del paraíso, pero como emisarios del cielo que sois, concededme recursos para rescatar mis deudas. ¡Estoy lista! ¡Buscaré a quién ofendí en la vida terrestre, para humillarme y pedirle perdón!...

Con las manos unidas, nos miraba angustiada, y concluía:

–¡No me desamparéis! ¡No me desamparéis!...

Cambió de algún modo el cuadro. La valerosa pedigüeña dio valor a los demás compañeros de infortunio:

–¡Por los méritos de San Gerardo de Mayela ¹⁰ –gritó un infeliz, revelando su antigua condición de católico-romano– libéranos de aquí! ¡Sálvanos del torbellino infernal! ¡Socórrenos, por el amor de Dios!

Destacándose unas de las otras, las súplicas proferidas evidenciaban la presencia de adeptos de variados credos religiosos, conocidos en la Tierra, y los espiritistas no faltaban en el triste concierto. Una señora, de porte respetable, cabellos rebeldes y profundas llagas en el rostro, dijo, llorosa:

–¡Espíritus del bien, auxiliadme! Yo conocí a Bezerra de Menezes en la Tierra, acepté el Espiritismo. No obstante, ¡Ay de mí! Mi creencia no llegó a ser fe renovadora. ¡Me dedicaba al consuelo, pero huía a la responsabilidad! ¡La muerte me lanzó aquí, donde he sufrido bastante las consecuencias de mi relajamiento espiritual! ¡Socorredme, por Jesús!

De todos los rincones salían ruegos conmovedores.

Jamás olvidaré la inflexión de las palabras oídas. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, en deplorables condiciones, postrados a poca distancia, respetuosos y confiados, en virtud de las luces que habíamos encendido en medio de la noche triste, imploraban el socorro divino, tratándonos con extrema veneración, como si fuésemos legítimos exponentes de santidad. Cuando los ruegos crecieron, partiendo de tantas bocas, los verdugos empuñaron látigos siniestros, esparciendo latigazos, casi indiscriminadamente... La mayoría de los pobres que se mantenían arrodillados se desbandó, a pasos tan apresurados como les fue posible, regresando a las esquinas sombrías del valle profundo. Sin embargo, algunos, soportaban los golpes heroicamente, prosiguiendo de rodillas y contemplándonos, ansiosos.

Señalándonos, sarcástico, un perseguidor, vociferó:

–¿Están viendo? ¡Son benefactores de corbata! ¡No se lanzan a la lucha a favor de nadie! ¡Enseñan con los labios pero, en el fondo, son mensajeros del infierno, insensibles y duros, como estatuas de piedra. Ninguno de ellos osa atravesar la barrera para prestaros asistencia y socorro!...

Siguieron unas carcajadas tan escarnecedoras que todo mi sentimiento de repulsa humana afloró de repente. ¿Por qué no se reprimía al provocador? ¿Por qué no castigarle debidamente? Me acercaba de lleno al desequilibrio mental, cuando la hermana Zenobia, temiendo tal vez por nuestra reacción, se volvió tranquila, y nos recomendó:

–Amigos, conservemos la calma para un trabajo eficiente. Nadie permanece en este abismo de dolor, sin razón de ser.

Y posiblemente convencida de la necesidad de un argumento más firme para desviarnos, agregó:

–¿Qué sería del Cristianismo si Jesús abandonase el madero del testimonio, a medio camino, para entrar en lucha con la multitud? Permanecemos aquí en tarea consoladora y educativa, no lo olvidemos. El castigo de los culpables vendrá de más alto.

¹⁰ San Gerardo de Mayela es uno de los santos más populares de la Italia meridional. Murió el 16 de octubre de 1755 a los veintinueve años de edad y fue canonizado por el Papa Pío X el 11 de diciembre, 1904. Patrono de las embarazadas y parturientas (nota del traductor).

La referencia nos hizo elevarnos en el sentido de nuestro cometido. Las almas efectivamente superiores poseen el don de proyectar nuestro espíritu en zonas sagradas de la vida, reintegrándonos en la corriente de inspiración de las fuerzas divinas que sustentan el universo.

El tiempo no permitía ninguna disertación más larga, relativa a las obligaciones que deberíamos desempeñar. Sin pérdida de tiempo, la directora de la Casa Transitoria se puso a trabajar con los auxiliares que había traído, desenrollando un extenso material socorrista.

Iban los recursos en medio del camino, cuando varios grupos de infelices intentaron vencer el obstáculo, ansiosos por reunirse con nosotros; pero los verdugos, actuando, hábiles, les golpeaban cruelmente, empeñándose en la lucha para precipitarles al fondo del foso tenebroso, del que huían las víctimas, llenas de visible terror.

Activa y delicada, Zenobia ordenó que fuesen lanzadas unas bandas luminosas de salvación al otro lado, con el propósito de retirar el mayor número posible de sufri-dores de tan amarga situación, sin embargo, a la orden siguió una odiosa represalia. Los genios diabólicos se hicieron más duros. Vinieron míseras almas, a montones, buscando agarrarse a las extremidades resplandecientes, caídas en la margen opuesta, como un acogedor puente de luz; no obstante, se multiplicaron los golpes y las patadas. Entidades perversas, en gran número, contenían a los afligidos prisioneros, impidiendo su salvamento, con manifiesto recrudescimiento de maldad. Nuestro esfuerzo persistió por largo rato, pero observando que era inútil, pues sólo favorecía el incremento de la agresividad de los verdugos, la hermana Zenobia, muy serena, determinó que fuese recogido el material utilizado para los trabajos de salvación.

Las rogativas llorosas de las víctimas, se cruzaban con las frases injuriosas de los verdugos, y nos oprimían el corazón.

Después de recoger el material, sin haber sido utilizado, la dedicada orientadora pidió a un colaborador que le trajese un pequeño aparato, para la ampliación de la voz, y habló, pausadamente, en dirección al abismo:

—¡Hermanos en la humanidad, reine con nosotros la paz Divina!

Su palabra adquirió un impresionante poder de repercusión.

Retumbaba, lejos, como si fuese dirigida a las almas que quizás se mantuviesen durmiendo a considerable distancia.

Sin ninguna demostración de impaciencia o desagrado, continuó:

—¡Regocijaos, corazones de buena voluntad! y confiad, sobre todo, en la protección de nuestro Señor Jesús. ¡Nos dilaceran vuestros dolores, nos alcanzan, de cerca, las incomprendiones y sufrimientos a los que os entregasteis, apartados de la Ley Divina, y si no atravesamos el foso negro, en la suprema tentativa de salvaros temporalmente del mal, es porque somos igualmente compañeros de lucha, sin inmunidades angélicas, y tenemos posibilidades limitadas en el amparo a los semejantes! Alegraos, sin embargo, y aguardad, confiados, porque se manifestará, en vuestro beneficio, el fuego consumidor, en esta región menos feliz, donde tantas inteligencias perversas pretenden estar sobre los mandamientos del Padre y menosprecian Sus bendiciones de luz. Mañana mismo, se demostrará el Supremo poder.

Hizo una pequeña pausa y prosiguió:

—Hace más de un lustro que la Casa Transitoria de Fabiano se encuentra en esta zona de tinieblas y sufrimiento, convocando almas perdidas para que aprovechen la bendita oportunidad del recomienzo, a través del trabajo digno, en cuyas bendiciones hay siempre recursos para limpiar las manchas del pasado, regenerando los caminos del porvenir. Hace cerca de dos mil años que enseñamos el bien y la verdad, preparando corazones para el futuro redentor. Si es innegable que muchos hermanos se valieron de nuestra humilde ayuda, aceptando el remedio para la restauración, la mayoría de vosotros siempre huyó a nuestra influencia, desdeñando nuestra ayuda, rechazando la colaboración, despreciando el trabajo, favoreciendo la discordia y la persecución y poniéndonos obstáculos de todas las clases. Pero, amigos míos, la Casa de Fabiano todavía está a vuestra disposición, hasta mañana, durante las primeras horas.

Ante la grave inflexión de aquella voz y teniendo tal vez en cuenta el aviso, se callaron las voces pervertidas y desequilibradas. Los más perversos pasaron a contemplarnos, entre el recelo y la interrogación.

Después de un corto intervalo, Zenobia prosiguió, profundamente emocionada:

—No luchamos cuerpo a cuerpo con la ignorancia astuta e infeliz, porque la delegación que el Maestro nos confió nos impone deberes de amor y no de lucha. Fuimos designados para administrar el bien y lamentamos que hermanos tan desventurados nos ofrezcan resistencia, sumergiéndose en el pantano de la rebeldía personal. Pero, no tenemos ninguna palabra de condena. Los que intentan escapar a las leyes eternas son bastante infortunados por sí mismos. Amarga les será su cosecha de esta triste siembra. Invertirán largo tiempo extrayendo espinas envenenadas, introducidas por ellos mismos en el corazón. ¿Por qué combatirlos si están vencidos, desde el primer desafío a la Divinidad? ¿Por qué torturarles, si siguen perseguidos por los fantasmas creados por su propia rebeldía e insensatez? Pero el poderoso Señor, que ama a los justos y rectifica a los injustos, hará que mañana surja en este cielo la tempestad renovadora. La casa de Fabiano recibirá criaturas de buena voluntad, dentro de las próximas horas, sin embargo, será inútil buscar la ayuda sin una modificación sustancial hacia el bien. Ningún sufridor será recogido tan sólo porque implore el refugio con los labios. Nuestra casa de paz cristiana es igualmente un templo de trabajo cristiano y la hipocresía no puede alterar su santificante ministerio. Nuestras defensas magnéticas funcionarán rigurosamente y solamente los corazones sinceramente interesados en la propia renovación con Cristo Jesús, serán portadores de la señal indispensable para el ingreso. En balde, rogarán socorro las entidades endurecidas en el crimen y en la indiferencia.

Los verdugos miraban a las víctimas con expresión odiosa. Pero la hermana Zenobia, prosiguió, intrépida, dirigiéndose especialmente a los infortunados:

—Soportad a los verdugos crueles por algunas horas más y valeos de la oración para que no os falte la energía interior. No tenemos necesidad de lucha corporal, ni de defendernos y, sí, de la resistencia que el Divino Maestro ejemplificó. Tolerad a los enemigos gratuitos del bien, desesperados e infelices, que os persiguen y maltratan, orando por ellos, porque el poder renovador se manifestará, invitando, por intermedio del sufrimiento, a que se arrepientan y conviertan.

Después, expresando optimismo y felicidad en sus ojos lúcidos, la orientadora elevó una conmovida súplica por los habitantes del abismo, que acompañamos con lágrimas emotivas.

Los semblantes angustiados nos seguían, atentos, en la otra margen, mientras los impenitentes adversarios de la luz guardaban silencio. Mientras, los encarcelados en el dolor continuaron implorando auxilio, pero, atendiendo las instrucciones de la hermana Zenobia, apagamos las luces, y emprendimos el retorno.

En otras ocasiones, al terminar los incidentes que me sorprendían, yo conservaba una inmensidad de preguntas en mi mente. Ahora, sin embargo, regresaba tristemente.

La extensión de la lucha me abrumaba. Los padecimientos de la ignorancia, de hecho, no tenían límites y todo abuso del libre albedrío individual encontraba un castigo espontáneo en las leyes universales. En diversos lugares, otros abismos como aquel estarían repletos de víctimas y verdugos.

¡Ah! ¡También yo guardaba en mi corazón todos los resabios de las vicisitudes humanas! ¡También yo había sufrido mucho y había hecho sufrir! Los recuerdos vigorosos de la existencia carnal yacían vivos en mí. Con el alma vuelta en silencio hacia Cristo, medité sobre la grandeza de su sublime sacrificio y, pensando en los crueles perseguidores y en los pobres perseguidos del valle oscuro, preguntaba al Señor, en la intimidad de corazón frágil y oprimido, por quién debería yo llorar más intensamente.

IX

LOOR Y GRATITUD

Aunque los resultados de nuestra visita al abismo fuesen aparentemente mínimos, nos sentíamos reconfortados y satisfechos.

A la vuelta, bordeando pantanos y guardando la misma severa actitud de vigilancia, teniendo en cuenta las posibles sorpresas del camino, hicimos todo el trayecto en un profundo silencio.

Pero, al aproximarnos a la Casa, después de atravesar la zona peligrosa, la hermana Zenobia tomó la palabra agradeciéndonos en tono conmovedor. Después de cariñosas expresiones de reconocimiento, afirmó, jubilosa:

–Felizmente, nuestro trabajo fue provechoso. Los cooperadores nuevos extrañarán tal vez, mi afirmación, recordando, que las bandas de salvamento vuelven vacías. No obstante, ocurrió algo más importante que el traer con nosotros a algunos hermanos infelices. Me refiero a la siembra de las verdades eternas en los corazones ignorantes, la administración de las esperanzas a los desalentados y tristes. No somos apologistas de la violencia, sino sembradores del bien, y la base natural de la cosecha segura es la siembra cuidadosa. Las enseñanzas edificantes lanzadas al entendimiento abren horizontes nuevos y claros a la investigación mental de los necesitados y sufridores. Muchos de ellos, todavía esta noche, meditarán en los principios renovadores recibidos, en su interior, y mañana, probablemente, estarán en condiciones vibratorias adecuadas para ser internados en nuestra Casa. Lo deseable para nosotros es que todos caminen, utilizando sus propios pies, para que, en el futuro, en medio de los servicios naturales de la regeneración, no se declaren víctimas de acciones forzadas por otros. En todos los lugares encontramos la compasión y la Justicia de Dios.

Sonrió, benevolente, y añadió:

–La compasión, hija del amor, desea extender siempre el brazo salvador, pero la justicia, hija de la Ley, prescinde de la acción que rectifica. Habrá recursos de la misericordia para las situaciones más deplorables. Entretanto, el orden legal del Universo se cumple, invariablemente. En virtud, pues, de la realidad, es justo que cada hijo de Dios asuma su responsabilidad y tome resoluciones por sí mismo.

El esclarecimiento era lógico y reconfortante. Hubiéramos deseado más explicaciones, pero nos acercábamos a la Casa Transitoria, ya a la vista. Llegamos al patio principal y me admiré del movimiento que había a su alrededor.

Numerosas entidades iban y venían. Casi todas entraban o salían de ella, en grupos reducidos. Algunos viejos amparaban a jóvenes que me parecían indecisos y titubeantes. Niños aureolados de luz guiaban a adultos de rostros sombríos, como si fuesen cariñosos y pequeños conductores de ciegos.

La escena era hermosa y enternecedora. Posiblemente, examinando la extrañeza que se apoderara de mí, se adelantó Zenobia, diciendo:

–Nuestros amigos de la Tierra, parcialmente liberados de la carne por la actuación del sueño, vienen hasta aquí, todas las noches, traídos por compañeros espirituales, con el fin de recibir auxilio o avisos necesarios. La Casa ofrece recursos a los encuentros oportunos.

No conseguí disfrazar la sorpresa, ante aquella escena maravillosa, contemplando, embelesado, el cuidado tierno de los benefactores desencarnados con todos aquellos que venían de los planos terrestres más densos.

Atravesada la zona magnética de defensa, nos mezclamos con la gente. No lejos de mí, un niño, que aparentaba de nueve a diez años de edad, revestido de un gracioso halo de luz, guiaba a una señora de pasos inciertos. Parecía enferma, incapaz de auto-controlarse. Pero el pequeño, sujetaba firmemente su mano y, después de saludar a la hermana Zenobia, dijo, respetuoso, hacia la vacilante señora:

–¡Por aquí, mamá! ¡Ven sin miedo por aquí!

Oyéndole, la interpelada parecía despertar de un buen sueño y gritaba, semi-inconsciente:

–¡Hijito! ¡No me dejes volver! Te quiero siempre, siempre...

Las expresiones de dulzura se mezclaban a un copioso llanto.

Miré sus rasgos. La pobre madre no nos podía ver. Seguía, tímida e insegura de sí. Sus ojos, que vertían gruesas lágrimas, permanecían presos en la contemplación del niño, revelando la suprema ternura de madre, exhausta por la nostalgia, al reencontrar al objeto de su amor, que creía haber perdido para siempre.

–¡Mamá, camina! ¡No desfallezcas! –decía el jovencito, con júbilo.

–¡Ya voy, hijo! ¡Yo te seguiré, elévame contigo! –expresaba la madre, ahogada en sublime emoción.

Mis compañeros, habituados tal vez, desde hace mucho, al espectáculo, conversaban de sus cosas. Yo, sin embargo, seguí, con los ojos humedecidos, al cariñoso niño que amparaba a su madre, hasta que desaparecieron a través de una de las puertas laterales.

No contuve la sorpresa que me dominaba. Tocando el brazo del padre Hipólito, pregunté:

–¿Amigo mío, donde irán la señora y el niño?

Esbozó él un significativo gesto de asombro y comentó:

–No les vi.

Le hablé, entonces, de la escena que tan tierna me había resultado.

El ex-sacerdote sonrió compasivo y añadió:

–¡Bueno, André, son tantas las madres y tantos los niños que transitan por aquí!... En realidad, el hijito, como tantos otros, conduce a la madre a los gabinetes de auxilio.

No tuve tiempo para hacer más preguntas.

Nuestro grupo llegó a la puerta principal y dos amigos se acercaron, solícitos. Se trataba de Gotuzo y otro hermano a quién yo no conocía personalmente.

Nos saludaron cortésmente.

Inmediatamente después, se dirigió Gotuzo a la directora, informándole que los servicios de colaboración en la Tierra, junto a los técnicos que organizaban algunas reencarnaciones expiatorias, habían sido ejecutados satisfactoriamente.

Zenobia le dio las gracias y nos invitó a participar de las oraciones de loor y gratitud al Todo Poderoso.

Penetramos a la Sala Consagrada, donde la orientadora se puso al corriente de las medidas llevadas a efecto en su rápida ausencia y comprobó que todos los amparados habían comparecido a la reunión general de oraciones y auxilios magnéticos, realizada minutos antes.

Unas señales acústicas convocaron a los colaboradores a la acción de gracias.

Zenobia, delicada y activa, nos dispuso en torno a una gran mesa, al fondo de la cual se erguía una pantalla transparente de grandes proporciones.

¡Era admirable la organización de la Casa! Todos los dirigentes de las variadas secciones en las que se subdividían las actividades, se encontraban presentes para la tarea de acción de gracias.

La directora nos informó que todas las noches se realizaban los trabajos de oración para los asilados y para el personal administrativo, sobresaliendo que, en esos últimos, se reunía en persona con todos los subjeses de la organización que no se encontrasen ocupados por motivos de servicio. En aquella ocasión, estábamos allí treinta y cinco personas, presos del dulce magnetismo de aquella mujer que también sabía desempeñar una excelsa misión educativa. En la mesa, rodeada por los sillones que ocupábamos en dos hileras, se sentó Zenobia, radiante, de frente hacia la pantalla constituida por tejido diáfano, como una gasa muy tenue. Treinta y cinco mentes, interesadas en la adquisición de luz divina, se unían a la suya en vibraciones de reconocimiento y paz.

Gotuzo, a mi lado, se entregó a una profunda meditación. Solicitando que acompañásemos mentalmente sus palabras, la instructora inició la oración conmovida y sublime:

—“¡Señor de la vida: nuestros corazones desbordantes de júbilo te agradecen las bendiciones de cada día!

“Permite que nos reunamos, en tu nombre, en esta noche bendita de felicidad y esperanza, para manifestarte nuestra eterna gratitud.

“No te rogamos, Señor, ventajas y beneficios para nosotros, ricos como somos de Tu luz y misericordia, pero suplicamos a Tu corazón augusto que nos sean concedidos los dones del equilibrio y de la equidad, para que sepamos distribuir nuestra divina herencia y no disipemos en vano, la gloria de tus dádivas. Haz fuerte la armonía en nosotros para que seamos leales cooperadores de Tus santos designios.

“¡Gracias a Tu Bondad nos levantamos del abismo del pasado, y nos encontramos aquí para servirte! Pero Padre, doblados por el peso de las inclinaciones humanas, cultivadas por nosotros con desvaríos emotivos, durante milenios, no podemos pres-

cindir de Tu fuerza paternal. ¡Ayúdanos en la liberación de nosotros mismos! Magnetizados por nuestros recuerdos del pasado, no siempre comprendemos Tu voluntad soberana y justa. Anula nuestro personalismo inferior para que la conciencia del universo esclarezca nuestro corazón. ¡Lleva nuestra razón a una comprensión más amplia, haznos vibrar en el campo de Tus Divinos Pensamientos!

“Pusiste en nuestra boca la palabra constructiva, llenaste el alma de luz y tranquilidad, para que colaboremos en tu obra. Nos diste, en este poso de amor fraternal, compañeros dedicados al bien, y, alrededor de nuestra pequeña tarea, colocaste a multitud de afligidos y sufridores.

“¡Oh Señor! ¡Qué felices nos sentimos por la posibilidad de administrar consuelo y esclarecimiento en Tu nombre! ¡Te imploramos la debida inspiración para cometer nuestras responsabilidades! ¡Enséñanos a actuar desapasionadamente, infúndenos respeto por la autoridad que nos distes, ayúdanos a desprender la mente de las creaciones individuales, para que Te sintamos más cerca en el esfuerzo colectivo de la elevación común! Y cada vez que nuestros actos contengan interferencias indebidas del libre arbitrio en la ejecución de Tus leyes, repréndenos severamente, para que no persistamos en ese desvío inconsciente. ¡Somos tus hijos, frágiles y confiados! ¡Todas Tus resoluciones son excelentes y bellas. Concédenos, pues, la suficiente visión, para que podamos percibir nuestra felicidad en tus designios, sean cuales fueren!

“¡Somos siervos humildes de Tu sabiduría gloriosa!”

“En este granero de paz consoladora, recibimos, a través de mil recursos diferentes, Tu presencia indirecta, con la que son atendidos los que lloran y padecen”.

“¡Oh Padre Compasivo! ¿Qué felicidad mayor que ésta, la de esparcir, con Nuestro Señor Jesucristo, tus bendiciones redentoras y cariñosas? ¿Qué escuela más rica, más allá de la que se localiza en esta casa, donde aprendemos, jubilosos, a ejercer el don sublime de dar?”

La instructora se detuvo, con la voz ahogada por la emoción con la que se dirigía a Dios, y, aludiendo a la realización particular que se había realizado aquella noche, prosiguió, después de una larga pausa, conmoviéndonos a todos:

–“¡Dándonos alegría, estimulando nuestro valor y esperanza, Tú permites, Señor, que podamos atender al corazón, interesado en mitigar y confortar a espíritus queridos, que se perdieron de nuestra compañía en el curso incesante del tiempo!”

Una nueva pausa de la orientadora. Y enseguida, imprimiendo una suave entonación a las palabras que pronunciaba, la hermana Zenobia concluyó:

–“¡Con el alma vuelta hacia Tu magnanimidad, te reconocemos en Tu infinitud. ¡Sé loado por todos los milenios de los milenios y glorificado por todos los seres de la Creación! Tus servidores de esta Casa te agradecen las oportunidades preciosas de trabajo y esperan la continuidad de tus bendiciones. ¡Que Tu infinita luz sea reflejada en todo el universo infinito! Que así sea”.

Las últimas frases de la oración fueron emitidas con profunda emoción mezclada de júbilo. Aquella oración constituía un acto de adoración de los más hermosos que yo había escuchado, hasta ese momento. Zenobia se alegraba por la oportunidad del servicio, por la fortuna de contribuir con alguna cosa útil, por la ventura de repartir el bien.

Los minutos de adoración nos elevaron. Una suave luz irradiaba de nuestras frentes sincronizadas en los mismos pensamientos.

Terminada la manifestación de acción de gracias, la directora nos recomendó atención y silencio. No pasó mucho tiempo y la pantalla, desdoblada delante de nosotros, como si fuese un instrumento de respuesta al devoto esfuerzo, se iluminó de repente, emitiendo rayos de un brillo maravillosamente azul, que se esparcieron sobre la diminuta asamblea, como minúsculos zafiros etéreos. Parecían energías divinas que caían sobre nosotros, penetrando en nuestro interior y vigorizando nuestro ser.

Transcurridos algunos minutos, Zenobia, dio las gracias, sensibilizada, como portavoz del sentimiento general.

Una nueva quietud cayó en toda la sala. Pero, después de largos instantes de intensa expectativa, Luciana tomó la palabra y se dirigió a la directora, en estos términos:

–En este momento, veo en la pantalla de las bendiciones a un respetable anciano, rodeado de luz verde plateada. Le extiende su mano, bendiciéndola, y me recomienda que le diga que se trata de Bernardino.

–¡Ah! ya sé –respondió contenta, la instructora –es un mensajero de la Casa Redentora de Fabiano. Que Jesús le recompense por la alegría que nos trae.

–Asegura el iluminado visitante –volvió a decir la clarividente– que las vibraciones ambientales se inclinan, ahora, hacia las esferas inferiores y que no conseguirá hacerse visible a todos, a pesar de su deseo. Añade que los amigos de la Casa velan por la marcha armoniosa de los servicios y que la fuente de la bondad Divina proporcionará siempre paz y recursos a todos los corazones de buena voluntad, en la siembra del bien.

Después de un ligero intervalo, que Luciana parecía aprovechar en meticulosa observación, informó, conmovida:

–El emisario nos contempla, silencioso, e, irguiendo los ojos hacia lo Alto, pide para nosotros la luz de la comprensión divina.

Notamos una profusa emisión de rayos brillantes de luz verde, a través de una sustancia diáfana, como una nueva lluvia de pequeñas gotas celestes.

Terminada la exteriorización de la sublime energía, portadora de bienestar, y terminados algunos minutos de nuevo silencio, Luciana volvió a comunicarse con la directora:

–Hermana, se ilumina la pantalla nuevamente. En esta ocasión, tenemos la visita de una bienaventurada celeste. ¡Oh! ¡Su rostro deslumbra! Tiene en el pecho un soberbio ramillete de lirios nevados que exhalan un embriagante perfume.

La clarividente no había terminado de decir esto y, en medio de una blanca claridad que se evaporaba de la tela, sentimos todos el aroma de las mencionadas flores, envolviéndonos en ondas de alegría y paz indescriptible.

Impresionada a su vez, Luciana prosiguió:

–La mensajera viste una túnica, tallada en un delicado tejido semejante a espuma de nieve, y parece estar en oración de acción de gracias...

–¡Ahora, nos mira, bondadosa –continuó, volviendo a tomar la palabra– y nos lanza las flores que trae consigo, revelando un infinito cariño! Dice algo... ¡Si, con permiso

de nuestros mayores, desea comunicarse con el hermano Gotuzo y solicita nuestra cooperación!

No pude ocultar la sorpresa, a la vista del desarrollo de los trabajos en aquel oficio de gratitud y adoración.

La hermana Zenobia, experta en las actividades de intercambio, intervino, añadiendo:

–Sí, Luciana, en lo que esté dentro de sus posibilidades, ceda su vehículo de manifestación, ya que el ambiente permanece pesadísimo. En otras circunstancias, este recurso no sería necesario, pero las sustancias densas del plano, cargado de fuerzas negativas, inciden sobre el aparato de las bendiciones, imponiendo una ayuda personal más directa. Estamos listos para recibir a la devota emisaria en esta casa de paz. Gotuzo y nosotros nos colocamos a su disposición, para oír su mensaje de amor.

La enfermera, con la posibilidad de quién ve más profundamente que nosotros, observó conmovida:

–Se identifica como Leticia, y declara que desencarnó hace treinta y dos años y afirma que fue madre del compañero.

Más emocionada y reverente, afirmó:

–¡Ah! se deshace ahora de la pantalla y viene a nuestro encuentro. Se adelanta. De sus manos se desprenden unos rayos de sublime luz. ¡Me abraza! ¡Oh! ¡Cómo sois de generosa, abnegada benefactora!... ¡Sí! ¡Estoy lista, cederé con placer!...

En ese instante, el rostro de Luciana se transformó. Una beatífica sonrisa se dibujó en sus labios. De su frente irradiaba una hermosa luz. Con la voz muy cambiada, comenzó a expresarse la emisaria a través de ella:

–¡Hermanos, sea con nosotros la paz del Cordero Divino! No deseamos perturbar la reunión que os congrega en el servicio de la verdad y del bien. Sin embargo, con el permiso de nuestros orientadores, vengo al encuentro de alguien que me es muy querido, buscando despertar su conciencia hacia horizontes más altos de la vida.

Sonrió, benévola, y continuó:

–¡Excúsenos, pues, dedicados amigos! Nuestras experiencias más elevadas resultan de la permuta incesante de valores comunes. El corazón que ama en Cristo es como una laboriosa abeja que recoge la miel de la sabiduría en todas las flores de amor y trabajo. Recogeré, contenta, en el alma fraternal de esta asamblea de cooperadores de la voluntad Divina, elementos de tolerancia y comprensión y me sentiré feliz si pudiera ofrecerles algo de cariño maternal que mantengo en el corazón hambriento de la vida superior.

Hizo un pequeño intervalo entre el saludo y el objetivo de su permanencia entre nosotros. Enseguida, dirigiéndose, en particular, al colega que recibía su visita, expresó con una acentuada inflexión de ternura:

–Gotuzo, hijo, seré breve. Antes de advertirte, ya rogué al Señor que te bendiga e inspire siempre. Oye desapasionadamente la palabra de tu madre y vieja amiga. Despréndete de las viejas ideas para que puedas comprender mejor. Los conceptos inferiores de nuestro “yo” también se endurecen, impidiendo la penetración de la luz en nuestro campo interno. ¡Escucha, hijo mío! ¿Cómo puedes menospreciar la santa oportunidad de elevación? ¿Cómo puedes permanecer en reposo, ante las necesidades

primordiales del espíritu? El Maestro aprovecha las cualidades del discípulo, en determinado sector del aprendizaje, aplazando, por misericordia, la mejoría y el perfeccionamiento de ciertas zonas oscuras de la personalidad. A veces, el aprendiz se retrasa por meses, años o siglos... Jesús no es el señor de la violencia y nunca impone actos drásticos a la obra evolutiva. Es cultivador del trabajo y de la esperanza. Aguardará siempre, compasivo y bondadoso, nuestras decisiones de colaborar en el apostolado redentor. Soportará nuestras faltas muchas veces, pero, en nuestro propio interés, deberemos estar vigilantes hacia sus enseñanzas, con la sincera disposición de aplicarlas. No nos fulminará con rayos destructores por nuestra demora en disculpar a alguien, no obstante, nos recomendó que perdonásemos setenta veces siete, naturalmente, no nos perseguirá por nuestra dificultad en simpatizar con hermanos actualmente menos felices que nosotros. Se esforzó, sin embargo, para que nos amemos los unos a los otros. No vendrá en persona a obligarnos a asumir determinada actitud evangélica, pero trazó todas las disposiciones necesarias para la práctica del bien. Tu esfuerzo médico en esta casa, es, de hecho, apreciable. Tienes compañeros que te siguen con amistad y admiración. Se multiplican los valores que te rodean, acumulas bendiciones en la parte de las adquisiciones afectivas, sin embargo... ¿y tu propio destino? Tus amigos, a pesar de la luz que brilla en tu carácter santificado, no pueden sustituirte en las realizaciones que te esperan. Tus manifestaciones de naturaleza exterior instruyen y confortan. Pero tus pensamientos más íntimos, nos rompen el corazón. ¿Cómo curarás enfermos, si sigues amargado con los que te hirieron aparentemente? ¿Cómo darás lecciones de buen ánimo a los tristes, si te demoras tanto tiempo en la ilusión del desaliento? ¡Oh, amado hijo, nadie sirve a la obra del Padre con la mente embotada por el vino amargo de las pasiones! ¡Abre el entendimiento a las bendiciones divinas! no guardes gusanos destructores en el jardín de la esperanza... estropearían a las más bellas flores, aniquilando la promesa de los frutos...

La mensajera se calló por un momento, y prosiguió:

Es razonable que te demores en este asilo de amor, colaborando en la cura de desequilibrados mentales, lejos de los planos más densos. Pero, ¿no quieres ganar el más allá? Admites, satisfecho, la cárcel del estacionamiento, aunque con el carácter del trabajo edificante? ¿No desearás elevarte para liberar, efectivamente, a los prisioneros de la ignorancia? ¿No buscarás el plano superior para ser más útil a los que intentan trepar por la escalera reveladora de la luz inmortal? No te hablo ahora como madre. Nuestros lazos en el presente, con relación al pasado, son muy diferentes. Somos, ambos, hijos del Padre Altísimo, y mi devoción por ti es muy grande. No te abandonaré a las inclinaciones menos elevadas, aunque justificables bajo la visión de las convenciones puramente humanas. Y, por eso, vengo a oír tus propósitos. Tú has cooperado, espontáneo y asiduo, en las tareas del bien. Eres un trabajador con derecho a descubrir sus propios errores y a rectificar el camino que le compete. Pero, hijo, escucha y comprendeme: vengo intercediendo junto a las autoridades que rigen nuestros destinos, para que tu conciencia despierte hacia la divina luz. ¡El grupo familiar, amado e inolvidable, te espera en la preparación de la felicidad del porvenir!...

Las palabras pronunciadas expresaban la enorme carga de consideraciones que quedaban por decir. Cada concepto se envolvía en una significativa onda de pensamientos, que evidenciaban, de un modo indirecto, los sagrados fines de la visita materna.

Después de una larga pausa, Leticia preguntó delicadamente:

–¿Qué respondes, hijo mío?

Se hizo un conmovedor silencio, notamos que Gotuzo lloraba, con la respiración oprimida y los sollozos mal contenidos. Al término de algunos instantes, replicó, humilde:

–¡Madre! ¡Estoy listo!...

La comunicante, cuya presencia sentíamos, sin ver, volvió a decir, visiblemente emocionada:

–Doy gracias al Señor por tu comprensión. Sí, hijo mío, organizaremos todas las medidas indispensables. Volverás, en breve, al grupo familiar. Prepárate, teniendo en cuenta la lucha imprescindible a la iluminación. El hogar, legítimamente considerado, es el granero de supremos valores educativos para cuantos busquen los intereses divinos, por encima de lo humano. El hogar terrestre es una bendita forja de redención. Reencontrarás las simpatías y antipatías de otro tiempo, ofreciéndote posibilidades felices de reajuste emocional. Recapitula mentalmente las lecciones aprendidas, pide la inspiración de Jesús y disponte a partir, tranquilo. No te desanimes ante el servicio a realizar. Somos millones de criaturas, disputando la ocasión de santificar sentimientos. En el pasado, raras veces procedíamos en obediencia a los dictámenes de la Ley. Si exteriorizábamos estimación, nos perdíamos en los excesos de la pasión, como delinquentes del afecto; si manifestábamos actitudes de corrección cedíamos a la ceguera del odio, como cultivadores del exclusivismo feroz. Es necesario regresar para conquistar el equilibrio espiritual necesario a la elevación.

Gotuzo, con lágrimas en los ojos, no conseguía hablar. Pero, la madre, dejándonos percibir que captaba sus más íntimos pensamientos, afirmó, después de un largo intervalo:

–La esposa dedicada que dejaste en la Tierra no podrá servirte de madre, pero será tu cariñosa y experta abuela. Tu adversario, ese pobre hombre que se entregó a la envidia y a la ambición destructoras, recibirá tus besos infantiles y con ellos los efluvios de tu perdón renovador. ¿Qué corazón engañado por los malos sentimientos no se doblaría ante los cambios de la vida? El ex-enemigo entra ahora en el declinar de las ilusiones. Su alma atraviesa actualmente el pórtico que da acceso a la vejez del cuerpo temporal. Y en vez de recuerdos dulces que acarician el espíritu, tendrá recuerdos aflictivos. Tu presencia atenuará sus pesares. Y mientras las dolencias del desequilibrio castiguen su carne y los recuerdos penosos castiguen su mente, tú serás el nieto consolador, mensajero de paz en forma de niño. Le ayudaremos a consagrarte atención y cariño. En el desencanto del cuerpo cansado y en la ternura infantil, el espíritu consigue sublimes realizaciones para la vida eterna.

Después de un nuevo intervalo, continuó:

–Tu futuro padre, en la efímera existencia humana, corazón particularmente amado del tuyo, recibirá la ayuda amorosa y decisiva de un hijo muy querido, elevándose a la ennoblecida altura moral, por el sagrado estímulo de tu compañía. Tu vuelta le infundirá más respeto al mundo y a los semejantes. Deseará cultivar virtudes y valores, para que tú bendigas su paternidad. Llorará con tus dolores, reirá con tus alegrías. Se sentirá

un hombre nuevo, al contacto de tus manitas. Su esfuerzo futuro, después de las realizaciones que viene llevando a efecto, beneficiará a todo el grupo familiar, en bendita tarea que no pudo realizar en la condición por la que pasó. ¡Oh, hijo! ¿Habrá ventura mayor que la de liquidar nuestros débitos y partir unidos hacia la alegría del cántico inmortal de integración con la Divinidad? ¡Otras escuelas más bellas esperan por nosotros, otras glorias nos felicitarán para siempre! ¡Sigamos hacia Dios!...

En ese punto, se calló, tal vez absorta por la profunda emoción. Respetuoso y humilde, Gotuzo rogó a la hermana Zenobia que le permitiese aproximarse. Obtenido el consentimiento, avanzó hacia el sillón en que Luciana traducía la personalidad materna, y se arrodilló, besándole las manos.

Leticia, bondadosa, recomendó:

–Levántate, hijo... Sé que me amas, intensamente. Sin embargo, hay hermanos nuestros que esperan tu estima y comprensión. No vengo sola a tu encuentro. Mientras me disponía a visitarte, solicité que compareciese alguien de los planos más densos, para tener la certeza de sus disposiciones. Para nuestra felicidad completa no basta que me beses y admires. Es indispensable que te aproximes fraternalmente a aquellos que aún no sabes amar. Alguien conversará con nosotros, dentro de breves minutos. Se abrirán las puertas de esta casa de bendiciones, en beneficio de nuestra familia. Espera.

Se mantenía Gotuzo en ansiosa expectativa, debido a las singulares observaciones.

Sorprendiéndonos a todos, pocos segundos después, dos señoras entraron en el recinto. La más mayor, revelaba una alta posición de orientadora, por la luz que le rodeaba, pero la segunda mostraba la oscura condición de alma encarnada, en alejamiento temporal del cuerpo, a través del sueño físico. Reconoció a Gotuzo de lejos, y, evidenciando una indiscutible deficiencia de disciplina emotiva, extendió los brazos, descontrolada e inquieta, gritando:

–¡Gotuzo! ¡Gotuzo!, ¡qué felicidad, este reencuentro!

Parecía perturbada por el choque de los recuerdos relativos a la diferente situación que el desprendimiento de su primer esposo le había traído y añadió, afligida:

–¡No me quieras mal! ¡Ayúdame por amor de Dios! ¡No me abandones, no me abandones!...

Dolorosos sollozos le estallaban en el pecho.

El interpelado quedó silencioso, quizás por la íntima angustia que le dominaba, pero Leticia intervino, generosa. Se levantó, recogió a la nuera en sus brazos y la tranquilizó:

–Ven, Marília, ven a mi corazón. Sabemos cuánto has sufrido, en la silenciosa depuración espiritual. Nunca fuimos sordos a tus ruegos y conocemos, de cerca, la extensión de las pruebas para tu alma sensible.

La visitante de la Tierra contemplaba a la benefactora, extasiada y feliz, sintiéndose en la presencia de un ángel bueno, ya que no conseguía razonar para comprender el fenómeno en curso. A través de la luminosidad de su mirada, observábamos la alegría que bañaba su espíritu, jubiloso por ese encuentro. Después de acariciarle con dulzura materna, la venerable amiga se dirigió a nuestro compañero, afirmando:

–¿Hijo, no querías abrazarme y besarme? ¿Crees que la esposa terrestre merece menos que yo? ¿Admites, todavía, que la madre de tus hijitos, que ha estado en medio de ellos, nostálgica y dedicada, haya sido ingrata a tu desvelado amor? ¿Continuarás olvidado del bien para agravar el mal? La viudez en la Tierra, en muchas ocasiones, debe aceptar un segundo matrimonio como un sacrificio necesario, por el supremo respeto al consorte que partió. Retira de los ojos la venda del egoísmo que viene interceptando tu visión e interpreta con naturalidad las exigencias de la vida terrena.

Y en un gesto conciliador, le confió a la esposa, agregando:

–Ayúdala para que tú puedas ser ayudado. No rechaces la lección, porque el futuro vendrá a aclararla enteramente.

Magnetizado, tal vez, por la cariñosa advertencia materna, Gotuzo abrió los brazos y la recogió, solícito, en actitud de hermano compadecido y desvelado.

Marilia le observaba en éxtasis:

–¡Oh! ¡qué sueño tan bueno! –exclamó, bajo una indefinible expresión de alegría.

Y, mirando de reojo por el salón lleno de luz, se dirigió a nosotros, conmovedoramente:

–¡Tengo miedo de mi vieja habitación! ¡Ah! ¡Por favor, enviados divinos, no me dejéis volver! ¡Nunca! ¡Nunca más!...

Comprendiendo que la nuera, temporalmente liberada del cuerpo, entraba en un dominio vibratorio perjudicial a la organización psíquica, dados los deberes que le correspondían en el plano físico, Leticia comentó:

–Hija: es preciso que no te detengas por más tiempo. No puedes permanecer entre nosotros, antes que los Eternos Designios se manifiesten en ese sentido. Vuelve, mientras al hogar distante, convencida de nuestro cariño sin mácula. Nuestra tranquilidad te acompañará en los días terrenos. No te faltará cooperación. Si no puedes acompañar al esposo querido, por la inoportunidad de semejante deseo, alégrate y confía en el Poder Divino, pues Gotuzo irá a tu encuentro. En breve, Marília, tus besos rociarán de amor y ventura un rostro pequeñito, que sintetizará, para tus esperanzas de abuela, un verdadero mundo de felicidad redentora.

Emocionada por la alegría, preguntó Marília:

–¿Gotuzo me perdona?

–Él nunca sufrió ofensa alguna de tu corazón dedicado –se adelantó Leticia, bondadosa– y se acordará siempre, con desvelo y ternura, de la compañera fiel que amparó a sus hijitos amados y honrando su nombre, entre renunciadas y sacrificios ignorados.

–¡Oh! ¡Oh! ¡Qué felicidad! –repetía la interlocutora, ahogada en llanto de júbilo y reconocimiento.

Acariciando la frente del hijo, que también lloraba bajo fuerte emoción, Leticia le rogaba:

–¡Dile hijo, cuanto la amamos! ¡Tranquiliza su alma sensible y afectuosa!

Como un niño obediente, nuestro hermano afirmó:

–¡Marília, nunca podré pagar mi deuda para con tu devoción. Regresa, confiada, mientras preparo mi propia vuelta. Brevemente, con el auxilio de Dios y de nuestra

bendita madre, estaremos, de nuevo, reunidos en la Tierra! Pide energías para mí, en tus oraciones. Estás en vías de terminar una dolorosa prueba de rescate, mientras que yo voy a recomenzarla. Soy yo, por tanto, ahora, quien suplica auxilio y protección... ¡espérame y no desfallezcas! aprenderemos a refundir sentimientos, a purificar lazos afectivos, a santificar impulsos, y sobre todo, bendeciremos a quien nos hirió aparentemente, amparando al supuesto enemigo, para que nos convirtamos en sinceros hermanos unos de otros...

Ambos lloraban tiernamente.

Después, Leticia restituyó a la nuera a los brazos amigos de la orientadora que la condujo de vuelta al cuerpo físico, con el mismo silencio que se había mantenido hasta entonces.

La madre de Gotuzo le recomendó que volviese a tomar su primitivo lugar y, recompuesto el ambiente, solicitó la ayuda de Zenobia para la futura realización filial.

La directora de la Casa, recordando tal vez el esfuerzo que se había llevado a cabo aquella misma noche, en beneficio de un corazón que le era particularmente amado, acusaba profunda emoción.

—Gotuzo cuenta en esta institución con amigos que le están infinitamente reconocidos —dijo Zenobia, sensibilizada. Es un compañero a quien debemos mucho. Haremos de buen grado todo cuanto esté a nuestro alcance para que la nueva experiencia le aporte luces y bendiciones. Su felicidad, en otro plano, hermana, será igualmente la felicidad de esta Casa. Le seguiremos en el caminar terrestre, atentos y vigilantes, no por obsequio, sino en obediencia al tributo de gratitud de que somos deudores, por los años en que cooperó con nosotros con toda dedicación.

Leticia partió agradecida, dejándonos unos maravillosos efluvios de paz y encantamiento.

Otro iluminado mentor de la organización socorrista, identificado por Luciana, entonces reintegrada a su propia personalidad, nos dictó, a través de ella, algunas palabras de estímulo, elevadas y santas, dirigiéndonos una copiosa lluvia de rayos luminosos a través de la pantalla de las bendiciones, recomendando a Zenobia que cerrase los servicios de oración, en la paz del Señor.

La directora pronunció una enternecida oración de reconocimiento y júbilo, cerrando la tarea.

Abrazándonos, esclarecidos y satisfechos por el éxito de la hora, vimos que la hermana Zenobia se encaminaba hacia Gotuzo, abrazándole maternalmente.

—¡Oh, hermana! —dijo él, enternecido— ¡Qué grande es el premio de la misericordia Divina!... ¡No merezco tanto! ¡Ayúdeme a agradecer a Dios!...

—¡Alegrémonos, Gotuzo, —respondió la interlocutora— y adoremos al Padre que tanto engrandece nuestro oscuro y pequeño esfuerzo! El agraciado de hoy no fue solo usted. ¡También yo aumenté, en mucho, mis grandes débitos para con el Altísimo!...

Con la voz embargada por la emoción, concluyó:

—¡También yo recibí una divina concesión en esta gran noche!

X

FUEGO PURIFICADOR

A la mañana siguiente, la administración de la Casa Transitoria ya disponía de la ruta a seguir.

Los relojes indicaban las seis, no obstante, las sombras densas y monótonas dominaban la región.

La Casa recibía la ayuda de varios compañeros de otras organizaciones socorristas de la misma naturaleza, mientras que la hermana Zenobia se mantenía absorta por los quehaceres imperiosos del momento, rodeada de asesores y orientando las actividades alusivas a la mudanza próxima.

Ardiendo de ansiedad por obtener mayores esclarecimientos acerca de los trabajos en ejecución, acompañé al padre Hipólito, que me invitó a inspeccionar los movimientos del patio.

Le seguí gustosamente.

El servicio activo exigía la atención y el esfuerzo de gran número de colaboradores.

Instado por mis insistentes preguntas, el preciado compañero me informó:

–Las instituciones socorristas, como ésta, pueden alcanzar vuelos de gran alcance.

Y, ante mi profunda admiración, continuó:

–Estamos en otros dominios vibratorios y no podemos tener grandes sorpresas. Las leyes de la materia densa, nuestras viejas conocidas de la Tierra, no son las que presiden los fenómenos de la materia de la quinta esencia que nos sirve de base a las manifestaciones también transitorias. El hombre encarnado ahora comienza a percibir ciertos problemas inherentes a la energía atómica del plano grosero en el que se encuentra. Como usted sabe, las descargas eléctricas del átomo etérico, en nuestra esfera de acción, ocasionan realizaciones casi inconcebibles a la mente humana. En los planos físicos, para atender a nuestros enigmas evolutivos o redentores, somos verdaderos prisioneros del campo sensorial, que se comunica con la vida infinita por las estrechas ventanas de los cinco sentidos. No obstante el progreso de la investigación científica entre las criaturas terrenas, el hombre común apenas conoce, en el momento, una octava parte del plano donde pasa la existencia. La videncia y la audición, las dos puertas que pueden dilatar su investigación intelectual, permanecen excesivamente limitadas. Veamos, por ejemplo, la luz solar, que condensa los colores básicos, susceptibles de ser señalados por nuestro ojo, en la Tierra. Percibimos, tan solo, los colores que van del rojo al violeta, sobresaliendo que la mayoría de las personas nada vislumbran más allá de los últimos cinco, que son el azul, el verde, el amarillo, el naranja y el rojo, no registrando el añil y el violeta. Existen, sin embargo, otros colores en el espectro, correspondiente a las vibraciones para las cuales el ojo humano no posee capacidad de sintonía. Se manifiestan rayos infrarrojos y ultravioletas que el investigador humano consigue identificar imperfectamente, pero que no puede ver. Ocurre lo mismo con la potencia auditiva. El oído de la mente encarnada señala apenas

los sonidos que se encuadran en la tabla de “16 vibraciones sonoras a 40.000 por segundo”. Las ondas más rápidas o más lentas se le escapan totalmente. Hay que obedecer a las leyes de la gravitación y de la estructura de las formas, en la zona de la materia densa, para que la vida alcance sus divinos objetivos espirituales.

El ex-sacerdote hizo una breve parada, sonrió afablemente, y afirmó:

Los movimientos del trabajo en nuestro plano, por lo tanto, no pueden ser vistos con la misma deficiencia de examen que antiguamente presidía nuestras observaciones. La materia y las leyes, en nuestro plano, permanecen bastante diferenciadas, aunque emanen del mismo Origen Divino.

Las consideraciones eran bastante interesantes para mí, a pesar de ya no ser un inexperto en el conocimiento de la aplicación de la energía eléctrica, en la Colonia espiritual donde residía. Las palabras de Hipólito tenían la virtud de aliviar mi cerebro, todavía pleno de recuerdos de la Tierra.

El estimado amigo, no obstante reconocer lo leve de la substancia etérica, en comparación con los fluidos groseros que constituyen los cuerpos terrenos, me indicó el esfuerzo hercúleo de los trabajadores que desarrollaban diversos servicios con vistas a la próxima modificación. La tarea exigía decisión y buena voluntad, asombrando al ánimo más fuerte.

La utilización de recursos, allí, en aquella Casa benemérita, aislada en tan oscuro paisaje, costaba inauditos sacrificios. La densidad de la región influía inequívocamente en el trabajo, y los colaboradores realizaban actividades de gigantescas proporciones.

Todo el personal disponible fue convocado al trabajo de los motores y, cuando me encontraba absorto, delante de la maquinaria compleja, indescriptible para la técnica humana, la hermana Zenobia, a través de Jerónimo, nos pidió colaboración en las defensas magnéticas, vista la necesidad de emplear el mayor número de cooperadores en la preparación activa del vuelo.

No teníamos tiempo que perder. Nuestro orientador fue el primero en acudir, encaminándose hacia las defensas.

No eran altas y verticales como las murallas de las fortificaciones terrestres, sino horizontalmente extendidas, formadas de substancia oscura, y emitían fuerzas eléctricas de expulsión en un radio de cinco metros de largo, aproximadamente, rodeando toda la Casa. Había algunos focos de luz encendidos y, en pocos minutos, el responsable de la tarea nos ponía al corriente del trabajo a ejecutar.

Velaríamos por el funcionamiento regular de unos aparatos generadores de energía electromagnética, destinados a la emisión constante de fuerzas defensivas, y vigilaríamos el sector que nos fuese confiado, para subsanar cualquier anomalía.

Al finalizar las explicaciones, aseguró el colaborador:

—Debemos recibir a todos los sufridores que se presenten renovados, permitiendo su acceso al patio interno. En las últimas horas, la hermana Zenobia y los demás administradores de la Casa ordenaron acoger a todos los extraviados que se aproximasen a nosotros, con señales legítimas de transformación moral hacia el bien.

Jerónimo estaría al tanto de todo lo necesario para esa identificación de señales, pero, dentro de mi ignorancia, no contuve la pregunta:

–Pero, ¿cómo nos aseguraremos, de esa renovación?

El asistente no permitió que el interpelado me respondiese. Se adelantó él mismo, e informó:

–Los sufridores, ya modificados hacia el bien, presentarán círculos luminosos característicos en torno a sí mismos, al concentrar sus fuerzas mentales en un esfuerzo por su propia rectificación. Los otros, los impenitentes y mentirosos sistemáticos, aunque pronuncien conmovedoras palabras, permanecerán confinados en las nubes de sombra que rodean su mente endurecida en el crimen.

La aclaración era significativa y guardé silencio, satisfecho, comprendiendo, una vez más, la grandeza de la purificación de la conciencia, en lugar de las protestas verbales que se hacen a través de los juegos brillantes de la palabra.

Nos entregábamos, tranquilos, al trabajo, cuando un indescriptible choque atmosférico estremeció el cielo oscuro. Una claridad de terrible belleza barrió la neblina de arriba a abajo, ofreciendo, por un instante, un asombroso espectáculo. No era el conocido relámpago de la Corteza, en ocasión de las tempestades, ya que las descargas eléctricas de la naturaleza, sobre el suelo denso, son menos precisas en lo que se refiere a la orientación técnica de orden invisible. Allí se observaba lo contrario: la tormenta de fuego iba a comenzar, metódica y mecánicamente.

Me dominó un angustioso pavor, pero el asistente Jerónimo estaba tan tranquilo, que su serenidad se contagiaba.

–Es el primer aviso del paso de los desintegradores –nos explicó.

A muchos kilómetros de distancia, veíamos la claridad de la hoguera atizada por las centellas eléctricas, en la desolada región.

Transcurridos algunos minutos, llegaron nuevos refuerzos para la guardia. Todos los siervos del bien de tránsito en la Casa Transitoria, fueron llamados a cooperar en la vigilancia. El asesor que los distribuía, en variados sectores del servicio, aclaró que deberíamos partir dentro de cuatro horas, y que, en ese tiempo, en circunstancias como aquellas, sería muy grande el número de infortunados que acudirían a sus puertas, resaltando que no se disponía de colaboradores en cantidades suficientes para atender las tareas del patio.

Antes de mayores explicaciones, retumbó un nuevo trueno en las alturas. El fuego apareció en diversas direcciones, muy lejos aún, como notificándonos su aproximación gradual. En esta oportunidad, sin embargo, recibí la nítida impresión de que la descarga eléctrica no se detenía en la superficie. Entraba en la substancia que había bajo nuestros pies, porque un espantoso rumor se hizo sentir en las profundidades.

Muchas veces había oído a viajeros que afrontaron siniestros del mar, y todos eran unánimes en asegurar la belleza cruel de las grandes tormentas en el océano, así como se decía que ningún viajero, por más incrédulo que fuese, conseguía sustraerse a las ponderaciones místicas de la fe, delante del torbellino de lo desconocido. Allí, no obstante, la emoción era más solemne, los factores más complejos, tal era lo patético del fenómeno.

Buscando quizás tranquilizarme, el asistente comentó:

–El trabajo de los desintegradores etéricos, invisibles para nosotros por la densidad del ambiente, evita la aparición de tempestades magnéticas que surgen siempre, cuando los residuos inferiores de materia mental se amontonan excesivamente en el plano.

Jerónimo, experto y bondadoso, intentaba sosegar mi corazón. Sin embargo, aunque supiese que todavía no nos encontrábamos delante de la tormenta de fuerzas caóticas desencadenadas sin rumbo, confieso que sentía una enorme dificultad para apartarme de las obligaciones asumidas, dada mi absoluta ignorancia de lo que ocurría fuera del ambiente de servicio.

Desde aquel segundo estampido que aturdió desde el firmamento, la Casa Transitoria de Fabiano entró en una fase anormal de trabajo.

Los trabajadores, en un impecable orden, iban y venían, rápidamente. Allá adentro, se tomaban las últimas medidas, con un valioso aprovechamiento del tiempo. Los aparatos de comunicación funcionaban a un ritmo acelerado, anunciando el hecho, en varias direcciones, avisando a peregrinos de la espiritualidad superior, con el fin de que no se aproximasen a la zona bajo régimen de limpieza. Tres cuartas partes de los servidores de Zenobia cuidaban de los procesos del vuelo próximo y preparaban un lugar para los necesitados que llegarían en bandadas.

Las medidas se justificaban, porque ahora oíamos una ensordecedora algarabía de multitudes que se aproximaban.

Se sucedieron otros estampidos amenazadores, provocando fuego en la superficie y energías que todo lo revolvían en el interior del suelo que pisábamos.

Olas ingentes de sufridores aterrados comenzaron a alcanzar las defensas. Era dolorosa la contemplación de la turba amedrentada y expectante. Nos aproximamos a ella cuanto era posible.

–¡Socorro! ¡Socorro! –clamaban los infelices en grupos compactos.

Otros nos amenazaban:

–¡Váyanse de aquí! ¡Atravesaremos la barrera de cualquier modo! ¡La Casa nos pertenece! ¡La tomaremos a la fuerza!

Y no se limitaban a las palabras. Avanzaban en masa, sobre las bandas horizontales, para retroceder, despavoridos.

–¡Ayudadnos por amor de Dios! –suplicaban los menos atrevidos– ¡Recójannos por caridad! ¡Seremos perseguidos por el fuego devorador!...

Pero, con mayor o menor intensidad, todos los sufridores exhibían oscuros círculos de sombra en torno a ellos.

Uno de ellos se aproximó y le identifiqué. No había ninguna duda. Era el verdugo que me provocó tanta rebeldía íntima en la víspera. Se puso de rodillas, no muy lejos de nosotros, e imploró:

–¡Tened piedad de mí!... ¡Las hogueras me amenazan! ¡Me confieso! ¡Me confieso!
¡Fui un pecador, pero espero contar con vuestro auxilio para rehabilitarme!

Las rogativas sensibilizarían a cualquier cooperador novato, pero, prevenidos en cuanto a la señal luminosa, notábamos que aquel ser se rodeaba de un verdadero manto de sombras. Luciana se aproximó a él cuanto pudo. Le miró bien, hizo un gesto significativo y exclamó, espantada, aunque discretamente:

—¡Oh! ¡Qué horrible es la actividad mental de este hermano! Se observan en su halo vital deplorables recuerdos y propósitos destructores. Está asustado, pero no convertido. Pretende alcanzar la Casa para apropiarse de los beneficios divinos, sin mayor consideración. Su aura es demasiado expresiva...

Iba a decir alguna cosa más. Bastó, sin embargo, una mirada del asistente que nos dirigía, para que se callara, humilde, volviendo al trabajo.

Crecían enormes hogueras en diversas direcciones y rayos fulgurantes caían metódicamente del cielo.

Teníamos una gran dosis de paciencia para contener a la furiosa multitud. Nos impresionaban las formas monstruosas y miserables que se arrastraban vestidas de sombra, cuando comenzaron a llegar entidades con aureolas de luz. Vestían harapos y mostraban conmovedoras señales de sufrimiento. Dejando ver que deseaban alejar la mente de las centenas de rebeldes que allí se congregaban en activo movimiento de insurrección, miraban hacia lo Alto y cantaban himnos de reverencia al Señor, en regocijo de su propia renovación, cánticos sofocados por la algarabía de los rebeldes agitados. Me daba cuenta, por la expresión de todos los iluminados que se aproximaban a nosotros, que se esforzaban por mantener el pensamiento ajeno a las represiones de los malos, temiendo tal vez crear nuevos lazos magnéticos favorables a la dominación de los verdugos. Intentaban, por eso alimentar el máximo desprendimiento de los apodos que le eran lanzados por la turba malévol e impenitente. Formaban grupos de singular hermosura. ¡Una sublime escena del paraíso en el infierno de atroces padecimientos! Venían con las manos entrelazadas, como para intercambiar energías, para aumentar su fuerza para la salvación, en el minuto supremo de la batalla que mantenían, tal vez, desde mucho antes. Y ese proceso de cambio instintivo de los valores magnéticos les infundía una prodigiosa renovación de poder, porque levitaban, por encima de la desvariada reunión. Adornaban su frente bellos círculos de luz, con brillo más o menos uniforme. Mientras los tipos de semblante siniestro les dirigían insultos, ellos cantaban hosannas a Cristo, entonando loas, que recordaban los júbilos de los primeros cristianos, perseguidos y flagelados en los circos, cuando se retiraban bajo las burlas de los espectadores perversos.

Pero, para acogerse en el refugio de Fabiano, necesitaban posarse cerca de nosotros, que le abríamos paso con el mayor placer.

Para alcanzar el patio de la institución, se veían obligados a romper la corriente de energías magnéticas recíprocas, separando sus manos y los recién llegados, en su mayoría, caían debilitados después del prolongado esfuerzo, al dar los primeros pasos en el interior de la Casa Transitoria. Parecían aves agotadas, después de alcanzar el objetivo que les hiciera afrontar distancias y tormentas.

En calidad de incipiente aprendiz, me angustiaba este hecho, pero, todo había sido previsto por las autoridades administrativas de la Casa.

Enfermeros y camillas, en gran número, se estacionaban, no lejos de nosotros, prestando un auxilio inmediato.

Pequeñas y admirables filas de entidades transformadas íntimamente por los dolorosos baños de llanto purificador, llegaban ahora de todos los lados. Y las hordas feroces e irónicas, rodeadas de sombra, se multiplicaban también, en turbas compactas, hiriéndonos los oídos con blasfemias e injurias contundentes. Entre los ingratos y rebelados, había criaturas que se mostraban, afligidas y arrodilladas, que nos llegaban al corazón con sus gemidos de socorro y amargas quejas, que, sin embargo, no podíamos aliviar con ningún beneficio precipitado, en virtud de la peligrosa condición mental en la que se mantenían, condición que les imponía sufrimientos reparadores.

Pasaron casi cuatro horas difíciles, exigiéndonos una delicada atención en la tarea. Y, ahora, el paisaje era más sofocante y terrible... Serpientes de fuego caían de los cielos y penetraban al suelo, que comenzó a temblar bajo nuestros pies. El calor asfixiaba. Sintiendo los elementos vacilantes que nos rodeaban, recordé la vieja descripción del maremoto de Messina, en el que, aterradas, ante la naturaleza perturbada, no sabían las víctimas como salvarse, porque, alrededor suyo, la tierra, el mar y el cielo se conjugaban en un ciclópeo y sincronizado arrasamiento.

La Casa, a través de los administradores y auxiliares, operaba con indescriptible heroísmo. Con franqueza, por mi parte aguardaba, ansioso, la señal de regreso al interior, tal era la impresión desagradable de la que me sentía poseído. Cintas inflamadas del firmamento caían, siempre, en medio de formidables explosiones, provenientes de la desintegración de principios etéricos...

Cuando todo hacía suponer que no había en las cercanías más entidades para socorrer, sonó un clarín equivaliendo su sonido al toque de recoger.

¡Al fin! suspiré, aliviado.

De acuerdo con las instrucciones recibidas, abandonamos los aparatos electromagnéticos de la defensa, en funcionamiento indiscriminado, y nos alejamos apresuradamente.

Los remolinos de llamas surgían próximos y tan grande era el volumen de la gritería que teníamos alrededor, que podíamos ver una perfecta imagen de un bosque incendiado, que desalojaba fieras y monstruos de cuevas desconocidas.

Atravesamos la puerta del refugio seguidos de todos los compañeros que aún se encontraban en el exterior. Escuchábamos, ahora, el ruido leve de los motores. Allá fuera, espesas bandadas de entidades perversas intentaban aún romper los obstáculos e invadir el refugio listo para salir. Una aflictiva inquietud dominaba mi espíritu.

¿Qué sería de nosotros si la multitud asaltase el reducto? Por otro lado, la caída continua de centellas llameantes, a mi modo de ver, ponía en peligro a la Casa. ¿Por qué no emprender el vuelo inmediatamente?

Era forzoso considerar que dentro del refugio reinaba un orden absoluto, a pesar del ritmo apresurado del trabajo. Habitaciones simples, pero confortables, recibían a los sufridores extenuados. Y serena como siempre, como si estuviese habituada a las perturbaciones externas, la hermana Zenobia controlaba la situación, ultimando detalles.

Todas las puertas de fácil acceso al interior fueron herméticamente cerradas.

Inmediatamente después, la orientadora nos llamó a la amplia sala consagrada a la oración y dijo que la Casa Transitoria, para moverse con éxito, no necesitaba tan sólo de fuerzas eléctricas, basadas en simples fenómenos de la materia diferenciada, sino, también de nuestras emisiones magnético-mentales, que actuarían como refuerzo en el impulso inicial de subida.

Zenobia fue breve, dadas las circunstancias. Nos manteníamos todos en ansiosa expectativa, concentrados en la cámara de la oración, a excepción de los compañeros que se hallaban en servicio de asistencia inmediata a los recogidos de las últimas horas y de cuantos se conservaban de guardia junto a la maquinaria en funcionamiento.

Una profunda emoción aparecía en todos los rostros. Allá afuera, rugían los elementos en fricción.

La directora, después de invitarnos a fundir nuestras vibraciones mentales en un sólo acto de reconocimiento al Señor, tomó entre las manos un volumen. Lo reconocí inmediatamente. Era la Biblia, nuestra conocida de tantos años. Abriéndola atentamente, la orientadora comenzó a leer el Salmo ciento cuatro, en voz alta, pausada y solemne:

*Bendice al Señor, alma mía:
¡Señor, Dios mío, qué grande eres!
Estás vestido de esplendor y majestad
y te envuelves con un manto de luz.
Tú extendiste el cielo como un toldo
y construiste tu mansión sobre las aguas.
Las nubes te sirven de carruaje
y avanzas en alas del viento.*

*Usas como mensajeros a los vientos,
y a los relámpagos, como ministros.*

*Afirmaste la tierra sobre sus cimientos:
¡no se moverá jamás!*

*El océano la cubría como un manto,
las aguas tapaban las montañas;
pero tú las amenazaste y huyeron,
escaparon ante el fragor de tu trueno.*

*Subieron a las montañas, bajaron por los valles,
hasta el lugar que les habías señalado:
les fijaste un límite que no pasarán,
ya no volverán a cubrir la tierra.*

*Haces brotar fuentes en los valles,
y corren sus aguas por las quebradas.
Allí beben los animales del campo,
los asnos salvajes apagan su sed.*

*Las aves del cielo habitan junto a ellas
y hacen oír su canto entre las ramas.*

*Desde lo alto riegas las montañas,
y la tierra se sacia con el fruto de tus obras.*

*Haces brotar la hierba para el ganado
y las plantas que el hombre cultiva,
para sacar de la tierra el pan...*

La lectura del Salmo iba por la mitad, cuando la Casa, como una aeronave, comenzó a elevarse.

La dedicada orientadora no leía solamente: pronunciaba los vocablos con adoración, recopilados hace tantos siglos, sintiéndolos intensamente. Y ¡Oh, maravilla! Era tan grande la conmoción con que se dirigía, humilde y reverente, al Señor del Universo, que el tórax de Zenobia parecía un misterioso y resplandeciente foco.

Contagiados por su fe ardiente, nos unimos en la misma vibración.

El oratorio se llenó de una profusa claridad. La luz que irradiaba alcanzaba los compartimientos próximos y se extendería, allá fuera, en el campo de las sombras espesas.

Eminentemente conmovido, observé que la Casa Transitoria, que se movía lentamente al principio, se ponía ahora en rápido movimiento.

No pude examinar los detalles del fenómeno. La actitud recogida de Zenobia, en vigilante oración, nos impulsaba a sustentar el mismo tono vibratorio ambiental. Me daba cuenta, sin embargo, que la institución socorrista subía siempre.

Transcurrida casi una hora de vuelo vertical, alcanzamos una región clara y brillante. La sonrisa del sol nos trajo un gran alivio.

Se levantó la directora y nosotros a nuestra vez, comprendiendo que la fase peligrosa había pasado.

Desde ese momento, la Casa se movió en sentido horizontal viajando sobre los elementos del plano. Desde las pequeñas ventanas, contemplábamos las coloridas aureolas del fuego devorador.

Diversos grupos se pusieron en conversación y observación.

La Hermana Zenobia, rodeada de asesores, comentaba las próximas medidas referentes a los servicios de readaptación.

Y acercándome al asistente Jerónimo y al padre Hipólito, que intercambiaban ideas entre sí, pasamos a analizar la grandeza del trabajo bajo nuestros ojos.

—¡Oh! —exclamé— ¡si los hombres encarnados entendiesen la belleza suprema de la vida! ¡Si aprendiesen, anticipadamente, algo de los horizontes sublimes que se nos

presentan después de la muerte del cuerpo, valorarían con más intensidad el tiempo, la existencia y el aprendizaje!

Jerónimo sonrió y comentó:

–Sí, André. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el plano transitoriamente pisado por los hombres, permanece también repleto de misterio y encanto. Para los que aman la gloria de Dios, la Corteza Planetaria ofrece sublimes revelaciones, desde los estudios de lo infinitesimal hasta la contemplación de los grandes sistemas de mundos que se equilibran en la inmensidad.

Y meditando sobre las horas inolvidables que pasamos, desde nuestro descenso al abismo, oí a los compañeros intercambiar impresiones acerca de los problemas trascendentales de la vida, como son el perfeccionamiento del espíritu y de la forma, la planificación de los destinos de las orbes y seres, el gobierno místico de la Tierra en sus diferentes esferas de actividad y evolución, los distintos grupos de criaturas en la humanidad, las leyes del progreso y de la reencarnación, la extensión de las fuerzas condensadas en el átomo etérico, la energía de los elementos químicos en el campo físico de las manifestaciones planetarias, y el poder creador de los grandes mentores de la sabiduría.

Les escuchaba, entre el silencio y la humildad, como un aprendiz extasiado delante de maestros benévolos y experimentados.

En breve, pero después de absorber lecciones que jamás olvidaré, notamos que la Casa Transitoria descendía suavemente. Regresábamos al plano de substancia densa, aunque menos pesada y oscura. Al poco tiempo, se situó en otra zona de auxilio fraternal.

Una extensa legión de servidores aguardaba nuestra llegada, a fin de colaborar con nosotros en el esfuerzo de readaptación. Invertimos en el viaje tres horas y treinta y cinco minutos y complejas actividades esperaban a los dedicados trabajadores.

Antes, la hermana Zenobia, radiante, nos congregó en una jubilosa oración de agradecimiento, después de la cual Jerónimo nos invitó a salir. Cinco hermanos fieles al bien, ya en vísperas de la liberación de la carne, esperaban nuestro auxilio en la corteza terrestre y era necesario partir.

XI

AMIGOS NUEVOS

Provistos del equipo necesario para el trabajo, nos despedimos de la institución socorrista, colocándonos camino de la Corteza.

Jerónimo tenía prisa por auscultar los diversos ambientes donde realizaríamos nuestra actuación.

Programó la tarea con simplicidad y buen tino. No nos distraeríamos en ninguna investigación, más allá de la misión previamente esbozada, y nos mantendríamos en contacto constante con la Casa Transitoria, para mayor eficiencia en el deber a cumplir.

–Naturalmente –explicó– tendremos que realizar diversas actividades de asistencia a los amigos prestos a deshacerse de los hilos corporales del plano grosero y la Casa de Fabiano será nuestro punto principal de referencia en el trabajo. En los instantes del sueño, les conduciremos hasta allá, para que se habitúen lentamente a la idea del alejamiento definitivo.

Intrigado, al comprobar tanta cautela, pregunté:

–Mi querido asistente, ¿Todas las muertes se hacen acompañar por misiones auxiliaadoras? ¿Cada criatura que parte de la Corteza necesita de núcleos de amparo directo?

El amigo sonrió con indulgencia, con la legítima superioridad de los que enseñan sabiamente, y dijo:

–En absoluto. Reencarnaciones y desencarnaciones, de manera general, obedecen simplemente a la ley. Hay principios biogénéticos orientando al mundo de las formas vivas en la ocasión del renacimiento físico, y principios transformadores que presiden los fenómenos de la muerte, obedeciendo a los ciclos de la energía vital, en todos los sectores de manifestación. En los múltiples círculos evolutivos, hay trabajadores para la generalidad, según los sabios designios del Eterno. Pero, al existir cooperadores que se esfuerzan más intensamente en el progreso humano, también hay misiones de orden particular para atender sus necesidades.

Sintiendo mi extrañeza, Jerónimo prosiguió:

–No se trata de una prerrogativa injustificable, ni de compensaciones de favor. El hecho revela servicio y aprovechamiento de valores. Si determinado colaborador demuestra cualidades valiosas en el curso de la obra, merecerá, sin duda, la consideración de aquellos que la supervisan, contemplando la extensión del trabajo futuro. Por lo tanto en el plano espiritual, es muy grande el cariño que se administra al servidor fiel, para preservar al dedicado espíritu de la acción maléfica de los elementos destructores, como el desánimo y la carencia de recursos estimulantes, permitiéndosele, simultáneamente, que pueda ir analizando la magnitud de nuestro ministerio en la verdad y en el bien, ante el universo infinito.

Oyendo su explicación, me acordé instintivamente de los apóstoles que había conocido en la experiencia humana. ¿No habría contradicción en el esclarecimiento? los

padres virtuosos con los que mantuve contacto en el mundo, eran personas perseguidas en todos los sentidos. Me daba cuenta que las criaturas con más alto valor moral eran justamente las escogidas para el asedio de la calumnia constante. Sin referirme sólo a los que conocía, recordaba la propia historia del Cristianismo. ¿No estaba, quizás, llena de ejemplos? Los fervorosos en la fe habían sido pasto de las fieras. Los continuadores del Maestro fueron víctimas de tremendas pruebas y Él mismo había llegado al Calvario en pruebas dolorosas...

El asistente percibió mis ocultos razonamientos y aclaró:

–Tus objeciones mentales no tienen razón de ser. El concepto humano del socorro divino está viciado desde hace muchos siglos. La criatura imagina el amparo de Dios como el proteccionismo del sátrapa terrestre. Espera favores materiales y destacarse injustificablemente de los menos felices, dominio y loor permanentes. Acostumbra a exigir servicio, estima y entendimiento, pero desdeña servir, estimar y entender, cuando no sea en retribución. El subsidio celestial se traduce como una bendita oportunidad de trabajo y renovación. Llega, muchas veces, al círculo de la criatura, como si fueran gloriosas heridas, magníficos dolores, benditos suplicios. Mientras predominen en la Corteza Planetaria los impulsos de la animalidad primitiva, los agraciados por la bendición divina serán, en su mayor parte, representantes del poder espiritual, que, de ninguna manera, quedarán exentos de testimonios difíciles en las demostraciones imprescindibles. No es que el Señor intente transformar a sus discípulos en conejillos de indias, sino que por la imposición natural de la obra educativa, la lección del alumno atento y fiel debe interesar a la clase entera. Lo que casi siempre parece sufrimiento y tentación, constituye bienaventuranza transformando situaciones para el bien y para la felicidad eterna.

El argumento era lógico e incisivo. Y como el asistente callase, pensando, quizás, en el objetivo fundamental que nos conducía al trabajo previsto, procuré retener mis impulsos indagadores.

Orientados por Jerónimo, llegamos a una pequeña ciudad del interior y nos dirigimos a una humilde casa, en la que, en pocos minutos, nos presentó a un compañero, en lamentables condiciones, atacado de cirrosis.

–¡Es Dimas! –exclamó, señalando al enfermo– asiduo colaborador de nuestros servicios de asistencia, hace muchos años. Vino de nuestra Colonia espiritual, hace poco más de medio siglo, consagrándose a la tarea oscura para atender mejor a los divinos designios. Desarrolló facultades mediúmnicas apreciables, colocándose al servicio de los necesitados y sufridores.

El modesto cuarto permanecía lleno de radiantes efluvios, denunciando las incesantes visitas de espíritus iluminados.

–Nuestro amigo –continuó el asistente– se hizo el acreedor feliz de innumerables cuidados por la renuncia con que siempre se condujo en el ministerio. Ahora, ha llegado para él el tiempo del descanso constructivo.

Agradablemente sorprendido, reparé que el enfermo se dio cuenta de nuestra presencia. Cerró los ojos del cuerpo, nos vislumbró con la visión del alma y se animó, sonriendo...

El debilitamiento físico alcanzó el ápice y Dimas conseguía dejar el aparato corporal, de cierto modo, con extraordinaria facilidad.

Viéndonos, cerca del lecho, se puso a hacer una ardiente rogativa, pidiéndonos colaboración. Estaba exhausto, decía, no obstante, se mantenía sereno y confiado.

Aconsejado por Jerónimo, me acerqué al enfermo, aplicándole pases magnéticos de alivio sobre el tejido conjuntivo vascular. El abdomen se conservaba pesado y enorme. Sin embargo, se mostraron sensaciones reconfortantes inmediatas.

A continuación de mi humilde auxilio, Jerónimo le dirigió palabras de coraje y prometió volver, más tarde.

Dimas, extasiado, dirigía al Cielo un conmovedor agradecimiento.

En breves momentos, dos amigos espirituales suyos vinieron hasta el cuarto, y nos saludaron atentamente.

Nuestro dirigente nos invitó a retirarnos, explicándonos, después que nos habíamos alejado:

—Luego de una rápida visita a los interesados, los reuniremos en una sección de esclarecimiento, en la Casa Transitoria, para prepararles para el fenómeno próximo de la liberación definitiva. Esperaremos a la noche para ese fin.

De la pequeña ciudad donde estaba el primer visitado, nos dirigimos a Río de Janeiro.

Utilizábamos el vuelo plazeramente.

Es muy difícil describir la sensación de ligereza y alegría relativa a semejante estado, después de la permanencia en la oscura región de la que procedíamos. Se habla muchas veces, entre los encarnados, de la posibilidad de la creación del aparato de vuelo individual. Sin embargo, aunque esto se hiciese realidad, el peso del cuerpo físico, los cuidados exigidos por la máquina de propulsión y los riesgos de viaje no pueden de ningún modo, sustituir la seguridad y la tranquilidad que nos llenan de un gran bienestar. Después de la excursión normal, entre la Casa Transitoria de Fabiano y la corteza terrestre, dentro de las armoniosas condiciones estábamos descansados y bien dispuestos, volando muy fácilmente, a pesar de la densidad atmosférica.

Pocas veces se me presentaba tan bello el espectáculo del paisaje terreno. Sierras y valles, ríos y arroyos demarcando ciudades y pueblos, bajo el sol, me hacían comprender la misericordia del Altísimo congregando a las criaturas en nidos floridos de trabajo pacífico.

Los pensamientos de adoración al Padre eterno alegraban mi espíritu.

El caserío compacto de Río se hallaba ahora a nuestra vista. No transcurrió mucho tiempo y entramos en una residencia, en un barrio poco poblado, y nos encontramos con un tierno ambiente doméstico.

Un caballero de edad madura, acostado en un pequeño diván, presentando terribles señales de tuberculosis adelantada, mantenía una conmovedora conversación con dos pequeños que aparentaban seis y ocho años, respectivamente. Una hermosa expresión

de luz brillaba en la mente del enfermo, que posaba en los niños su lúcida mirada, hablándoles paternalmente.

El propio Jerónimo se paró, a oírle, junto a nosotros, agradablemente sorprendido.

–Papá, ¿pero tú crees que nadie muere? –preguntó el hijo mayor.

–Sí, Carlindo, nadie desaparece para siempre y por eso quiero aconsejaros, como vuestro padre.

Se enterneció su mirada y continuó, ante el interés de los niños:

–Creo que no tardaré en partir...

–¿Para donde papá? –dijo el más pequeño.

–Para un mundo mejor que éste, para un lugar, hijo mío, donde vuestro padre podrá ayudaros en un cuerpo sano, aunque diferente.

Los niños con los ojos húmedos, protestaron, con cariño.

Se esforzó el padre, de modo visible, para dominarse y prosiguió:

–No debéis decir eso. Ya organicé todos los negocios y mamá trabajará en mi lugar, hasta que vosotros crezcáis y os hagáis hombres. Si yo pudiese, me quedaría en casa, pero, ¿cómo os arreglaríais conmigo, así, inútil como estoy? por esa razón, Dios me concederá otro cuerpo y yo estaré con vosotros, sin que me veáis.

Sonrió, y añadió:

–Posiblemente, seremos hasta más felices... Hace muchos días que pretendo hablar con vosotros, como ahora, para que estéis seguros de mi amor. Inmediatamente después de mi alejamiento, sé de antemano que mucha gente intentará desanimaros. Les dirán que me alejé para nunca más volver, que la sepultura me aniquiló. Pero, os prevengo que eso no es verdad. Viviremos siempre y nos amaremos los unos a los otros, cada vez más...

Noté que el padre enfermo sentía intensos deseos de acariciar a los muchachitos, pero, controlado por la amenaza de contagiarles, imponía inmovilidad a las manos sedientas de un contacto afectivo.

Los niños enjugaban las discretas lágrimas y, después de una larga pausa, volvió a decir el enfermo, dirigiéndose al hijo mayor:

–Dime, Carlindo, ¿Crees que tu padre va a desaparecer? ¿Piensas, quizás, que nuestro amor y nuestra unión en casa, que nuestro cariño y entendimiento son sólo cenizas y nada más?

Se dominó el pequeño, para parecer valiente, y respondió:

–Yo creo, como tú, que la muerte no existe.

–Cuando yo parta –afirmó el padre amoroso–, si vosotros demostráis valor y confianza en Dios, papá estará con más coraje y confianza restaurando las energías, en poco tiempo...

Hubo una conmovedora interrupción, que el asistente Jerónimo no deseó romper, tal era la significación moral de la cariñosa escena.

Con los ojos fijos en los muchachitos, el padre dijo:

–Hace tres años, que instituímos nuestro culto doméstico del Evangelio de Jesús. Y vosotros sabéis hoy que nuestro Maestro no murió. Llevado al suplicio y a la muerte, volvió del sepulcro para orientar a los amigos y continuadores. Él, pues, nos ayudará para que prosigamos unidos. Cuando yo haga el viaje de renovación, tened calma y optimismo. No lloréis ni desfallezcáis. Con lágrimas no seréis útiles a mamá, que necesitará de todos nosotros. Dios espera que seamos alegres en la lucha de cada día para que seamos hijos fieles a Su divino amor.

En ese instante, apareció la dueña de la casa.

Se valió Jerónimo de la circunstancia para intervenir, presentándole:

–Nuestro amigo Fabio, en víspera de la liberación, siempre colaboró con dedicación en las obras del bien. No es médium practicante, en la acepción vulgar del término. Es, sin embargo, un hombre equilibrado, amante de la meditación y de la espiritualidad superior y, por esa razón, desde la juventud se volvió un excelente suministrador de energías magnéticas, colaborando con nosotros en relevantes servicios de asistencia oculta. Varios mentores de nuestra Colonia tienen en alta estima su apoyo. Hace muchos años que se consagra al estudio de las cuestiones trascendentales del alma y se formó en la academia del esfuerzo propio, con el fin de sernos útil. Libre de sectarismo, adverso a las pasiones y amante del deber, nuestro hermano Fabio instituyó, desde los primeros días del matrimonio, el culto doméstico de la fe viva, preparando a la esposa, a los hijos y a otros familiares en el esclarecimiento de los problemas esenciales de la comprensión de la vida eterna. En virtud de la perseverancia en el bien que caracterizó sus actitudes, su liberación será agradable y natural. Supo vivir bien, para bien morir.

Me aproximé al enfermo, auscultando su situación orgánica. La tuberculosis le había minado los pulmones, impresionándome las formaciones cavernosas y otros síntomas clásicos de la terrible molestia.

Fabio, en rigor, no necesitaba apoyo para la fe que nutría. Se mostraba tranquilo y lleno de confianza, y, aunque estaba abatido, cosa natural en su estado, iba enseñando a los suyos, inolvidables lecciones de coraje y valor moral.

–¡Vámonos! –dijo el asistente– nuestro compañero va bien y no necesita mayor colaboración.

Salimos admirados con el ejemplo que vimos.

De ahí algunos instantes, Jerónimo nos conducía a un confortable apartamento en un moderno rascacielos de un barrio elegante.

Entramos.

En el lecho, permanecía una respetable señora de edad avanzada, con evidentes señales de molestias en el corazón. Le rodeaban atentas, dos señoras aún jóvenes, que le colmaban de discretos cuidados.

–Es nuestra hermana Albina –nos explicó el dirigente– afiliada a organizaciones superiores de nuestra Colonia espiritual. Tiene innumerables admiradores en nuestro plano, por lo mucho que viene haciendo en la esfera del Evangelio. En el presente está

en servicio en los círculos evangélicos protestantes. Hizo profesión de fe en la Iglesia Presbiteriana y, viuda desde temprana edad, se consagró a labor educativa, formando a la infancia y a la juventud en el ideal cristiano.

Una vez más, me maravillaba la grandeza de la fraternidad legítima, imperante en la vida superior. No se buscaba la etiqueta de las criaturas, no se pensaba, en sentido particular, de sus títulos religiosos o sociales. Se buscaba el corazón fiel a Dios, se administraba amparo reconfortante, sin ninguna preocupación exclusivista.

El asistente Jerónimo se acercó a ella, le tocó la frente con la diestra, y Albina, con el semblante iluminado y feliz al contacto de aquella mano bondadosa y acariciadora, exclamó hacia una de las compañeras que la asistían:

–Eunice, dame la Biblia, deseo meditar un poco.

–¡Oh mamá! –respondió la hija– ¿no será mejor descansar? ¡Gracias a Jesús, la disnea cedió y parece estar mejor!

–¡La palabra del Señor da alegría al espíritu, hija mía!

Tan suplicante era la ternura que acompañaba a la expresión verbal, que Eunice, convencida, tomó el volumen que estaba sobre la cómoda y se lo entregó.

La respetable anciana asumió la posición adecuada para poder leer, se recostó en una almohada alta y, poniéndose las gafas, aseguró con firmeza el Testamento Divino. El asistente Jerónimo le ayudó a abrirlo, en determinado lugar, sin que la interesada percibiese su cooperación. Salió el capítulo once de Juan Evangelista, alusivo a la resurrección de Lázaro.

La simpática viejita leyó, pausadamente en voz alta. Terminando, exclamó conmovida:

–¡Agradezco a nuestro divino Maestro por la alentadora lectura que nos mandó. Permite el cielo que podamos todas nosotras encontrar la vida eterna, en Cristo Jesús! Así sea.

Las hijas le acompañaban, respetuosas.

Jerónimo me recomendó aplicar a la enferma pases reconfortantes.

Después de la operación magnética, observé su insuficiencia cardiaca, proveniente de un aneurisma en condiciones amenazadoras.

Se disponía el asistente a conversar con nosotros, para hacer evidente las hermosas cualidades de la enferma, cuando alguien de nuestro plano asomó a la puerta de entrada. Era una dedicada amiga que venía a velar a la cabecera. Nos saludó, bondadosa, con encantadora simplicidad.

Jerónimo le explicó nuestra misión. La interlocutora sonrió y consideró:

–Nos alegra la protección de la que nuestra hermana es objeto. No obstante, creo que existe una gran petición de prórroga en su favor. Todos somos del parecer de que deba ser llamada a nuestro plano con urgencia, para recibir el premio al que se hizo merecedora. Sin embargo, hay razones poderosas para que sea amparada convenientemente, para que permanezca con su familia terrestre, en la Corteza, por algunos meses más.

–Tendremos sumo placer en todo servicio fraternal –añadió Jerónimo, con afabilidad. Pasaremos por aquí diariamente, hasta que la tarea termine. Estaremos informados de cualquier novedad.

La simpática visitante de Albina nos dio las gracias y partimos.

Muy significativa para mí fue lo que oí, pero, dándome cuenta que el asistente seguía atento al trabajo que debíamos realizar, me abstuve de hacer cualquier pregunta.

Llegamos, en breve, a la puerta principal de un agitado hospital, donde se movía mucha gente, apoyada por grandes grupos de trabajadores espirituales. Había allí tanta actividad por parte de los encarnados como por los desencarnados. Pero, siguiendo las huellas de nuestro dirigente, no prestamos mayor atención a los desconocidos.

Después de atravesar corredores y salas, llegamos a una gran enfermería de beneficencia. La mayoría de los lechos ocupados mostraban al enfermo y a las entidades espirituales que les rodeaban, unas asistiendo y otras en irritable y dura persecución.

Aparecían las más diversas escenas.

Previniéndonos, y quizás más a mí que a los demás compañeros, el dirigente de nuestro grupo nos recomendó:

–No disperséis la atención.

Transcurridos algunos segundos, estábamos frente a un caballero maduro, con el rostro profundamente arrugado y los cabellos blancos, a cuya cabecera vigilaba un excelente compañero espiritual.

Nos presentó Jerónimo a este último. Se trataba del hermano Bonifacio, que ayudaba al enfermo.

Nos señaló al enfermo en cama y aclaró:

–Aquí tenemos a nuestro viejo Cavalcanti. Es un virtuoso católico romano, espíritu abnegado y valeroso en los servicios del bien al prójimo. Vino de nuestra Colonia, hace más de sesenta años, y posee un gran círculo de amigos por sus dotes morales. Su existencia está plena de bellos sacrificios. Aquí se encuentra, junto a los hijos de la indigencia, abandonado por su familia, por sus ideas de renuncia a las riquezas materiales. Pero no se halla desamparado por la Divina Misericordia.

Terminado el ligero intervalo, Bonifacio informó:

–La operación en el duodeno fue señalada para mañana.

Nuestro dirigente, demostrando que conocía el caso, dijo:

–Le asistiremos en el instante oportuno.

Obedeciendo a sus recomendaciones, hice aplicaciones magnéticas, deteniéndome en particular sobre el aparato digestivo, de la glándula parótida al recto, observando, más allá de la úlcera duodenal, la inflamación adelantada del apéndice, pronto a romperse.

Noté, sin embargo, que Cavalcanti era absolutamente ajeno a nuestra influencia. Nada percibía sobre nuestra presencia allí, comprobando que él, a pesar de las elevadas

cualidades morales que adornaban su carácter, no poseía suficiente educación religiosa como para el intercambio deseable.

De los cuadros que habíamos observado en aquel día, ese era, sin duda, el más triste. Más allá de las vibraciones del ambiente perturbado, el hombre no ofrecía ocasión a nuestra actuación.

–He tenido dificultades para mantenerle tranquilo –decía Bonifacio, inclinándose hacia el asistente– en vista de los parientes desencarnados que le asedian de modo incesante. A pesar de la vigilancia que existe en el establecimiento, muchos de ellos consiguen acceder y le incomodan. El pobrecito no se preparó, convenientemente, para librarse de la carne y sufre mucho por las exageraciones de la sensibilidad. Y aunque le abandonaron los suyos, tiene el pensamiento afectuoso en excesiva unión con aquellos que ama. Semejante situación dificulta sobremanera nuestros esfuerzos.

–Sí –dijo Jerónimo– lo comprendemos. La deficiencia de educación de la fe, aun en los caracteres más admirables, origina deplorables desequilibrios del alma, en circunstancias como ésta. Nos conservaremos, sin embargo, en el puesto, a su lado como retribución al dedicado amigo por los innumerables obsequios que recibimos de él.

Cuando nos despedimos, Bonifacio se mostró conmovido y agradecido.

Transcurridos algunos minutos, llegamos al pórtico de un notable, simple y confortable edificio, en el que se asilaban numerosos niños, en nombre de Jesús. Se trataba de una loable institución espírita cristiana, donde tenía su sede una compacta legión de trabajadores de nuestro plano.

Un bondadoso anciano nos recibió afablemente. Le reconocí, jubiloso. Allí estaba Bezerra de Menezes, el dedicado hermano de los que sufren.

Nos abrazó, uno a uno, con espontánea jovialidad.

Oyó las explicaciones de Jerónimo, con interés, y dijo, sonriente:

–Os esperábamos. Felizmente, nuestra querida Adelaida no nos dará trabajo. La labor mediúmnica, el servicio incesante en beneficio de los enfermos y el amparo maternal a los huérfanos en esta casa de paz, aliados a los profundos disgustos y duras piedras que constituyen la bendita carga de las misiones del bien, prepararon su alma para esta hora...

El mismo nos tomó la delantera, conduciéndonos a una habitación modesta, donde reposaba la médium.

En el cuarto solitario, no se veía a ningún hermano encarnado.

No obstante, dos jóvenes rodeadas de plateada luz permanecían allí, acariciándola.

Nos acercamos a la enferma, respetuosamente. Sus cabellos grises parecían hermosos hilos de nieve. Señalándola, dijo Bezerra, contento:

–Adelaida siempre fue una leal discípula del Maestro de los Maestros. A pesar de las dificultades, las espinas y las aflicciones, perseveró hasta el fin.

La digna señora, después de mirar lentamente delicados ramos de rosas que adornaban el cuarto, comenzó a orar. De su mente equilibrada, emanaban rayos brillantes. No nos divisó a su lado, a excepción del consagrado Bezerra de Menezes, al que se

unía por sublimes lazos del corazón. Él la saludó, afable y bondadoso, dirigiéndole palabras reconfortantes y cariñosas.

–Sé que es el término de la jornada, mi venerable amigo –dijo la médium, en tono conmovedor– y estoy lista. Desde hace muchos años, ruego al Señor que me revele el camino. No deseo adoptar otros designios que no pertenezcan a Él, a nuestro Salvador. Sin embargo...

No pudo continuar. Una profunda emoción estranguló su voz y, después de esto, un copioso llanto comenzó a brotar de sus ojos hundidos.

Bezerra se acomodó junto a ella, con intimidad paternal, le acarició con su mano luminosa la frente abatida y dijo, optimista:

–Ya sé. Piensas en los parientes, los amigos, los huermanitos y en los trabajos que quedarán. ¡Oh Adelaida! comprendo tu devoción maternal a la obra de amor a la que entregaste tu vida. Pero estás cansada, muy cansada y Jesús, médico Divino de nuestra alma, autorizó tu reposo. Confía a Él las penas que oprimen tu espíritu afectuoso. Deja el precioso fardo de tus responsabilidades en otras manos, vacía el cáliz de tu alma, abandonando amarguras y preocupaciones. Convierte la nostalgia en esperanza y desata los hilos más fuertes, atendiendo a la orden divina.

Adelaida posó en el benefactor sus ojos muy lúcidos, mostrándose reconfortada y, después de una breve pausa, Bezerra prosiguió:

–Tu gran batalla está terminando. Eres feliz, amiga mía, muy feliz, porque tu espíritu vendrá condecorado de cicatrices, después de resistir al mal durante muchos años, como fiel centinela, en la fortaleza de la fe viva... Enseñaste a los que te rodeaban el camino a todas las lecciones del bien y de la verdad que fueron posibles a tu esfuerzo... Entrega tus parientes y afectos a Jesús y medita, ahora, en la humanidad, nuestra bendita y gran familia. En cuanto a los servicios confiados por algún tiempo a tu custodia, están fundamentalmente unidos a Cristo, quién proveerá las modificaciones que juzgue oportunas y necesarias. Te queda la alegría del deber cumplido... Consolida, pues, tus fuerzas y no te entristezcas, porque ha llegado para tu corazón la batalla final... Valor, mucho valor y fe!

La señora sonrió, casi feliz.

Inmediatamente, una pequeña auxiliar del instituto rompió el coloquio espiritual, abriendo la puerta inesperadamente y anunciando visitas.

Doña Adelaida, en vista de las circunstancias, centralizó la mente en el círculo de los encarnados y perdió al benefactor de vista.

El venerable médico de los infortunados pasó a conversar con Jerónimo, acerca de varios problemas con respecto a nuestra misión, mientras nos retirábamos, discretamente, proporcionándoles mayor libertad al intercambio de ideas.

XII

VIAJE DE ADIESTRAMIENTO

Nuestro orientador estableció la sede de nuestros trabajos en la Casa Transitoria de Fabiano, diciendo, sin embargo, que nuestras actividades en la Corteza tomaban como punto de referencia el hogar colectivo de Adelaida, donde, realmente, los factores espirituales eran más valiosos.

–Aquí –nos esclareció– inicialmente nos sentiremos muy libres. La organización es campo propicio a las mejores siembras del espíritu y nos ofrece tranquilidad y seguridad. Permaneceremos en comunicación continua con la Casa de Fabiano, donde conduciremos a los recién desencarnados y condensaremos todas las actividades posibles, concernientes a los demás amigos, en esta amorosa fundación.

De hecho, aquel refugio de fraternidad legítima, era, sin duda, una gran reserva de bendiciones.

Diversas entidades amigas operaban en la institución, prestando asistencia y cuidados. Se encontraba allí uno de los escasos edificios de la Corteza, de tan largas proporciones, sin criaturas perversas de la esfera invisible.

Al igual que en la Casa Transitoria, de donde veníamos, la vigilancia funcionaba con precisión.

Nos encontramos con varios sufridores, criaturas de buenos sentimientos, que entraban al refugio con previa autorización.

Mientras el asistente seguía conversando con Bezerra, tuvimos permiso para visitar las dependencias.

El padre Hipólito, Luciana y yo, en compañía de Irene, una joven colaboradora espiritual de la casa, nos pusimos en acción.

En todos los compartimientos había luz de nuestro plano, indicando la abundancia de los pensamientos saludables y constructivos de todas las mentes que se entrelazaban allí en la misma comunión de ideal.

Llegados a la sala de las reuniones colectivas, nuestra nueva amiga explicó:

–Esta es la parte que nos fuerza al servicio más duro, al ser receptáculo de las emanaciones mentales y de los pedidos silenciosos de toda la gente que nos visita. En las asambleas públicas, debemos efectuar, después de cada una de ellas, minuciosas actividades de limpieza. Como saben, los pensamientos ejercen un vigoroso contagio y se hace imprescindible aislar a los serviciales colaboradores de nuestra tarea, librándoles de ciertos principios destructores o disolventes.

Con intención de recibir más aclaraciones, dije:

–Imagino la extensión de los trabajos... ¿Hay suficiente personal para ello?

–Sí –respondió– la legión de los colaboradores no es pequeña. Servimos día y noche, en grupos alternos. Tenemos secciones de asistencia a adultos y a niños.

Allí se veía un gran número de trabajadores de nuestro plano que, por momentos, graves reflexiones afloraron a mi mente: ¿Tanta gente contribuyendo sólo para amparar a algunas decenas de niños desfavorecidos en el campo material? Establecía comparaciones entre la fundación de Adelaida y la Casa Transitoria de Fabiano, notando una gran diferencia. Allí, los rigurosos servicios de centinela, la inversión de energía y la atención del personal, se realizaba en función de las necesidades improrrogables de una cantidad de infelices desencarnados, para los que la caridad constituía una lámpara encendida, indispensable para la transformación interior. Pero, aquí, veía solamente criaturas tiernas que reclamaban de inmediato, por encima de cualquier otra medida, leche y pan, las primeras letras y buenos consejos. ¿Valdría la pena tanta energía por parte de nuestro plano?

La colaboradora, percibiendo mis íntimas preguntas, comentó:

—Hay que reconocer, que esta obra no se dedica exclusivamente a las necesidades del estómago y del intelecto de la infancia desamparada. Los imperativos de la evangelización aquí son más importantes que todo lo demás. Para infundir espiritualidad superior en la mente humana debemos aprovechar lugares como este, ya que es muy difícil obtener un espontáneo desprendimiento de la esfera sentimental. Nos valemos de la casa, venerable en sus fundamentos de solidaridad cristiana, como núcleo difusor de ideas saludables. La fundación es mucho más de almas que de cuerpos, mucho más de pensamientos eternos que de cosas transitorias. El director, el cooperador y el amparado, atentos a las responsabilidades inherentes al programa de Jesús, instintivamente se convierten en los instrumentos vivos de la luz de lo Alto. Satisfaciendo necesidades corporales, solucionando problemas espirituales, entrelazando deberes y dividiéndolos con nuestros hermanos encarnados, en el sector de asistencia, conseguimos crear bases más sólidas a la siembra de las verdades imperecederas. De hecho, las otras escuelas religiosas no se olvidaron de materializar la bondad en obras de albañilería. La Iglesia Católica romana dispone de institutos avanzados, bajo el punto de vista material, amparando a la infancia abandonada, pero, allí, los conceptos espirituales no se desarrollan, puesto que quedan limitados a los moldes tiránicos de los dogmas obsoletos. El trabajo, pues, en la mayoría de los casos, se circunscribe a simple almacenamiento del pan efímero. Las Iglesias protestantes poseen, a su vez, grandes colegios y congregaciones, distribuyendo valores educativos con la juventud, sin embargo, sus organizaciones se basan, casi siempre, más en la letra de los conceptos evangélicos que en los conceptos evangélicos de la letra...

Irene sonrió, hizo una breve pausa y continuó:

—Con esto no menospreciamos los admirables servicios de los aprendices del Evangelio en los diversos campos religiosos. Todos son respetables, si son llevados a efecto por la devoción del corazón. Deseamos sólo destacar los valores de iluminación. En los orígenes de la obra cristiana, no faltaban prestigiosos recursos de la política imperial de Roma, para que los hambrientos recibiesen trigo y hasta preceptores selectos, asociados a los famosos centros culturales de los griegos y egipcios. Sin embargo, con la intención de incentivar la obra de la legítima iluminación del espíritu, Simón Pedro y sus compañeros de apostolado se comprometieron a un largo programa de socorro a los infortunados de toda clase. Ni todos los seguidores del Evangelio procedían de las altas camadas sociales del judaísmo, como Gamaliel, el venerado rabino cuyo intelecto

desarrollado encontró al Maestro. La mayoría de los necesitados entraría en contacto con Jesús a través de la sopa humilde o del techo acogedor. Lavando leprosos, tratando locos, asistiendo a huérfanos y a viejitos desamparados, los continuadores de Cristo se daban trabajo a sí mismos, se dedicaban a los infelices, esclareciéndoles su mente, y le ofrecían lecciones de substancial interés a los legos de la fe viva. Como no ignoran, estamos haciendo en el Espiritismo evangélico la recapitulación del Cristianismo.

El padre Hipólito aprobó, benévolo:

–Sí, innegablemente; precisamos estimular la formación de servicios que liberen el raciocinio hacia vuelos más altos.

–Dentro de nuestro esfuerzo –prosiguió Irene, con franqueza– el imperativo primordial consiste en la iluminación del espíritu humano con vistas a la eternidad. Urge, no obstante, comprender que, para conseguir esto, es imprescindible “hacer alguna cosa”. Donde todos analizan, admiran o discuten no se levantan obras útiles para testimoniar la superioridad de las ideas. Por eso, nuestros mentores de la vida Divina aprecian al siervo por la dedicación responsable. El necesitado, el beneficiario, el creyente y el investigador vendrán siempre a nuestros Centros de organización de la Doctrina. Y cada vez que ejerciten el servicio cristiano por la mediumnidad activa, por la atención fraterna, por los trabajos de solidaridad común, cualesquiera que sean, presentan caracteres más positivos de renovación, porque la responsabilidad en la realización del bien, voluntariamente aceptada, nos transforma en líneas animadas entre los dos mundos –el que da y el que recibe. Como ven, la luz divina prevalece sobre la beneficencia humana, porque ésta, sin aquella, puede muchas veces degenerar en personalismo devastador, comprendiéndose, sin embargo, en cualquier tiempo, que la fe sin obras es hermana de las obras sin fe.

Continuó Irene, en su brillante argumentación, enseñándonos, con vivacidad, la ciencia de la fraternidad y del entendimiento constructivo. Oyéndola, percibí, por encima de toda preocupación individualista, que la difusión de la luz espiritual en la corteza terrestre no es una acción milagrosa, sino una edificación paciente y progresiva.

Las casas de beneficencia social, sobre las aguas pesadas del pensamiento humano, funcionan como grandes navíos de abastecimiento a la colectividad hambrienta de luz y necesitada de principios renovadores. Pasé a ver el estómago de los pequeñitos en plano secundario, porque era la claridad positiva del Evangelio la que inundaba ahora mi alma, invitándome a la contemplación feliz de un futuro mejor.

Cayó la noche y continuábamos en compañía de la estimada hermana que nos presentaba la institución, comentando sus programas con oportunidad y sabiduría.

Observamos los servicios espirituales que se preparaban, ante la proximidad de la noche.

Cuidadosas preceptoras desencarnadas reunían a los niños en los momentos del sueño físico, en enseñanzas benéficas; otros benefactores buscaban hermanos para experiencias y dádivas preciosas, en los círculos de nuestra movilización.

Resumí mi apreciación inicial, mirando una vez más, en aquel instituto, una bendita escuela de la espiritualidad superior, por la ocasión de siembra divina que proporcionaba a los misioneros de la luz.

Transcurrido un largo rato, ya de noche cerrada, el asistente Jerónimo nos convocó para el servicio.

Irene nos acompañó a la habitación de Adelaida, donde nuestro dirigente se encontraba en conversación con otros amigos.

Fue breve en las determinaciones.

Después de oír a la nueva compañera, que se colocaba a nuestra disposición para cualquier ayuda fraterna, recomendó a Luciana y a Irene que trajesen a la hermana Albina, mientras que el padre Hipólito y yo deberíamos conducir a Dimas, Fabio y Cavalcanti a aquel compartimento, donde seguiríamos hacia la Casa Transitoria de Fabiano, en un viaje de aprendizaje y adiestramiento.

Ambos grupos partimos en distinta dirección.

Utilizando el vuelo, con maestría, Hipólito me preguntó:

–¿Has colaborado antes en algún servicio parecido al de hoy?

Confesé que no, rogándole me lo explicase.

–Es fácil –volvió a decirme. Los que se aproximan a la desencarnación, con molestias prolongadas, es muy común que se ausenten del cuerpo, en acción casi mecánica. Los familiares terrestres, a su vez, cansados de vigiliadas, hacen de todo por rodear a los enfermos de silencio y cuidado. De ese modo, no es difícil alejarles para la tarea de preparación. Generalmente, están vacilantes, debilitados y semiinconscientes, pero nuestro auxilio magnético resolverá el problema. Nos centraremos en las extremidades, asegurándoles las manos e impulsados por nuestra energía, harán el vuelo con nosotros, sin mayores impedimentos.

Recibí la explicación con interés y, en breve, penetrábamos en la modesta residencia de Dimas. Aliviado por una inyección calmante, no encontramos dificultad para sustraerlo a la atención de los parientes.

Notando nuestra presencia, notó nuestra disposición fraternal y preguntó:

–¡Amigos míos! ¿Será hoy el fin? ¡Cuánto he suspirado por la liberación!...

–No, querido –afirmó Hipólito, sonriendo– es preciso que aguantes un poco más... El descanso, sin embargo, no tardará mucho. Ven con nosotros. No tenemos tiempo que perder.

El ex-sacerdote me recomendó ponerme delante y, cogidos de la mano los tres, fuimos rumbo a Río, en busca de la vivienda de Fabio.

No hubo ningún problema y, en pocos momentos, lo teníamos con nosotros.

El compañero se unió a la pequeña caravana.

Iba a tomar el camino del hospital, para buscar al tercero, cuando Hipólito comentó:

–No conviene conducirlos a todos de una vez. Cavalcanti permanece en grave desequilibrio, exigiendo una cooperación más substancial. En vista de eso, le traeremos en el segundo viaje.

Recordando los desvaríos, no tuve más recurso que estar de acuerdo.

De regreso a la habitación de Adelaida, encontramos a los demás esperándonos. Irene y Luciana habían traído a Albina para los trabajos preparatorios.

Sin pérdida de tiempo, llegamos al hospital, en busca de Cavalcanti.

Hipólito tenía razón.

El enfermo se mostraba muy afligido. Bonifacio, a su lado, cooperaba devotamente con nosotros, para desprenderle temporalmente del cuerpo oprimido. El enfermo, no obstante, se había dejado arrastrar por horribles impresiones de miedo, dificultando nuestros mejores esfuerzos.

Después de un arduo trabajo de magnetización del vago y de la administración de ciertos agentes anestésicos, destinados a propiciarle un sueño suave, le retiramos del cuerpo, que permaneció bajo los cuidados de Bonifacio.

En pocos minutos estábamos de vuelta.

Con la aquiescencia de Jerónimo, algunos amigos de los enfermos nos acompañarían a la Casa Transitoria. De los cinco enfermos, Adelaida y Fabio eran los únicos que mostraban una conciencia más nítida de la situación. Los demás titubeaban, debilitados, carentes de una noción clara de lo que ocurría.

El asistente organizó la corriente magnética, tomando la posición de guía. Cada hermano encarnado se localizaba entre dos de nosotros, almas liberadas del plano físico, más expertos en el plano espiritual. Con las manos enlazadas, para permutar energías en asistencia mutua, utilizamos intensamente el vuelo, ganando altura. Adelaida y Fabio, algo habituados al desdoblamiento, asumieron una discreta actitud de observación y silencio. Pero los demás comentaban el acontecimiento con grandes gritos.

—¡Dios mío! —exclamaba Albina, recordando pasajes bíblicos— ¿Será esto el glorioso carro de Elías?

—¡Dadme fuerzas, Padre de Misericordia! —decía Cavalcanti, con el alma oprimida— me falta la confesión general! ¡Aún no recibí el viático! ¡Oh! ¡No me dejes enfrentar Vuestro juicio con la conciencia sumergida en el mal!...

Sus rogativas sensibilizaban nuestros corazones.

Dimas, a su vez, balbuceaba exclamaciones que no se entendían, entre asombrado e inquieto.

Atravesada la región estratosférica, la ionosfera surgía a nuestra vista, presentando una enorme diferencia, por causa del intenso flujo de los rayos cósmicos en combinación con las emanaciones lunares.

Espantado, Dimas preguntó en voz alta:

—¿Que río es ese? ¡Ah! ¡Tengo miedo! ¡No puedo atravesarlo, no puedo, no puedo!...

El impulso magnético inicial proporcionado por Jerónimo era lo bastante fuerte para que sufriese algún percance ante tan débil resistencia y el grupo avanzó, avanzó sin retroceder, hasta que mucho más allá, alcanzamos la Casa de Fabiano, donde la hermana Zenobia nos acogió cariñosamente.

Nos congregábamos todos los componentes de la misión socorrista —los enfermos y seis amigos de éstos últimos, que poseían elevados conocimientos.

En una pequeña sala puesta a nuestra disposición, Gotuzo, por gentileza, aplicó vigorosos recursos fluídicos a nuestros tutelados, que lo recibieron como niños incapacitados para apreciarlo de inmediato, a excepción de Adelaida y Fabio, que eran conscientes del fenómeno.

Enseguida, Jerónimo tomó la palabra y se dirigió a ellos, comentando:

–Amigos, la ayuda de esta noche no se destina a la cura del cuerpo físico, puesto ahora a distancia por las necesidades del momento. Intentamos revigorizar vuestro organismo espiritual, preparando vuestro desligamiento definitivo, sin alarmas de dolor alucinatorio. Debo deciros que, volviendo a tomar el cuerpo físico, experimentaréis un natural empeoramiento de vuestras sensaciones, agravando vuestra tortura, porque los remedios para el alma, en la presente situación, intensifican los males de la carne. Estad seguros, por tanto, que los recursos de esta hora constituyen una ayuda efectiva a la liberación. De retorno al antiguo hogar, una vez concluido este primer viaje de adiestramiento, encontraréis más tristeza en el terreno de la Corteza, más angustias en las células físicas, más inquietud en el corazón, porque vuestra mente, en el proceso de los recuerdos instintivos, habrá fijado, con mayor o menor intensidad, la alegría sublime de este instante. ¡Preparaos, pues, para venir hasta nosotros, solucionad los últimos problemas terrestres y confiad en la Protección Divina!

Inmediatamente, después, se produjo una breve pausa.

El asistente fue rápido en las explicaciones, aclarando que resumía los asuntos en frases cortas, en función de la incapacidad mental de los beneficiarios, impotentes aún para penetrar el sentido de las largas disertaciones. En efecto, los compañeros recibían parcialmente este aviso. Les llegaba la ayuda magnética positiva, pero las ideas que se hacían del hecho eran muy diversas entre sí.

Cavalcanti, con la expresión ingenua de un niño, me llamó, en particular, preguntando si estábamos en el paraíso. Se sentía aliviado, feliz. Una enorme alegría inundaba su corazón. Y, contento y reconfortado, decía:

–¿No estaremos en el cielo?

No conseguí hacerle sentir lo contrario.

Albina recordaba escenas bíblicas, en sus interpretaciones literales del texto sagrado. Después de observar la neblina exterior, preocupada, preguntó a Luciana si aquella era la casa del Señor, mencionada en el capítulo octavo del primer libro de los Reyes, por la nube de materia densa que rodeaba el paisaje.

Entre los espiritistas, Adelaida y Fabio se entregaban a la reserva feliz de la oración, pero Dimas, embriagado de felicidad por el alivio temporal, se acercó, curioso, al padre Hipólito y preguntó si la zona representaba alguna dependencia venturosa de Marte. El ex-sacerdote esbozó una larga sonrisa y respondió, complaciente:

–No, amigo mío, esto de aquí aún es la misma Tierra. Estamos muy lejos de otros planetas...

Intercambiamos una inteligente mirada, que traducía buen humor. Antes de nuestras consideraciones, tal vez innecesarias, Jerónimo intervino, añadiendo:

–La mente graba las imágenes de los preconceptos y dogmas religiosos con singular consistencia. La transformación obligatoria, por el deceso, reintegrará a la criatura en el patrimonio de sus facultades superiores. Pero esto no puede ser brusco, ya que corre el riesgo de ocasionar desastres emocionales de graves consecuencias. Es necesario que se efectúe gradualmente.

Y, mirándonos con agudeza, prosiguió:

–Debemos destacar una observación valiosa. Como vemos, no es la etiqueta externa la que socorre al creyente en las supremas horas evolutivas. Es justamente la siembra del propio esfuerzo, en los servicios de sabiduría y de amor, la que fructifica, en el instante oportuno, a través de providencias de intercesión o compensaciones espontáneas de la ley que manda entregar las respuestas del cielo “a cada uno por sus obras”. Todo lugar del universo, por lo tanto, puede ser convertido en santuario de luz eterna, desde el momento en que la ejecución de los Divinos designios sea efectuada por nuestra propia voluntad.

Terminada la cosecha de preciosas enseñanzas, comenzamos a regresar, terminando, así, nuestro viaje.

Devolviendo a los enfermos a los lechos de origen, comprobamos las impresiones diferentes de cada uno. Fabio demostraba estar muy reconfortado en su campo íntimo. Cavalcanti despertó, en la carne, pensando en recurrir a la eucaristía por la mañana y Dimas al despertar, junto a nosotros, llamó a su esposa y le afirmó en voz baja:

–¡Qué sueño tan maravilloso! Estaba en la orilla de un río caudaloso y brillante, que atravesé con el auxilio de benefactores invisibles, llegando después a una gran casa, llena de luz

Pasó la mano huesuda por su frente húmeda, y exclamó:

–¡Ah! ¡Cómo desearía acordarme de todo! ¡Tengo la impresión que visité un mundo feliz, recibiendo enseñanzas de gran significado, pero... la cabeza falla!...

La compañera le tranquilizó, diciéndole que debía dormir.

Se había realizado el primer viaje de entrenamiento con los amigos, que dentro de poco, estarían con nosotros.

Congregados, de nuevo, en la bendita institución de Adelaida, decidió Jerónimo nuestro regreso a la Casa Transitoria de Fabiano para descansar y servir en otros sectores, siempre que la oportunidad de un trabajo útil nos favoreciese con sus bendiciones.

XIII

COMPAÑERO LIBERADO

Después de varios preparativos, principalmente al lado de Cavalcanti, que había empeorado después de la intervención quirúrgica, Jerónimo dispuso los recursos necesarios para la desencarnación de Dimas, cuya situación era de las más precarias.

Por la mañana temprano, después de ponerse de acuerdo con la hermana Zenobia, sobre la localización del primer amigo que se liberaría de los lazos físicos, el asistente nos convocó al trabajo.

Comprendía, una vez más, que hay un tiempo de morir, como hay tiempo de nacer. Dimas había alcanzado el periodo de renovación y, por eso, se retiraría de la forma física, para que estuviese dispuesto a un nuevo aprendizaje. El día exacto no estaba determinado. Había llegado su propio tiempo. Recordando mi caso particular y sediento de explicaciones constructivas, pregunté a nuestro orientador, mientras regresábamos al plano carnal, por la mañana:

–Apreciado asistente –pregunté– discúlpeme el deseo de conocer detalles del servicio... Pero ¿podría informarme si Dimas desencarnará en el momento adecuado? ¿Vivió toda la cuota de tiempo susceptible de ser aprovechada por su espíritu en la Tierra? ¿Finalizó los trabajos que traía al renacer?

–No –respondió el interpelado, con firmeza–, no llegó a aprovechar todo el tiempo prefijado.

–¡Vaya! –dije– ¿habrá sido, como yo, un suicida inconsciente? Entré en nuestra colonia en esa condición y, antes de obtener la gracia del refugio renovador, experimenté dolorosos padecimientos.

Diciendo esto, meditaba sobre la tarea especial de socorrerle. Habría poderosas razones que motivarían el esfuerzo que se llevaba a cabo, pero la información del orientador me desconcertaba. Si el referido hermano no había terminado el tiempo previsto en las obligaciones que le fueron trazadas, ¿por qué tanta consideración? ¿Merecería aquel movimiento excepcional de asistencia individualizada? ¿Qué motivo impulsaba al plano superior para prestarle tanta atención?

Jerónimo comprendió, sin duda, la preocupación que dominaba mi pensamiento, pero se abstuvo de largas explicaciones:

–No, André, nuestro amigo no es un suicida.

Lo más acertado habría sido silenciar razonamientos sospechosos, pero mi inveterado instinto de investigación intelectual era demasiado fuerte para que yo me pudiese contener.

Mirándole algo confundido, volví a preguntar:

–¿Pero si Dimas no aprovechó todo el tiempo del que disponía, no habrá desperdiciado la oportunidad, como sucedió conmigo?

Mi interlocutor esbozó una leve sonrisa y dijo, compasivo:

—No conozco su pasado, André, y creo que las mejores intenciones habrán movido sus actividades en el pasado. La situación del amigo al que nos referimos, sin embargo, es muy clara. Dimas no consiguió cumplir toda la cuota de tiempo que le era lícito utilizar, en función del ambiente de sacrificio que dominó sus días, en la existencia que finaliza. Acostumbrado, desde la infancia, a la lucha sin mimos, desarrolló el cuerpo, entre deberes y abnegaciones incesantes. Desfavorecido de cualquier ventaja material desde el principio, conoció rudas obligaciones para lograr la intimidad con las lecturas más simples. Entregado al trabajo, en su mocedad, constituyó su familia, bañado en sudor en el sacrificio diario. Pasó la vida con resignación, conquistando la subsistencia con un enorme gasto de energía. Asimismo, encontró recursos para dedicarse a los que gimen y sufren en los planos más bajos que él. Recibiendo la medianoquidad, la puso al servicio del bien colectivo. Convivió con los desalentados y afligidos de toda clase. Y como su espíritu sensible encontraba placer en ser útil y como los necesitados guardaban raramente la noción del equilibrio, su existencia se convirtió en un refugio de enfermos del cuerpo y del alma. Perdió, casi integralmente, la comodidad de la vida social, se privó de estudios edificantes que le hubiesen podido ayudar a mejorar su nivel de vida y perjudicó sus células físicas, en el servicio a la causa del sufrimiento humano. Por las vigiliadas obligatorias, en medio de la noche, se debilitó su resistencia nerviosa, por la inevitable irregularidad en las comidas se alejó de la armoniosa salud del estómago, por las persecuciones gratuitas de que fue objeto, gastó fosfato excesivamente y, por los choques reiterados con el dolor ajeno, que siempre repercutió amargamente en su corazón, alojó destructoras vibraciones en el hígado, creando aflicciones morales que le incapacitaron para las funciones regeneradoras de la sangre. No podemos alabar al trabajador que pierde algún órgano fundamental de la vida física en la fricción con las perturbaciones que compañeros encarnados crean e incentivan para sí mismos. No obstante, se hace necesario considerar las circunstancias en juego. Dimas podría recibir, con naturalidad, tales emisiones destructivas, manteniéndose con la serenidad intangible del legítimo apóstol del Evangelio. Sin embargo, no se organiza de un día para otro el resguardo psíquico contra el bombardeo de los rayos perturbadores de la mente ajena, como no es fácil improvisar muelles seguros ante el océano con resaca. Rodeado de exigencias sentimentales, mal alimentado, mal dormido, tuvo las reiteradas congestiones hepáticas convertidas en cirrosis hipertrófica, portadora de la desintegración del cuerpo.

Se calló el orientador, y, como me sintiese profundamente avergonzado por el paralelo que inadvertidamente estableciera, Jerónimo añadió:

—Según podemos ver, hay existencias que pierden por la extensión, ganando, sin embargo, por la intensidad. La visión imperfecta de los hombres encarnados reclama el examen perfeccionado de los efectos, pero la visión divina jamás desprecia las minuciosas investigaciones sobre las causas...

Me callé, humillado. El hábito de analizar personas y ocurrencias unilateralmente, una vez más, me imponía una provechosa decepción. Naturalmente, el asistente, conocía mi antigua posición, estaría informado de mis desvíos anteriores, pero se dignaba evitarme desilusiones más profundas a través de comparaciones. Me vinieron recuerdos del pasado, más nítidos y esclarecedores. Innegablemente, conduje mi última experiencia como mejor me pareció. Tomaba mis comidas con calma y eran sustanciosas, y siempre en horas fijas, pude estudiar según mi predilección, disponía de mi tiempo con

rigurosa independencia en las decisiones, cerraba la puerta a los clientes antipáticos cuando me faltaba disposición para soportarlos; nunca me molestaba el hígado por sufrimientos ajenos, porque era pequeño para contener las vibraciones destructoras de mis propias irritaciones, al sentirme contrariado en los puntos de vista personales, y, sobre todo, aniquilaba el aparato gastrointestinal por el exceso de comidas y bebidas, aliados a la sífilis a la que yo mismo di guarida, por mi liviandad. Había, por lo tanto, una gran diferencia entre el caso Dimas y el mío propio. El dedicado servidor del bien había empleado las posibilidades que el Cielo le había confiado en beneficio de otros. En cuanto a mí, centralizado en mí mismo, gocé de esas posibilidades hasta el clímax, perdiéndome por la abusiva saciedad.

Pero Jerónimo era lo suficientemente bueno para no comentar realidades tan duras. Demostrando la generosidad espontánea que le caracterizaba, desarticuló mis impresiones desagradables, con asuntos nuevos.

En breve, llegábamos a la residencia del enfermo, cuyo estado era gravísimo.

Algunos amigos desencarnados velaban, atentos.

Una iluminada entidad que mostraba gran interés por el agonizante, se acercó al asistente, preguntando si el deceso estaba marcado para aquel día.

—Sí —aclaró el interpelado— la resistencia orgánica terminó.

Estamos autorizados a aliviarle, lo que haremos hoy, liberándole del peso de la materia densa.

La interlocutora consultó sobre la posibilidad de reunir allí a algunos de los beneficiados de la misión cumplida por el moribundo, que deseaban testimoniar su cariñoso aprecio, en el último día carnal.

—Amiga mía, comprenda las dificultades inherentes al asunto... respondió nuestro dirigente con gentileza. Si Dimas estuviese plenamente dueño de sus emociones, no habría inconveniente alguno. Pero permanece ahora bajo agitaciones psíquicas muy fuertes. Conoce el fin próximo del cuerpo físico, pero no puede esquivar, de repente, a las cadenas del hogar. Teme el futuro de los suyos, se conserva en total descontrol de los nervios y se enlaza en las emisiones de inquietud de su esposa e hijos. Creemos que sería inoportuna esa visita compacta, en el transcurso de las actividades de la desencarnación, aun tratándose de los mejores amigos del enfermo, para que no se agrave su descontrol mental. Sin embargo, Dimas podrá ser amparado por el amor de los que sienten afecto por él, después que se deshaga del cuerpo físico. Más allá de eso, sugiero que la manifestación de cariño, merecida y justa, le sea prestada por cuantos le estiman, en el día en que despeguemos de la Casa Transitoria de Fabiano hacia regiones más altas. Nuestro hermano y cooperador descansará, allí, bajo atentos cuidados, junto a otros amigos en condiciones análogas. Daremos aviso previo sobre su partida, para que se congreguen con nosotros sus seres amados, en la oración de reconocimiento que elevaremos al Todopoderoso.

La entidad manifestó sincera satisfacción y añadió:

—¡De acuerdo! Esperaremos el instante oportuno.

Después, se despidió, apartándose al lado de otros visitantes de nuestro plano, que nos dejaban campo libre para nuestra necesaria actuación.

El trance era, sin duda, delicado.

La esposa del médium, a su lado, a pesar de las prolongadas vigilas y sacrificios que mostraba, se mantenía firme a su lado, con los ojos rojos de tanto llorar, emitiendo fuerzas de retención amorosa que prendían al moribundo en un vasto enmarañado de hilos grises, dándonos la impresión de ser un pez encarcelado en una red caprichosa.

Jerónimo la señaló, bondadoso, y explicó:

–Nuestra pobre amiga es el primer obstáculo a remover. Improvisemos una mejoría temporal para el agonizante, para sosegar su mente afligida. Solamente después de semejante medida conseguiremos retirarle sin mayor impedimento. Las corrientes de fuerza, exteriorizadas por ella, infunden vida aparente a los centros de energía vital, que ya están en adelantado proceso de desintegración.

Recomendó el asistente que Luciana e Hipólito se mantuviesen al lado de la señora, cambiando sus vibraciones mentales, e instruyéndome para ayudar en la influencia como era preciso.

Mientras mantenía las manos colocadas al cerebro de Dimas, propiciando la renovación de las fuerzas generales, Jerónimo le aplicaba pases longitudinales, deshaciendo los hilos magnéticos que se entrecruzaban sobre el cuerpo abatido.

Noté que el moribundo se encontraba ya en dolorosas condiciones. Plenamente desorganizado, el hígado comenzaba definitivamente a paralizar sus funciones. El estómago, el páncreas y el duodeno presentaban extrañas anomalías. Los riñones parecían prácticamente muertos. Los glomérulos ¹¹ se prendían a los ramos arteriales como pequeños botones enrojecidos, los tubos colectores, rígidos, anunciaban el fin del cuerpo. Había síntomas de gangrena en todo el organismo.

Pero, lo que más impresionaba, era la movilización de la fauna microscópica. Corpúsculos de las más variadas especies nadaban en los líquidos acumulados en el vientre, concentrándose particularmente en el ángulo hepático, como si buscasen alguna cosa, con avidez, en las cercanías de la vesícula.

El corazón trabajaba con dificultad. En fin, el debilitamiento alcanzaba su auge.

–Necesitamos proporcionarle mejorías ficticias –dijo el asistente–, tranquilizando a sus parientes afligidos. La habitación está repleta de substancias mentales torturantes.

El asistente comenzó, entonces, a ejercer una influencia intensiva.

Dimas, con el raciocinio obnubilado por el dolor, no notaba nuestra presencia. Los atricos celulares, por el rápido desenvolvimiento de los virus portadores del coma, le impedían tener una clara percepción. Las provechosas facultades mediúmnicas que poseía habían caído en eclipse temporal, ante los choques del sufrimiento. Era, sin embargo, extremadamente sensible a la actuación magnética.

Poco a poco, con la acción de Jerónimo, se calmó, respiró a ritmo casi normal, abrió los ojos y exclamó, reconfortado:

¹¹ El *glomérulo* es la unidad anatómica funcional del riñón donde radica la función de aclaramiento o filtración del plasma sanguíneo (nota del traductor).

–¡Gracias a Dios! ¡Loado sea Dios!

Uno de sus hijos, al contemplarle, con los ojos suplicantes, siguió sus palabras, ansioso, preguntando en un gesto de alivio:

–¿Mejoraste, papá?

–Sí, hijo mío, ahora respiro más libremente.

–¿Sientes a los amigos espirituales a tu lado? –volvió a decir el muchacho, lleno de fe.

El enfermo sonrió, algo triste, y respondió:

–No. Quiero creer que el sufrimiento físico cerró la puerta que me comunicaba con el plano invisible. Aun así, estoy muy confiado. Jesús no nos desampara.

Miró a la compañera que estaba llorando y dijo:

–Todos nosotros experimentaremos la soledad en los grandes momentos de contrastar los valores espirituales. Estoy convencido de que nuestros guías del Plano Superior no se olvidarán de mis necesidades... Pero... no debo esperar que tengan cuidados permanentes conmigo...

Hablaba con la voz casi imperceptible, en virtud del abatimiento, entrecortando las palabras por la respiración oprimida.

La esposa, vacilante, estaba enteramente amparada por Luciana, que la abrazaba, afectuosa. Se notaban en ella las señales de un angustioso cansancio. Lágrimas espesas corrían por sus ojos congestionados.

Jerónimo, ahora, posaba la diestra en la frente del moribundo, proporcionándole fuerza, inspiración e ideas favorables al desdoblamiento de nuestros servicios. Dimas mostró un nuevo brillo en la mirada, miró a la compañera, esforzándose por parecer tranquilo, y rogó:

–¡Querida, vete a descansar!... Te lo ruego... Tantas noches de guardia, acabarán contigo. ¿Qué será de mí, enfermo y exhausto, si el desánimo nos sorprende a todos?!

Hizo un intervalo más largo y prosiguió:

–Descansa, hazme caso. Quedaría muy satisfecho si te viese más fuerte... Me siento mucho mejor y sé que el día será de una calma reconfortante.

Cediendo a las instancias del esposo y dulcemente obligada por la influencia de Luciana e Hipólito, la esposa se retiró a su cuarto.

En vista de las mejoras obtenidas, hubo expansión de júbilo familiar. El médico fue llamado. Radiante, el doctor afirmó que los pronósticos contrariaban las suposiciones anteriores. Renovó las indicaciones, inyectó los anestésicos y recomendó a la familia que dejasen al enfermo en absoluto reposo. Dimas acusaba mejoras sorprendentes. Era razonable, por lo tanto, que la habitación fuese dejada en silencio para que tuviese un sueño reparador.

El médico atendía a nuestro deseo.

En pocos minutos, el cuarto quedó solitario, facilitándonos el servicio.

El asistente nos distribuyó los trabajos.

Hipólito y Luciana, después de tejer una red fluídica de defensa, en torno al lecho, para que las vibraciones mentales inferiores fuesen absorbidas, permanecieron en oración al lado, mientras yo mantenía mi mano sobre el plexo solar del agonizante.

–Iniciemos, ahora, las operaciones decisivas –declaró Jerónimo, con resolución–, pero antes permitamos a nuestro amigo la oportunidad de hacer la oración final.

El asistente le tocó, detenidamente, en la parte posterior del cerebro. Vimos que el agonizante comenzó a emitir pensamientos luminosos y bellos. No nos veía ni oía, de manera directa, pero conservaba su intuición clara y activa. Bajo el control de Jerónimo, experimentó una imperiosa necesidad de orar y, aunque los labios cansados prosiguiesen inmóviles, distinguimos la rogativa mental que dirigía al Divino Maestro:

–Mi Señor Jesucristo, creo que alcancé el fin de mi cuerpo, del cuerpo que me diste, por algún tiempo, como dádiva preciosa y bendita. Yo no sé Señor, cuantas veces herí la maquina fisiológica que me confiaste. Inconscientemente, quebré las piezas con mi descanso, menospreciando patrimonios sagrados, cuyo valor estoy reconociendo en más de doce meses de sufrimiento carnal incesante. No puedo implorar la bendición de una muerte pacífica, porque nada hice de bueno o de útil para merecerla. ¿Pero si es posible, Amado Médico, socórreme con tu compasivo y desvelado amor! Curaste paralíticos, ciegos y leprosos... ¿Por qué no te compadeces de mí, miserable peregrino de la Tierra?...

Sus ojos dejaban escapar abundantes lágrimas.

Después de breves minutos, observamos que el agonizante recordaba la niñez distante. En la pantalla de su memoria, regresaba al pecho materno y sentía sed del cariño de madre. ¡Oh! ¡Si pudiese contar con el socorro de la bendita viejita que la muerte arrebató hace tantos años! –reflexionaba. Oprimido por las dulces reminiscencias, modificó el cuadro de la súplica, recordó la escena de la crucifixión de Jesús, insistió mentalmente por vislumbrar la imagen sublime de María y, sintiéndose de rodillas frente a ella, imploró:

–¡Madre de los Cielos, madre de las madres humanas, refugio de los huérfanos de la Tierra, soy ahora también el niño frágil con hambre de afecto maternal en esta hora suprema! ¡Oh! ¡Señora Divina, madre de mi Maestro y de mi Señor, dignate darme tu bendición! ¡Recuerda que tu hijo divino pudo verte en el último instante e intercede por mí, mísero siervo, para que yo tenga a mi santa madre a mi lado en el minuto de partir!... ¡Socórreme! ¡No me abandones, ángel tutelar de la humanidad, bendita entre las mujeres!

¡Oh! recurso maravilloso del Cielo! El corazón del moribundo se había convertido en un foco radiante y la puerta de acceso dio entrada a una venerable anciana, coronada de luz semejando nieve luminosa. Se aproximó a Jerónimo e informó, después de desearnos la paz divina:

–Soy su madre...

El asistente comentó la urgencia de la tarea que nos aguardaba y le confió el depósito querido.

En breves instantes, teníamos ante los ojos un inolvidable cuadro afectivo. Se sentó la viejita en el lecho, poniendo la cabeza del moribundo en el regazo acogedor, acariciándole con las manos cariñosas.

En virtud del refuerzo valioso en el sector de la colaboración, Hipólito y Luciana, atendiendo a nuestro instructor, fueron a velar por el sueño de la esposa, para que sus emisiones mentales no alterasen nuestro trabajo.

En el recinto, permanecíamos sólo los tres.

Dimas, experimentando un indefinible bienestar en el regazo materno, parecía olvidar ahora todas las amarguras, sintiéndose amparado como un niño semiinconsciente, casi feliz. Jerónimo me indicó que me conservase vigilante, con las manos puestas en la frente del enfermo, pasando, más tarde, al servicio complejo y silencioso de la magnetización. En primer lugar, insensibilizó enteramente el vago, para facilitar el desligamiento de las vísceras. Al seguir, utilizando pases longitudinales, aisló todo el sistema nervioso simpático, neutralizando, más tarde, las fibras inhibitoras del cerebro. Descansando algunos segundos, dijo:

–No conviene que Dimas hable ahora a los parientes. Formularía, tal vez, peticiones inoportunas.

Le señaló y comentó, sonriendo:

–En otro tiempo, André, los antiguos creían que entidades mitológicas cortaban los hilos de la vida humana. Nosotros somos parcas auténticas, efectuando semejante operación...

Y como yo preguntase, tímido, por donde iríamos a comenzar, me explicó el orientador:

–Según sabes, hay tres regiones orgánicas fundamentales que requieren extremo cuidado en los servicios de liberación del alma: el centro vegetativo, ligado al vientre, como sede de las manifestaciones fisiológicas, el centro emocional, zona de los sentimientos y deseos, ubicado en el tórax, y el centro mental, más importante por excelencia, situado en el cerebro.

Mi curiosidad intelectual era enorme. Pero, comprendiendo, que ese momento no admitía grandes esclarecimientos, me abstuve de preguntar.

Jerónimo, sin embargo, gentil como siempre, percibió mi propósito de investigación y añadió:

–En otra ocasión, André, estudiarás el problema trascendente de las diversas zonas vitales de la individualidad.

Aconsejándome cautela en la administración de las energías magnéticas a la mente del moribundo, comenzó a operar sobre el plexo solar, desatando los lazos donde se localizaban las fuerzas físicas. Con espanto, noté que cierta porción de substancia lechosa rebosaba del ombligo, flotando cerca. Se le estiraron los miembros inferiores, con síntomas de enfriamiento.

Dimas gimió, en voz alta, semiinconsciente.

Acudieron los parientes, asustados. Fueron puestos sacos de agua caliente en los pies. Pero, antes de que los familiares entrasen en escena, Jerónimo, con pases concentrados sobre el tórax, relajó los hilos que mantenían la cohesión celular en el centro emotivo, operando sobre determinado punto del corazón, que pasó a funcionar como bomba mecánica, sin regulación. Una nueva porción de substancia se desprendía del cuerpo, del epigastrio a la garganta, pero reparé en que todos los músculos trabajaban fuertemente contra la partida del alma, oponiéndose a la liberación de las fuerzas motrices, en un esfuerzo desesperado, ocasionándole angustias y aflicción al paciente. El campo físico ofrecía resistencia, insistiendo en la retención del dueño espiritual.

Con la fuga del pulso, se llamó al médico, que acudió, con rapidez. Pero, en el regazo maternal, y bajo nuestra influencia directa, Dimas no consiguió articular palabras o concatenar raciocinios.

Llegamos al coma, en buenas condiciones.

El asistente impuso un breve tiempo de descanso, pero volvió a intervenir en el cerebro. Era la última etapa. Concentrando todo su potencial de energía en la fosa romboidal, Jerónimo quebró alguna cosa que no pude percibir con sus detalles, y una brillante llama violeta-dorada se desligó de la región craneana, absorbiendo, instantáneamente, la vasta porción de substancia lechosa ya exteriorizada. Quise mirar la brillante luz, pero confieso que era difícil fijarla. Pero, en breves instantes, noté que las fuerzas que examinábamos estaban dotadas de un movimiento plastificante. La llama mencionada se transformó en una maravillosa cabeza, idéntica en todo a la de Dimas, construyéndose, después de ella, todo su cuerpo periespiritual, miembro a miembro, trazo a trazo. Y, a medida que el nuevo organismo resurgía a nuestra mirada, la luz violeta-dorada, fulgurante en el cerebro, palidecía gradualmente, hasta desaparecer, del todo, como si representase el conjunto de los principios superiores de la personalidad, momentáneamente recogidos en un único punto, esparciéndose, enseguida, a través de todos los puntos del organismo periespiritual, asegurando, de ese modo, la cohesión de los diferentes átomos, de las nuevas dimensiones vibratorias.

Dimas-desencarnado se elevó algunos palmos por encima de Dimas-cadáver, apenas ligado al cuerpo a través de un leve cordón plateado, semejante a un sutil cable, entre el cerebro de materia densa, abandonado, y el cerebro de materia sutil de organismo liberado.

La madre abandonó el cuerpo físico, rápidamente, y recibió la nueva forma, envolviéndola en una túnica de tejido muy blanco, que traía consigo.

Para nuestros amigos encarnados, Dimas había muerto, por completo.

Para nosotros, sin embargo, la operación estaba aún incompleta. El asistente decidió que el cordón fluídico debería permanecer hasta el día siguiente, considerando las necesidades del “muerto”, aun sin la preparación debida para un desenlace más rápido.

Y, mientras el médico daba explicaciones técnicas a los parientes en llanto, Jerónimo nos invitó a retirarnos, confiando, sin embargo, el recién desencarnado a aquella que fuera su desvelada madrecita en el mundo físico:

–Puede conservar a su hijo consigo hasta mañana, cuando cortaremos el último hilo que le une a su cuerpo físico, antes de conducirlo al refugio conveniente. Mientras

tanto, él reposará en la contemplación del pasado, que se le muestra en una visión panorámica en el campo interior. Además de eso, acusa una gran debilidad después del laborioso esfuerzo del momento. Por esa razón, solamente podrá partir, en nuestra compañía, terminado el entierro del cuerpo, al que se une aún por los últimos residuos.

La anciana dio las gracias, emocionada, y, dando a entender que respondía a todo lo que decía mentalmente, el asistente concluyó:

–Conviene montar guardia aquí, vigilante, para que los amigos apasionados y los enemigos gratuitos no perturben el reposo forzado por algunas horas.

La madre de Dimas se mostró muy agradecida y partimos, en grupo, camino de la Casa de Fabiano, de donde nuestra expedición socorrista regresaría a la Corteza, al día siguiente.

XIV

PRESTANDO ASISTENCIA

Durante la noche mis compañeros de misión, incluyendo a Jerónimo, parecían menos interesados en seguir el caso de Dimas, reservándose para continuar el trabajo al día siguiente, cuando nos correspondería transportarlo hasta la Casa de Fabiano.

Pero en cuanto a mí, no sucedía lo mismo.

Después de desembarazarme de los lazos físicos, en otro tiempo, no había conseguido efectuar observaciones educativas para mis conocimientos. El choque sensorial en el trance, para mi personalidad aún desatenta ante las cuestiones del espíritu eterno, me impidieron un análisis minucioso del asunto. Pero, ahora, la oportunidad podría dar más luz a mi alma, en cuanto a la posición de los recién desencarnados, antes de la inhumación del cuerpo físico.

Expuse al asistente mi propósito de aprender, y recibí de él la más amplia autorización. Podría visitar la residencia de Dimas a mi albedrío, permaneciendo allí todo el tiempo que quisiera.

Eso me llenó de alegría. No sólo por la ocasión de enriquecerme en la esfera práctica, sino también porque el hecho, en sí, era bastante expresivo. Por primera vez, un compañero de trabajo, con autoridad suficiente, estaba de acuerdo con mi deseo de humildísimo operario. El consentimiento, por lo tanto, representaba una preciosa conquista. Constituía la libertad instructiva con la responsabilidad de mi conciencia y la confianza de mis superiores jerárquicos.

Dejando la Casa Transitoria, en plena noche, me vi, en breve, en el hogar donde Dimas se había deshecho de los hilos de la materia más densa.

Entré. La casa estaba llena de amigos y simpatizantes, encarnados y desencarnados. No se apreciaba ningún servicio de defensa. Noté el libre tránsito de los grupos de distintas procedencias.

En un alejado rincón, aún ligado a las vísceras inertes por el cordón fluídico plateado, permanecía Dimas en el regazo de su madre, al pie de dos amigos que, cuidadosos, le asistían.

La noble señora me reconoció, conmovida, presentándome a los compañeros.

Uno de ellos, Fabricio, me acogió, servicial, interesándose por los informes relacionados con el desenlace. Le relaté los trabajos, en detalle. Enseguida, el interlocutor se explicó:

–Siempre tuve por Dimas una sincera admiración, por la ayuda provechosa que supo ofrecernos. Integró la comisión espiritual de servicio que viene atendiendo a los necesitados, a través suyo, en los últimos seis años. Fue siempre asiduo en las obligaciones, buen compañero y leal hermano.

Sorprendido con las referencias, pregunté:

¿Existen, pues, comisiones de colaboración permanente para los médiums en general?

No me refiero en general –respondió el interlocutor– porque la mediumnidad es un título de servicio como cualquier otro. Y hay personas que pugnan por la obtención de los títulos, pero desestiman las obligaciones que les corresponden. Les gusta el intercambio con nuestro plano, pero no piensan en las responsabilidades anexas. Por eso no se establecen conjuntos de cooperación para los médiums en general, sino sólo para aquellos que estén dispuestos al trabajo activo. Hay muchos aprendices que no pasan del intento, de la observación. Desearían un camino llano, exigiendo la convivencia exclusiva de los espíritus genuinamente bondadosos. Experimentan la lucha constructiva a través de acercamientos superficiales y, a la primera dificultad, abandonan los compromisos asumidos. La adquisición de fortaleza moral no exime de las pruebas arriesgadas y angustiosas. Pero, cuando están delante de las exigencias naturales del aprendizaje, dicen que están heridos en la dignidad personal. No soportan la aproximación de infelices bien sean encarnados o desencarnados, parándose a la menor señal de dolor. Para semejantes experimentadores sería extremadamente difícil la formación de equipos eficientes, representativos de nuestro plano. No se sabe cuando están dispuestos a servir. Si reciben facultades intuitivas, piden la incorporación, y si cuentan con la videncia, quieren la posibilidad de exteriorizar fluidos vitales para los fenómenos de materialización.

Escuché las sensatas observaciones y, registrando la nobleza de su alma, pasé a exponer mis consideraciones íntimas en torno a la tarea que nos había llevado hasta allí.

¿Por qué se había formado una expedición destinada al socorro de un servidor que disponía de amigos de tamaño competencia moral? Fabricio demostraba unos conocimientos elevados así como una condición superior. Pero, el obsequioso amigo, evidenciando extrema agudeza perceptiva, antes que yo hiciese alguna pregunta inoportuna, añadió:

–A pesar de nuestra amistad con el médium, no nos fue posible acompañarle en el trance. Teníamos nuestro trabajo, pero nuestros superiores, resolvieron proporcionarle reposo, lo que no nos sería posible prodigarle, en caso de que viniese directamente a nuestra compañía.

La conversación derivó a consideraciones sobre el problema de la muerte. Pregunté sobre lo que ya sabía, más o menos, para poder entrar en detalles más significativos:

–¿No todas las desencarnaciones de personas dignas cuentan con el amparo de grupos socorristas?

–No todas –confirmó el interlocutor– todos los fenómenos del deceso cuentan con el amparo de la caridad dependiente de las organizaciones de asistencia indiscriminada, no obstante, la misión especializada no puede ser concedida a quien no se distinguió en el esfuerzo perseverante del bien.

–Sin embargo –objeté, curioso, profundizando en lo que más me interesaba del asunto– ¿No existen criaturas, esencialmente bondadosas, que se liberan de los lazos físicos, y que están incluidas más o menos en comisiones de servicio espiritual de naturaleza superior, sin que haya misiones de salvamento, previamente designadas para socorrerlas?

Después de una breve pausa, añadió para aclarar:

–Supongamos que Dimas estuviese en contacto reciente con su comisión de trabajo y desencarnase sin los cuidados de un grupo socorrista: ¿Sería dejado a merced de las circunstancias?

Fabricio se rió, con franqueza, y respondió:

–Eso podría suceder. Tenemos algún precedente. En general, eso ocurre con los trabajadores preocupados con conseguir de cualquier modo la desencarnación, alegando necesidades de reposo. Muchas veces, en el fondo, son criaturas bondadosas, pero menos lógicas y poco inteligentes. La semana pasada, por ejemplo, observamos un caso de esa naturaleza. Una señora, joven aún, por las disposiciones saludables que demostró en el campo de la beneficencia social, fue incorporada a un dedicado servicio, organizado por amigos nuestros.

Al producirse pequeñas discusiones entre ella y su esposo, y teniendo conocimiento de la inmortalidad de la vida, más allá del sepulcro, deseó la pobre criatura ardientemente morir. Esas simples liviandades del marido fueron suficientes para que maldijese al mundo y a la humanidad. No supo romper la cáscara del personalismo inferior y colocarse camino de la vida mayor. Por la cólera y por la intemperancia mental, creó la idea fija de liberarse del cuerpo de cualquier forma, aunque sin utilizar el suicidio directo. Conocía a los amigos espirituales a los que se había unido, pero, lejos de asimilar juiciosamente los consejos, repelía sus advertencias fraternales para aceptar tan sólo las palabras de consuelo que le eran agradables, dentro de las amonestaciones saludables que le dirigían.

Y tanto pidió la muerte, insistiendo en ella entre la amargura y la irritación persistente, que vino a desencarnar en una manifestación de ictericia complicada con un simple brote gripal. Se trataba de un verdadero suicidio inconsciente, pero la señora, en el fondo, era extraordinariamente caritativa e ingenua. No se recibió ninguna autorización para concederle descanso y mucho menos auxilio especial. Los benefactores de nuestra esfera, a pesar de la eficiente intercesión en beneficio de la infeliz, solamente pudieron apartarla de las vísceras cadavéricas, hace dos días, en tristes condiciones.

No teniendo ninguna orden de asistencia particularizada, por parte de nuestros superiores, y como no era aconsejable entregarla a su propia suerte, en base a las virtudes potenciales de las que era portadora, el director de la comisión de servicio, a la que se había afiliado la imprevisora amiga, la recogió, por compasión, en plena lucha, y ella se fue, precipitadamente, a trabajar por ahí, activamente, en condiciones mucho más serias y complicadas.

La explicación me llegó a lo más hondo.

Había obtenido información sobre lo que deseaba. La ley divina, de hecho, perfecta en sus fundamentos, es igualmente armoniosa en sus aplicaciones.

Fabricio, estampando una bella sonrisa, dijo:

–No fructifica la paz legítima sin la siembra necesaria. Alguien, para gozar el descanso, necesita, antes que nada, merecerlo. Las almas inquietas se entregan fácilmente a la desesperación, generando causas de sufrimiento cruel.

Inmediatamente después, contemplando al recién desencarnado, como si indicara que deberíamos centralizar todo el interés del momento en su bienestar, comentó, acariciando su frente:

–Nuestro amigo reposa ahora, terminada la tormenta de las pruebas incesantes. El pobre está muy debilitado. La sensibilidad, puesta al servicio de la obligación bien cumplida, castigó su alma, hasta el fin, sin embargo, plantó la fe, la serenidad, el optimismo y la alegría en millares de corazones, estableciendo sólidas causas de felicidad futura. Por el momento, permanecerá en la posición de un ave frágil, incapaz de volar lejos del nido.

–Felizmente –expuso la madre, satisfecha– viene mejorando de modo visible. Los residuos que le unen al cadáver están casi extinguidos.

Pasando la mirada por las paredes de la modesta residencia, añadió:

–Si fuese posible recibir mayor cooperación de los amigos encarnados, le sería mucho más fácil el restablecimiento integral. Sin embargo, cada vez que los parientes se inclinan, en llanto, sobre los restos, su cadáver le atrae con fuerza, perjudicando su rápida restauración.

–Pero, lamentablemente –dijo Fabricio–, nuestros hermanos encarnados no poseen la llave de los conocimientos reales para emitir la acción adecuada en estos momentos.

–Por eso –dijo la madre, resignada– insisto para que Dimas duerma, aunque su sueño, que podría ser sereno y dulce, esté poblado de pesadillas.

Frente a la sorpresa que mostré, el compañero se apresuró a explicarme:

–Las imágenes contenidas en las evocaciones de las conversaciones inciden sobre la mente del desencarnado, mantenido en reposo después de una rápida inmersión en la contemplación de los hechos relativos a la existencia finalizada. No solamente las imágenes. A veces, nuestros amigos presentes, fecundos en las conversaciones sin provecho, excitan acaloradamente el recuerdo de ciertos hechos, que traen hasta aquí a algunos de los protagonistas ya desencarnados.

Las afirmaciones oídas excitaron mi curiosidad. Fabricio, deseando enriquecer mi experiencia directa, me aconsejó:

–Pase algunos minutos en la sala contigua, donde el cadáver recibe las visitas.

Obedecí.

El velatorio presentaba el aspecto usual. Flores perfumadas, semblantes sesudos y conversaciones discretas. Al pie del cadáver, los amigos se mantenían en total discreción. A pocos pasos, sin embargo, se daban alas al anecdotario vibrante, en torno del amigo en tránsito para el “otro mundo”. Pequeñas y grandes ocurrencias de la vida del “muerto” eran recordadas con gracia y vivacidad.

Me acerqué a un grupo compacto en el que se hablaba sobre él. Un joven se dirigió a un caballero de edad, preguntando:

–¿Coronel, recibió la transferencia en su cuenta?

–De momento, no –respondió el anciano, fumando– pero no me preocupo por el retraso. Dimas fue siempre un buen compañero y los hijos no olvidarán el compromiso paterno. Es cuestión de tiempo...

Interesado en resaltar las cualidades distinguidas del “fallecido” y revelando sus buenas disposiciones de historiador municipal, prosiguió:

–Dimas era un hombre interesante y excepcional. Siempre envidié su serenidad. Pocas personas he conocido más prudentes que él. Confieso que nunca me interesaron los estudios espiritistas, pero al observar su manera de proceder, siempre deseé conocer la doctrina que seguía.

Hasta ahí, todo muy bien. A pesar de la invocación de las deudas del “muerto”, el acreedor sólo pronunciaba palabras de estímulo y paz.

Sin embargo, en el estado actual de la educación humana, es muy difícil alimentar, por más de cinco minutos, una conversación digna y cristalina, en una asamblea superior a tres criaturas encarnadas.

El anciano modificó el tono de voz, miró en dirección del cadáver y comentó, en tono confidencial:

–Pocos hombres fueron tan discretos como éste. Conocí a Dimas, hace muchos años, y estoy seguro que fue testigo ocular de un pavoroso crimen, que nunca se desveló a los jueces de la Tierra.

Después de una ligera pausa, encendió el cigarro y preguntó, incitando la curiosidad de los oyentes:

–¿Ustedes nunca lo supieron?

Los presentes mostraron una silenciosa negativa.

–Hace treinta años –continuó el narrador– Dimas residía al lado de una noble familia que tenía valiosos patrimonios. Desde ese grupo familiar, de alto concepto en la apreciación general, emanaban órdenes y beneficios para el bienestar de todos. Como no ignoran, hace tres decenios la vida en el interior aún conservaba en parte la herencia del Brasil imperial. La economía centralizada mantenía la “casa grande” simbólica, donde se trazaban los caminos para el servicio popular. Situado en la proximidad de una residencia feudal como esa, nuestro amigo llevaba una existencia humilde de trabajador, como un hombre de bien.

El caballero, inconsciente de los problemas del espíritu, enunció nombres, relacionó fechas y recordó maliciosamente ciertos pormenores, prosiguiendo con maliciosa jocosidad:

–Una noche, de madrugada, un conocido político salía del palacete residencial por la parte de atrás, acompañado de una señora que aparentaba excesiva despreocupación consigo misma, al despedirse con una intempestiva manifestación de afecto. Terminado el extraño adiós y, viéndose solo, el “Don Juan” dio algunos pasos para la retirada, espí, cauteloso, alrededor, e iba a continuar la marcha, cuando notó que alguien había observado sus gestos íntimos con aquella señora, que era la esposa de un respetable amigo. Era un modestísimo operario, que tal vez estuviese allí por fuerza de circunstancias inapreciables. El político le alcanzó de un salto. Hombre de compleción

robusta y pasiones violentas, se aproximó al espectador inesperado y le interpeló, brutalmente, a lo que el pobre respondió, humildemente:

–¡Doctor –no estoy espiándole, lo juro!

–Es igual, debes morir –dijo el atlético agresor, lleno de cólera.

Le agarró por la chaqueta y afirmó, con los dientes cerrados:

–¡Los gusanos que molestan, deben morir!

–¡No me mate, doctor! ¡No me mate! –rogó el infeliz– ¡Tengo mujer e hijos! sabré respetarle!...

No le valió a la víctima doblarse de rodillas en la súplica, porque el hombre terrible, ciego de furia, tomó su arma y le descargó un certero disparo en el corazón, alejándose precipitadamente.

Dimas, habiendo observado los hechos a corta distancia, gritó, haciéndose oír por el asesino, que le reconoció por las exclamaciones. Enseguida, corrió para amparar al herido, que no llegó ni a gemir. Habiéndose aproximado al asesinado, cuando otras personas, en pijama, corrían igualmente, para comprobar lo ocurrido, se mantuvo a salvo de cualquier actitud sospechosa. No obstante, llamado por las autoridades, para que declarase lo sucedido él, que todo lo sabía, nada reveló. Protegió al muerto en los funerales, dispensándole extremos cuidados, extensivos a la familia, con la que se portó como un cristiano fiel, negándose, sin embargo, a proporcionar ningún indicio para que el criminal fuese capturado, alegando desconocer el detalle de los hechos que dieron motivo al acontecimiento. Y el caso policial fue cerrado, en la suposición de latrocinio. El único testigo, que era él, consideraba preferible el silencio al escándalo que traería enormes disidencias domésticas y sociales.

El narrador miraba el cadáver y comentó:

–¡No conocí hombre más discreto!... Un oyente preguntó, malicioso:

–Pero, coronel, ¿cómo vino a saber los detalles, si Dimas no llegó nunca a denunciar?

El interpelado hizo un gesto de franca satisfacción y agregó:

–Ventajas de la buena amistad con los sacerdotes. Mi viejo amigo, el Padre F..., que Dios guarde, me contó el hecho, sumamente impresionado. Oyó al asesino, en confesión, antes de su muerte y tuvo todos los detalles del crimen. El homicida, meticoloso al exponer sus faltas, no se olvidó de nombrar a Dimas al vicario, como único testigo del hecho. El sacerdote, sin embargo, excelente amigo, hombre de mundo, no hizo público el caso. Las personas envueltas en el drama dejaron familia y sería una crueldad recordar un acontecimiento tan triste.

El narrador mostró una curiosa expresión en el rostro y remató, apagando el cigarro:

–Todo pasa... Murieron la víctima, la adúltera, el asesino, el confesor y, ahora, el testigo. Seguramente, existe un lugar, fuera de este mundo, para hacer justicia.

En ese momento, una horrible figura, seguida de otras, no menos monstruosas, surgió inesperadamente. Y acercándose al coronel y oyendo sus últimas palabras, le sacudió y gritó:

–¡Yo soy el asesino! ¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué me llama? ¿Acaso es juez?!

El narrador no divisaba lo que yo veía, pero su cuerpo fue alcanzado por un involuntario estremecimiento, que arrancó ocultas risas de los presentes.

Más tarde, el homicida desencarnado, atraído tal vez por el olor fuerte de las flores reunidas en el catafalco improvisado, tuvo la perfecta noción del velatorio. Se abalanzó, precipitadamente, contemplando al muerto.

Le reconoció, estampó un gesto de profunda sorpresa, se arrodilló y gritó:

–Dimas, Dimas, ¿También tú vienes hacia la verdad? ¿Dónde estás buen amigo, que cubriste mi falta con caridad sin límite? ¡Socórreme! ¡Estoy desesperado! ¿Dónde encontraré a mi víctima para suplicarle el perdón que tanto necesito? ¡Ayúdame! ¡Ten compasión! ¡Debes saber lo que ignoro! ¡Socórreme, socórreme!...

Al lado del infeliz, en rogativa, diversas entidades sufridoras permanecían estáticas.

Pero Fabricio surgió inesperadamente y ordenó a los invasores que se alejasen inmediatamente.

Una vez limpia la habitación de nuevo, se dirigió a mí, diciendo:

–Este grupo entró en esta casa por la invocación directa efectuada.

Le dije, impresionado, lo que había visto. Me oyó tranquilo y comentó:

–La observación, hecha por nosotros mismos, es siempre más valiosa. Dimas, a pesar de haberse dedicado a la causa del bien y obligado a un gran esfuerzo de cooperación en la obra colectiva, descuidó la práctica metódica de la oración en familia, en su hogar. Por eso tiene defensas personales, pero la residencia se conserva a merced de las visitas de toda índole.

La explicación era significativa. Comencé a comprender la razón del sentimentalismo perjudicial de la familia inconforme. Deseando, con todo, aprender más sobre la desencarnación, pregunté:

–¿Nuestro amigo recién liberado habrá oído la súplica del desventurado hermano?

–Gime bajo una terrible pesadilla, en los brazos maternos, explicó Fabricio al recordar el hecho relatado. Desde hace algunos minutos vigilamos su agitación, notando que recibía choques desagradables, a través del cordón final.

¿Oyendo y viendo las escenas invocadas? –insistí, preguntando.

No llegó a ver ni a oír, integralmente, esa perturbación espontánea, pero vislumbró, sintió, se oprimió y se torturó, perjudicando la conquista de sí mismo. Las fuerzas mentales están revestidas de un maravilloso poder.

Señalando a los grupos que continuaban conversando, dijo:

–Nuestros amigos de la esfera carnal son aún muy ignorantes para el trato con la muerte. En vez de traer pensamientos amigos y reconfortantes, oraciones de auxilio y vibraciones fraternales, lanzan a los recién desencarnados las piedras y las espinas que dejaron en las sendas recorridas. Por eso los muertos que entregan sus restos a los solitarios cementerios de la indigencia son mucho más felices.

Aun no había terminado estas consideraciones, cuando la esposa de Dimas, en un acceso de llanto, se levantó del lecho en que reposaba y avanzó hacia el cadáver, repitiendo su nombre, conmovedoramente:

–¡Dimas! ¡Dimas! ¿Qué voy a hacer? ¿Estaremos separados, entonces, para siempre?...

Como Fabricio se dirigía apresuradamente para el cuarto humilde en que permanecía el desencarnado, le acompañé. La madre del médium hacía esfuerzos para contenerle, pero en balde. Por el hilo plateado se había establecido un vigoroso contacto entre él y su esposa, porque Dimas se irguió, tambaleante, a pesar del cariño materno. Estaba lívido y medio loco. Avanzó hacia la sala mortuoria, rogando paz, pero antes que pudiese aproximarse mucho al cadáver, Fabricio aplicó energías de postración a la esposa imprudente, que fue nuevamente conducida al lecho, ahora sin sentido, mientras que Dimas volvía al regazo materno, menos afligido.

El amigo, me dijo, sereno:

–Hay situaciones en que debemos actuar drásticamente. Nuestro hermano hizo mucho por la armonía de los demás, durante su existencia, y merece una liberación pacífica. Me siento, pues, en el deber de protegerle para que se desembarace de los últimos residuos que aun le unen a la materia densa.

Otros amigos y afines del médium llegaron al hogar, interesados en ayudarle y, como la noche iba muy avanzada, me despedí de todos, regresando al acogedor asilo de Fabiano.

Al otro día, tan pronto como me vio, me dijo el asistente Jerónimo, después del saludo inicial:

–Espero, André, que el velatorio te haya proporcionado útiles e instructivas enseñanzas.

Sí, el asistente hablaba con mucha propiedad y razón. Yo había aprendido mucho, durante la noche. Aprendí que los velatorios no deben ser puntos de referencia para la vida social, sino recintos consagrados a la oración y al silencio.

XV

APRENDIENDO SIEMPRE

Dos horas antes de organizarse el cortejo fúnebre, estábamos en nuestros puestos.

La residencia de Dimas estaba llena de personas de todas clases, además de una apreciable cantidad de entidades espirituales.

Jerónimo, resuelto, entró en la casa, seguido por nosotros.

Se encaminó hacia el rincón donde el recién desencarnado permanecía abatido y somnoliento, bajo las caricias maternas. Noté que el médium liberado tenía ahora su cuerpo periespiritual más perfeccionado, más concreto. Tuve la nítida impresión que, a través del cordón fluídico, del cerebro muerto al cerebro vivo, el desencarnado absorbía los principios vitales residuales del plano fisiológico. Nuestro dirigente le contempló, enternecido, y pidió informes a la madre, que nos dijo:

–Gracias a Jesús, mejoró sensiblemente. Se nota nuestra influencia restauradora y creo que bastará que le desliguemos del último lazo para que vuelva tomar conciencia de sí mismo.

Jerónimo le examinó y auscultó, como un médico experto. Luego, cortó el lazo final, comprobando que Dimas, desencarnado, hacía ahora el esfuerzo del convaleciente al despertar, atontado, al final de un largo sueño.

Solamente entonces noté que si el organismo periespiritual recibía las últimas fuerzas del cuerpo inanimado, éste, a su vez, absorbía también algo de energía del otro, que le mantenía sin notables cambios.

El apéndice plateado era una verdadera arteria fluídica, sustentando el flujo y reflujo de los principios vitales en readaptación. Retirada la última vía de intercambio, el cadáver mostró señales, casi de inmediato, de avanzada descomposición.

El análisis del cadáver de Dimas causaba tristeza.

Innumerables gérmenes microscópicos entraban, como ejércitos voraces, en combate abierto, liberando gases ocultos que revelaban la putrefacción de los tejidos y líquidos en general. Los rasgos del difunto se hallaban alterados, degenerándose también la estructura de los miembros. Los órganos autónomos, a su vez, perdían su forma característica, tumefacta e inmóvil.

Por otra parte, Dimas-libre, es decir Dimas-espíritu, despertaba.

Amparado por la madre, abrió los ojos y los fijó alrededor, como en un impulso de un niño alarmado y llamó a la esposa, con aflicción. Había dormido en exceso, pero alcanzó una sensible mejoría. Veía la casa llena de gente y deseaba saber alguna cosa al respecto. Pero, su madre, acariciándole suavemente, le calmó, aclarando:

–Mira, Dimas: La puerta por la que te comunicabas con el plano carnal, somático, se cerró con tus ojos físicos. Ten serenidad y confianza, porque la existencia, en el cuerpo físico, terminó.

El desencarnado no disimuló una penosa impresión de angustia y la miró con amargura y espanto, identificándola por la voz, un tanto vagamente.

–¿No me reconoces, hijo?

Bastó la pregunta cariñosa, pronunciada con especial inflexión de dulzura, para que el desencarnado se abrazase a la viejita, gritando, en una mezcla de júbilo y sufrimiento:

–¡Madre! ¡Mi madre!... ¿Será posible?

La anciana le mantuvo tiernamente en los brazos y dijo:

–¡Escucha! Contén las emociones que ahora son extremadamente perjudiciales. Mantén el equilibrio, frente a los hechos consumados. Estamos, ahora, juntos, en una vida más feliz. No tengas preocupaciones sobre los que quedaron. Todo será remediado, como conviene, en el momento oportuno. Por encima de cualquier pensamiento que te incline a la prisión en el plano que acabas de dejar, haz valer la confianza sincera y firme en nuestro Padre Celestial.

–¡Oh madre! ¿Y mi esposa y mis hijos?

La sabia benefactora, sin embargo, cortó las palabras, consolándole:

–Los lazos terrenos, entre vosotros, fueron interrumpidos. Dáselos a Dios, con la seguridad de que el Eterno Señor de la vida, a quien de hecho pertenecemos, permitirá siempre que nos amemos unos a los otros.

Dimas la contempló, a través de un espeso velo de llanto, y, antes que pronunciase nuevas preguntas, dijo la madre cariñosamente, presentándole a Jerónimo, que contemplaba la escena, conmovido:

–He aquí el amigo que te desligó de las cadenas transitorias. Pronto, partirás, en su compañía, buscando la ayuda eficiente que necesitas.

Aunque aturdido, el hijo esbozó un silencioso gesto de contrariedad, ante la perspectiva de una nueva separación de la convivencia materna, pero la viejita intervino, agregando:

–Vine hasta aquí porque me llamaste, recurriendo a la Madre Divina, pero no estoy autorizada para llevarte conmigo, por el momento. Pero, el hermano Jerónimo, es un dedicado orientador que te conducirá el servicio de tu recuperación. Ten confianza. Iré a verte cuantas veces sea posible, hasta que nos podamos reunir en otro hogar venturoso, sin las lágrimas de la separación ni las sombras de la muerte.

Enseguida, susurró algunas palabras que solamente Dimas pudo escuchar y, con profunda emoción, le vi abandonar los brazos maternos y avanzar, tambaleante, hacia Jerónimo, besándole respetuosamente las manos. El asistente agradeció el cariñoso gesto de reconocimiento y amor y, dijo:

–Nada hacemos aquí, sino el deber que nos trajo. Guarde su agradecimiento para Jesús, nuestro Benefactor Divino.

El trabajador recién liberado traía la mirada nublada por el llanto, entre la alegría y el dolor, la nostalgia y la esperanza.

La dedicada madre le amparó, una vez más, animándole:

–Dimas, aquí se reúnen diversos amigos tuyos, en manifestación inicial de regocijo por tu venida. Pero, tu posición es la del convaleciente, lleno de cicatrices que exigen cuidado. Habla poco y ora mucho. No te aflijas, ni te lastimes. Por hoy, no preguntes nada más, hijo mío. Sobre todo, se dócil para que nuestro auxilio no sea mal interpretado por la visión deficiente que traes del plano físico. Acompañaremos tus restos hasta la última morada, para que hagas el ejercicio preliminar para el gran viaje que llevarás a cabo, dentro de pocos minutos, apoyado por nuestros amigos, camino del restablecimiento. No temas, pues ya te preparaste para recibir nuestra cooperación, sembrando el bien, en largos años de actividades espiritistas. No des cabida al miedo, que siempre establece peligrosas vibraciones de caída en transiciones como en la que te encuentras.

Luego, conduciéndole a la cámara mortuoria, donde el cuerpo yacía inmóvil, dispuesto para partir, añadió la anciana, bajo la mirada de aprobación que Jerónimo le dirigía:

–Ven a ver el instrumento que te sirvió fielmente durante tantos años. Contéplalo con gratitud y respeto. Fue tu mejor amigo, compañero en la larga batalla redentora.

Y como la viuda y los hijos lloraban lamentándose, advirtió:

–Deploro los sentimientos negativos a los que dan cabida tus seres amados, ignorantes de las realidades del espíritu. No te detengas, Dimas, en las lágrimas que derraman, ya que permanecen en la incomprensión. Este llanto y estas exclamaciones angustiosas no traducen la verdad de los hechos. Tú sabes ahora, más que nunca, que la inmortalidad es sublime. Nunca existió el adiós para siempre. Abstente, pues, de responder, de momento, a las preguntas que tu mujer y tus hijos dirigen al cadáver. Cuando te repongas, volverás a auxiliarles, dedicándoles siempre, un inestimable amor.

Dimas procuró contenerse ante la perturbación general del ambiente doméstico, y, vacilante, se inclinó sobre el ataúd, vertiendo gruesas lágrimas. Se veía el inaudito esfuerzo que hacía para mantener la serenidad en aquellos momentos. Muy cerca, su esposa profería frases de intensa amargura. Sin embargo, obedeciendo a las recomendaciones maternas, él guardaba una discreta actitud de tristeza y ternura.

Noté que Dimas sentía dificultades para esbozar razonamientos, porque intentó en vano articular una oración, en voz alta. Percibiendo su intenso deseo, se aproximó Jerónimo a un sensible hermano encarnado que estaba presente, le tocó la frente con la diestra luminosa y el compañero, declarando sentirse inspirado, se levantó y pidió permiso para pronunciar una breve súplica, en lo que fue atendido y acompañado por todos.

Bajo la influencia del orientador espiritual, el compañero oró sentidamente. Comprobé que Dimas experimentaba un inmenso consuelo, gracias al gesto amigo de Jerónimo.

Después, ante las exclamaciones dolorosas de los familiares, se cerró el ataúd y dio comienzo la procesión silenciosa.

Seguíamos, al final del cortejo, más de veinte entidades desencarnadas, incluyendo al hermano recién liberado.

Abrazado a su madre, Dimas, con pasos inciertos y lentos, oía de ella discretos y sabios consejos.

Entre los muchos amigos del círculo carnal, reinaba un profundo pesar, pero, entre nosotros, imperaba una tranquilidad afectiva y espontánea.

Seguimos en calma, cuando nos acercamos al camposanto.

Una extraña sorpresa me dominó súbitamente. Ninguno de mis compañeros, a excepción de Dimas, que hacía un visible esfuerzo para sosegar, exteriorizó ninguna emoción, delante del cuadro que veíamos. Pero no pude reprimir el espanto que sintió mi corazón. Las gradas de la necrópolis estaban llenas de gente del plano invisible, en gritería ensordecedora. Una verdadera concentración de vagabundos sin cuerpo físico, se apiñaba en la puerta. Dirigían insultos y bromas a la larga fila de amigos del muerto. Pero, al percibir nuestra presencia mostraron su enfado, y uno de ellos, más decidido, después de mirarnos desilusionado, gritó a los demás:

–¡No podemos hacer nada! Está protegido...

Me volví, preocupado, y pregunté al padre Hipólito qué significaba todo aquello.

El ex-sacerdote no se hizo de rogar.

–Nuestra función, acompañando los despojos –dijo, afablemente–, no tiene por finalidad solamente ejercitar al desencarnado para los movimientos iniciales de la liberación. Se destina también a su defensa. En los cementerios acostumbran a reunirse grupos de malhechores, atacando las vísceras cadavéricas, para aprovechar los residuos vitales.

Ante mi extrañeza, Hipólito consideró:

–No te extrañes. El Evangelio, cuando describe el encuentro de Jesús con los endemoniados, se refiere a espíritus perturbados que habitan entre los sepulcros.

Reconociendo mi inexperiencia en materia religiosa, Hipólito continuó:

–Como sabes, las Iglesias dogmáticas de la Tierra poseen erradas nociones acerca del diablo, pero, innegablemente, los diablos existen. Somos nosotros mismos, cuando, desviados de los divinos designios, pervertimos el corazón y la inteligencia, en la satisfacción de caprichos criminales...

–¡Que paisaje más repugnante! –exclamé, sorprendido, interrumpiendo la instructiva explicación.

–Es verdad –asintió el interlocutor–, es ciertamente asqueroso, pero, es un reflejo del mundo, donde, también nosotros, no siempre fuimos leales hijos de Dios.

Después, ante mis ojos atónitos, Jerónimo se inclinó piadosamente sobre el cadáver, en el ataúd momentáneamente abierto antes de la inhumación, y, a través de pases magnéticos longitudinales, extrajo todos los residuos vitales, dispersándoles en la atmósfera, a través de un proceso indescriptible en el lenguaje humano por inexistencia de comparación análoga, para que las entidades inferiores no se apropiasen de ellos.

Terminada la curiosa operación, volví mi atención hacia unos gemidos emitidos en diversas zonas de aquella morada respetable, que parecía un amplio depósito de almas.

Jerónimo conversaba con algunos colegas, mientras la mayoría de los compañeros encarnados, en obediencia a la tradición, lanzaban la clásica palada de tierra sobre el ataúd.

Impresionado con los sollozos que oía en un sepulcro próximo, me acerqué a observar quien los emitía.

Sentada sobre la tierra, una infeliz mujer desencarnada, aparentando unos treinta y pocos años, tenía su cabeza en las manos, quejándose en un tono conmovedor.

Compadecido, le toqué la espalda y le pregunté: –¿Qué le pasa, hermana?

–¿Qué me pasa? –gritó ella, fijando en mis sus grandes ojos de loca ¿No lo sabe? ¡Oh! usted me llama hermana... ¿Quién sabe si puede hacer algo para que mi conciencia vuelva en sí misma? ¡Si es posible, ayúdeme por piedad! No sé diferenciar lo real de la ilusión... Me llevaron a un hospital y entré en esta pesadilla que usted está viendo.

Intentaba levantarse, en balde e imploraba, extendiéndome las manos:

–¡Señor, necesito volver! ¡Lléveme a casa, por favor! ¡Necesito volver a ver a mi esposo y a mi hijito!... ¡Si esta pesadilla se prolonga, soy capaz de morir!... ¡Despiérteme, despiérteme!...

¡Pobre criatura! –exclamé, sin curiosidad, ante la compasión que el triste cuadro provocaba– ignora que su cuerpo volvió al lecho de cenizas. No podrá ser útil al esposo y al hijito, en semejantes condiciones de desesperación.

Me miró, angustiada, como si quisiese deshacerse en un ataque de rebeldía inútil. Pero antes que explotase en rugidos de dolor, dije:

¿Ya rezó, amiga mía? ¿Se acordó de la Divina Providencia?

¡Quiero un médico, rápido! ¡Sólo oigo a sacerdotes! –gritó irritada– ¡No puedo morir... despiértenme! ¡Despiértenme!...

–Jesús es nuestro Médico Infallible –volví a decir– y la oración es como un remedio providencial para que Él la asista y la cure.

La infeliz, parecía distanciada de cualquier noción de espiritualidad. Intentando agarrarme con las manos llenas de manchas extrañas, aunque no me alcanzase, gritó:

–¡Llaman a mi marido! ¡No soporto más! ¡Me estoy pudriendo!.. ¡Oh! ¿Quién me despertará?

De la furia afligida, pasó al llanto humilde, hiriendo mi sensibilidad. Comprendí, entonces, que la desventurada sentía todos los fenómenos de la descomposición cadavérica y, examinándola detenidamente, reparé que un hilo singular, sin la luz plateada que caracterizaba al de Dimas, pendía de su cabeza, penetrando suelo adentro.

Iba a aconsejarle, de nuevo, recordándole los recursos sublimes de la oración, cuando se acercó, a mí, un trabajador de nuestro plano, informándome, con espontánea bondad:

–Amigo mío, no se preocupe.

La advertencia no sonó bien en mis oídos. ¿Cómo no preocuparme, delante de la infortunada mujer que decía ser esposa y madre? ¿Cómo no intentar arrancarla de la peligrosa ilusión? ¿No sería justo consolarla, esclarecerla? No contuve la serie de preguntas que afloraban de mi mente a la boca.

Lejos de perturbarse, el interpelado, me respondió tranquilamente:

–Comprendo su extrañeza. Debe ser la primera vez que frecuenta un cementerio como éste. Le falta experiencia. En cuanto a mí, ocupé el puesto de asistencia espiritual de esta necrópolis.

Desarmado por la serenidad del interlocutor, me calmé y volví a mi primera actitud. Reconocí que el local, a pesar de estar repleto de entidades vagabundas, no estaba desprovisto de servidores del bien.

–Somos sólo cuatro compañeros –prosiguió la entidad–, y, es cierto, no podemos atender a todas las necesidades del servicio. Pero crea que velamos por la solución de todos los problemas fundamentales. A pesar de nuestro cuidado, no podemos, todavía, olvidar el imperativo del sufrimiento benéfico para todos aquellos que vienen hasta aquí, después de un deliberado desprecio por los sublimes patrimonios de la vida humana.

Alcancé el sentido oculto de esas explicaciones. El cooperador quería decir, naturalmente, que la presencia, allí, de malhechores y ociosos desencarnados se justificaba en base del gran número de ociosos y malhechores que se apartan diariamente de la Corteza de la Tierra. Era el *similia similibus curentur*¹² en acción, cumpliéndose los dictámenes de la Ley del Progreso. Castigándose y flagelándose, mutuamente, alcanzarían los desviados la noción del verdadero camino salvador.

Me fijé en la infeliz y expuse mi propósito de estudiarla.

–Es inútil –dijo el servicial guardián, experto en los conocimientos de justicia y seguro en la práctica, por la convivencia diaria con el dolor– nuestra desventurada hermana permanece bajo un gran desorden emocional. Está totalmente loca. Vivió treinta y tantos años en la carne, absolutamente ajena a los problemas espirituales. Gozó, hasta la saciedad, de la vida física. Después de un feliz matrimonio, realizado sin ninguna preparación de orden moral, se quedó embarazada, situación esta que rechazó por completo, precipitándose, por falsa superioridad, en extravagantes condiciones fatales. Llamada al testimonio edificante de la abeja laboriosa, en la colmena del hogar, prefirió la posición de la mariposa voluble, sedienta de novedades efímeras. El resultado fue funesto. Terminado el parto difícil, sobrevinieron infecciones y fiebre maligna, aniquilando su organismo. Supimos que, en los últimos instantes, los vahídos del hijito tierno despertaron sus instintos de madre y la infortunada combatió ferozmente con la muerte, pero ya era tarde. Atada a sus restos por su propia conveniencia, se ha destacado aquí por su inconformismo. Varios amigos visitantes, en costosa tarea de beneficio a los recién desencarnados, han venido a la necrópolis intentando liberarla. Pero, la pobrecita, después de atravesar su existencia inmersa en un sólido materialismo, no sabe asumir la menor actitud favorable al estado receptivo de auxilio

¹² “*Similia similibus curentur*” frase latina que significa “lo similar cura lo similar” (nota del traductor).

superior. Exige que el cadáver reviva y cree estar en una atroz pesadilla, lo que sólo hace agravar su desesperación. Los benefactores, están a la espera de manifestaciones que indiquen mejoras íntimas, porque sería peligroso forzar la liberación, por la probabilidad que tiene la infeliz de entregarse a los malhechores desencarnados.

Señalé el lazo fluídico que le unía al cuerpo físico sepultado y observé:

–Pero la pobre sufre la desintegración del cuerpo físico con terribles tormentos, conservando la impresión de estar unida a la materia putrefacta. ¿No tenemos recursos para aliviarla?

Tomé la actitud espontánea de quien deseaba intentar la medida liberadora y pregunté:

–¿Quién sabe si llegó el momento? ¿No sería razonable cortar el lazo?

–¿Qué dice? –objetó, sorprendido, el interlocutor– ¡No, no puede ser! Tenemos órdenes.

–¡Por qué esa exigencia tan grande? –insistí.

–Si desatásemos los lazos, ella regresaría, intempestivamente, a su hogar, poseída por la rebeldía, a destruir lo que encontrase. No tiene derecho, como madre infiel al deber, de atormentar con su pasión desvariada el cuerpecito tierno del hijo y, como esposa desatenta a las obligaciones, no debe perturbar el servicio de recomposición psíquica del compañero honesto que le ofreció en el mundo lo que poseía de mejor. Es ley natural que el labrador recoja de acuerdo con lo que ha sembrado. Cuando calme las pasiones volcánicas que consumen su alma, cuando humille su corazón voluntarioso, respetando la paz de los seres amados que dejó en el mundo, entonces será liberada y dormirá un sueño reparador, en una estancia de paz que nunca falta al necesitado que agradezca las bendiciones de Dios.

La lección era dura, pero lógica.

La infortunada criatura, ajena a nuestra conversación, proseguía gritando, como una demente encerrada en una dolorosa prisión.

Intenté ampliar mis observaciones, pero el servidor me llamó a otras zonas, de donde partían gemidos estridentes.

–Son varios infelices, en la vigilia de la locura –dijo con calma.

Y señalando a un viejo desencarnado, en cuclillas sobre su propia sepultura, comentó:

–Venga y escúchele.

Acompañando a mi nuevo amigo, noté que el sufridor se mantenía igualmente en unión con el fondo.

–¡Ay, Dios mío! –decía– ¿quién guardará mi dinero? ¿Quién guardará mi dinero?

Observando que nos aproximábamos, rogaba, y suplicaba:

–¿Quién son? ¡Quieren robarme! ¡Socórranme, socórranme!...

En balde le dirigí palabras de valor y consuelo.

–No oye –informó el vigilante– su mente está llena de imágenes de monedas, letras, cédulas y escrituras. Va a permanecer bastante tiempo en la presente situación y, como ve, no podemos, en sana conciencia, facilitar su retirada, porque iría a castigar a los herederos y a atormentarles diariamente.

Como no pude disimular el asombro que invadió mi corazón, el servidor optimista afirmó:

–No hay motivo para tanto asombro. Estamos delante de infelices, a los que no les falta protección y esperanza. Hay otros tan acentuadamente furiosos y perversos que, del fondo oscuro del sepulcro, se precipitan en los tenebrosos despeñaderos de los planos inferiores de la Corteza terrestre, tal es el estado deplorable de sus conciencias, atraídas hacia las densas tinieblas.

Con la tranquilidad del colaborador consciente del servicio a realizar, añadió:

–Según podemos apreciar, si hay alegría para todos los gustos, hay también sufrimiento para todas las necesidades.

En este instante, Jerónimo me llamó a mi puesto.

Agradecí al amable informante, profundamente emocionado por lo que había visto, y me despedí de él. En el cementerio ya no había encarnados y el propio sepulturero se dirigía a la salida.

Fue conmovedor el adiós entre Dimas y la madre, que prometió visitarle, siempre que fuese posible.

Nosotros, después de mutuos agradecimientos y recíprocos votos de paz, nos sentimos, en fin, en condiciones de partir.

Pero, antes, mi curiosidad inquisidora deseaba entrar en acción. ¿Cómo se sentiría Dimas, ahora? ¿No sería interesante consultar las opiniones y los informes? Podría quizás proporcionarme un testimonio valioso para cualquier esclarecimiento en el futuro que pudiese prestar a otros.

Personalmente, en referencia a mi desencarnación, no pude recoger estos detalles, ya que la muerte me había sorprendido en un absoluto alejamiento de las tesis de la vida eterna, y, en el postrero trance carnal, mi inconsciencia fue completa.

Nuestro dirigente percibió mi propósito y dijo, de buen humor:

–Puedes preguntar a Dimas lo que desees saber.

Le manifesté mi agradecimiento, mientras el recién liberado se prestaba, bondadosamente, a mis deseos.

–¿Siente todavía los fenómenos del dolor físico? –comencé.

–Guardo la impresión integral del cuerpo que acabé de dejar –respondió él, delicadamente. Noto, sin embargo, que, al desear permanecer al lado de los míos, y continuar donde siempre estuve durante muchos años, vuelvo a experimentar los padecimientos que sufrí, pero, al conformarme con los designios superiores, me siento después más leve y reconfortado. A pesar del poco tiempo que hace que me siento despierto, ya pude tomar nota de esa observación.

–¿Y los cinco sentidos?

–Los tengo en perfecta función.

–¿Siente hambre?

–Llego a notar el estómago vacío y quedaría satisfecho si recibiese algo de comer, pero ese deseo no es incómodo o torturante.

–¿Y sed?

–Sí, aunque no sufro por eso.

Iba a continuar mi curioso interrogatorio, pero Jerónimo, sonriente, me dijo:

–Puedes intensificar el relato de las impresiones, cuanto desees, interesado como estás en colaborar en la creación de la técnica descriptiva de la muerte, teniendo en cuenta, no obstante, que no se producen dos desencarnaciones rigurosamente iguales. Las impresiones dependen de la posición espiritual de cada uno.

Sonreímos todos, ante mis impulsos de saber, y, amparando a Dimas, cariñosamente, realizamos, satisfechos, el viaje de vuelta.

XVI

EJEMPLO CRISTIANO

De acuerdo con la hoja de ruta trazada por el asistente, Hipólito y Luciana quedarían en la Casa Transitoria, atendiendo a las necesidades apremiantes de Dimas recién liberado, mientras nosotros dos acompañaríamos a Fabio, en proceso de desencarnación.

–Fabio permanece en una excelente forma –nos aclaró el orientador– y no exigirá una cooperación complicada. Pudo preparar, con relación a su muerte física, no solamente a sí mismo, sino también a sus parientes, que, en vez de preocuparse como acontece comúnmente, serán útiles colaboradores de nuestra tarea.

Jerónimo se expresaba con sólidas razones porque, realmente, Dimas se mostraba en un estado de lamentable abatimiento. A pesar de la fe que animaba su espíritu, las nostalgias de su hogar le infundían una inexpresable angustia. A veces, terminada la conversación serena en que se revelaba tranquilo y seguro en las palabras, se ponía a gemir dolorosamente, llamando a su esposa e hijos, inquieto. En tales momentos, volvía a los síntomas de la molestia que había destruido su cuerpo físico, y con dificultad, conseguíamos sustraerle a la extraña psicosis, haciéndole regresar a la posición normal. Intentaba desprenderse de nuestra influencia amiga, como si hubiera enloquecido repentinamente, en el propósito de huir sin rumbo cierto. Gritaba, gesticulaba, se afligía, como un sonámbulo inconsciente.

No pude disimular la sorpresa que me asaltó ante esa ocurrencia. Si estuviésemos tratando con una criatura ajena a los servicios de la espiritualidad superior, sería comprensible el cuadro que se desarrollaba ante nuestros ojos, pero Dimas había sido un instrumento dedicado del Espiritismo cristiano, que consagró su existencia a la consoladora doctrina que cambia la tumba vacía por la vida eterna. Sabía de antemano, en el plano físico que sería sometido a las lecciones de la muerte y que no le faltarían ricas posibilidades de continuar junto a su familia, ya separada de él, aparentemente, según el simple punto de vista material. ¿Por qué se producían semejantes disturbios? ¿No merecía una excepcional atención de nuestros superiores jerárquicos?

En una ocasión oportuna expuse a nuestro asistente estas cuestiones. Jerónimo, sin sorprenderse, me respondió, con buen humor:

–Debes saber, André, que cada uno de nosotros es, por sí mismo, todo un mundo. Los esclarecimientos y consuelos son dádivas de Dios, nuestro Padre, pero las convicciones y realizaciones son obra nuestra. Cada servidor tiene su escala propia de edificaciones, en la tabla de valores inmortales. Una clase recibe las mismas enseñanzas en general para todos los alumnos que la integran, que luego se diferencian por su aprovechamiento particular. El mérito no es un patrimonio común, sino que desafía a todos los caminantes de la vida hacia la suprema elevación. Dimas fue un destacado discípulo del Evangelio, principalmente en el sector de asistencia y difusión, pero, en cuanto a sí mismo, no realizó un aprovechamiento integral de las lecciones recibidas. Esparció las simientes de la luz y de la verdad, se dedicó largamente a la causa del

bien, mereciendo, por eso mismo, especial socorro. Pero, en el campo particular, no se preparó, suficientemente. Como ocurre a la mayoría de los hombres, se unió demasiado a su familia, concediéndole un excesivo cariño. Bajo el punto de vista humano, se consagró lo necesario a su esposa e hijos, pero, si bien es verdad que les prodigó mucha ternura, no les proporcionó todo el esclarecimiento de que disponía, que les habría liberado de la esfera pesada de incompreensión. Y ahora, es muy natural, que sufra su asedio. La inquietud de sus parientes le alcanza, a través de los hilos invisibles de la sintonía magnética.

Sonrió, benévolo y continuó:

—Nuestro hermano, innegablemente, mereció el auxilio de nuestro plano, pues consiguió encaminar a prestigiosos amigos que le dedican valiosos servicios de intercepción, pero no se preparó, interiormente, para alejarse del plano físico, por lo que tendrá que invertir algunos días para reponerse.

La enseñanza significaba mucho para mí, que veía a tan dedicado servidor, rodeado de la más honrosa consideración, por parte de las autoridades de nuestro plano, en porfiada lucha consigo mismo para restaurar su propio equilibrio. Y concluí, una vez más, que el amor puede improvisar infinitos recursos de asistencia y cariño, despertando facultades superiores del espíritu, pero que la ley divina es siempre la misma para todos. Se puede recibir ayuda y cooperación fraterna, sin embargo, cada hombre, por sí mismo, se elevará al cielo o descenderá a los infiernos transitorios, de acuerdo a las disposiciones mentales a las que se apegas.

Pasado un corto período de provechosas observaciones y marcada la hora de la liberación del nuevo amigo, Jerónimo y yo volvimos a la Corteza, para cumplir con nuestras responsabilidades.

Nos acercamos al barrio humilde en el que Fabio vivía. La casita era sencilla y encantadora. Rodeada de flores, se veía que todo el escenario merecía la ternura de los moradores.

Desde lo lejos, llegaba el ruido de la enorme ciudad. Multitud de espíritus vagabundos pasaban de largo, en lamentable promiscuidad. En los alrededores se levantaban algunas casas nuevas, que les ofrecían libre acceso haciéndonos entrever la triste influencia de las que eran objeto. En aquella residencia pequeña y humilde, había, sin embargo, paz y silencio, armonía y bienestar. Nos parecía un oasis en medio del desierto.

Entramos.

Nos recibieron tres amigos espirituales. Uno de ellos, Fraga, conocido personal de Jerónimo, nos abrazó, alegre, y anunció que hacían una visita al enfermo, entonces en las últimas horas del cuerpo físico. Nos agradeció el interés por el desencarnante y nos presentó al hermano Silveira, padre de Fabio en la Tierra, que deseaba colaborar con nosotros, en favor de su querido hijo. Estaba satisfecho, informó. El hijo había organizado todas las medidas relacionadas con la próxima liberación, sometiéndose dócil, a los designios superiores. Había tenido una existencia modesta, limitando su vuelo a las ambiciones más nobles, en el culto de la espiritualidad redentora, se había esforzado suficientemente por la tranquilidad familiar, a pesar de innumerables dificultades sufridas en el transcurso de la experiencia que terminaba. Dejaba a su esposa y

dos hijitos amparados en la fe viva, y, aunque no les legase recursos económicos, se apartaba del cuerpo físico jubiloso y reconfortado, con la gloria de haber aprovechado todos los recursos que el Plano Superior le había concedido. Más allá de haberse compenetrado con el Evangelio de Cristo, viviendo sus principios renovadores, con todas las posibilidades a su alcance, Fabio consiguió iluminar la mente de su compañera y construir bases sólidas en el espíritu de los hijitos, orientándoles hacia el futuro.

Se elogiaba de tal forma al compañero, que, al ser admitido en la conversación, arriesgué una pregunta:

–¿Fabio desencarnará en la ocasión prevista?

–Sí –dijo Jerónimo, con gentileza–, tenemos instrucciones. Nuestro amigo desencarnará a su debido tiempo.

Es verdad –confirmó el padre emocionado–, aprovechó todos los recursos que se le confirieron, a pesar de tener el cuerpo débil y enfermo, desde la infancia.

En mi condición de médico siempre interesado en estudiar, comenté:

–Es lamentable que haya renacido en semejante organismo quien sabe servir con tanto valor a la causa del bien...

El padre se sintió en la necesidad de esclarecer el asunto, porque prosiguió, sereno:

–Es un argumento humano a meditar. Cuando estaba en el plano físico, en muchas ocasiones me sorprendí con la salud frágil de Fabio de niño. Desde muy temprano, noté su virtud innata, la inclinación hacia la rectitud y hacia la justicia y las disposiciones congénitas para los trabajos de la fe viva. Pasé largas noches con la justa preocupación de padre, en vista del porvenir incierto. ¿Cómo podría nacer un alma tan sensible y hermosa como la suya, en un cuerpo tan imperfecto? A los doce años, fue atacado de neumonía doble, estando a las puertas de la muerte. Un amigo médico me hizo notar la debilidad del muchachito. Éramos, no obstante, demasiado pobres para intentar tratamientos caros en estancias de reposo. Antes de los catorce años, terminado el curso primario, tuvo que trabajar por la exigencia imperiosa de ganar el pan. Sabía como padre, que Fabio deseaba continuar estudiando, para el perfeccionamiento de sus facultades intelectuales, vista su vocación para el diseño y para la literatura, porque, no pocas veces, lo sorprendí apasionado por el colegio vecino de nuestra casa, atormentado por la envidia al ver a los colegiales. Nuestras condiciones de vida, no obstante, reclamaban un esfuerzo ingente, y mi hijo, lanzado a la lucha, desde muy temprano, no encontró ocasión para sus ideales artísticos. Trabajando en el taller de mecánica, en un ambiente pesado por demás para su constitución física, no lo toleré por mucho tiempo, contrayendo con facilidad la tuberculosis pulmonar.

–¿Pero llegó a saber la causa determinante de la posición física de Fabio, al regresar al plano espiritual? –pregunté.

–Eso representó uno de los primeros problemas que intente aclarar. Pasado algún tiempo, fui debidamente esclarecido. Mi hijo y yo fuimos destacados hacendados en la antigua nobleza rural de Río de Janeiro. En esa época, no muy lejana, Fabio, con otro nombre y en otra forma, era igualmente mi hijo. Le eduqué con desvelado cariño y, por más de una vez, lo envié a Europa, ansioso por elevar su patrón intelectual y celoso de nuestra superioridad financiera. Pero, ambos, cometimos graves errores, sobre todo en

el trato directo con los descendientes de africanos esclavos. Mi hijo era sensible y generoso, pero excesivamente severo con los servidores de las tareas más duras. Les congregaba en la senzala¹³, con severidad rigurosa, y perdimos gran número de trabajadores a causa del aire viciado en la deficiente construcción que Fabio se negó a modificar, simplemente por mantener su punto de vista personal.

Los ojos del narrador brillaban intensamente. Parecía sentirse mal, al contacto de los recuerdos, y añadió con melancolía:

–La historia es larga y les pido permiso para interrumpirla.

Sentí remordimiento por haber provocado la dificultad, pero Jerónimo intervino en mi ayuda.

–No pensemos más en eso –exclamó el asistente de buen humor–, nunca me conformo con la exhumación de cadáveres...

Y mientras la alegría volvía al ambiente, mi orientador añadió:

–Prestemos al enfermo la asistencia posible. Esta noche, lo apartaremos definitivamente del cuerpo carnal.

Nos levantamos y penetramos al cuarto.

Fabio, fundamentalmente abatido, respiraba con dificultad, acusando indefinible malestar. Junto a él, la esposa velaba atenta.

A través de la ventana abierta, el enfermo notó que la ciudad encendía las luces. Irguió los tristes ojos hacia la compañera y comentó:

–Es interesante comprobar cómo la enfermedad se agrava por la noche...

–Es un fenómeno pasajero, Fabio –afirmó la esposa, intentando sonreír.

Entre nosotros, mientras tanto, se iniciaron las providencias para el socorro inmediato. El padre del enfermo se dirigió a Jerónimo:

–Sé que la liberación de Fabio exige un gran esfuerzo. Pero deseaba ayudarle en el último culto doméstico en que tomará parte físicamente al lado de la familia. Por regla general, las últimas conversaciones de los moribundos se graban con más cariño en la memoria de los que se quedan. Por eso, me sería muy agradable ayudarle a dirigir algunas palabras de aviso y estímulo a la compañera.

–Con gran satisfacción –asintió el asistente– colaboraremos en la ejecución de ese propósito. Es conveniente que la familia esté a solas.

–¡Estoy de acuerdo! –dijo el genitor, agradecido.

Reparé en que Jerónimo y Fraga pasaron a aplicar pases longitudinales en el enfermo, observando que dejaban las sustancias nocivas a flor de piel, absteniéndose

¹³ La *Senzala* era un gran alojamiento destinado a servir de vivienda a los esclavos de las haciendas de Brasil. Delante tenía un tronco con cuerdas, para ahorcar y azotar a los negros. Tenían grandes ventanas con rejas y sus habitantes sólo salían de ellas para trabajar durmiendo en paja o en el duro suelo. Los esclavos vivían en las senzalas, separados los hombres de las mujeres y los niños (nota del traductor).

de un mayor esfuerzo para descargarlas de una vez. Terminada la operación, pregunté por los motivos que los llevaban a semejante medida.

–Está muy debilitado, agonizando casi –informó mi dirigente– y hacemos lo posible por beneficiarle, sin aumentar su cansancio.

Las sustancias retenidas en las paredes de la piel serán absorbidas por el agua magnetizada del baño, que será usado en pocos minutos.

Efectivamente, atendiendo a las influencias de los amigos espirituales, que le daban intuiciones indirectamente, Fabio se dirigió a la esposa, expresando el deseo de tomar un suave baño tibio, en lo que fue atendido en pocos instantes.

Jerónimo y Fraga administraron al agua pura ciertos agentes de absorción y ampararon a la esposa, que, a su vez, ayudó al marido a bañarse, como si estuviese satisfaciendo el deseo de un niño.

Noté, admirado, que la operación se hizo acompañar de saludables efectos, sorprendiéndome, una vez más, ante la capacidad absorbente del agua común. La materia fluídica perjudicial fue integralmente retirada de las glándulas sudoríparas.

Terminado el baño, el enfermo volvió al lecho, en pijama, reconfortado físicamente y con el espíritu bien dispuesto. Algunas fricciones de alcohol, llevadas a efecto, completaron la ficticia mejoría.

El reloj marcaba algunos minutos más allá de las siete de la tarde.

Silveira, que se había ausentado, volvió, dirigiéndose a Jerónimo, a quien informó:

–Todo está listo. Conseguiremos la reunión exclusiva de la familia.

El asistente mostró satisfacción y destacó la necesidad de acelerar el ritmo del trabajo. El bondadoso padre desencarnado se puso en marcha. Lo que más favoreció nuestra actuación fue cuando Fabio se dirigió a su esposa, diciendo:

–Creo que no debemos retrasar la oración. Me siento inexplicablemente mejor y deseo aprovechar la pausa de reposo.

Doña Mercedes, la abnegada esposa, trajo a los dos niños, que se sentaron en posición respetuosa de oyentes. Y mientras ella se acomodaba al lado de los pequeños, el enfermo, auxiliado por el padre, abrió el Nuevo Testamento, en la primera epístola de Pablo de Tarso a los Corintios y leyó el versículo cuarenta y cuatro del capítulo quince:

–“Se siembra cuerpo animal, y resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”.

Se hizo un corto silencio, que el enfermo interrumpió, iniciando la oración, conmovido:

–Ruego a Dios, nuestro eterno Padre, que me inspire en la noche de hoy, para que conversemos íntimamente y espero que la Divina Providencia, por intermedio de sus benditos mensajeros, me ayude a enunciar lo que deseo, con la facilidad necesaria. Mientras poseemos plena salud física, mientras los días y las noches corren serenos, suponemos que el cuerpo es propiedad nuestra. Creemos que todo gira en la órbita de nuestros impulsos, pero... al llegar la enfermedad, verificamos que la salud es un tesoro que Dios nos presta, confiando en nosotros.

Sonrió, en calma y confortado. Hasta allí, se veía bien que era Fabio el exclusivo expositor de las palabras. Se expresaba usando el lenguaje usual, pero sin calor ni entusiasmo, dada su situación de extrema debilidad.

Terminando un intervalo más largo, su padre puso la diestra en su frente, manteniéndose en la actitud de quien ora con profunda devoción. Noté, sorprendido, que una corriente luminosa se establecía en el débil organismo, desde la masa encefálica hasta el corazón, inflamando las células nerviosas, semejantes entonces a minúsculos puntos de luz condensada y radiante. Los ojos de Fabio, poco a poco, adquirieron más brillo y su voz se hizo oír, de nuevo, con diferente inflexión. Dirigiendo una tierna mirada optimista y penetrante a la esposa y los hijos, dijo, inspirado:

—Estoy contento por poder intercambiar ideas a solas, dentro de la fe que nos identifica. Es significativa la ausencia de los viejos amigos que nos acompañan en las oraciones familiares, desde hace muchos años. No es sin razón. Precisamos comentar nuestras necesidades, llenos de buen ánimo, dentro de la noción de la próxima despedida. La palabra del apóstol de los gentiles es simbólica en la presente situación. Así como hay cuerpos animales, hay también cuerpos espirituales. Y no ignoramos que mi cuerpo animal, en breve tiempo, será devuelto a la tierra acogedora, madre común de las formas perecederas, en las que nos movemos en la superficie del mundo. Algo me dice al corazón que esta será tal vez la última noche en que me reuniré con vosotros, en este cuerpo...

En los momentos en que el sueño me bendice, me siento en las vísperas de la gran libertad... Veo que amigos iluminados me preparan el corazón y estoy seguro que partiré en la primera oportunidad. Creo que todas las providencias ya fueron llevadas a efecto, en beneficio de nuestra tranquilidad, en estos minutos de separación. No os dejen el dinero, pero me reconforta la certeza de que construimos un hogar espiritual de nuestra unión sublime, lo que siempre lleva a la felicidad imperecedera...

Miró particularmente a su esposa, y lleno de una gran emoción, prosiguió:

—Mercedes, no temas a los obstáculos. El trabajo digno será nuestra fuente bendita de realización. Quiero que sepas que la nostalgia edificante estará siempre en mi espíritu, sea donde sea, nostalgia de tu convivencia y de tu afectuosa dedicación. Esto, sin embargo, no será una pesada cadena, porque nosotros dos aprendimos en la escuela de la sencillez y el equilibrio que el amor legítimo y purificado no prescinde de la comprensión santificante.

Es cierto que necesitaré de mucha paz, para readaptarme a la vida diferente y, por eso, pretendo dejaros con suficiente tranquilidad para que todos nos ajustemos a los designios de Dios. Conozco tu nobleza heroica de mujer amiga del trabajo, desde muy temprana edad, y entiendo la pureza de tus ideales de esposa y madre.

Pero, Mercedes, perdóneme la franqueza en este instante expresivo de la experiencia actual: sé que mi ausencia se hará seguir de problemas tal vez angustiosos para tu espíritu sensible. La soledad se vuelve penosa para la mujer joven, sin la cercanía de los cariñosos lazos de los padres y hermanos, que ya no poseemos en este mundo, cuando no es posible conservar la misma vibración de fe, a través de las diversas circunstancias del camino... no te puedo exigir fidelidad absoluta a los hilos materiales

que nos unen, porque sería ejercer una cruel opresión con el pretexto del amor. Más allá de eso, nada quebrará nuestra alianza espiritual, definitiva y eterna.

Observé que Fabio tosía, fuertemente emocionado. Transcurridos algunos segundos de breve pausa, continuó, irradiando de sus ojos verdadero amor y sinceridad fiel:

—Por eso, Mercedes, aunque tengamos prevista tu posición futura en el trabajo honesto, quiero decirte que quedaré muy satisfecho si Jesús te envía a un compañero digno y leal hermano. Si eso sucede, querida, no lo rechaces. Felizmente, para nosotros, cultivamos la unión eterna del alma, sin que el monstruo de los celos desvariados guarde nuestro castillo afectivo... No sabemos cuántos años te quedan de peregrinación por este mundo. Es probable que la voluntad Divina prolongue por más tiempo tu permanencia en la Tierra, y, si me fuere posible, cooperaré para que no estés sola. Nuestros hijos, aún frágiles, necesitan un amparo amigo en la orientación de la vida práctica...

Mercedes, enjugando los ojos llenos de lágrimas, esbozó el gesto de quien iba a protestar, pero se adelantó el enfermo, añadiendo:

—Ya sé lo que vas a decir. Nunca dudé de tu virtud incorruptible ni de tu desvelado amor. Ni pierdo interés por la abnegada compañera de lucha que el Señor me confió. Pero, debes reconocer que hemos vivido en profunda comunión espiritual y debemos encarar, con sinceridad y lógica, mi próxima partida. Si consigues triunfar en todas las necesidades de la vida humana, manteniéndote a la altura de las exigencias naturales de la existencia terrestre, Jesús compensará tu esfuerzo con la corona de los bienaventurados. Sin embargo, no busques alcanzar la cumbre gloriosa de la plena victoria espiritual en un solo vuelo. Nuestros corazones, Mercedes, son como las aves: algunas ya conquistaron la prodigiosa fuerza del águila, otros, sin embargo, guardan, aún, la fragilidad del gorrión. Sufriría, de hecho, a mi vez, si te viese afrontando la montaña redentora, con falsa energía. No tengas miedo. Las criaturas perversas no asustan a las almas prudentes. El Señor nos concedió suficiente luz espiritual para discernir. Jamás podrás ser víctima de explotadores inconscientes, porque el Evangelio de Jesús está colocado delante de tus ojos para iluminar el camino escogido. Por lo tanto, la observación y el juicio, el ejercicio espiritual y la inspiración de orden superior, permanecerán al servicio de tus decisiones sentimentales. Y créeme que haré todo, en espíritu, por ayudarte en ese sentido.

Sonrió con esfuerzo, mientras la esposa lloraba discretamente.

Después de una larga pausa, dijo:

—Si pudiese, te traeré estrellas del firmamento para adorno de tus esperanzas. Estarás siempre viva en mi corazón, pero amaré también a todos aquellos que tú ames.

Enseguida, después de mirar detenidamente a los hijitos, comentó:

—La palabra del Evangelio nos reconforta y nos esclarece como se hace indispensable. En breve tiempo, me reuniré a los nuestros en la vida mayor. Perderé mi cuerpo animal, pero conquistaré la resurrección en el cuerpo espiritual, para esperaros, con alegría.

El enfermo había realizado un gran esfuerzo. Estaba fatigado.

El padre retiró la diestra de la frente de Fabio, desapareciendo la corriente fluídico-luminosa que le había ayudado a pronunciar aquella impresionante alocución de amor acrisolado.

Demostrando una sublime serenidad en los ojos brillantes, se recostó en los voluminosos almohadones, algo abatido.

Mercedes se compuso el rostro, alejando los vestigios de las lágrimas, y dijo al hijito mayor:

–Carlindo, tú harás la oración final.

Fabio mostró una gran satisfacción en el semblante, mientras el muchachito se levantaba, obediente a la recomendación oída. Con naturalidad, recitó una corta oración que había aprendido de los labios maternos:

–Poderoso Padre de los cielos, bendícenos concediéndonos la fuerza precisa para la ejecución de tu ley, traída al mundo con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Haznos mejores hoy para que podamos encontrarte mañana. Si lo permites, Dios mío, nosotros te pedimos la salud de papá, de acuerdo con tu soberana voluntad. Así sea!...

Terminada la rogativa y cuando los pequeños besaban a su mamá, antes de irse a dormir, el enfermo pidió a su esposa, con humildad:

–Mercedes, si estás de acuerdo, me sentiría feliz de besar, hoy, a los niños...

La señora asintió, conmovida.

–Tráeme un pañuelo nuevo –solicitó el esposo, enternecido. La dueña de la casa, en pocos instantes, se lo trajo. Emocionado, vi que el padre aplicó el blanquísimo paño a la cabellera de los niños y besó el lino en vez los cabellos. Con todo, había tanta alma, tanto fervor afectivo en aquel gesto, que reparé en el foco de luz que salía de su boca, alcanzando la mente de los pequeñitos. El beso se saturaba de magnetismo santificante. Jerónimo, conmovido de manera especial, se dirigió a mí, con voz susurrante:

–Otros verán microbios, nosotros vemos amor...

Después, la pequeña familia se recogió. El enfermo se sentía singularmente mejor, bien dispuesto.

En nuestro grupo había alegría general.

Los niños se durmieron sin demora y fueron conducidos por Fraga fuera del cuerpo físico, a un paisaje de alegría, de manera que se entretuviesen, descuidados...

A solas con el enfermo y la esposa, que intentaba conciliar el sueño, iniciamos el servicio de liberación.

Mientras Silveira amparaba al hijo, con indefinible cariño, Jerónimo aplicó al enfermo pases anestésicos. Fabio se sintió acariciado por deliciosas sensaciones de reposo. En seguida, el asistente se detuvo en una complicada operación magnética sobre los órganos vitales de la respiración y observé la ruptura de un importante vaso. El paciente tosió y, rápidamente, la sangre fluyó a la boca a borbotones.

Mercedes se levantó, asustada, pero el esposo, hablando difícilmente, la tranquilizó:

–Puedes llamar al médico pero Mercedes... no te preocupes... es el final...

Mientras Jerónimo proseguía separando el organismo periespiritual del cuerpo débil, Mercedes pidió el socorro de un vecino, que salió a buscar al médico.

El médico no tardó en llegar, pero en balde aplicaron adrenalina, una sangría en el brazo, los sinapismos en los pies y las ventosas secas en el pecho. La sangre, a borbotones rojos, fluía siempre, siempre...

Noté que Jerónimo repetía el proceso de liberación practicado con Dimas, pero con una tremenda facilidad. Después de la acción desenvuelta sobre el plexo solar, el corazón y el cerebro y una vez desatado el *nudo vital*, Fabio fue completamente apartado del cuerpo físico. El cordón fluídico-plateado brillaba con hermosa luz. Amparado por su padre, el recién liberado descansaba, somnoliento, sin conciencia exacta de la situación.

Supuse que el caso de Dimas se repetiría, allí, detalle a detalle; sin embargo, una hora después de la desencarnación, Jerónimo cortó el apéndice luminoso.

–Está completamente libre –declaró mi orientador, satisfecho.

El padre enternecido depositó sobre la frente del hijo desencarnado, en suave sueño, un beso impregnado de amor y lo entregó a Jerónimo, afirmando:

–No quiero que me reconozca de momento. No sería provechoso llevarle ahora a recuerdos del pasado. Le encontraré más tarde, cuando deba partir de la institución socorrista hacia las zonas más altas. Puede llevárselo sin pérdida de tiempo. Me encargaré de velar por el cadáver, inutilizando los últimos residuos vitales contra el abuso de cualquier entidad inconsciente y perversa.

El asistente, emocionado, le dio las gracias, y partimos, conduciendo el sagrado depósito que nos había sido confiado.

Mientras proseguíamos, subiendo por el espacio, contemplé, respetuoso, el primer anuncio de la aurora y, observando a Fabio adormecido, tuve la impresión de que las gloriosas puertas del cielo se iluminaban de sol para recibir a aquel hombre, de sublime ejemplo cristiano, que subía victorioso, de la Tierra.

XVII

RUEGO SINGULAR

Mientras Dimas se recuperaba lentamente, Fabio cobraba fuerzas con notable rapidez. Los largos y difíciles ejercicios de espiritualidad superior, llevados a efecto en la Corteza, fructificaban, ahora, en bendiciones de serenidad y comprensión. Ambos reposaban, en la Casa Transitoria, amparados por la simpatía general de la institución que dirigía la hermana Zenobia. Al mismo tiempo manteníamos constantes cuidados, junto a los demás amigos, principalmente al pie de Cavalcanti, cuya situación orgánica empeoraba siempre, en las proximidades del fin.

Dimas, con el ejemplo de Fabio, tenía nuevos ánimos. Reaccionaba mejor frente a las exigencias de la familia terrestre y consolidaba su propia serenidad, con la precisa eficiencia. El ex-tuberculoso, iluminado y feliz, notaba que otros horizontes se abrían a su espíritu sensible y bondadoso. Podía levantarse a voluntad, transitar por las diversas secciones en que se subdividían los trabajos del instituto y daba gusto verle interesado en los estudios referentes a los planos elevados del universo sin fin. Experimentaba tranquilidad. No era un genio de las alturas, no había finalizado sus necesidades de sabiduría y amor, pero era un siervo distinguido, con una posición envidiable por los débitos pagados y por la venturosa posibilidad de proseguir camino de altas y gloriosas cumbres del conocimiento. La hermana Zenobia le oía con mucho gusto, en los cortos minutos de descanso y, frecuentemente, manifestaba a Jerónimo sus agradables impresiones respecto a él.

Tanta alegría provocó el discípulo fiel, con la disciplina emotiva de la que daba testimonio, que nuestro asistente tomó la iniciativa de traer a su esposa en una corta visita. Me acuerdo de la conmoción de Mercedes al penetrar al pórtico del instituto, llevada por el brazo amigo de nuestro orientador. Estaba atónita, deslumbrada, estática. No poseía conciencia perfecta de la situación, pero mostraba un sublime agradecimiento. Conducida a la sala donde su compañero la esperaba, se arrodilló instintivamente. Nos sensibilizamos todos, ante este gesto de espontánea humildad.

Fabio, sonriente, disimulando la fuerte emoción, le dirigió la palabra, diciendo:

¡Levántate, Mercedes! ¡Compartimos ahora la felicidad inmortal!

La esposa, sin embargo, dichosa, se mantenía en comprensible silencio. El amigo se adelantó, la levantó y la abrazó con infinito cariño.

–¡No te asustes con la viudez, querida mía, estaremos siempre juntos! ¿Te acuerdas de nuestra última conversación?

Mercedes entreabrió los labios e hizo una señal afirmativa.

–¡Dime algo de los niños! –pidió el consorte desencarnado, sonriendo– no dices nada... ¿Por qué? ¡Habla, Mercedes, habla! ¡Muéstrame tu alegría!

La esposa fijó en él, con más atención, sus ojos tiernos y brillantes y le dijo, llorando de júbilo:

–Fabio, estoy agradeciendo a Jesús la gracia que me concede. ¡Soy muy feliz, volviendo a verte!...

Por su cara corrían copiosas lágrimas. Después de una breve pausa, dijo:

–Los niños van bien. Nos acordamos de ti sin cesar... Todas las noches, nos reunimos en oración, implorando a Dios, nuestro Padre, que te conceda alegría y paz en la vida diferente en la que estás.

Se hizo otra pausa en que la noble señora intentó contener el llanto.

Quiero comentarte –prosiguió– que ya estoy trabajando. Don Federico, nuestro viejo amigo, me dio una ocupación. Carlindo cuida del hermano, mientras me ausento, y creo que nada nos faltará en sentido material. Tenemos sólo...

Y la dedicada esposa se calló con expresiva reticencia, recelosa tal vez de ofenderle.

–¡Sigue! –dijo el compañero, sensibilizado.

–¿No te molestará –dijo Mercedes, reanimándose– si te hablo de nostalgia? En nuestras comidas y oraciones, hay un lugar vacío, que es el tuyo. Sin embargo, que hago lo posible por no herirlo. Coloqué mentalmente la presencia de Jesús, nuestro Maestro invisible, donde tú estabas siempre. De ese modo, tu ausencia en casa está llena de confianza fervorosa en este Amigo cierto que me enseñaste a encontrar...

Me di cuenta que el esposo, a pesar de la elevación que le caracterizaba, hizo un visible esfuerzo para no llorar. Pareciendo optimista, comentó:

–No apagues la luz de la esperanza. No me enfado al saber que estáis nostálgicos, pues también yo siento la falta de tu presencia, de su ternura, de la caricia de nuestros hijos, pero me quedaría contrariado si supiese que la tristeza inundó nuestro alegre nido. Ten valor y no desfallezcas. Tan pronto como sea posible, retomaré mi lugar, como espíritu. Estaré contigo en el trabajo diario, te asistiré en los ejercicios de la oración y respiraré la atmósfera de tu cariño. Por el momento, es necesario escudarnos en la fortaleza de ánimo y no me olvido de tu amorosa ayuda. Me siento rodeado de buenos amigos que no nos olvidan y, ¿quién sabe si estaremos juntos, de nuevo, en un porvenir no lejano? Me han dicho que la Divina bondad me concedió el ingreso en una Colonia de trabajo santificante, para proseguir en mis servicios de elevación. Quizás pueda construir un nido diferente y más bello para aguardarte. Oigo decir, Mercedes, que el sol es mucho más lindo en ese paisaje de encantadora luz y que, por la noche, los árboles floridos parecen a hermosos candelabros, porque las flores maravillosas retienen el resplandor divino...

En ese instante, una pregunta asaltó mi mente. Si Fabio había hecho tantos amigos en nuestro núcleo de servicio, desde otro tiempo, hasta el punto de merecer una especial consideración, ¿Cómo se mostraba ignorante respecto a las noticias de nuestro plano? Sinteticé muchas preguntas en una corta al asistente Jerónimo, quien me respondió:

–La muerte no hace milagros. Volver a tomar todos los recuerdos es también un servicio gradual, como cualquier otro que envuelve actividades divinas de la naturaleza.

Me callé, atento.

Mirando a Mercedes, enternecido, el marido recién liberado decía:

—¿Crees que no vale la pena sufrir, de algún modo, para conseguir ese sagrado patrimonio? Nuestros hijos crecerán rápidamente, las luchas serán breves, las situaciones carnales transitorias. No te desanimes. La providencia jamás empobrece y nos enriquecerá con sus bendiciones.

Mostró a la esposa una hermosa expresión en su semblante feliz y, movilizandolas más íntimas energías del alma, se mantuvo, por algunos instantes, con las manos unidas, como agradeciendo a Dios el inmenso júbilo de aquella hora.

Jerónimo hizo una significativa señal, avisando en silencio que había finalizado el tiempo de la visita.

La hermana Zenobia, que acompañó la escena, conmovida, junto a nosotros, tomó una flor semejante a una gran camelia dorada y se la dio a Fabio, para que se la diese a la compañera.

Mercedes la tomó, poniéndosela junto al corazón. Nuestro dirigente se acercó a mí y me notificó:

—André, acompáñanos a la corteza. Nuestra amiga perdió una gran porción de fuerzas con la emoción y nos será útil tu cooperación en la vuelta.

Se despidió la viuda y, en poco tiempo, era reconducida al hogar. Y, aún ahora, al relatar la experiencia, me acuerdo de la extraña sensación de felicidad que Mercedes sintió, al despertar en el lecho con la perfecta impresión de guardar la delicada flor entre los dedos.

Todo, pues, transcurría bien en el círculo de los trabajos encomendados, cuando nuestro mentor fue llamado por la autoridad superior de nuestra colonia. Esperé impaciente su regreso, porque Jerónimo, en obediencia a las determinaciones recibidas, debería partir, inmediatamente, para una reunión importante.

Nos recomendó esperarle, en servicio en la Casa Transitoria, destacando que sería breve.

De hecho, no tardó más de un día. Al regresar, nos informó sobre la novedad. La hermana Albina había sido autorizada a permanecer en la Corteza Planetaria por más tiempo, razón por la cual la desencarnación se aplazó sin fecha exacta. Una rogativa había influido decisivamente en el asunto. Había entrado en juego una imperiosa exigencia que nuestra colonia examinó con la debida consideración. En vista de eso, se había renovado el programa de la misión que traíamos. Por lo que en vez del auxilio para la liberación, la vieja educadora recibiría fuerzas para permanecer en la Corteza. Debíamos buscar su residencia, sin pérdida de tiempo, proporcionando a su organismo los posibles recursos magnéticos a nuestro alcance.

Quise preguntar alguna cosa y enterarme de los detalles.

Sin embargo, Jerónimo acostumbraba a decir con provecho todo lo que necesitábamos saber, y no me correspondía obligarle a que me diera cualquier información anticipada. ¿Por qué se había modificado una decisión de tanta importancia? ¿Quién poseía, en suma, tanto poder en la oración, para tener influencia en las directivas de nuestra Colonia espiritual? ¿Sería justo el aplazamiento? ¿Por qué motivo una determinada súplica imponía la renovación de la ruta a seguir?

El asistente percibió las preguntas que se cruzaban en la mente y dijo:

–No te tortures, André. Sabrás todo en el momento oportuno. Y, esbozando una corta programación del servicio, añadió:

–Vámonos, Hipólito y Luciana velarán por los convalecientes.

Pero, en el camino, no resistí. Pedí permiso para que me resumiese la nueva deliberación, y Jerónimo asintió, esclareciendo:

–La medida no debe provocar admiración. Nadie, excepto Dios, posee poderes absolutos. Todos nosotros, en el desarrollo de las tareas conferidas a nuestras responsabilidades, experimentaremos limitaciones en los atributos o en el aumento de deberes, según los designios superiores. El futuro puede ser calculado en líneas generales, pero no podemos prejuzgar sobre el sector de la interferencia divina. El Padre efectúa la organización universal con independencia ilimitada en el campo de la Sabiduría infalible. Nosotros cooperamos con relativa libertad en la obra del mundo, sujetos a la necesaria y esclarecedora interdependencia, en virtud de la imperfección de nuestra individualidad. Dios sabe, mientras nosotros ni siquiera imaginamos saber.

Y, con expresivo gesto de buen humor, prosiguió:

–No existe, por lo tanto, novedad propiamente dicha. Además, es justo considerar que la desencarnación de Albina no es susceptible de ser aplazada por mucho tiempo. El organismo que la sirve está gastado y la nueva resolución se destina apenas a remediar una difícil situación, trayendo beneficios a mucha gente. La oración, en cualquier ocasión, mejora, corrige, eleva y santifica. Pero solamente cuando establece cambios en el camino, como el de hoy, es que, por encima de las circunstancias comunes, se encuentra el interés colectivo. Aún así, la medida prevalecerá por poco tiempo, esto es, sólo mientras dure la causa que la motiva.

Recordé una experiencia anterior¹⁴, en que observé a cierto hermano recibiendo algunos días de añadidura a la existencia del cuerpo, para poder solucionar problemas particulares, y comprendí la alteración que hubo. Pero, de cualquier modo, mi sorpresa no era disparatada, porque constituíamos una comisión de trabajo definido, con actividades trazadas por superiores jerárquicos. En el caso que cité, había visto a amigos de nuestro plano intercediendo junto a otros, en beneficio de terceros. Sin embargo, en la cuestión en examen, se trataba de un pedido de la Corteza, actuando directamente en nuestro núcleo distante.

Conservando, pues, mi curiosidad insatisfecha, acompañé al asistente hasta el confortable apartamento en que residía la interesada.

Los pronósticos acerca del estado físico de la enferma no eran buenos. Su espíritu, no obstante, se mantenía en calma y confiado, a despecho de la profunda perturbación orgánica.

No sólo el corazón y las arterias presentaban síntomas graves: también el hígado, los riñones y el aparato gastrointestinal. La disnea la castigaba, intensamente.

Llegamos en el instante en que un grupo de jóvenes, catorce en total, hacía alrededor de la enferma el culto doméstico del Evangelio. Mientras oraban, antes de los

¹⁴ Ver el capítulo VII de “Misioneros de la Luz” (nota del autor espiritual).

comentarios constructivos, con el alma vuelta hacia la sublime fuente de la fe viva, nos lanzamos al trabajo, seguidos, de cerca, por otros amigos de nuestro plano, ligados a la misión de la noble educadora.

El ambiente equilibrado por la oración y por los pensamientos de elevación moral contribuían eficazmente en la ejecución de nuestros propósitos. La zona peligrosa del cuerpo abatido era justamente en la que estaba situado el aneurisma, probable portador de la liberación. El tumor había provocado la degeneración del músculo cardíaco y amenazaba con una ruptura inmediata. Jerónimo, se reveló una vez más como un médico experto y competente de nuestro plano de acción. Comenzó aplicando pases de restauración al sistema de conducción del estímulo, demorándose atentamente sobre el tono arterial. Luego, suministró cierta cantidad de fuerzas al pericardio, así como a las estrías tendinosas, asegurando la resistencia del órgano. Después, mi orientador magnetizó, ampliamente la zona en que se localizaba el tumor bastante desarrollado, aislando ciertos complejos celulares, y explicó:

–Podemos confiar que se producirá una gran mejoría, que persistirá por algunos meses.

En efecto, terminada la compleja operación magnética, observé que el corazón enfermo funcionaba con diferente equilibrio. Las válvulas cardíacas pasaron a expresar regularidad. Cesó la aflicción, lo que fue atribuido, y realmente era así, a los efectos de la oración.

Albina se sintió reconfortada y más serena. Miró, conmovida, a las alumnas que se hallaban presentes en afectuoso homenaje, y comentó, satisfecha:

–¡Me siento mucho mejor! ¡Grandes motivos poseía el apóstol Santiago, recomendando la oración a los enfermos!

Las alumnas y las hijas rieron alegres e emitieron una hermosa oración de gracias, emocionándonos. La enferma aceptó el ofrecimiento de un caldo reconfortante.

Viendo la alegría que dominaba el espíritu a todos, pregunté de súbito al asistente:

–¿Habrà sido la súplica de las alumnas el móvil del cambio? ¿Quién sabe? Quizás les hiciese falta la venerable profesora...

–No, no es esto –explicó el mentor– la intercesión de las niñas produjo la cuota natural de beneficios comunes, no obstante, hay que tener en cuenta que Albina ya cumplió su tarea junto a ellas. Les dio lo que pudo, se consagró cuanto debía. En virtud de la abnegación de la enferma, las aprendizas traen su mente llena de buenas simientes... Ahora es responsabilidad de ellas promover las condiciones favorables al desarrollo intensivo de los tesoros espirituales de los que son portadoras.

Hice una pregunta, con curiosidad:

–¿Quizás estamos ante el resultado de la petición sentimental de las hijas?

Jerónimo miró a las dos señoras que asistían a la enferma con desvelada ternura, movió la cabeza con gesto negativo y respondió:

–Tampoco. No se trata de una respuesta a semejante rogativa. En el desempeño de los sagrados deberes de madre, Albina lo hizo todo por el bienestar de las hijas. Se desveló cuanto le fue posible. Por ellas perdió largas noches de vigilia y llenó labo-

riosos días de preocupación absorbente y redentora. Las educó cariñosamente, encaminándolas en la senda de la santificación y, sobre todo, al prepararlas para la vida, las entregó al Padre Eterno, sin egoísmo destructor.

El trabajo materno fue completamente realizado. De ahora en adelante, corresponde a las hijas seguir el ejemplo, imitando su conducta cristiana. Los buenos pensamientos de Loide y Eunice la envuelven toda en una reposada atmósfera de amor. Pero no han sido los ruegos filiales, en circunstancias como ésta, los que modificarían la decisión de las autoridades superiores en cumplimiento de las leyes divinas. Sus súplicas parten de esferas de servicio perfectamente atendidas por la misionera en proceso de liberación y de ningún modo las hijas podrían retenerla.

En ese instante, sintiéndose la enferma reconfortada por la inesperada mejoría, se dirigió a la hija más mayor, indagando:

–¿Loide, crees que es posible traer a Juanito aquí?

A esta pregunta, siguió la plena aprobación de la hija y llamó por teléfono a alguien.

Mientras la señora hablaba con su esposo, a distancia, mi orientador dijo, de buen humor:

–En breves momentos, tendrás la clave del problema.

Continuamos ayudando a la organización fisiológica de la enferma y observando la alegría sincera de las discípulas, que se retiraban, contentas.

Madre e hijas volvieron a permanecer a solas con nosotros, junto a otros amigos espirituales que se dedicaban, en la habitación, a la tarea de auxilio, incluso la simpática hermana que nos había recibido en la visita inicial, hablándonos, además, de la probabilidad de prórroga.

Se procesaban con extremado cariño los servicios de asistencia, cuando un hombre hizo su entrada, conduciendo a un niño de unos ocho años de edad, aproximadamente.

Entrando al cuarto, el pequeño se mostró consciente del lugar en el que se hallaba, saludó a las señoras, respetuoso, y se volvió con la mirada ansiosa, hacia la enferma, besándole la mano con una gran ternura.

Albina rogó a Dios que le bendijese y el niño preguntó:

–¿Abuela, cómo estás?

Señalándole, el asistente explicó:

–La súplica de ese niño alcanzó la Colonia espiritual y modificó el proceso.

–¿Qué?... –pregunté, sumamente sorprendido. Jerónimo, sin embargo, continuó:

–No es nieto carnal de la enferma, aunque se considere como tal. Es un huérfano que abandonaron en la puerta, después del nacimiento, y que Loide tiene en su casa desde que nuestra hermana cayó en cama. A pesar de la prueba, Juanito es un gran y abnegado siervo de Jesús, reencarnado en misión del Evangelio. Tiene largos créditos en su haber. Ligado a la familia de Albina, hace algunos siglos, vuelve al seno de las criaturas muy amadas, camino del servicio apostólico del porvenir.

Iba a formular nuevas preguntas, pero mi orientador, señalando a la enferma que se había abrazado al niño, me aconsejó, solícito:

–Observa por ti mismo...

El diálogo entre ella y el pequeñito adquiría una encantadora suavidad.

–Lo he pasado mal, hijito –exclamaba la respetable señora desahogándose.

–¡Oh, abuela! –dijo el muchachito, con los ojos radiantes de fe– he rezado siempre para que te pongas bien, rápidamente.

–¿Tienes fe?

–Confío en Jesús. En la última vez que estuve en la iglesia, pedí a todos que me ayudasen a rogar al Cielo por tu salud.

–¿Y si Dios me llamase?

Los ojos se le humedecieron, pero acentuó con voz firme:

–Te necesitamos en este mundo.

Albina le abrazó y besó con cariño maternal y prosiguió:

–Juan, he tenido mucha nostalgia de tus himnos en la escuela. ¿Has alabado al Señor, puntualmente?

–Sí.

–Canta para mí, hijito.

El pequeño sonrió, jubiloso, por haber encontrado un motivo para alegrar a la enferma y preguntó, con naturalidad:

–¿Cuál?

La enferma pensó, pensó y dijo:

–*Siendo Jesús mío.*

El niño cambió la expresión de su cara, se entristeció instantáneamente, pero, colocándose junto al lecho, y, en la postura del creyente sumiso, levantó los ojos y comenzó a cantar el antiguo y delicado himno de las Iglesias evangélicas:

Jesús, siendo mío, soy muy feliz,

yo voy para el Cielo, mi lindo país ...

Se expresaba con una voz tan dolorida que el himno parecía un amargo lamento. Terminada la primera estrofa, se esforzó para continuar, pero no lo consiguió. Una profunda emoción sofocó su garganta, las lágrimas salieron, espontáneas, intentó en vano mirar a Loide para ganar valor y, dándose cuenta que su conmoción había contagiado a la familia, se precipitó en los brazos de la enferma y gritó, con fuerza:

–¡No, abuela, no! ¡No puedes ir ahora al cielo! ¡No puedes! ¡Dios no te dejará!...

Albina le abrazó, cariñosamente, feliz.

–¿A qué viene esto Juan? –preguntó, intentando sonreír.

Me observé y reconocí que yo también lloraba... Jerónimo, sin embargo, se mantenía firme y, riéndose, bondadoso, afirmó:

–El niño tiene razón. Albina no irá, por lo menos esta vez...

Registrando mi curiosidad, me dijo:

–¿Qué notas de particular en Loide?

En base a las observaciones que ya había llevado a efecto, respondí sin vacilar:

–Me doy cuenta que espera a alguien, una hijita que ya entrevimos... desde el primer encuentro, comprobé que está en período activo de la maternidad, en víspera del parto.

–Eso mismo –confirmó el mentor amigo– la oración de Juan es importante porque se reviste de profunda significación para el futuro. La niña, en proceso de reencarnación, es una bendita compañera suya por muchos siglos. Ambos poseen un admirable pasado de servicio en la Corteza Planetaria y escogieron una nueva tarea con plena conciencia del deber a cumplir. Fueron compañeros de Albina en varias misiones y, muy pronto, serán sus continuadores en la obra de educación evangélica. No son espíritus purificados ni redimidos, pero son trabajadores valiosos, con suficiente crédito moral para obtener oportunidades más altas. A pesar de la condición infantil, el siervo reencarnado, por las ricas percepciones que le caracterizan fuera del plano físico, tuvo conocimiento de la próxima muerte de nuestra venerable hermana. Comprendió, de antemano, que el hecho repercutiría angustiosamente en el organismo de Loide, compeliéndola tal vez a claudicar en la gestación, que estaba en marcha. La carga de dolor moral la conduciría efectivamente al aborto, imprimiendo profundas transformaciones en el rumbo del servicio del que Juan es feliz portador. Se valió, entonces, de todos los valores de intercesión, en los instantes en que su alma lúcida puede operar al ausentarse de su cuerpo, y triunfó con las súplicas insistentes, obteniendo una reducida dilatación del plazo para la desencarnación de Albina.

Siempre comedido en las informaciones, Jerónimo se calló, preparando la retirada.

El tema me encantaba y sorprendía. Y contemplando a la pequeña familia en santificado júbilo doméstico, llegué a la conclusión de que, incluso allí, en una situación de molestias graves, la oración, hija del trabajo con amor, vencía al vigoroso poder de la muerte.

XVIII

DESPRENDIMIENTO DIFÍCIL

Ahora, teníamos delante el caso de Cavalcanti en proceso final.

El pobre amigo permanecía aferrado al cuerpo por la vigorosa voluntad de proseguir unido a la carne. La intervención en el apéndice inflamado, buscando remediar la situación del duodeno, se hizo tarde. La supuración se había extendido al peritoneo y en vano se combatía la rápida y espantosa infección.

El enfermo perdía fuerzas, y como no conseguía alimentarse, como debía, no encontraba recursos para compensar las cuantiosas pérdidas.

El intestino inspiraba repugnancia y compasión. Como si fuese un extraño vaso destinado a la fermentación, el intestino ciego contenía trillones de bacilos de variadas especies. Un profundo desequilibrio afectaba las funciones de los vasos sanguíneos y linfáticos en el intestino delgado. El colon transversal y descendente parecían pequeños túneles, repletos de los más diversos colectivos microbianos. Las vellosidades permanecían llenas de sangre purulenta, y, de cuando en cuando, se le abrían las venas más frágiles, provocando una abundante hemorragia. En todo el aparato intestinal, se verificaba la gradual desaparición del tono de las fibras. El páncreas no toleraba más trabajo en la desintegración de los alimentos, y el estómago dejaba percibir una avanzada incapacidad. Las glándulas gástricas yacían casi inertes. Los disturbios destructivos campeaban en el hígado, donde voraces animales microscópicos se valían de la progresiva ausencia de control psíquico, manifestándose a la voluntad, como salteadores felices.

El enfermo ya no soportaba ninguna alimentación. El estómago expulsaba hasta el agua, dejándole exhausto, en vista del terrible esfuerzo gastado en los reiterados accesos de vómito.

El sistema nervioso central y el abdominal, así como los demás sistemas autónomos, acusaban una creciente falta de sincronización.

Noté, allí, en aquel agonizante que insistía en vivir de cualquier modo en el cuerpo físico, el gigantesco poder de la mente, que, con admirable voluntad, establecía todo el dominio posible en los órganos y centros vitales en franca decadencia.

Transcurridos más de cuatro días que atendíamos al moribundo, cuidadosamente, Jerónimo deliberó que fuesen desatados los lazos que le retenían al plano físico.

Bonifacio, servicial y gentil, nos ayudó en el trabajo. Al darse cuenta de nuestra resolución, de manera incierta, a través de su intuición, el enfermo, por la mañana, llamó al capellán, para que le confesase, lo que el sacerdote hizo en el mínimo de tiempo, en virtud de las emanaciones desagradables que se desprendían del cuerpo, el pobre Cavalcanti, sin estar seguro de la paz que le aguardaría en la muerte, intentó retener al sacerdote, en una entristecedora conversación:

—Padre —decía, con voz suplicante— sé que me muero, que estoy en el fin.

–Entréguese a Dios, amigo mío. Sólo Él puede saber lo que pasará. ¿Quién sabe si todavía tiene largos años por delante? Todo puede suceder...

El capellán hablaba apurado, abreviando la conversación e intentando disimular sus penosas impresiones olfativas, pero el moribundo continuó, ingenuo:

–Tengo miedo, mucho miedo a morir...

–Bien, bien –dijo el religioso, sin ocultar un gesto de enfado que pasó desapercibido a los ojos del creyente– es preciso preparar el espíritu para lo que venga.

–¡Oiga, padre!... ¿Cree que me salvaré?

–Sin duda. Usted fue siempre buen católico...

–¡Pero... escuche! –y la voz del enfermo se hizo más triste, más llorosa y sofocada – yo desearía morir en otras condiciones. Según le confesé, fui abandonado por mi mujer, hace muchos años. Sabe que ella me cambió por otro hombre y huyó para nunca más volver. Siempre admití que sufrí semejante prueba por falta de comprensión por parte de ella, pero, ahora, padre... encarando la muerte, frente a frente, reflexionando mejor. .. ¿Quién sabe si no fui yo el culpable directo? Tal vez llevé demasiado lejos mi propósito de vivir para la religión, y no le presté la atención necesaria... Me acuerdo de que, a veces, me llamaba “sacerdote sin sotana”. Posiblemente mi actitud impensada habría dado origen al desvío de mi compañera.

Después de mirar al clérigo detenidamente, imploró:

–¿Podrá usted buscarla por mí? Necesito verla, a fin de apaciguar mi conciencia... Hace once años, la perdí de vista...

El sacerdote no parecía íntimamente interesado en satisfacerle y repetía con impaciencia:

–Descanse, descanse... Seguiré buscando. ¡Tenga valor, Cavalcanti! Es posible que todo venga al encuentro de nuestros deseos.

El moribundo, con la voz entrecortada por el cansancio, murmuró:

–¡Muchas gracias, padre, muchas gracias!...

El religioso intentó salir, pero Cavalcanti, asustado, preguntó:

–¿Piensa que estaré mucho tiempo en el purgatorio?

–¡Qué idea! –replicó el interlocutor fastidiado– ¿Tiene confianza en el poder de Dios?

Enunció las últimas palabras con tanta irritación que el enfermo percibió su mal humor, sonrió humilde y se calló.

El sacerdote, al alejarse, aliviado, encontró a un médico y preguntó:

¿Qué pasa con Cavalcanti? ¿Se muere o no? Estoy cansado de tantos casos largos.

–Ha sido un gigante en la reacción –informó el doctor, de buen humor, –Sin embargo, teniendo en cuenta su situación, vengo pensando la posibilidad de una eutanasia.

–Me parece caritativo –contestó el religioso– porque el infeliz se pudre en vida...

El médico sonrió discretamente y se despidieron.

La escena chocaba por la falta de respeto. Ambos profesionales, el de la religión y el de la ciencia, eran conscientes sólo de situaciones simplemente superficiales, incapaces de penetrar en los sagrados misterios del alma. Pero para compensar tanta falta de caridad y comprensión, Cavalcanti era objeto de nuestro mejor afecto. Por mi parte, no sabía cómo ayudarle, dada mi sencilla colaboración, pero Jerónimo y Bonifacio le rodeaban de un especial cuidado, amparándole como si fuera un niño muy amado.

Cuando el clérigo salió, mi asistente comentó:

–El pobre sacerdote aun no posee “ojos para ver”, Cavalcanti fue, sobre todo, un perseverante trabajador del bien.

Mientras tanto, el enfermo quería enjugar las copiosas lágrimas. La actitud del capellán le alertó del lamentable estado de su cuerpo físico. Sintió el olor desagradable de sus propias vísceras, agravando su malestar. Aquejado de una angustia extrema, pidió que viniese una determinada religiosa, entre las que atendían la casa. Sufría una profunda sed de consuelo, necesitaba valor que le viniese del exterior. Probablemente encontraría en el corazón femenino el coraje que el confesor no le supo ofrecer. Pero, “la hermana de la caridad” no venía con mejor humor. Hizo intención de escucharle, mientras se aplicaba un desinfectante enérgico a la nariz, lo cual le provocó una sorpresa todavía más dolorosa. Cavalcanti lloró, se quejó. Necesitaba vivir algunos días más, declaró, humillado. No deseaba partir sin la reconciliación conyugal. Pedía recursos médicos más eficientes y prometía pagar todos los gastos, tan pronto pudiese volver al trabajo. Pretendía recurrir a parientes adinerados que residían a distancia. Rescataría la deuda hasta el último centavo.

La “hermana de la caridad”, después de oírle, con impasible frialdad, fue más sucinta:

–Amigo mío –dijo, con aspereza– tenga fe. La casa está repleta de enfermos, algunos en peores condiciones que la suya.

Como el enfermo insistiese en su apoyo, concluyó secamente:

–Lo siento, no tengo tiempo.

El agonizante lloró silenciosamente. Recordó, con el alma oprimida por la angustiosa nostalgia, su infancia y la juventud. Había caminado por las sendas terrenales, con el corazón abierto a la práctica del bien. No comprendía a Jesús encerrado en los templos de piedra, a distancia de los hambrientos y sufridores que lloraban fuera. La doctrina que abrazó no le ofrecía ocasión de más amplia aplicación al ejemplo evangélico. Estaba obligado a satisfacer obligaciones convencionales y a perder mucho tiempo en manifestaciones de culto externo, pero aprovechó todas las oportunidades para testimoniar su proceder cristiano. Como había amado el ejercicio del bien, constante y fiel, era aborrecido por los sacerdotes y familiares en general. La parentela, incluyendo a su esposa, le consideraba un fanático, desequilibrado e inútil.

Aunque había desarrollado la fe en condiciones elevadas, ignoraba las lecciones de más allá del sepulcro y recelaba la muerte. Le gustaría obtener la certeza de lo que iba a pasar. La visión mental del enfermo, según los conceptos católicos, infundía escalofríos en su espíritu exhausto. La probabilidad de los sufrimientos en el purgatorio le

atemorizaba. Deseaba algo mejor, más bello que el viejo mundo en el que había vivido hasta entonces... Suspiraba por ingresar en una sociedad diferente, en la que pudiese encontrar corazones que sintonizaran con el suyo, sentía hambre y sed de comprensión, de profunda comprensión, pero, a causa de los principios dogmáticos de su religión, repelía nuestra acción.

El asistente, poniendo en práctica recursos magnéticos, intentó infundirle un sueño suave, para quitarle sus temores directamente, fuera del cuerpo físico. Sin embargo, el moribundo luchó por mantenerse en vigilia. Temía dormirse y no despertar, pensaba, ansioso. Quería ver a su esposa, antes del final, se decía a sí mismo. ¿Por qué no iba a ser posible? ¿No era justo morir tranquilo? ¡Oh! ¡Si ella viniese! –acariciaba la idea– se confesaría por los errores pasados y le pediría perdón. Tanta humildad brotaba de su ser, en aquella hora de gran abatimiento, que no se amargaría al recibir su visita junto al otro hombre con el que estuviese. ¿Por qué odiar? ¿Acaso no le enseñaba la lección de Jesús que la fraternidad constituye siempre la bendición del Altísimo? ¿Quién sería más culpable? El, que mantenía una fuerte indiferencia hacia las exigencias afectivas de la compañera, por la arraigada devoción a la fe, o aquel hombre, despreocupado de cualquier responsabilidad, que la recogió, tal vez desesperada? Si siempre insistía en la práctica de la caridad, ¿Por qué motivo él, Cavalcanti, no había dedicado la atención necesaria, dentro de su propio hogar? En verdad, las sugerencias sublimes de la fe religiosa inflamaban su espíritu de amor universal. No toleraba sofocar su idealismo ardiente. Nadie podría decirle nada en contra. Pero, si ese era el camino escogido, ¿Qué razones le habían llevado a desposar a una pobre criatura, incapaz de compartir con él su hambre de luz? ¿Por qué había hecho firmes promesas a un corazón femenino, consciente de que no podría atenderlas? El dolor diseña la lógica en el fondo de la conciencia, con mucho más nitidez que todos los libros del mundo. La muerte próxima proporcionaba a aquella alma hermosa sublimes reflexiones. Pero, el miedo se había alojado dentro de ella como un sicario invisible.

Cavalcanti, que veía tan bien en el paisaje de los sentimientos humanos, permanecía ciego para “el otro lado de la vida”, desde donde intentábamos auxiliarle en vano.

Jerónimo podría haberle aplicado recursos extremos, pero se abstuvo.

Al preguntarle yo por sus infinitos cuidados, explicó, con mucha calma:

–Nadie debe cortar donde pueda desatar... La respuesta me caló profundamente.

Pero, no fue posible dar al enfermo la tregua del sueño preparatorio y reconfortante. Cavalcanti, reaccionaba, insistente. Sintiendo nuestra proximidad e interferencia, con suavidad, hacía apurados movimientos labiales, recitando oraciones en que imploraba la gracia de ver a la compañera, antes de morir...

–¡Desventurado hermano! –comentó Bonifacio, conmovido– no sabe que su mujer desencarnó hace más de un año, víctima de una enfermedad de transmisión sexual.

Jerónimo no se movió, pero luché dentro de mí para no disparar interrogaciones, a diestro y siniestro, en busca de detalles. Afortunadamente, lo conseguí. El momento no admitía preguntas inútiles. Mi asistente, como si hubiera recibido la más natural de las informaciones, se dirigió al compañero, recomendando:

–Bonifacio, nuestro amigo no puede soportar por más tiempo la existencia en el cuerpo carnal. La máquina se rindió. Dentro de algunas horas, la necrosis ganará terreno y necesitamos liberarlo. Insiste en aferrarse a la carne putrefacta y pide, conmovedoramente, la presencia de su esposa. Ya intentamos auxiliarle a desprenderse, aflojando los lazos de la encarnación en el plexo solar, pero él reacciona con espantoso poder. Resolví, en vista de eso, abrir pequeños vasos del intestino para que la hemorragia se haga ininterrumpida, hasta la noche, cuando efectuaremos la liberación. Le pido que le traiga la compañera desencarnada, por un instante, hasta aquí. Su debilidad física se acentuará vertiginosamente, de ahora en adelante, Y, dentro de algunas horas, las percepciones espirituales de Cavalcanti se harán sentir. Verá, de ese modo, a la esposa, antes del deceso que se aproxima y dormirá menos inquieto.

Bonifacio se aprestó para cumplir la orden y aseguró su cooperación integral.

Después, el asistente operó, con cautela, sobre la región intestinal, rompiendo ciertas venas de menor importancia, atenuando su capacidad de resistencia.

Nos ausentaríamos por pocas horas, considerando que el reloj señalaba pocos minutos pasado el mediodía. Pero, antes de que nos alejáramos, observando el cuadro emocionante del hospital de beneficencia donde estaba el moribundo, pregunté a Jerónimo, admirado:

–Ya que nuestro tutelado se debilitará hasta el punto de poder observar en el plano invisible a los ojos mortales, ¿Llegará a ver también las escenas de vampirismo que se dan en este recinto?

Sí –informó el orientador con espontaneidad.

¡Oh! ¿Pero tendrá energía suficiente para ver todo sin perturbarse?

No lo puedo garantizar –respondió sonriendo– naturalmente, cualquier espíritu encarnado, delante de un cuadro de estos, podría ser víctima de la locura, Y, posiblemente, pasaría algunas horas en franco desequilibrio, dada la novedad del espectáculo. Cuando la luz aparece en determinado plano, donde la criatura esté “apta para ver”, tanto se divisa el pantano como el cielo. Es una cuestión de claridad y sintonía, simplemente.

La noticia me llenó de compasión.

El hospital estaba repleto de escenas deplorables. Entidades inferiores, retenidas por los propios enfermos, por sus mentes viciadas, se apostaban en las camas, provocándoles padecimientos atroces, chupándoles las fuerzas como vampiros, atormentándolos y persiguiéndoles.

Desde el inicio del tratamiento de Cavalcanti, me desagradaban tales demostraciones en aquel lugar de asistencia caritativa y llegué inclusive a consultar al asistente sobre la posibilidad de mejorar la situación, pero Jerónimo me dijo, sin extrañeza, que era inútil cualquier esfuerzo extraordinario, pues los mismos enfermos, en base de su ausencia de educación mental, se encargarían de llamar de nuevo a los verdugos, atrayéndoles hacia sus heridas orgánicas, por lo que sólo podíamos irradiar buena voluntad y practicar el bien, tanto como fuese posible, pero, sin violar las posiciones de cada uno.

Confieso que experimenté una enorme dificultad para desempeñar los deberes que allí me retenían, porque las interpelaciones de los infelices desencarnados me alcanzaban insistentemente. Pedían toda clase de beneficios, reclamaban mejoras y explotaban en lamentaciones sin fin. Sereno y fuerte, mi orientador conseguía trabajar con la mente centralizada en la tarea, inaccesible a las perturbaciones exteriores. Por mi parte, no había alcanzado todavía semejante poder. Las peticiones, los lamentos, los improperios, me herían constantemente, impidiéndome conservar mi paz interior.

Por eso, al retirarme, pensé en la amarga sorpresa del moribundo, cuando se abriese la cortina que velaba su visión espiritual.

Aguardé, curioso, el anochecer, cuando en compañía del orientador, atravesé, de nuevo, la puerta del hospital.

Cavalcanti se avecinaba al coma. La sangre anegaba las sábanas, que se cambiaban cada poco. El debilitamiento general progresaba, rápido.

El agonizante inspiraba compasión. Se abrieron sus centros psíquicos, en el avanzado abatimiento del cuerpo, y el infeliz pasó a divisar a los desencarnados que se encontraban allí, no lejos de él, en el mismo plano evolutivo. No identificaba todavía nuestra presencia, como sería de desear, pero observaba, atemorizado, las escenas que le rodeaban. Otros enfermos le miraban, ahora, asustados. Para todos ellos, el compañero de sufrimientos deliraba, inconsciente.

—¿Estaré en el infierno o vivimos en una casa de locos? —vociferaba bajo un horrible tormento moral— ¡Oh! ¡Los demonios! ¡Los demonios!... ¡Miren al “espíritu malo” chupando las llagas!...

Y, con la cara contraída, señalaba a un pobre viejo de piernas varicosas.

—¡Oh! ¿Qué dice? —proseguía con visible espanto— dice que no es el diablo, afirma que el enfermo le debe...

Oídos a la escucha, guardaba silencio, ansioso por registrar las palabras impensadas y criminales del verdugo desencarnado, pero, no consiguiéndolo, explotaba en gritos de lamentos, infundiendo compasión.

Si no fuera por la debilidad invencible, se habría levantado con impulsos de loco. Enfermos y enfermeros, alarmados, clamaban por echar de allí al moribundo. Tenían miedo. Cavalcanti desvariaba. Se consolaban, sin embargo, con la expectativa de que la abundante hemorragia presagiaba un final en breve.

Jerónimo le administró, entonces, piadosamente, recursos reconfortantes, y el agonizante se tranquilizó, muy despacio...

No pasó mucho tiempo y Bonifacio entró conduciendo a un verdadero fantasma. La ex-esposa, convocada a la escena, parecía una sombra espectral. No veía a nuestro cooperador, pero obedecía sus órdenes. Penetró al recinto, casi arrastrándose. Siguiendo al guía, automáticamente vino hasta el lecho de Cavalcanti, le miró con una intraducible impresión de horror y gritó, largamente, perturbando su momento de alivio.

El moribundo se dio la vuelta y la vio. Una alegre sonrisa se estampó en su cada-vérico rostro.

—¿Eres tú, Bela? ¡Gracias a Dios, no moriré sin pedirte disculpas!...

La ternura con que se dirigía a tan miserable figura causaba compasión.

La esposa se acercó al lecho, intentando arrodillarse. Oyéndole, asombrada, replicó, afligida:

–¡Joaquín, perdóname, perdóname!...

–¿Perdonarte qué? –replicó él, buscando inútilmente acariciarla– Yo, sí, fui injusto contigo, abandonándote a tu propia suerte... Por favor, no me quieras mal. No te pude comprender en otro tiempo y facilité tu paso en falso, colaborando, sin pensarlo, para que te precipitases en el oscuro despeñadero. No entendí los problemas de nuestro hogar tanto como debía... Pero, hoy, que la muerte me busca, deseo la paz de conciencia. Confieso mi culpa y te ruego me perdones... Discúlpame...

Hablaba venciendo enormes obstáculos. No obstante, se notaba que aquella conversación le hacía un inmenso bien. La mente se tranquilizó. Contemplaba a la esposa, reconocido, casi feliz.

–¡Joaquín! –suplicó la miserable– ¡Perdóname! Nada tengo contra ti. El tiempo me enseñó la verdad. ¡Siempre fuiste mi leal amigo y un dedicado marido!

El moribundo la escuchó esbozando una expresión en su rostro de intensa alegría. La miró en éxtasis, totalmente cambiado y murmuró:

–¡Ahora, estoy satisfecho, gracias a Dios!...

En ese instante, el mismo médico que habíamos visto por la mañana, se acercó al lecho para la inspección nocturna, acompañado de una enfermera.

Al llamarle por su nombre, Cavalcanti se volvió y, con todas las fuerzas que le quedaban, le dijo, feliz:

–¡Mire doctor, mi esposa llegó, por fin!

E, interesado en conquistar la atención del interlocutor, proseguía:

–Estoy contento, resignado... Pero mi pobre Bela parece enferma, abatida... ¡Ayúdela por amor de Dios!

Echando la mirada por la extensa sala y fijándose en las tristes escenas, entre encarnados y desencarnados, preguntó:

–¿Por qué fueron internados tantos locos aquí? ¡Miren, miren a aquél! Parece que está sofocando al infeliz...

Con esto describía a una entidad que asediaba a un pobre enfermo atacado de asma cardíaca.

El médico, le contempló, compadecido, y dijo a la enfermera:

–Es el delirio que precede al final.

Mientras tanto, Jerónimo recomendó a Bonifacio retirar a la sombría figura de la ex-esposa de Cavalcanti, diciendo:

–No nos conviene de ahora en adelante la permanencia de semejante criatura. Ya cumplió las obligaciones que la trajeron aquí y todavía posee numerosos acreedores a la espera.

La desventurada reaccionó, intentando quedarse, pero Bonifacio empleó una activa fuerza magnética para alejarla.

Notando, sin embargo, que la compañera se alejaba gritando, el agonizante se puso a vociferar, alucinado:

–¡Vuelve, Bela, vuelve!

Se esforzó el médico en traerle a la realidad, pero en vano. Cavalcanti continuaba invocando la presencia de su esposa, con la voz ronca, oprimida, sumisa.

El médico ladeó la cabeza y exclamó casi en un susurro:

–Es imposible continuar así. Vamos a aliviarle.

Jerónimo registró sus pensamientos, mostrando una extrema preocupación, y comunicándome, gravemente:

–Beneficiemos al moribundo, por nuestra parte, empleando medidas drásticas. El doctor pretende inyectarle un fatal anestésico.

Atendiendo la orden, aseguré la frente del agonizante, mientras que él aplicaba pases longitudinales, preparando el desenlace. Pero el obstinado amigo continuaba reaccionando:

–¡No! –exclamaba, mentalmente–, ¡No puedo morir! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

Pero el médico no se demoró mucho, y como el enfermo luchaba, desesperado, en oposición a nuestro auxilio, no nos fue posible aplicarle el golpe extremo. Sin ningún conocimiento de las dificultades espirituales, el médico administró la llamada “inyección compasiva”, ante el gesto de profunda desaprobación de mi orientador.

En pocos instantes, el moribundo se calló. Se enfriaron sus miembros, lentamente. Su rostro quedó inmóvil y sus ojos parecían de cristal.

Cavalcanti, para el espectador común, estaba muerto. Pero no para nosotros. La personalidad desencarnante estaba presa al cuerpo inerte, en plena inconsciencia e incapaz de cualquier reacción.

Sin perder la serenidad, el orientador me explicó:

–La carga fulminante de la sedación, por actuar directamente en todo el sistema nervioso, influye en los centros del periespíritu. Cavalcanti permanece, ahora, pegado a trillones de células neutralizadas, durmientes, invadido él mismo, de un extraño sopor que le imposibilita dar cualquier respuesta a nuestro esfuerzo. Probablemente, sólo podremos liberarlo después de transcurridas más de doce horas.

Al volver Bonifacio, mi dirigente le dio informaciones exactas y le confió al pobre amigo, que fue inmediatamente transportado al depósito de cadáveres.

Y, conforme a la primera suposición de Jerónimo, solamente nos fue posible la liberación del recién desencarnado cuando ya habían transcurrido veinte horas, después de un servicio muy laborioso para nosotros. Aún así, Cavalcanti no se retiró en condiciones favorables y animadoras. Apático, somnoliento y desmemoriado, fue conducido por nosotros a la Casa de Fabiano, demostrando necesitar mayores cuidados.

XIX

LA SIERVA FIEL

Liberado, Cavalcanti me ofrecía una amplia ocasión para mis investigaciones. La inyección sedante, con alta dosis de anestésicos, había afectado su periespíritu, como si fuera un choque eléctrico. Debido a eso, permanecía casi inerte, ignorándose a sí mismo. Al preguntarle algo, en diversas oportunidades, no sabía razonar para responder a las cuestiones más básicas, alusivas a su propia identidad personal.

Notando mi interés con respecto al tema, Jerónimo, después de administrarle los primeros socorros magnéticos, en la Casa Transitoria, me explicó:

–Cualquier droga, en el campo infinitesimal de las células, se hace sentir por sus propiedades eléctricas específicas. Combinar aplicaciones químicas con las verdaderas necesidades fisiológicas, constituirá, efectivamente, el objetivo de la Medicina en el porvenir. El médico del futuro aprenderá que todo remedio está saturado de energías electromagnéticas en su radio de acción.

Por eso el veneno destruye las vísceras y la droga modifica la naturaleza de las células en sí, imponiéndoles una incapacidad temporal. El medicamento tiene principios eléctricos, como también sucede a las asociaciones atómicas que van a recibirle. Según sabemos, en ningún plano la naturaleza actúa dando saltos. El periespíritu, formado a base de materia volátil, moviliza igualmente a trillones de unidades unicelulares de nuestra esfera de acción, que abandonan el campo físico saturadas de la vitalidad que le es peculiar. De ahí los sufrimientos y angustias de determinadas criaturas, más allá del fallecimiento. Los suicidas acostumbra a sentir, durante largo tiempo, la aflicción de las células aniquiladas violentamente, mientras que los viciosos sufren una tremenda inquietud por el deseo insatisfecho.

La explicación era lógica y humana. Fui comprendiendo, por mi parte, poco a poco, la importancia del desapego a las emociones inferiores para los hombres y mujeres encarnados en la Corteza. Materia y espíritu, vaso y contenido, forma y esencia, se confundían a mis ojos como la llama de la vela y el material incandescente. Integrados uno en el otro, producían la luz necesaria a los objetivos de la vida.

El examen de los casos de muerte me enriqueció mucho en el sector de la ciencia mental. El espíritu, eterno en los fundamentos, se vale de la materia, transitoria en las asociaciones, como material didáctico, siempre más elevado, en el curso incesante de la experiencia para la integración con la Divinidad Suprema. Perjudicando a la materia, complicaremos el cuadro de servicios que nos es indispensable y nos estacionaremos, en cualquier situación, con el fin de restaurar el patrimonio sublime puesto a nuestra disposición por la Bondad Imperecedera. Tanto estamos obligados al trabajo regenerador, en la encarnación, como en la desencarnación, en la existencia de la carne como en la muerte del cuerpo, tanto en el presente como en el futuro. Nadie alcanzará victorioso la cumbre de la vida eterna, sin aprender el equilibrio con el que debe elevarse. De ahí las actividades complejas del camino evolutivo, las innumerables

diferencias, la multiplicidad de las posiciones, las escaleras de la posibilidad y los grados de la inteligencia, en los variados planos de la vida.

Para solucionar los problemas de Cavalcanti, nuestro dirigente designó al padre Hipólito para seguirle más cerca, orientándole sobre la renovación. El “convaleciente” nos miraba, receloso, creyéndose víctima de una pesadilla, y en un hospital diferente. Se declaraba interesado en continuar en el cuerpo terrestre, llamaba a la esposa insistentemente y repetía descripciones del pasado con admirable expresión emotiva. Más de una vez, repelió a Jerónimo, con argumentos severos.

Al lado de Hipólito, sin embargo, se tranquilizaba con humildad. Influían en él el respeto y la confianza que se había acostumbrado a consagrar a los sacerdotes. Nuestro compañero poseía sobre el recién liberado un importante ascendente espiritual. Podría beneficiarle con más facilidad y en menos tiempo. A pesar de eso, nuestro asistente le administraba con regularidad recursos magnéticos, elevando su patrón de salud espiritual.

El desencarnado iba despertando con extrema lentitud, tardando mucho tiempo en volver en sí. Todavía eran impresionantes sus coloquios con el hermano Hipólito, en los cuales acribillaba al ex-sacerdote con preguntas intempestivas. A medida que sus condiciones mentales mejoraban, apretaba el cerco. Quería saber donde se localizaban el cielo y el infierno, pedía noticia de los santos, pretendiendo visitar aquellos a quienes consagraba mayor devoción, rogaba explicaciones referentes al limbo, reclamaba el encuentro con parientes que le habían precedido en la tumba, solicitaba explicaciones sobre el valor de los sacramentos de la Iglesia Católica, comentaba la naturaleza de los diversos dogmas, hasta que, un día, llegó al disparate de preguntar si no le sería posible obtener una audiencia con Dios, en la Corte celestial. Hipólito necesitaba poner de su parte infinita buena voluntad para tratar con respeto y provecho tamaña buena fe.

La hermana Zenobia venía frecuentemente a asistir a los sorprendentes diálogos y, en una ocasión, cuando nos hallábamos juntos, a pequeña distancia del enfermo, comentó, risueña:

–Nuestra antigua Iglesia Romana, tan venerable por las tradiciones de cultura y servicio al progreso humano, es, de hecho, en la actualidad, una gran especialista en “niños espirituales”...

Examinando las dificultades naturales del servicio de esclarecimiento, Jerónimo recomendó a Hipólito y a Luciana que proporcionasen al recién liberado los recursos posibles, dada la escasez de tiempo disponible.

Habían transcurrido veinticinco días desde el inicio de la tarea.

–Necesitamos regresar –informó el asistente–, necesitamos regresar tan pronto como se produzca la llegada de Adelaida, que no estará en esta fundación más de un día. Nos corresponde, pues, acelerar la preparación de Cavalcanti, con todas las posibilidades a nuestro alcance.

Los compañeros se desvelaban, cariñosos. En el fondo, todos sentíamos nostalgia por el hogar distante, que nos congregaba en bendiciones de paz y de luz. El propio Fabio, equilibrado y bien dispuesto, colaboraba para la solución del asunto, suspirando por la entrada en los santuarios de lo Más Alto.

Atendiendo a la división de los servicios, Jerónimo y yo continuamos en acción en el instituto evangélico, donde la leal sierva de Jesús recibiría la carta liberadora. Adelaida, sin embargo, parecía no depender de cadenas físicas. No conseguí, por mi parte, auscultar su organismo, porque la noble misionera, en virtud del avanzado debilitamiento del cuerpo, lo abandonaba a la primera señal de nuestra presencia, situándose, junto a nosotros, en sana conversación.

Generalmente, distinguidos compañeros de nuestro plano participaban con nosotros de los ágapes fraternos.

La antevíspera del desenlace, tuve ocasión de observar la extrema simplicidad del abnegado Bezerra de Menezes, que se encontraba en visita reconfortante junto a la fiel servidora.

–No deseo estorbar el servicio de mis benefactores –decía ella, algo triste–, y por eso, estimaría conservar la buena forma espiritual en el supremo instante del cuerpo.

–Mire, Adelaida –consideró el apóstol de la caridad –morir es mucho más fácil que nacer. Para organizar, en la mayoría de las circunstancias, son precisos, generalmente, infinitos cuidados, para desorganizar, sin embargo, basta a veces un leve empujón. En ocasiones como ésta, la resolución lo es casi todo. Ayúdese a usted misma, liberando la mente de los hilos que la imanten a personas, acontecimientos, cosas y situaciones de la vida terrena. No se detenga. Cuando sea llamada, no mire hacia atrás.

Y sonriendo dijo:

–Acuérdese que la mujer de Lot, convertida en estatua de sal, no es un símbolo inexpresivo. Hay criaturas que, en el instante justo de abandonar la carne, enferma e inservible, vuelven su pensamiento hacia el camino recorrido, reviviendo recuerdos pocos constructivos... Tropezan con sus propias aprensiones, como si estas fuesen piedras puestas al azar, en la senda recorrida, y quedan largos días prendidos en el anzuelo del deseo incoherente e insatisfecho, sin suficiente energía para una noble renuncia.

–Espero –dijo la interlocutora, en tono grave– que los amigos me ayuden. Me siento socorrida, amparada, pero... tengo miedo de mí misma.

–¿Se preocupa, amiga mía? –volvió a decir el antiguo médico, satisfecho– No vale la pena. Comprendo, sin embargo, su ansiedad. También pasé por eso. Piense que el recuerdo de Jesús, al pie de Lázaro, fue una ayuda segura a mi corazón, en un trance similar. Busqué aislarme, cerrar los oídos a los llamamientos de la sangre, cerrar los ojos a la visión de los intereses terrenos, y la liberación, al final, se dio en pocos segundos. Pensé en las enseñanzas del Maestro, al llamar a Lázaro, de nuevo, a la existencia, y recordé sus palabras: “¡Lázaro, sal afuera!” Centralizando la atención en el pasaje evangélico, me alejé del cuerpo físico sin obstáculo alguno.

La sencillez del narrador me encantaba.

Adelaida sonrió, sin poder disimular, de todos modos, su íntima preocupación.

Valiéndose de la pausa, Jerónimo comentó:

–Además nos corresponde destacar las condiciones excepcionales en que partirá nuestra amiga. En tales circunstancias, solamente dan lástima aquellos que se agarran

demasiado a los caprichos carnales. Para esos, sí, la situación es desagradable, porque el sembrador de espinas no puede aguardar cosecha de flores. Los que se consagran a la preparación del futuro con la vida eterna, a través de manifestaciones de la espiritualidad superior, instintivamente aprenden todos los días a morir para la existencia inferior.

Noté que la abnegada hermana se mostraba más serena y reconfortada.

Se interrumpió la conversación, porque Adelaida fue obligada a reanimar repentinamente el cuerpo, para recibir la última dosis de medicación nocturna. Al regresar a nuestro plano, Jerónimo le ofreció su brazo amigo para un rápido viaje al establecimiento de Fabiano.

La hermana Zenobia deseaba verla, antes del desenlace. La gran orientadora admiraba su servicio en la Tierra y, más de una vez, se valió de su fraternal ayuda en actividades de regeneración y esclarecimiento.

Adelaida nos acompañó, contenta.

En pocos minutos, recibidos por la administradora, se repetía la misma conversación de minutos antes, con la diferencia de que Zenobia había tomado la posición reanimadora de Bezerra de Menezes.

La bondadosa discípula de Jesús, en vías de retirarse de la Corteza, era objeto del cariño general.

Después de algunas consideraciones convincentes por parte de Zenobia, que se esmeró en proporcionarle buen ánimo, Adelaida, humilde, le expuso las últimas dificultades.

Se había unido fuertemente a la obra iniciada en los círculos carnales y se sentía estrechamente ligada, no solamente a la obra, sino también a los amigos y auxiliares. Por fuerza de las circunstancias imperiosas, había acumulado diversas funciones en la organización de los servicios. Poseía todo un equipo de hermanas dedicadísimas, que colaboraban con sincero desprendimiento y alto valor moral, en el amparo a la infancia desvalida. Estimaba profundamente a las cooperadoras y era, igualmente, muy querida de todas ellas. ¿Cómo responderían ante las dificultades que se agravaban? En su interior estaba preparada, no obstante, reconocía la extensión y la complejidad de los óbices mentales. Su habitación, en la casa terrena, parecía una red de pensamientos retentivos que le interceptaban la salida. Cuanto menos se veía presa al cuerpo, más se ampliaba la exigencia de los parientes, y de los amigos... ¿Cómo portarse ante esa situación? ¿Cómo hacerles sentir la realidad? Se había comprometido en muchas acciones y se había convertido, involuntariamente, en el norte espiritual de muchos. Pero, ella misma reconocía lo inservible de su cuerpo físico. Su organismo había alcanzado el fin. No conseguiría mantenerse, aunque le consiguiesen una prórroga del tiempo.

La orientadora la escuchó, atenta, como un médico experto ante un enfermo afligido, y dijo, finalmente:

—Reconozco los obstáculos, pero no se preocupe. La muerte es el mejor antídoto de la idolatría. Con su llegada se operará la necesaria descentralización del trabajo, por lo que se impondrá naturalmente un nuevo esfuerzo de cada uno. Alégrese amiga mía, por la transformación que ocurrirá dentro de poco. Reanímese, sobre todo, para que su

situación se reajuste naturalmente sin ningún punto de interrogación al término de la experiencia actual.

Guardó silencio durante algunos momentos y le comentó, enseguida:

–Tenemos aún la noche de mañana. La aprovecharé para dirigirme a sus colaboradores, en un ruego a la comprensión general. Nuestros amigos contribuirán para que se reúnan en asamblea, como es indispensable.

La visitante le dio las gracias.

Proseguíamos en la misma vibración de cordialidad, pero Zenobia modificó el rumbo de la conversión.

Abandonando los asuntos de la muerte y del sufrimiento, comentó los servicios edificantes que se llevaban a efecto, junto a una expedición socorrista, cuyos miembros realizaban admirables experiencias en el instituto, en los días en los que no tenían obligaciones de trabajos inmediatos en la Corteza. Y describió tan brillantemente la tarea, que Adelaida se olvidó, por minutos de la situación que le era peculiar, interesándose vivamente por los detalles. La iniciativa se coronaba de grandes resultados, porque la conversación le hizo un enorme bien, propiciándole un apaciguamiento mental temporal.

La desencarnante volvió al cuerpo, bien dispuesta, reanimada. En el transcurso del día, Jerónimo y la directora de la Casa Transitoria acordaron medidas relativas a la reunión de la noche. El asistente emplearía todo el esfuerzo necesario para que el organismo de la enferma estuviese en las mejores condiciones, mientras dos activos auxiliares de Zenobia se encargarían de cooperar para llevar al personal de Adelaida a la asamblea.

El día, de ese modo, estuvo lleno de tareas referentes al objetivo previsto.

A través de reiterados pases magnéticos sobre los órganos de la circulación –en los que no fue necesaria mi colaboración, vista de la extrema pasividad de la enferma– Adelaida entró en una fase de inesperada calma, tranquilizando el campo de las amistades terrenales.

Se renovaron, de inmediato, sus esperanzas. La reacción orgánica surgió, dentro de un nuevo impulso, mejorando el cuadro de los pronósticos en general. Se multiplicaron las vibraciones de paz y las oraciones de reconocimiento.

En vista de eso, se inició, después de la medianoche, el trabajo preparatorio de la gran reunión.

Vinieron compañeros de la institución, localizados en diversas regiones, provisionalmente desprendidos del cuerpo físico por la actuación del sueño.

Integrando el grupo de trabajadores que organizaban el ambiente, observé que el mayor porcentaje de recién llegados eran mujeres y debemos resaltar que era muy satisfactorio observar su reverencia y cariño. Todos traían la mente polarizada en la oración, en favor de la benefactora enferma, objeto para ellos de admiración y ternura. Nos miraban, respetuosos y tímidos, dirigiéndonos pensamientos de súplica, sin recuerdos inútiles o nocivos. Los pocos hombres que comparecieron estaban contagiados por la veneración colectiva y se mantenían en la misma posición sentimental.

La elevación ambiental esparcía fluidos armoniosos, haciendo posible una agradable sensación de confianza y tranquilidad.

Por sugerencia de Jerónimo, la reunión sería realizada en el extenso salón de estudios y oraciones públicas, debidamente preparado. Para ese fin, economizamos el esfuerzo. Sometimos con ayuda de aparatos la enorme dependencia a un riguroso servicio de limpieza. Los componentes de la asamblea podían descansar tranquilos, sin el asedio de corrientes mentales inferiores. Luces y flores de nuestra esfera esparcían notas de singular encanto. Era de apreciar el continuo ingreso de las señoras que, en oración, a distancia del cuerpo físico, irradiaban de sí mismas admirables expresiones de luz nítidamente diferentes entre sí.

Estábamos junto a todos, en actitud vigilante, para mantener el imprescindible patrón vibratorio, cuando, pasada la primera hora, la hermana Zenobia, acompañada de beneméritos amigos de la casa, entró en el recinto, conduciendo a Adelaida, extremadamente abatida.

La directora de la Casa Transitoria de Fabiano tomó el lugar de orientación y, antes de interferir en el asunto principal que la traía hasta allí, levantó la diestra, rogando la bendición divina para la comunidad que se reunía allí, atenta y reverente.

Tuve, entonces, oportunidad de comprobar, una vez más, el prodigioso poder de aquella mujer santificada. Su mano despedía rayos de claridad zafirina, con tanta prodigalidad, que nos daba la idea de estar en comunicación con una extensa y oculta reserva de luz.

Terminado el saludo, pronunciado con hermosa inflexión de ternura, cambió el tono de voz y se dirigió a los oyentes, con visible energía:

—Hermanas y amigos, seré breve. Vengo hasta aquí solamente para haceros una petición. No ignoráis que nuestra Adelaida necesita libre el camino de la espiritualidad superior. Enferma desde hace mucho tiempo, cooperó con nosotros durante años consecutivos, dándonos lo mejor de sus fuerzas. Dócil a las influencias del bien, fue un valioso instrumento en la organización de esta casa de amor evangélico. Administró la obra con cuidado y, muchas veces, en nuestro instituto de socorro, fuera de los círculos carnales, recibimos la preciosa colaboración de su esfuerzo, de su buena voluntad.

Dirigió la mirada a la asistencia y dijo con humildad:

—¿Por qué la detenéis? Hace días, en que la habitación que sirve de reposo físico a la enferma que nos es tan amada permanece enlazada con pensamientos angustiosos. Son fuerzas que parten de vosotros, sin duda, compañeros celosos del trabajo en acción, pero olvidados del “hágase Tu voluntad” que debemos dirigir al Supremo Señor todos los días de la vida. Me dan lástima las circunstancias que me obligan a hablaros con tamaña franqueza. Pero no nos queda otra alternativa. ¿Creéis en la victoria de la muerte, en oposición a la gloriosa eternidad de la vida? Adelaida sólo devolverá su cuerpo gastado al laboratorio de la naturaleza. Continuará, sin embargo, contribuyendo en los servicios de la verdad y del amor, con ánimo inextinguible. En cuanto a vosotros, no olvidéis la necesidad de acción individual, en el campo del bien. ¿Qué decir del dueño de la viña que estima el valor de la misma solamente a través de los servicios de manos ajenas? ¿Cómo apreciar al amante de las flores que nunca cultivó su propio jardín? No estéis ociosos, manteniéndolos a distancia del desarrollo de

vuestras posibilidades infinitas. Indudablemente, la cooperación y el cariño son estimulantes sublimes en la ejecución del bien, pero hay que evitar la intromisión del fantasma del egoísmo expresado en tiranía sentimental. No podemos afirmar que impedís a propósito la liberación de la compañera de la cárcel. La existencia carnal constituye un aprendizaje demasiado sublime para que podamos reducirla a la categoría de un simple calabozo común. No, amigos míos, no nos atrevemos a emitir semejante opinión. Nos referimos tan sólo al violento impulso de idolatría al que os entregáis impensadamente, por los desvaríos de la ternura mal comprendida. La aflicción con que intentáis retener a la misionera del bien, es hija del egoísmo y del miedo. Alegáis, en favor de vuestro indeseable estado del alma, la confianza de que Adelaida se volvió depositaria fiel, como si no debieseis desarrollar las facultades espirituales que os son propias, creando la confianza positiva en Dios y en vosotros mismos, en el trabajo improrrogable de la autorrealización, y pretextáis orfandad espiritual simplemente por el recelo de enfrentar vosotros mismos, los dolores y los riesgos, las adversidades y los testimonios inherentes a la iluminación del camino para la vida eterna. Valeos de la bendita oportunidad para no repetir una vieja experiencia de incomprensible idolatría. Convertís a compañeros de buena voluntad, pero tan necesitados de renovación y luz como vosotros mismos, en oráculos erguidos en pedestales de barro frágil. Creáis semidioses y gastáis el incienso de infinitas referencias personales, estableciendo problemas complejos que reducen su capacidad de servicio, olvidando las simientes divinas de las que sois portadores. Creáis un ídolo en el altar de la mente, infundiéndole una vida fugaz, e indiferentes al glorioso destino que el universo os señala, estimáis el menor esfuerzo que os encarcela en automatismo y recapitulaciones. Si el ídolo no corresponde a vuestra expectativa, alimentáis la discordia, la irritación, la exigencia, si falla, después del inicio del viaje hacia el conocimiento superior, os sentís desarbolados, si cae del pedestal de cera, sufrís el frío pavor desconocido por el auto-relajamiento en vuestra propia renovación. ¿Por qué erigir semejantes estatuas para la contemplación, si las vais a romper, inevitablemente, en la jornada de ascensión? ¿No os hartasteis, todavía, de las peregrinaciones sobre reliquias desmenuzadas? Comprendiendo nuestros defectos mentales en la conquista de la vida eterna, la voluntad del Señor colocó en los pórticos de la legislación antigua el “no tendrás otros dioses delante de mí”. El Padre conoce nuestros vicios milenarios en materia de inclinaciones afectivas y nos prevenía el espíritu contra las falsas divinidades. Recurrimos a estos ejemplos, en las reflexiones de este momento, con el propósito de elevar vuestra comprensión a círculos más altos, para que así os desprendáis de la hermana dedicada y digna servidora, que os precederá en la gran jornada de la liberación.

La palabra de Zenobia causaba extraordinaria impresión en los oyentes. Las mujeres y los pocos hombres presentes, tocados por la intensa luz de la orientación y desarmados por su palabra sabia y sublime, revelaban, sin poderlo disimular, una gran emoción en su aspecto. La oradora hizo un delicado gesto de benevolencia y prosiguió:

—No nos oponemos a las manifestaciones de cariño. La nostalgia y el reconocimiento caminan juntos. Sin embargo, en el ámbito de las relaciones amistosas, toda imprudencia se convierte en un desastre. ¿Qué sería de nosotros, si Jesús permaneciese en continuada convivencia con nuestras organizaciones y necesidades? No pasaríamos, tal vez, de ser maravillosas flores de la estufa, sin vida esencial. Por exceso de consulta

y abuso de confianza, no desarrollaríamos la capacidad de administrar o de obedecer. Carentes de valor propio, erraríamos de región en región, en compactos rebaños de incapaces, a la búsqueda del oráculo divino. Tal vez, en vista de eso, El Maestro haya limitado al mínimo de tiempo el apostolado personal y directo, trazando para nosotros servicios dignificantes para muchos siglos, en pocos días. Nos dio a entender, de ese modo, que el hombre es una columna sagrada del reino de Dios, que el corazón de cada criatura debe iluminarse, como santuario de la Divinidad, para reflejar Su grandeza augusta y compasiva. No os olvidéis, amigos míos, que todos nosotros, considerados individualmente, somos herederos dichosos de la sabiduría y de la luz.

Zenobia se calló y, en ese instante, como si atendiesen, desde muy alto, sus ruegos silenciosos, comenzaron a caer sobre nosotros rayos de luz balsámicos, acrecentando nuestra sensación de felicidad y alegría.

Transcurrido un largo silencio, durante el cual la directora del instituto de Fabiano pareció registrar las disposiciones más íntimas de la asamblea, volvió a decir, en tono significativo:

–Afirmáis mentalmente que Adelaida es la viga maestra de este lugar de amor, que surgirán dificultades tal vez invencibles para que sea sustituida en el timón de la nave, pero sabéis que vuestra hermana, a pesar de los valores indudables que adornan su persona, fue sólo un instrumento digno y fiel de este albergue benemérito, sin haber sido, sin embargo, su fundadora. Por amor al espíritu cristiano, al cual nos adaptamos por nuestra parte, fue utilizada por el Donador de las bendiciones en los trabajos de extensión del Evangelio purificador. No pongáis en su frente amiga la corona de la responsabilidad total, cuyo “peso de glorias” debe repartirse con todos los siervos sinceros de las buenas obras, como se dividen, inevitablemente, los valores de la cooperación. Adelaida conoce su condición de colaboradora leal y no desea laureles que de ningún modo le pertenecen. Aguarda, solamente, que los compañeros de lucha transfieran a Cristo el patrimonio de reconocimiento, rogando simplemente las amistades, la simpatía y la comprensión para sus necesidades en la vida nueva. Liberémosla, pues, ofreciéndole pensamientos de paz y júbilo y compartiendo su esperanza en la esfera más elevada.

Inmediatamente después, la orientadora terminó, orando con mucho sentimiento y suplicando para todos nosotros la bendición divina del Padre Todopoderoso.

Algunos oyentes no se quedaron en el recinto, regresando al ambiente común bajo la custodia de amigos vigilantes. Unas señoras, sin embargo, se aproximaron a la orientadora, dirigiéndole palabras de alegría y gratitud.

En algunos minutos más la asamblea se dispersaba, tranquila.

Por último, se despidieron igualmente la hermana Zenobia, y los otros compañeros.

Adelaida, al retornar a la materia, respiró, radiante. Gracias al júbilo de aquella hora, ganó tanta energía en su periespíritu que el regreso a las células de la carne fue complicado y doloroso. La invadió un súbito malestar, al entrar en contacto con los decauperados centros físicos.

Los tomaba y los abandonaba sucesivamente, como el pájaro al sentir la estrechez del nido.

Pregunté a Jerónimo sobre esto, a lo que me respondió:

–Después de la palabra esclarecida de Zenobia –dijo afablemente el mentor– se extinguieron las corrientes mentales de retención que se mantenían por el conjunto fraternal de la comunidad agradecida. Se privó el cuerpo carnal del permanente socorro magnético, que el influjo de esas corrientes alimentaba, atenuando su resistencia y precipitando la caída del tono vital. Además de eso, la alegría de esta hora robusteció, sobremanera, sus centros periespirituales. Es imposible, de esa forma, evitar la sensación angustiosa al contacto de nuevo con los órganos enfermos.

Y, con benévola expresión, acarició cariñosamente a la enferma, diciéndole:

–¡No se preocupe, amiga mía! El capullo se redujo, pero sus alas crecieron... Piense, ahora, en el vuelo que vendrá.

Adelaida se esforzó para mostrar satisfacción en el semblante nuevamente abatido y rogó, tímidamente que le fuese concedido el obsequio de intentar, ella misma, a solas, la desencarnación de los lazos más fuertes, en esfuerzo personal, espontáneo.

Jerónimo asintió, satisfecho.

Y manteniéndonos vigilantes en la habitación contigua, la dejamos entregada a sí misma, durante las largas horas que pasaron en el trabajo complejo y persistente.

No sabía que alguien pudiese efectuar semejante tarea, sin ayuda ajena, pero el orientador vino en socorro de mi perplejidad, diciendo:

–La cooperación de nuestro plano es indispensable en el acto concluyente de la liberación. Sin embargo, el trabajo preliminar del desenlace, en el plexo solar e incluso en el corazón, puede, en varios casos, ser llevado a efecto por el propio interesado, cuando este haya adquirido, durante la experiencia terrestre, el preciso entrenamiento con la vida espiritual más elevada. No hay, por lo tanto, motivo para sorpresa. Todo depende de la preparación adecuada en el campo de la realización.

Mi dirigente tenía razón. Efectivamente, sólo en el último minuto intervino Jerónimo para desatar el apéndice plateado.

¡La agonizante estaba libre, al fin!... Se abrió la casa a todas las visitas.

Convencidos por las palabras de Zenobia, los cooperadores encarnados, aunque no guardasen los pequeños detalles en el recuerdo, mantuvieron una discreta actitud de respeto, serenidad y conformidad.

La denodada batalladora, ahora liberada, se esquivó, gentilmente a la invitación para la partida inmediata. Esperó la inhumación de los restos, consolando a amigos y recibiendo consuelo.

Después de orar, fervorosamente, en el último poso de las células exhaustas, agradeciendo su preciosa ayuda en los benditos años de permanencia en la Corteza, Adelaida, serena y confiada, rodeada de numerosos amigos, partió, en nuestra compañía, camino de la Casa Transitoria, punto de destino sentimental de la gran caravana afectiva.

XX

ACCIÓN DE GRACIAS

Congregados, ahora, en el instituto socorrista de Fabiano, nos preparamos para el viaje de regreso.

La nostalgia de nuestra vida armoniosa y bella, en los planos más altos, dominaban nuestros corazones. El servicio en los planos inferiores nos proporcionaba, realmente, experiencia y sabiduría, acentuando nuestro equilibrio y enriqueciéndonos las adquisiciones eternas. Pero, el reconocimiento de semejantes valores no impedía la sed de aquella paz que nos aguardaba, a distancia, en el hogar templado y suave de las afinidades más puras.

En todos nosotros preponderaba el júbilo resultante de la tarea ejemplarmente realizada, pero el mismo Jerónimo reflejaba la alegría de regresar, en la calma y buen ánimo que fulguraba en su feliz semblante.

Al esfuerzo sincero, seguía la tranquilidad del deber cumplido.

En la última reunión en la Casa Transitoria, se rodeaban los recién liberados de varios amigos que les traían alegres noticias y bienvenidas reconfortantes. Dimas y Cavalcanti, renovados en espíritu, ignoraban como expresar el reconocimiento que vibraba en su alma, mientras Adelaida y Fabio, más evolucionados en la senda de luz divina, comentaban problemas trascendentes del destino y del ser, a través de observaciones hermosas y sorprendentes, recogidas en la amplia esfera de experiencias individuales. De todas las conversaciones, proyectos y recuerdos se desprendía alegría.

La hermana Zenobia nos pidió que la esperásemos en la cámara consagrada a la oración, donde nos abrazaría, despidiéndose de nosotros.

Reunidos en franca alegría, aguardábamos a la directora con las mayores expansiones de entendimiento fraternal.

Zenobia, pocos momentos después, entraba en el salón, seguida de gran número de colaboradores, y, como siempre, vino hasta nosotros, bondadosa y acogedora. Estimaba, sobremanera, a la expedición y se ofrecía afecto a los recién liberados. En vista de eso, nos rodeaba de atención personal y directa, en aquel momento del maravilloso adiós.

Asumiendo la posición de orientadora de los trabajos, nos exhortó de modo conmovedor, a la fiel ejecución de la voluntad Divina, comentando la belleza de las obligaciones de fraternidad que se entrelazan, en el Universo, fortaleciendo la grandeza de la vida. Por fin, saludando individualmente a los recién desencarnados, recomendó a Adelaida que pronunciase allí la oración de gracias, que haría acompañar del himno de reconocimiento que ella, Zenobia, nos ofrecería, en señal de afectuoso aprecio.

Adelaida se levantó, en medio de un profundo silencio, y oró, fervorosa y conmovida:

—A Ti, Señor, nuestra gratitud por esta hora de paz intraducible y de infinita luz. Ahora, que cesó nuestra oportunidad de trabajo en los círculos de la carne, te agradecemos los beneficios recibidos, las adquisiciones realizadas, los servicios llevados a efecto... Más que nunca, reconocemos hoy Tu magnanimidad indefinible que utilizó nuestro deficiente instrumento para realizar Tus sublimes designios vacilantes y frágiles, como las aves que mal ensayan el primer vuelo largo del nido, nos encontramos aquí, venturosos y confiados, al pie de tus desvelados emisarios que nos ampararon hasta el fin... ¿Cómo agradecerte el tesoro inapreciable de bendiciones celestes? Tu cariño santificante nos siguió, paso a paso, en todos los minutos de permanencia en el valle de las sombras y, no satisfecho, Tu inagotable amor nos acompañó, aún, en esta retirada de la vieja Babilonia de nuestras pasiones amargas y milenarias.

Casi sofocada de emoción, la misionera hizo una breve pausa para contener las lágrimas, y continuó:

—Nada hicimos por merecer Tu asistencia bendita. Ningún mérito poseímos, más allá de la buena voluntad constructiva. Claudicamos, innumerables veces, dando pasto a los caprichos envenenados que oscurecían nuestra conciencia, fallamos frecuentemente, cediendo a las sugerencias menos dignas. Pero, Jesús amado, convertiste nuestro humilde trabajo en manantial de ventura que alimenta nuestro corazón, alzado para las esferas más altas. Discúlpanos, Maestro, la imperfección de aprendices, trazo dominante de nuestra personalidad liberada. No poseemos nada de bello para ofrecerte, Benefactor divino, sino el corazón sincero y humilde, vacío ahora de las benditas preocupaciones que le alimentaban en la Corteza de la Tierra... ¡Recíbelo, Maestro, como demostración de la confianza de tus discípulos, y llénalo, de nuevo, con Tus sacrosantas determinaciones! Reconocidos a Tu inagotable misericordia, agradecemos la ternura de Tus bendiciones, pero, si nos diste protección y consuelo no nos retires el trabajo y la ocasión de servir. Condúcenos a tus “otros apriscos” y renuévanos, por compasión, la bendición de ser útiles en Tu causa. Llenos de alegría, bendecimos el valioso sudor que nos proporcionaste en la esfera de la carne purificadora, donde, al influjo de Tu Bondad rectificamos viejos errores del corazón... Bendecimos el duro camino que nos enseñó a descubrir Tus dádivas ocultas, besamos la cruz del sufrimiento, del testimonio y la muerte, desde cuyos brazos nos fue posible contemplar la grandeza y la extensión de tus bendiciones eternas...

Adelaida hizo nueva pausa, enjugando el llanto de emoción, mientras la seguíamos sensibilizados, y prosiguió:

—Ahora, Señor, ampliando nuestros agradecimientos a Tus emisarios que nos extendieron sus manos amigas, en las últimas dificultades de la molestia depuradora, permite que te roguemos amoroso auxilio para todos aquellos, menos felices que nosotros, que aún gimen y padecen en las sendas estrechas de la incomprensión. Inspira a tus discípulos iluminados para que representen Tu espíritu sublime, al lado de los ignorantes, de los criminales, de los desviados, de los perversos. Impulsa el sentimiento de caridad fraternal de tus seguidores fieles para que continúen revelando el beneficio y la luz de tu ley. Y, al cerrar este acto de sincera gratitud, enviamos nuestro pensamiento de alegría y alabanza a todos los compañeros de lucha, en los más diversos departamentos de la vida planetaria, convidándoles, en espíritu a glorificar Tu nombre, designios y obras, para siempre. ¡Así sea!

Terminada la conmovedora oración, la Hermana Zenobia vino a abrazar a Adelaida, extremadamente sensibilizada, e, inmediatamente después, reasumiendo su lugar, recomendó a los colaboradores que le ayudasen en el hermoso cántico de agradecimiento al círculo terreno que los hermanos liberados acababan de dejar. Sumergiéndonos en un diluvio de vibraciones acariciadoras que nos arrancaban lágrimas de suave emoción, inició, ella misma, el himno de indefinible belleza:

*¡Oh Tierra –madre dedicada,
a ti nuestro eterno homenaje
de gratitud y respeto
en la vida espiritual!*

*¡Que el Padre de gracia infinita
santifique tu grandeza
y bendiga la naturaleza
de tu seno maternal!*

*Cuando estábamos sumergidos
en el abismo de sombra densa,
reformaste nuestra creencia
en el día renovador.*

*Nos envolviste, bondadosa,
en tus fluidos de agasajo,
nos reservaste trabajo
en la divina ley del amor.*

*Nos soportaste sin queja
el menosprecio impensado,
en el sublime apostolado
del tierno e infinito bien.*

*En respuesta a nuestros crímenes,
abriste nuestro futuro,
desde las tinieblas del suelo duro
a los templos de luz del Más Allá.*

*En tus campos de trabajo,
en el transcurso de mil vidas,
sanamos negras heridas y
tuvimos lecciones selectas.*

*En tus corrientes santas
de amor y renacimiento,
nuestro oscuro pensamiento
se vistió de claro sol.*

*Te agradecemos la bendición
de la vida que nos prestas;
tus ríos, tus florestas,
tus horizontes de añil,*

*tus árboles augustos,
tus ciudades vibrantes,
tus flores inocentes
del campo primaveral...*

*Te agradecemos los dolores
que, generosa, nos diste,
para la jornada celeste
en la montaña de ascensión.
Por las lágrimas hirientes,
por las hirientes espinas,
por las piedras de los caminos:
¡nuestro amor y gratitud!
A cambio de los sufrimientos,
de las ansias, de las pesadillas,
recibimos tus desvelos
de madre de creyentes e incrédulos.*

*¡Sé bendita para siempre
con tus llagas y cruces!
Las aflicciones que produces
son alegría en los cielos.*

*¡Oh Tierra, madre dedicada,
a ti, nuestro eterno homenaje
de gratitud y respeto,
en la vida espiritual!*

*Que el Padre de gracia infinita
santifique tu grandeza
y bendiga la naturaleza
de tu seno maternal!*

Cuando sonó la última nota del himno impregnado de misterioso encanto, con los ojos nublados por las lágrimas, dimos a Zenobia un cariñoso abrazo de despedida.

Nosotros, los de la expedición socorrista, tomamos a los recién liberados por las manos, imprimiéndoles energía para la subida prodigiosa, rodeados de amigos que nos seguían, alegres y venturosos, camino de los planos más elevados.

Un extraño e indefinible júbilo vibraba en nuestro pecho, lleno de vigorosa esperanza, y, después de atravesar los círculos de bajo patrón vibratorio, en los que se localizaba la Casa de Fabiano, alcanzamos una región brillante y hermosa, cubierta por el cielo centelleante de estrellas... Saludándonos de muy lejos, el astro de la noche apareció en maravilloso plenilunio, emitiendo rayos de dulce y evanescente claridad que, después de iluminar el camino en una pulcritud de sueño, descendían, aceleradamente, hacia la Corteza de la Tierra, esparciendo entre los hombres la invitación silenciosa a la meditación en la gloriosa obra de Dios.

OBRAS MEDIÚNICAS DE ANDRÉ LUIZ

- 1943 LA VIDA EN EL MUNDO ESPIRITUAL (NUESTRO HOGAR)
1944 LOS MENSAJEROS ESPIRITUALES.
1945 MISIONEROS DE LA LUZ.
1946 OBREROS DE LA VIDA ETERNA.
1947 EN UN MUNDO MAYOR.
1947 AGENDA CRISTIANA.
1949 LIBERACIÓN
1954 ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO.
1954 EN LOS DOMINIOS DE LA MEDIUMNIDAD.
1957 ACCIÓN Y REACCIÓN.
1958 EVOLUCIÓN EN DOS MUNDOS.¹
1959 MECANISMOS DE LA MEDIÚMNIDAD.¹
1960. CONDUCTA ESPIRITA.²
1963 OPINIÓN ESPÍRITA.³
1963 SEXO Y DESTINO.
1964 DESOBSESIÓN.
1965 ESTUDIE Y VIVA.³
1968 Y LA VIDA CONTINUA.

NOTAS: Las cifras de la izquierda indican el año de recepción de las obras.

¹ Obras psicografiadas por los médiums Francisco Cándido Xavier y Waldo Vieira.

² Obra psicografiada por Waldo Vieira.

³ Obras dictadas por los espíritus Emmanuel y André Luiz: a los médiums F. C. Xavier y W. Vieira.